

Archivo General de la Nación
Volumen CCXII

ÁNGELA PEÑA

LOS DOMINICANOS

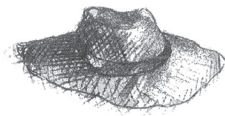


Los dominicanos

Archivo General de la Nación
Volumen CCXCII

Ángela Peña

Los dominicanos



Santo Domingo
2016

Cuidado de edición y diagramación: Juan Francisco Domínguez Novas
Corrección: Daniel García, Juan F. Domínguez Novas y Ángela Peña
Diseño de cubierta: Engely Fuma Santana
Motivo de cubierta: Composición fotográfica.
Ilustraciones: N. Díaz

Primera edición, noviembre de 2016

© Ángela Peña, 2000

De esta edición
© Archivo General de la Nación (Vol. CCXCII)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz Núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-586-89-3
Impresión: Editora Búho, S.R.L.

Impreso en la República Dominicana • Printed in the Dominican Republic

Contenido

PRÓLOGO	11
DESDE EL PRÓXIMO LUNES LEA EN <i>HOY</i> «LOS DOMINICANOS».....	15
I. VISIONES	17
II. ¿PESIMISTA?	21
El dominicano no es pesimista.....	24
Ni pesimista ni haragán	25
III. DILIGENTE	27
El tiempo pasa	29
¿Juicios pesimistas?	30
IV. BAJITOS	33
«El hambre y los calores».....	35
Estudios recientes.....	36
El tamaño de las mujeres.....	37
V. ALIMENTOS	41
VI. EL ARROZ.....	49
Millo y sagú	51
Plátano y tostón	52
El arroz.....	53
VII. LA DIETA.....	55
Grasas y pan	57
Las pastas	58
El sancocho.....	58
Legumbres, hortalizas.....	59
<i>Quinbombó, calalú</i>	59
Deficiencias y malos hábitos	60
La publicidad.....	61
VIII. ARCOIRIS DE COLORES Y RASGOS FÍSICOS	63
El blanco	65
El negro	66
Los blancos	68
IX. ¿DISCRIMINACIÓN SOCIAL O RACISMO?	71
«Prieto, pero decente [...]»	74
«¡India!»	76
X. UN LENGUAJE DE MUCHAS LENGUAS	79
«Comemos eses».....	82
¿Dominicanismos?	83

XI. TRUJILLO Y LA UNIDAD DEL LENGUAJE	87
De España	90
Portuguesismos.....	91
De Haití.....	92
Lengua oficial.....	93
XII. ¿TRISTE O ALEGRE?	95
«Deprimido, melancólico, emotivo»	97
«Alegre, pero melancólico»	97
«Es alegre, extrovertido»	99
«Humorista toda la vida»	100
XIII. REÍRSE DE SÍ MISMO	103
«Capaz de reírse de sí mismo»	104
Desconfianza y machismo en el humor	105
A costa de los «desbaratados».....	106
El racismo dominicano	106
En la Era de Trujillo.....	107
Humoristas dominicanos.....	108
En los velorios.....	108
XIV. EL RECURSO DEL CHISTE	111
De personalidades.....	113
Política y políticos	114
«No es lo mismo»	116
Homosexualidad	117
XV. FIEBRUSES DEL SEXO	119
Varones prolíficos.....	122
Los <i>fiebruses</i>	123
XVI. ARDIENTE AMOR DE LAS DOMINICANAS	125
El miembro viril dominicano	126
El dominicano y la masturbación.....	128
Frigidez	129
«Sexualmente inestables»	129
«Marinovios».....	130
Campeona del sexo	130
XVII. PREVALECE LA CRUZ DE LOS DESCUBRIDORES	131
Sociedades de fervorosos	133
Órdenes religiosas.....	134
XVIII. LOS PROTESTANTES GANAN SU ESPACIO.....	137
«Los dominicanos no son protestantes[...]».....	140
Misiones dominicanas.....	141
Trujillo y los protestantes.....	142
XIX. CREENCIAS POPULARES Y VÍNCULOS CON ÁFRICA.....	145
«En lo que más le convenga»	147
Los resguardos.....	148
«Remanente indígena»	149

XX. HAY RITMOS PARA BAILAR Y OTROS PARA ENAMORARSE.....	151
¿Es la mangulina?	154
¿Será la salve?	155
La bachata.....	156
¿Hay un traje típico?	157
XXI. LA POLÍTICA AVIVA MÉTODOS VIOLENTOS.....	159
Las figuras.....	162
Trujillo y Balaguer	162
El PLD atrapado	163
Violencia y tintes autoritarios	163
XXII. POLÍTICOS «RESUELVEN» PROBLEMAS QUE CREAN	165
Afares de nobleza	166
Balaguer antes y después	167
Evasión tributaria	168
«Yo no soy político»	168
«Líderes no: dirigentes»	168
«Politiquillos»	169
XXIII. DEFINICIÓN DE IDENTIDAD	171
«Elemento cambiante»	173
Anterior a la Independencia	174
«Sencillamente se asume»	175
«Se está relegando»	176
«Común a todos los pueblos».....	176
XXIV. IDENTIDAD: UNA BÚSQUEDA INCESANTE	177
Rasgos comunes de identidad	179
Portugueses, no españoles.....	180
«Añoranza por lo hispánico»	182
XXV. LA INDEPENDENCIA ACENTUÓ LA IDENTIDAD	185
La unidad.....	186
Concepto de dominicanidad.....	187
«Dominicanos»	189
XXVI. LA IDENTIDAD CONSTRUIDA POR INTELECTUALES.....	191
«Situación desgraciada».....	194
¿Balaguer es esa voz nefasta?	194
Intelectuales de otras épocas	195
XXVII. ¿POR QUÉ HA LUCHADO EL DOMINICANO?.....	197
Razones de la Independencia.....	199
Cuando Trujillo	201
Abril y Balaguer	201
XXVIII. LA IDENTIDAD EN LOS VERSOS DE LOS GRANDES POETAS	203
Exaltación del campesino	204
Cantos a la dominicanidad	205
<i>Compadre Mon</i>	206
Pedro Mir: lo social y lo político.....	206
La pobreza del dominicano.....	207

XXIX. LA DOMINICANIDAD EN LA POESÍA POSTERIOR A TRUJILLO	209
El dolor del negro	211
«Caducidad del viejo orden»	211
«Lo que somos»	213
XXX. IDENTIDAD LITERARIA DOMINICANA	215
«Complejo de fronteras»	217
Exaltación patriótica	218
«Palabras vulgares»	219
XXXI. LA NOVELA DESCRIBE LA IDENTIDAD DEL DOMINICANO	
EN DISTINTAS ÉPOCAS	221
Después de Trujillo	223
«La literatura traiciona»	224
XXXII. LO ANTIDOMINICANO EN LA NOVELÍSTICA	227
«Bajo perfil del dominicano»	229
Proyecto de tesis política	230
Dominicanos y presencia norteamericana	231
XXXIII. LA POLÍTICA EN LA NOVELA	233
«Relaciones de producción»	235
«De corte marxista»	235
La dictadura de Trujillo	236
«Ninguna es inocente»	237
XXXIV. LO DOMINICANO Y LA PINTURA	239
Desde 1844	240
Carteles contra la intervención	241
La luz del trópico	242
Los inmigrantes	242
Los dominicanos	243
La pintura en el trujillato	244
XXXV. NEGROS Y MULATOS EN LA PINTURA DOMINICANA	245
Los 12 años de Balaguer	246
Haitianos, emigración	248
XXXVI. EL <i>TÍGUERE</i> : UN PERSONAJE DOMINICANO	251
Un líder	254
El paraguayo	257
XXXVII. EL DOMINICANO EXPRESA LAS CULTURAS QUE LO FORMARON	259
Ayer	260
Voces optimistas del pasado	262
El político	262
Hoy	263
XXXVIII. LA IDENTIDAD DOMINICANA O EL ETERNO LABERINTO	265
BIBLIOGRAFÍA	271
ÍNDICE ONOMÁSTICO	275

Prólogo

*P*ensando en lo valioso que podría ser para la historia presente y futura conocer las opiniones actualizadas en torno a la identidad de los dominicanos, a principios del año 2000 sugerí a la acuciosa redactora de *Hoy*, Ángela Peña, la pertinencia de publicar una serie de reportajes sobre el tema.

¿Cuáles son los rasgos que en definitiva nos distinguen? ¿Qué ha variado en relación con lo que han planteado pensadores, sociólogos, psicólogos, siquiátras, intelectuales, historiadores y otros estudiosos del pasado en cuanto a las características propias de nuestros hombres y mujeres? ¿Cuál es el comportamiento y cuáles son los demás atributos que nos diferencian de otras etnias?

Quedé maravillado cuando comencé a recibir y leer los textos que entregaba Ángela. Cada vez que salía una de sus valiosas entregas pensaba y comentaba en voz alta lo lejos que llegó respecto a mi propuesta.

Pienso, igual que muchos, que era necesario la elaboración de una obra que reuniera en su estructura las características que diferencian al pueblo dominicano del resto de los latinoamericanos y del mundo. Ángela ha logrado destacar con su investigación, consultando una apreciable cantidad de libros y artículos, la esencia del dominicano, descubrirlo ante los ojos de los lectores, mostrar con maestría nuestro origen, nuestros males, debilidades y fortalezas como nación.

El principal método utilizado para la realización de este trabajo es la entrevista. Durante el período señalado la autora consultó a destacados intelectuales nacionales. Poetas, novelistas, abogados,

literatos, cuentistas, médicos, sociólogos, humoristas, periodistas, costumbristas, lingüistas, historiadores, psicólogos, nutricionistas y políticos, cuestionados sobre las diferentes facetas que distinguen a los dominicanos. Opinan y dan testimonios basados en sus estudios y análisis de muchos años, en torno al porqué del comportamiento y las reacciones criollas ante múltiples situaciones de toda índole que se les presentan en su diario vivir.

En el marco de las conversaciones con Ángela, estos profesionales caracterizan al dominicano de diversas maneras: cómo ven y sienten las creencias religiosas, los mitos y tradiciones populares, el folklore, la política, el racismo, la tristeza, el humor, etc.

Pero es inmensa la bibliografía que consultó la periodista y en sus búsquedas en tantos textos que nos definen encontró, por ejemplo, lo que relata el ilustre médico dominicano Francisco E. Moscoso Puello, al ser cuestionado sobre la laboriosidad de nuestros criollos:

Aquí no hay que trabajar, donde hace tanto calor no se trabaja, por algo se inventó la hamaca, un símbolo. En donde quiera que existe un haragán hay una hamaca, la primera preocupación del campesino. En ella pasan la mayor parte del día fumando o durmiendo, mientras la mujer lava en el río o en la cañada, carga agua o limpia el conuco. Cuando usted llega a cualquier casa en nuestros campos y saluda, el dueño le responde con naturalidad: aquí bregando, o aquí luchando, mientras se levanta de la hamaca y se la ofrece como el sitio más cómodo para sentarse.

Esta aseveración ofrece una idea de cómo este intelectual en particular veía al dominicano y la percepción que de nuestros nacionales tenía la sociedad de ese entonces, que lo consideraba “haragán” y poco trabajador.

En contraste, están las investigaciones y estudios de otros respetados intelectuales de nuestro país, que dicen, con fundamentos teóricos, que el dominicano no es pesimista ni haragán, sino que esas peculiaridades son confundidas por los intelectuales. Veamos por ejemplo un señalamiento de don Manuel Rueda, costumbrista, sociólogo, poeta, crítico de arte y músico, quien se opone a esas afirmaciones:

Ni el pesimismo ni la haraganería son constitutivos del carácter nacional. El primero, porque suele ser confundido con la timidez del criollo y la marginación a que de continuo se le somete; la segunda, porque viene desmentida por la productividad de la tierra, por los hábitos de trabajo imperantes de los que el folklore da abundantes muestras: empresas comunitarias del campesino, juntas, convites, etc.; y de la constante creatividad plasmada en los objetos de labranza, la manufactura de utensilios y cuanto constituye nuestra riqueza artesanal.

Otra visión sobre el dominicano y que está en consonancia con la opinión anterior es la que manifiesta el doctor Fernando Sánchez Martínez, profesor investigador de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, quien ha estudiado por muchos años la obra de pensadores sobre nuestros nacionales, y afirma que «el dominicano no es pesimista», sobre todo «porque el pueblo dominicano ha sido históricamente luchador contra las adversidades».

De acuerdo a los planteamientos anteriores, se puede observar cómo destacados intelectuales e investigadores no logran ponerse de acuerdo ni mantienen un criterio unificado sobre la idiosincrasia del dominicano o de lo dominicano a través de los tiempos. Una explicación para este fenómeno la manifiesta el mismo Rueda, cuando afirma que «hacer un retrato más o menos fiel del dominicano presenta enormes dificultades», y asegura que «lo dominicano o el dominicano podrá ser sentido pero nunca explicado».

En el mismo orden, y a juicio del profesor Sánchez Martínez, la opinión de algunos profesionales y estudiosos de la materia obedece a «una manipulación, no una ignorancia, porque son intelectuales que conocen bien las obras de estos señores. Es una manipulación dirigida ideológicamente a mantener el pensamiento conservador».

Los dominicanos, artículos reunidos en este libro, que ha sido corregido y actualizado ampliamente por la laureada Ángela Peña, presenta una estructura bien definida. Consta de un hilo conductor que facilita la lectura y a su vez, el entendimiento del lector, sobre todo de las jóvenes generaciones, que deberían ser las más interesadas en conocer y apreciar los rasgos y características que identifican al dominicano.

La obra está constituida por 38 reportajes, escritos magistralmente por Ángela, en los que se destaca desde la dominicanidad en el pensamiento y la acción de Juan Pablo Duarte, la identidad de los dominicanos y las dominicanas, lo dominicano en la poesía y en la novela, en la pintura y en la literatura en general, un acercamiento al personaje del *tíguere*, hasta llegar a las diversas manifestaciones de racismo y la manera de hablar.

Dejamos a disposición de los lectores este magnífico volumen que responde a una necesidad colectiva, deseo que tiene todo conglomerado social de descubrirse a sí mismo, de identificarse, saber su origen, sus principales características, y cómo ha ido evolucionando al través de la historia.

Los dominicanos, de Ángela Peña, viene a llenar ese vacío, a responder, de forma maestra, las interrogantes que se han planteado a lo largo de los años al estudio de un tema tan complejo como es la identidad de un pueblo tan heterogéneo y de características tan particulares como el dominicano.

Es bueno señalar que se necesitan más investigaciones como esta, más estudios acuciosos sobre nuestra sociedad. Ángela nos aporta un gran inicio, una pincelada magistral que orienta al lector para que acepte la diversidad de criterios expresados como partes de un gran todo; una obra de características singulares para que germine el interés y se continúe indagando, escudriñando en los libros, en las bibliotecas, en los archivos, a fin de seguir ampliando el acervo sobre este tema tan importante y que ha generado tanta controversia entre nuestros intelectuales, estudiantes y ciudadanos. En eso estriba mucho el gran éxito de este trabajo.

Nelson Marrero.

Desde el próximo lunes lea en
Hoy «Los dominicanos»

Una aproximación periodística a las principales características y rasgos de los dominicanos, hombres y mujeres, en base a una impresionante consulta a destacados intelectuales del país: literatos, poetas, cuentistas, novelistas, médicos, abogados, sociólogos, humoristas, periodistas, costumbristas, lingüistas, historiadores, psicólogos, nutricionistas y políticos.

Una exploración que busca determinar cómo ven y sienten los dominicanos la religión, las creencias populares, el folkllore, la política, el racismo, la tristeza y el humor.

La dominicanidad en el pensamiento y la acción de Juan Pablo Duarte, la identidad de los dominicanos y las dominicanas y los intelectuales, lo dominicano en la poesía y en la novela, en la pintura y en la literatura en general, un acercamiento al personaje del *tíguere*, las manifestaciones de racismo y la manera de hablar.

Una serie de reportajes singulares, escritos por la periodista Ángela Peña.

I Visiones¹

El dominicano –sus características y costumbres, hábitos y expectativas– ha sido estudiado ampliamente y descrito por los más variados estudiosos y pensadores de todos los tiempos, quienes le han atribuido diversos rasgos positivos y negativos.

¿Sabes adónde vamos?, ¿sabes qué país es el tuyo tan fragante y que tiene una línea de resacas miserias, una pobre corteza, resbalando en los ríos perdidos, bajo los silenciosos cambronales?

Manuel Rueda.

Es probable que no exista en el mundo un ser más estudiado que el dominicano, del que se han ofrecido innumerables características y calificativos. Indiscriminadamente, analistas nativos y extranjeros lo definen vago, haragán, incapaz, mal comido, extranje-rizante, bajo de estatura, violento, oportunista, jugador, de lenguaje pobre, triste, pesimista, aunque muy creativo para buscársela y de mucha imaginación para hacer cuentos.

Han dicho que es desmedido su afán por actuar en política y que se desvive por tener un cargo público. Que se expresa por medio de señas y gestos con las manos más que con palabras; que

¹ La periodista y escritora Ángela Peña inicia una serie sobre la idiosincrasia del dominicano. ¿Qué tan cierto es que somos un pueblo que gusta de la política y se desvive por un cargo público? (Nota del periódico *Hoy*).

es racista, bachatero y brujo, simulador y susceptible en grado extremo.

Lo juzgan imprevisor y dual y aseguran que en elecciones presidenciales nadie lo supera en marrullas para sufragar hasta cinco veces en un solo colegio; que es al mismo tiempo sumiso y rebelde, y que al influjo de la palabra revolución, se despiertan sobremanera sus sentidos, entusiasmando descomunadamente sus ímpetus.

Profesionales que se han dedicado a observar a criollos de campos, barrios y ciudades o a convivir con ellos, han concluido en que la intelectualidad nacional es casi nula, que este pedazo de isla podrá ser país, pero que una nación jamás y que es obvia la incultura de todos sus habitantes, llegando a afirmarse, sin rubor, que esta es una tierra «de mierda con el cielo azul turquí».

Aunque se han puesto de manifiesto la sensualidad y el orgullo del dominicano, se le ha catalogado, además de incestuoso, jugador, alcohólico, ladrón, homicida, desleal, para quien el único valor es el dinero. Lo acusan de analfabeto sexual.

En cuanto a su temperamento, en el que la mayoría coincide que predomina la tristeza, se le define como «individuo depresivo con tintes de paranoico», que no solo «desconfía de su propia sombra» sino que se afirma, como algo inaudito, que «el dominicano no cree en el dominicano».

Es un elemento ignorante, ayunador, desnutrido, con lo trágico del español en la sangre y la melancolía del negro esclavo, malhumorado e irremediamente irritable, declaran.

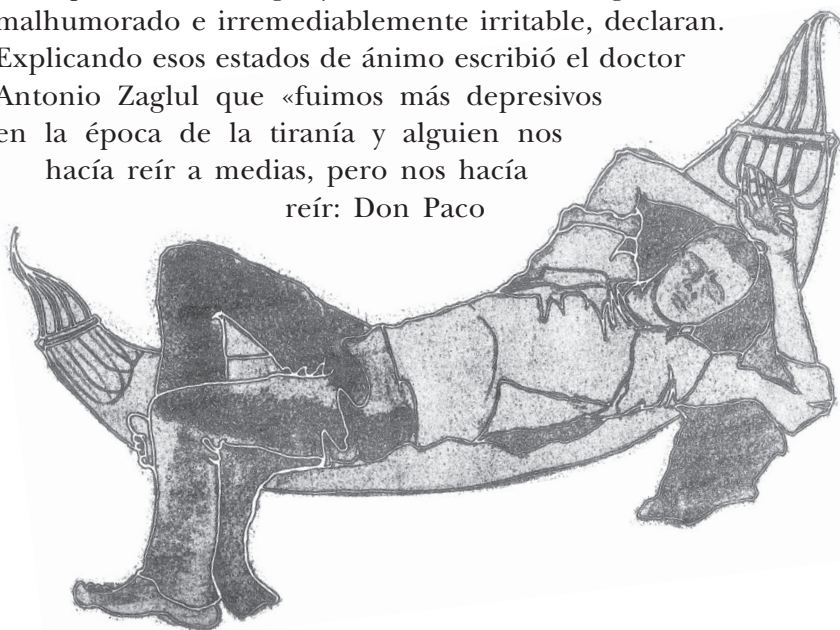
Explicando esos estados de ánimo escribió el doctor

Antonio Zaglul que «fuimos más depresivos

en la época de la tiranía y alguien nos

hacía reír a medias, pero nos hacía

reír: Don Paco



Escribano. Era casi un analfabeto con una capacidad increíble para hacer chistes. Sin embargo, se hablaba muy mal de él. Su peor enfermedad era su gran sentido del humor».

«El dominicano es un negro que le dice negro al haitiano», consideraba el eminente psiquiatra, mientras otros lo definen dramático, casi tétrico.

La indiferencia al trabajo, la pobreza de espíritu, la holgazanería y la ausencia de patriotismo que le endilgan al habitante de este país, se las imputan, por un lado, a una historia caracterizada por la agresión de los poderosos hacia los más pobres y gobernada por tiranos y traidores y, por otro, al cálido clima caribeño.

«Esta falta de nieve que no obliga a la laboriosidad, que no crea la industria, que no hace azuzar la inteligencia, que no impone el ahorro es lo que hace tan propicia la tierra tropical para ser habitada por esta raza sensual y holgazana que adora al sol, a ese poderoso sol», expresaba Francisco E. Moscoso Puello, ilustre médico dominicano que terminó aquí sus días pero que trajo desde Nueva York y París ideas de progreso.

Para él «aquí no hay que trabajar, donde hace tanto calor no se trabaja, por algo se inventó la hamaca, un símbolo. En donde quiera que existe un haragán hay una hamaca, la primera preocupación del campesino. En ella pasan la mayor parte del día fumando o durmiendo, mientras la mujer lava en el río o en la cañada, carga agua o limpia el conuco. Cuando usted llega a cualquier casa en nuestros campos y saluda, el dueño le responde con naturalidad: aquí bregando, o aquí luchando, mientras se levanta de la hamaca y se la ofrece como el sitio más cómodo para sentarse», agrega.

El dominicano «come algo, pero no se alimenta», estimó Rafael Justino Castillo, y es en esa carencia donde estriban todos sus males y defectos, hasta la inmoralidad, según muchos de los que le han estudiado.

Empero, así como se ha destacado tal cúmulo de negativas apreciaciones acerca de los dominicanos, también sindicados como faltos de identidad, corruptos, agresivos, otros profesionales encontraron facetas positivas en su comportamiento y pusieron de relieve su amor por el trabajo, la capacidad de invención para producir y subsistir enarbolando heroísmos y virilidades que han pasado inadvertidos para sociólogos, psicólogos, folkloristas, historiadores, psiquiatras y hasta poetas.

El polifacético y laureado escritor don Manuel Rueda entiende que hacer un retrato más o menos fiel del dominicano presenta enormes dificultades y asegura que «lo dominicano o el dominicano podrá ser sentido pero nunca explicado».

Al criollo, confiesa, se le presenta «como un ente variable que, según el lugar o el tiempo en que vive, reacciona de manera diferente, a pesar de los esfuerzos que hacemos por encontrarle aspectos unificadores que le den cohesión a una tipología peculiar dentro de la diversidad de los pueblos americanos».

Unos coinciden con el autor de *Las metamorfosis de Makandal* y por eso se niegan a generalizar sus apreciaciones. Otros, no obstante, meten a todos en el mismo saco al hacer sus ponderaciones. Ahora y siempre.

En la categoría de *tíguere*, por ejemplo, se ha enmarcado a todos los dominicanos. Haciendo reseña del tema de un programa radial, Fermín Arias Belliard, reconocido costumbrista de Santo Domingo, publicó: «Una emisora donde se come mucho guineo dedicó este domingo media hora de son de la loma para los *tígueres*. De lo que se infiere que fue un programa dedicado al país. No porque todos los habitantes de este terruño de guandules verdes sean tigres sino porque antes de ser prominentes primero fueron tigres los hombres de este país».

De la dominicanidad y de los dominicanos se han ocupado profesionales de renombre y bien ganada reputación, nacionales y extranjeros. Entre ellos están Tulio M. Cestero, Antonio Sánchez Valverde, F. E. Moscoso Puello, Pedro Francisco Bonó, Américo Lugo, José Ramón López, Joaquín Balaguer, Juan Bosch, Federico García Godoy, Federico Henríquez y Carvajal, Ramón Marrero Aristy, Harry Hoetink, Pedro Pérez Cabral, Antonio Zaglul, Carlos Dobal, Carlos Esteban Deive, José del Castillo, Manuel Rueda, Rubén Silié, Héctor Incháustegui Cabral, Federico Henríquez Grateaux, Bernardo Vega, Emilio Rodríguez Demorizi, Carlos Larrazábal Blanco, Alejandro Paniagua, Josefina Zaiter, Mario Emilio Pérez, Pedro Henríquez Ureña, Max A. Jiménez Sabater, Manuel de Jesús Guerrero, Parmenio Troncoso, entre otros.

Han surgido otros estudiosos del tema y aunque algunos sostienen los viejos conceptos, la visión en torno a la dominicanidad y a «lo dominicano» es hoy, para muchos, distinta, como variables son las épocas.

Hoy inicia el milenio presentando al dominicano en casi todas sus facetas, visto desde la óptica de estos tiempos.

II

¿Pesimista?

Desde el siglo pasado sobresalientes intelectuales sostienen que el dominicano, hombre y mujer, es un ser pesimista, pero otros consideran que se trata de «una leyenda calumniosa» de grupos conservadores de ayer y hoy.

Hay un pesimismo popular y espontáneo y un pesimismo culto [...] No hay dominicano que no tenga que luchar con él, vivir de él, o sufrir por él [...].

Federico Henríquez Grateriaux.

Desde épocas muy antiguas, y hasta hace pocos años, se ha afirmado que el dominicano es pesimista y aunque propagandistas de esa apreciación han variado este pensamiento, todavía es generalizada esta condición que se enarbola como intrínseca del temperamento criollo.

Se ha atribuido esta valoración a estudiosos de la conducta del nativo entre los que se citan a José Ramón López, F. E. Moscoso Puello, Pedro Francisco Bonó, Américo Lugo, Federico Henríquez y Carvajal, Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer, entre otros.

Un sustentador de ese criterio, de más reciente data, es el reputado escritor don Federico Henríquez Grateriaux, quien en 1974 publicó una extensa serie de artículos sobre el tema, afirmando que el pesimismo dominicano viene de lejos, como resultado de «nuestras vicisitudes históricas».

«Tal vez no se haya escrito un trabajo que nos aclare lo que somos, lo que nos pasa como pueblo, como Estado, como nación; el libro que conteste la gran interrogante: ¿por qué no nos hemos integrado nacionalmente? Ese libro debe explicar, además, de dónde sale el pesimismo dominicano», escribió Henríquez Grateraux.

Cita a Federico García Godoy que en carta a Pedro Henríquez Ureña expresaba: «no se oyen sino frases de acerbo pesimismo, y un grupo de intelectuales estamos luchando por atajar o desviar tan funesta corriente de ideas».

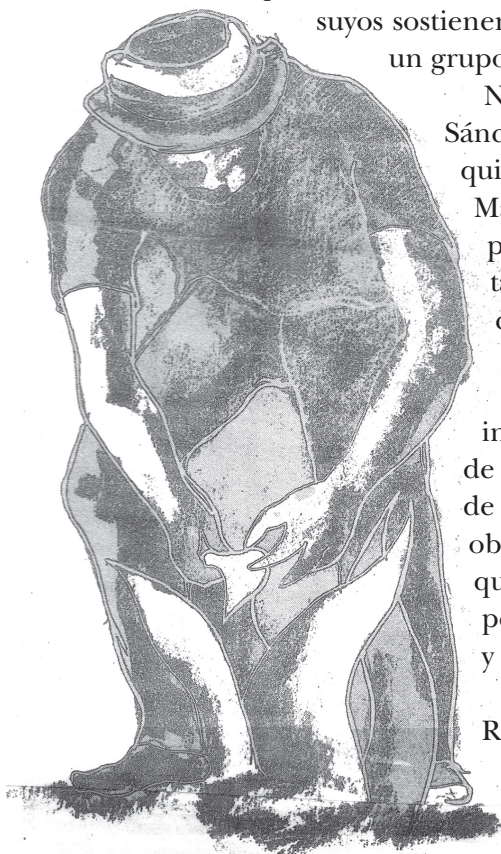
Entonces comenta Henríquez Grateraux que «sesenta años después sigue la cosa igual» y se pregunta: «¿Qué fuerza y problemas sociales mantienen el pesimismo? ¿Qué recursos, qué evoluciones históricas pueden desterrarlo y llevarlo a los límites del muy humano y periódico desaliento?».

Previo a los trabajos del autor de *La feria de las ideas*, sin embargo, intelectuales de los por él citados habían modificado sus apreciaciones y, pese a que profesionales de generaciones anteriores y posteriores en los que él se apoya y contemporáneos suyos sostienen que el dominicano es pesimista, hay un grupo que contradice esta apreciación.

No la comparten los doctores Fernando Sánchez Martínez y Rolando Tabar, psiquiatra y psicólogo, respectivamente, ni Manuel Rueda, costumbrista, sociólogo, poeta, crítico de arte, músico, como tampoco muchos otros estudiosos del comportamiento del dominicano en desacuerdo con las «generalizaciones».

Sánchez Martínez, profesor-investigador de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, quien ha estudiado la obra de analistas de la cuestión, asegura que, de entre todos, «solo encontré un pesimismo a ultranza en Moscoso Puello y en Corpito (Pedro A.) Pérez Cabral».

«Tanto Américo Lugo, como José Ramón López, si bien escribieron



obras que dieron paso a esa argumentación, fue en libros de juventud. Américo Lugo, ya con el paso de los años, es quien asume la conciencia cívica del pueblo dominicano, defiende su identidad, defiende la dominicanidad y es el principal abanderado de la lucha de resistencia cívica contra la primera ocupación norteamericana».

Sobre José Ramón López, autor de *La alimentación y las razas*, Sánchez Martínez hace la historia de su rectificación similar a la de Lugo: el volumen fue escrito «en sus primeros años de intelectual. Pero cuando él regresa del exilio y se encuentra con la patria ocupada, se pone del lado de los nacionalistas», al igual que Lugo, y escribe nuevos trabajos «donde dice totalmente lo contrario de lo que pensaba» antes.

No obstante, agrega, «la intelectualidad conservadora no hace mención de esa situación». Inmerso en «su lucha antiimperialista», López manifiesta: «es una leyenda calumniosa la de que el campesino dominicano es un hombre haragán —él había dicho que lo era—, lejos de eso, el esfuerzo muscular que realiza cada día es verdaderamente admirable y esto es tanto más admirable, cuanto que el campesino dominicano en la generalidad de los casos está pésimamente alimentado. Lo que sucede es que la suicida organización social que padecemos lo mantiene en la ignorancia más absoluta».

«Nadie dice que José Ramón López negó, lo mismo que Américo Lugo, todos sus pensamientos pesimistas», enfatiza el psiquiatra.

Apoyarse en estos dos intelectuales para concluir en que el dominicano es pesimista es, a juicio de Sánchez Martínez, «una manipulación, no una ignorancia, porque son intelectuales que conocen bien las obras de estos señores. Es una manipulación dirigida ideológicamente a mantener el pensamiento conservador, sobre todo un papel en el que se distinguieron brillantemente Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer, a nuestro juicio, las dos cumbres más elevadas del pensamiento conservador dominicano».

Añade que en Pedro Francisco Bonó y en el profesor Juan Bosch, en cambio, se conjuga la representación «del pensamiento progresista», al igual que en Eugenio María de Hostos.

EL DOMINICANO NO ES PESIMISTA

Para Sánchez Martínez, el dominicano no es pesimista. «En primer lugar, porque el pueblo dominicano ha sido históricamente luchador contra las adversidades. Es increíble que después de una dictadura de 31 años, férrea, el pueblo, a un año y pico elige dentro de los candidatos al que considera más identificado con los sectores populares».

«A ese hombre solo lo dejan gobernar siete meses y el pueblo dominicano organiza una revolución, no para traer el comunismo sino para que la Constitución enarbolada por él en 1963 tuviera vigencia», añade el autor de *Psicología del pueblo dominicano*.

Significa que lejos de ser pesimista, el nativo «es luchador y ha dado muestras de que le gusta el progreso, y algo que debemos resaltar es que tiene un profundo sentido de la identidad nacional, demostrado en el hecho de que, contrario a otras emigraciones europeas y latinoamericanas, el dominicano se queda siempre pensando en su patria y aun cuando progresa por allá, su anhelo es regresar a comprar una casita y morir en su suelo».

«Peña Batlle tenía razón en esto: después de las Devastaciones de 1605 y 1606, a este pueblo no le quedaba más que desaparecer y, sin embargo, se mantuvo y se mantiene. Todas estas cosas las explica el profesor Juan Bosch con una visión diferente al pensamiento tradicional. Porque ¿qué es lo que dicen Moscoso Puello, Peña Batlle, Rafael Augusto Sánchez, García Godoy [...]? Lo que tienen es un pensamiento positivista que era el que influía sobre la época, veían a la sociedad como si fuera a la naturaleza y planteaban que el hecho del mestizaje iba en desfavor del pueblo dominicano, que nunca podría ser desarrollado ni próspero por ser mestizo. Así, crudamente: que el mestizaje, la insularidad, la desnutrición histórica, la pobreza, se conjugaban para que el pueblo dominicano jamás pudiera desarrollarse y ser considerado como un pueblo con verdadera identidad».

Reitera que tales conceptos «han sido enarbolados por toda la intelectualidad dominicana desde el siglo pasado, destacando la excepción de Bonó, de José Ramón López en su segunda etapa y, sobre todo, el pensamiento de Bosch, el más lúcido de todos los intelectuales progresistas en la República Dominicana».

«Ya luego, en los años 60, tenemos a José Cordero Michel, que escribió *Análisis de la Era de Trujillo. (Informe sobre la República Dominicana, 1959)*, basado en el materialismo histórico, uniéndose al pensamiento progresista y luego de la caída de la dictadura su mismo hermano, Emilio, y Luis Gómez, Franklyn Franco, Roberto Cassá, representan una nueva concepción del pensamiento dominicano que, real y efectivamente logran transformar toda esa visión pesimista del pensamiento conservador».

Al referirse a los intelectuales que sostienen la opinión de que el dominicano es pesimista explica que «siempre será así, porque en todas las sociedades habrá el sector conservador, que ideológicamente se identifica con una clase dominante y con un sector intelectual al servicio de esa clase en la cual los únicos buenos y válidos son ellos, los puros, mientras que la inmensa mayoría del pueblo dominicano no progresa, porque no le interesa, porque es atrasada, haragana, manipulan esa situación».

Alude a la edición del libro *El gran pesimismo dominicano*, publicado en 1975. Contiene *La alimentación y las razas* y *La paz en la República Dominicana*, de José Ramón López, con un estudio que Joaquín Balaguer publicó en *Semblanzas literarias*, en 1948. «Es una manipulación vulgar, impropia de los intelectuales y que, lamentablemente, fue auspiciada por una universidad de tanto prestigio como la Madre y Maestra», comentó.

NI PESIMISTA NI HARAGÁN

Ni el pesimismo ni la haraganería son constitutivos del carácter nacional. El primero, porque suele ser confundido con la timidez del criollo y la marginación a que de continuo se le somete; la segunda, porque viene desmentida por la productividad de la tierra, por los hábitos de trabajo imperantes de los que el folklore da abundantes muestras: empresas comunitarias del campesino, juntas, convites, etc.; y de la constante creatividad plasmada en los objetos de labranza, la manufactura de utensilios y cuanto constituye nuestra riqueza artesanal —expresa don Manuel Rueda—.

Dice que tal vez el primer diagnóstico que se ha hecho del dominicano ha sido el pesimismo y agrega que:

[...] si los azares del subdesarrollo, si la tragedia de nuestros pueblos, explotados y agredidos de continuo, han plasmado el *ricтус* cansado, casi doloroso, en el rostro de nuestro campesino; si el servilismo y la mala alimentación han contribuido a reforzar el mencionado pesimismo, entonces estaríamos desprovistos de razones para enfrentarnos a otras realidades más íntimas de la siquis nacional que lo contradicen.

Haciendo salvedad de las épocas depresivas de dictaduras o revoluciones, este campesino ha estado siempre de pie desde el alba hasta el crepúsculo, mal vestido y peor alimentado, luchando por ganarse el pan de sus hijos, contribuyendo siempre al enriquecimiento de las clases pudientes.

Se pregunta Rueda:

¿Cómo hablar entonces de pesimismo y haraganería, a no ser que se confundan con ellos los naturales desalientos y las rebeldías internas?

21 de marzo de 2000.

III

Diligente

La vocación del dominicano para buscar salidas a sus limitaciones materiales desmiente el pesimismo puesto sobre sus hombros, pero pensadores como José Ramón López, Américo Lugo y Juan Bosch han dibujado a su alrededor un cuadro de negatividades.

José Ramón López, Américo Lugo, Henríquez y Carvajal, Moscoso Puello, Peña Batlle, Juan Bosch, son nombres ilustres en ese campo terrible del pesimismo por el cual cada generación dominicana ha tenido que pasar.

Federico Henríquez Grateaux.

«**A** mí me gustaría que cualquiera de los que considera a José Ramón López como un pesimista me señale los planteamientos pesimistas de ese autor. ¿En qué se basan para decirlo? El otro, de los muy conocidos, Moscoso Puello, pesimista, negativo, de todo. Yo quiero que me enseñen en cuáles de sus famosas *Cartas a Evelina*, que fue una manera de expresar un discurso, hay pesimismo, un pesimismo como pensamiento, un pesimismo como sistematicidad».

El doctor Rolando Tabar, estudioso a profundidad del comportamiento del dominicano, enemigo de las caracterizaciones y opuesto a casi todas las valoraciones imputadas ancestralmente al nativo, no encuentra en casi ninguno de los estudiosos del dominicano «bases de sustentación que lo presenten pesimista».

«Si se revisan los planteamientos de los más conocidos, desde Balaguer hasta un Zaglul; desde un Bosch hasta un Henríquez Grateaux, cualquiera, plantean y comienzan: el dominicano es pesimista. Incluso, se editaron dos libros de José Ramón López, integrados, y se titularon como colección: *El gran pesimismo dominicano*», refiere.

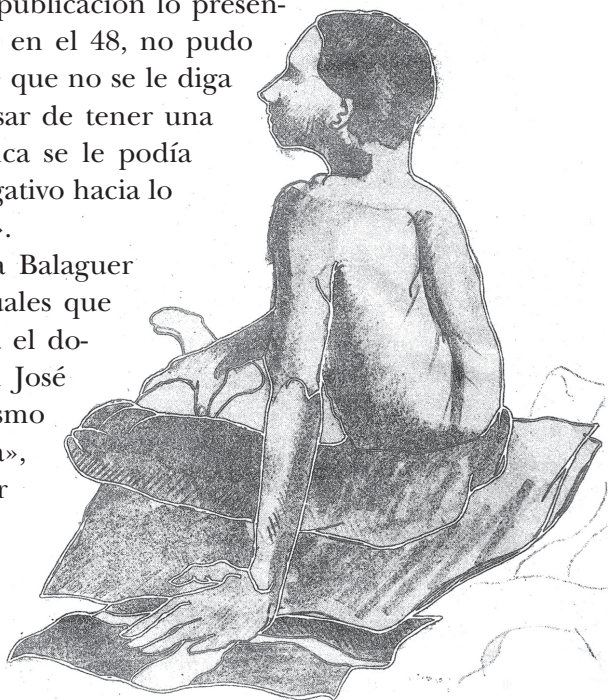
Para el notable psicólogo y catedrático universitario, miembro de un equipo de profesionales que estudió las «Imágenes y percepciones recíprocas de los dominicanos», no es cierto que los escritores señalados encasillan al criollo en esa categoría.

Quienes han percibido esa visión lo han hecho «sin ninguna sistematización, ninguna investigación que los avale y lo achacan a intelectuales en cuyo pensamiento no hay ningún elemento que permita esa conclusión».

«El mismo Moscoso Puello tiene otro texto, *Cañas y bueyes*, ¿por qué si vamos a hablar del pensamiento del autor tomamos una sola de sus obras, con un criterio monolítico? Pero ahí está *Cañas y bueyes*, como un referente, ¿dónde está el pesimismo en ese texto de Moscoso Puello? Yo no lo he visto», manifiesta.

Es más, añade, «si de José Ramón López se toma la edición que titularon *El gran pesimismo dominicano*, título mal puesto, como diría un amigo, no poca cosa dijeron, no fue inocentemente. Lo que tiene la presentación es un análisis literario de Joaquín Balaguer, escrito en el año 1948, pero para esa publicación lo presentaron como prólogo. Balaguer, en el 48, no pudo señalarlo como pesimista y dice que no se le diga pesimista, que se le podrá acusar de tener una visión reducida, pero que nunca se le podía acusar de exagerado, de ser negativo hacia lo dominicano, de ser duro, cruel».

Y explica que menciona a Balaguer porque es uno de los intelectuales que acusa mucha negatividad hacia el dominicano. Balaguer destaca en José Ramón López un «nacionalismo rabioso, rasgo capital de su obra», y lo considera el primer escritor que se empeña «por infundir



un sentido positivista a la producción literaria». La personalidad del sociólogo, agrega, «analiza la historia dominicana, para destacar en ella la importancia del factor económico, y si se dirige a los sectores políticos e intelectuales del país es para invitarles a que se sacrifiquen las nociones abstractas y se muevan preferentemente en la esfera del conocimiento positivo».

«Pero no se crea, sin embargo, que este duro pensador fue escéptico, ni que comulgó, como ciertos profetas que ya desde entonces vaticinaban la caída del país y el advenimiento de una era de desintegración nacional, en los odiosos altares de un materialismo vergonzante. José Ramón López fue, por el contrario, un hombre de pensamiento profundamente liberal que creyó, con fe instintiva y candorosa, en el humanitarismo y en la filosofía del progreso [...]], manifiesta Balaguer, entre otros conceptos.

EL TIEMPO PASA

El doctor Rolando Tabar plantea que a los autores tenidos por pesimistas se les señala de una u otra forma sin tener en cuenta la época en que escribieron sus trabajos. «Me explico: José Ramón López escribió en el siglo pasado su primer texto y el segundo a principios de este. Entre los dos, hay dieciocho o diecinueve años, aproximadamente. Hay, entre ambos, suma diferencia en planteamientos y, sin embargo, lo ponen como si se tratara de una sola línea de pensamiento».

Moscoso Puello, por otro lado, «comienza escribiendo, y lo dice él mismo en una nota inicial a su texto de *Cartas a Evelina*, en el primer tercio de siglo [...]. Transcurren 30 y tantos años entre la primera carta y la última. ¿Él mantuvo una homogeneidad tan clara, tan pura? No es verdad». Empero, enfatiza Tabar, «cuando lo señalan de esa manera, nadie indica, en ningún momento, bueno, comenzó pensando negativo y después cambió a positivo, o tuvo variaciones en su pensamiento. No. Lo presentan como un pensamiento homogéneo y único, lo cual no es cierto. Además de que no es un pesimista».

Ni basándose en los pensadores citados, ni en su experiencia personal, Tabar considera que el dominicano es pesimista.

«¿Qué supone un pesimista?», se pregunta, y reflexiona: «una persona que solo ve las cosas negras, con dificultad, con imposibilidad, que además de no encontrar una salida, no tiene opciones, nada más qué hacer. Y si algo podemos nosotros destacar en el dominicano es que, no importa la dificultad de la situación, siempre encuentra una solución».

De hecho, agrega, «se bromea con los dominicanos en ese sentido, de que es capaz de cualquier cosa por hallar una salida, no lo ven como positivo, pero es salida. El dominicano se va aunque sea en yola, para sobrevivir, pero se va, sobrevive, y aunque sea dedicándose a lo que se dedique, subsiste».

«Conste, aclara, que no estoy diciendo que todas las alternativas sean válidas, sino que mientras esté buscando una respuesta, en tanto crea que hay una fórmula de superar la situación del momento, no puede concebirse eso como pesimismo».

Advirtiendo no ser amigo de las generalizaciones, expresa que en los círculos en que se mueve, en lo que es su experiencia como dominicano, «no veo el pesimismo».

Los textos de López, Moscoso y otros han sido, a su juicio, mal interpretados.

Tabar está en desacuerdo con casi todos los rasgos que definen al dominicano, aunque coincide en algunos.

¿JUICIOS PESIMISTAS?

Los autores señalados como pesimistas han puesto de manifiesto actitudes negativas en el comportamiento del dominicano.

«El pueblo dominicano no tiene eso que podríamos llamar vocación nacional», pensaba el profesor Juan Bosch, declarando que «hay un rasgo psicológico común a casi todos los dominicanos: la susceptibilidad. La mayoría de los dominicanos, no importa de qué grupo social procedan, es susceptible en grado enfermizo. Su susceptibilidad resulta estimulada por el incidente más nimio, y casi siempre provocan en quien lo sufre, accesos de agresividad que destruyen en un momento nexos familiares, amistades estrechas, sentimientos de gratitud y que suelen ir desde ataque a machete en el campesino ignorante, hasta la propagación de las calumnias más venenosas en el grado universitario».



Tulio Manuel Cestero.

Escribió también Bosch, que «como el instinto le dice a las masas que merecen mejor vida, la dominicana vive resentida» y que «el pueblo dominicano padece de un complejo de inferioridad que le inhibe, en tanto pueblo, y le impide realizarse en un destino nacional. Esta inhibición se traduce en una apariencia de respeto a las jerarquías fundadas en el poder económico, social o político».

Consideraba que «los dominicanos medios no han establecido una escala de valores morales, no tienen lealtad a nada, a un amigo ni a una idea ni a un gobierno. El único valor importante es el dinero porque con él pueden vivir en el nivel que les pertenece desde el punto de vista social y cultural, y para ganar dinero se desconocen todas las lealtades».

Bosch, como se ha dicho, transformó en sucesivas obras su actitud hacia el criollo y tuvo una visión positiva sobre todo hacia los estratos bajos.

Tulio M. Cestero opinaba en su obra *La sangre*: «Desengáñate, en este país los intelectuales no sirven más que para secretarios de los macheteros: hay que hacerse general» y afirmaba que el dominicano, si lo apaleaban guardaba silencio, asegurando que así sería «mientras no le eduquemos cívicamente, tarea que requiere tiempo y paz».

«Desde el año 1844, todos los gobiernos que han logrado sostenerse compelidos por los desórdenes internos que nos debilitan y por el peligro vecino, han buscado el equilibrio más allá del mar», consignó.

Federico Henríquez Gratreux escribió, en otro orden, que José Ramón López fue «un importante y elocuente propagandista del pesimismo». El autor de *La alimentación y las razas* consideraba que «los rasgos principales que la degeneración ha impuesto en el carácter de los campesinos son la imprevisión, la violencia y la dobleza» y consideraba: «Yo no aseguro que el mal mayor de la República Dominicana son los intereses del Gobierno, porque los considero, no una causa sino uno de los efectos de las diferencias morales e

intelectuales que, por desgracia, pesan como una serranía sobre el alma dominicana».

Américo Lugo estimaba que «nuestra capacidad intelectual es casi nula» mientras que el doctor Antonio Zaglul observaba que «la infravaloración del dominicano nos hace mucho daño y nos atrasa, obligándonos a buscar en todo lo extranjero la solución de nuestros problemas».

En su serie de artículos sobre el pesimismo dominicano, Federico Henríquez Grateraux escribió: «Dicen que Narciso Sánchez, el padre de Francisco del Rosario Sánchez, le dijo a su hijo: «Convécete, Francisco, esto podrá ser un país, pero nación nunca», citando a Américo Lugo que, según él, «fue un hombre lleno de prejuicios raciales, que lamentaba la falta de cultura generalizada en las masas dominicanas [...]».

Reproduce Henríquez Grateraux que «un presidente dominicano recomendó a quien ganó un premio de lotería que no invirtiera el dinero en nuestro país, que antes que hacer eso mejor sembrara cadillo». Y concluye: «Quiere decir que si creemos a López, a Lugo y Bosch, no tenemos campesinos ni masas, ni clase media, nada sobre lo cual podamos fundar esperanzas».

22 de marzo de 2000.

IV

Bajitos

La razón por la cual el dominicano es bajito –hombre y mujer– nada tiene que ver con la cuchara, sino con factores genéticos y endocrinos, aunque no se descarta totalmente la influencia de razones nutricionales.

En cuanto a la talla, casi todos han perdido la máxima y la mayoría no llega a la mediana. En el hombre blanco podría excusarse aduciendo ventajas de clima, aunque por sí solas no bastarían a hacerle perder tantas pulgadas de estatura.

José Ramón López.

La razón por la que la mayoría de los dominicanos son «bajitos» es una condición revisada en época muy reciente y los resultados revelan que está basada, principalmente, en factores genéticos, nutricionales y endocrinos. Sin embargo muchos mantienen el alegato de que la reducida estatura se debe únicamente a la situación atmosférica y a que el nativo es «un mal comió».

Aquí la hembra es más «chiquita» que el varón y en comparación con mujeres de otros países, su tamaño es inferior. El que los hombres no sean tan altos no se debe, empero, ni al clima, como erróneamente pensaba José Ramón López, ni a la falta de cuchara, aunque se ha comprobado que la desnutrición ha influido en su «pequeñez física».

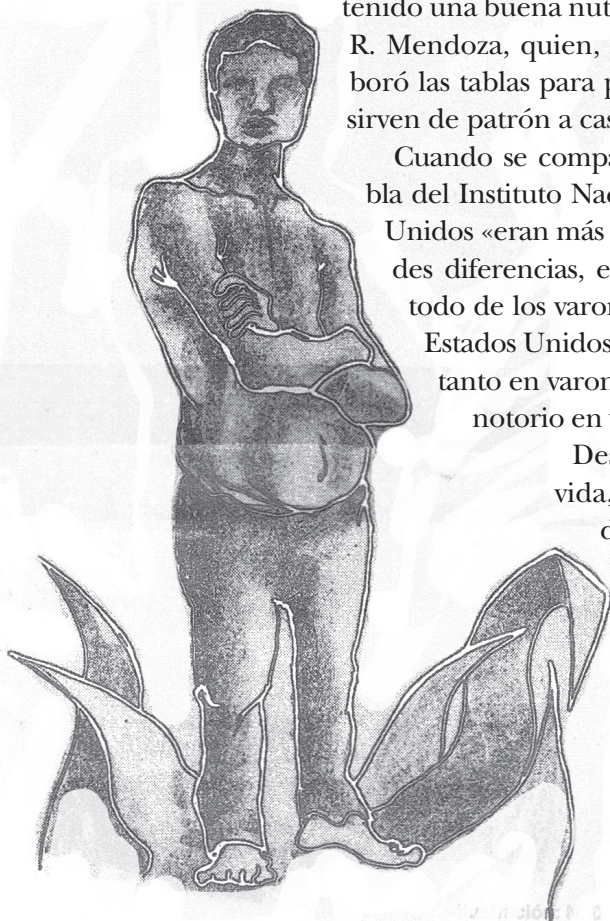
Pese a que las más recientes investigaciones se publicaron en 1981 y en 1995, aparte de un trabajo realizado por el doctor Parmenio Troncoso, en los años 40, ya para la época en que López aludía a la escasa estatura típica, había rebatido sus consideraciones en ese aspecto el ilustre escritor Rafael Justino Castillo, llegando a conclusiones casi similares a los de los escasos estudiosos del tema de este siglo, entre los que se encuentran los doctores Hugo R. Mendoza, Alberto Fiallo, Gregorio Soriano y Marcos Espinal.

«Al principio de los años 70 todo el mundo comenzó a establecer patrones de crecimiento, aludiendo a que cada país tenía sus peculiaridades, lo cual es cierto. Nosotros ya, desde esa época, estábamos interesados en ver cómo podríamos hacer un patrón nacional, pero se presentaba la siguiente disyuntiva: ¿es un patrón nacional que incluya todos los grupos sociales o uno de niños que sabemos que están bien nutridos? El doctor Alberto Fiallo trabajó en lo primero, en la población general, y nosotros en niños que estuviéramos seguros habían

tenido una buena nutrición», explica el doctor Hugo R. Mendoza, quien, partiendo de sus estudios, elaboró las tablas para peso, talla y circunferencia que sirven de patrón a casi todos los pediatras del país.

Cuando se compararon los resultados con la tabla del Instituto Nacional de Estadística de Estados Unidos «eran más o menos iguales, no había grandes diferencias, excepto en talla. La talla, sobre todo de los varones, tiende a ser más alta en los Estados Unidos que en República Dominicana, tanto en varones como en hembras, pero más notorio en varones», añade.

Desde los primeros dos años de vida, hasta los 18, la talla promedio de la mujer dominicana es de 1.60 metros (5'3" - 5'4") y del varón 1.70 metros (5'8"). Pero el 6, por ejemplo, que son 1.80 metros, está en el tope, sin embargo, en los americanos la tendencia es 1.80 (5'6" - 6'0")», refirió



Mendoza, consultor del Centro Nacional de Investigaciones en Salud Materno Infantil, que dirigió durante diez años.

«EL HAMBRE Y LOS CALORES»

En su tratado sobre *La alimentación y las razas*, José Ramón López agregaba a la cita del encabezado que el dominicano «negro y los mestizos de ambos, con sangre de los trópicos, habituado a los calores estivales de esta zona, se han empequeñecido también [...]». Obsérvese con cuidado a nuestros niños. Tienen inteligencia sutilísima; son vivaces, fuertes, ágiles. Pero a medida que van desarrollándose en un medio desfavorable por la escasez de nutrición, esas bellas cualidades se atenúan o se borran en vez de aquilatarse y sucede muchas veces que quien era un lince a los ocho años, a los veinte es casi un topo».

A pesar de que López tenía razón en el sentido de que la desnutrición había detenido el crecimiento físico de casi todos los desposeídos del pan, sus apreciaciones fueron combatidas en los mismos finales del siglo pasado por Rafael Justino Castillo. En su réplica, publicada en la revista *Ciencia, Artes y Letras*, en 1897, comenta punto por punto las ponderaciones del notable sociólogo y periodista y, al enfocar sus apreciaciones en cuanto a la estatura de los criollos, expresa:

«[...] Pero miramos en torno nuestro, examinamos, reflexionamos y medimos y, hasta cierto punto, nos tranquilizamos. Por lo menos aquí, en la capital de la República, no dan los hechos la razón al señor López. Y no es que escaseen los desequilibrados, ni falten familias enteras que lo sean, sino porque esos casos se encuentran entre gente que come muy bien y entre gente que come poco y malo, como consecuencia de las varias causas que a esos desórdenes nerviosos, tan comunes hoy en varios países civilizados, atribuyen los patólogos. Por lo que a la talla respecta, quien quiera aquí convencerse del error en que ha incurrido el señor López, médase y mida a los individuos de su familia y a sus amigos y a cuantos individuos se lo permitan y verá que la talla media dominicana si no es superior no es inferior a la media universal (1.65 m.)».

Andrés Julio Montolío, que se apodaba *Julio Censor*, respondió en ese sentido a José Ramón López: «En cuanto a la talla de los

pobladores de esta tierra, al señor López como que le invade profunda tristeza al notar lo pequeño que somos [...]. Y resulta que los dominicanos ahí se las ven con los franceses, quienes al decir de Topinard están muy por debajo de los iroqueses y los patagones».

ESTUDIOS RECIENTES

En «Talla de escolares dominicanos del primer grado de primaria», investigación en nutrición en la que trabajaron Gregorio Soriano, Marcos Espinal y Hugo R. Mendoza, se determinó déficit de talla en alumnos de Bahoruco, Elías Piña, Monte Plata, Sánchez Ramírez, María Trinidad Sánchez, Pedernales, San Juan de la Maguana. «La cifra de déficit de talla/edad más baja se observó en una parte geográfica del Distrito Nacional y San Cristóbal –pero– los municipios más afectados fueron Hondo Valle, Neiba, Pedro Santana, Juan Santiago y Los Ríos, todos en el suroeste del país y en donde el déficit de talla/edad fue mayor al 40 por ciento», señala.

Expresa que «los escolares de zonas rurales presentaron un déficit de talla/edad significativamente mayor que los procedentes de zonas urbanas». Estos datos están contenidos en el capítulo de los resultados referentes al estado nutricional. La investigación que llevó a efecto de doctor Hugo R. Mendoza para establecer la estatura, fue realizada, en cambio, entre niños bien nutridos. Solo en el primer año de edad, los infantes dominicanos estaban por encima de los norteamericanos en cuanto a peso, «explicado por el hecho de que los niños que se habían medido durante el primer año de vida en la República Dominicana, eran niños que habían sido alimentados a biberón [...]». De todas maneras, el patrón general dominicano de niños bien nutridos es prácticamente idéntico al de los Estados Unidos», significó el doctor Mendoza.

La población tomada como muestra fue de aproximadamente 4,000 estudiantes de las escuelas privadas, de las clases media y alta de Santo Domingo «y niños que durante el primer y segundo años de edad eran llevados a consultorios privados de médicos pediatras».

No representan todo el universo dominicano sino «la clase bien alimentada».

Ambas investigaciones permitieron comparar la influencia de la alimentación en el tamaño. El doctor Mendoza significó que «la talla se afecta cuando el proceso de desnutrición es largo, prolongado, de ahí el valor de estos censos porque la talla del escolar a su ingreso a la escuela, por ejemplo, nos puede decir cuál ha sido su nutrición en los años anteriores», agregando que debido a una deficiente nutrición pueden presentarse, también, «déficits intelectuales».

Indicó que cuando la talla disminuye por desnutrición crónica es difícil que el afectado se recupere, aunque se alimente bien. Aseguró que la alimentación influye en la talla no solo de los dominicanos, y puso el ejemplo de «los reservistas de España de 1936: la talla era menor que la que ha sido posteriormente, consecuencia de una mejoría alimentaria de la población en general, y lo mismo de los japoneses: antes de la guerra era menor que después de la guerra, porque han comido mejor».

EL TAMAÑO DE LAS MUJERES

«El ser pequeño obedece, precisamente a un factor genético. Los latinos, españoles, italianos, tienen una talla más baja que los nórdicos. Sin embargo, eso debe interpretarse con cuidado porque hay poblaciones que se tenían como que eran bajitos por razones genéticas y cuando comenzaron a comer bien han tenido una talla mayor [...]». Comentó Mendoza que estas razones genéticas y alimenticias son aplicables también a los dominicanos.

—¿Por qué las dominicanas son de más baja estatura que los hombres?

«Eso es universal y República Dominicana no escapa a esa realidad, eso es el factor genético. Ahora ¿tiene eso una razón biológica? No sé, no podría contestarte. Es lo mismo que la maduración sexual, que ocurre más tempranamente en la mujer que en el hombre. En la mujer dominicana bien nutrida ocurre como promedio a los 12 años y cuatro meses».

En cambio, agregó, «la presencia de espermatozoides móviles en un sedimento urinario, comienza alrededor de los 14 o 15 años, que es el único signo que nos puede decir, que ha llegado la madurez sexual en el varón. Aquí no hay estudios sobre eso».

En la pequeñez de tamaño de la mujer es posible que intervenga más directamente, además del factor genético, «el fenómeno de madurez sexual, que es más temprana en las mujeres que en los hombres».

—¿Qué hace que ese fenómeno produzca baja estatura?

«En la madurez sexual influye el cierre del cartílago de crecimiento, mientras más temprano se desarrolla una persona, más a tiempo madura el cartílago de crecimiento y el crecimiento se detiene, o se reduce. Imagínate tú si siguiéramos creciendo con la velocidad que crecemos desde chiquitos, dice un filósofo que seríamos tan grandes que ni cabríamos en el espacio».

—Hay mujeres altísimas, se le observa.

«Bueno, puede ser genético, heredado de familia o puede obedecer a defectos hereditarios, respondió, haciendo énfasis en que en general, el potencial de crecimiento está dirigido por genes específicos que dicen que ese sujeto debe crecer hasta tal grado, si encuentra los alimentos necesarios».

Desde el punto de vista nutricional, en la talla influye esencialmente el consumo de proteínas, calorías, vitaminas, pero principalmente las proteínas y calorías, manifestó.

—¿Se podría asegurar que la mayor población dominicana es más «bajita» que la de la clase alta, tomando en cuenta su extrema situación de pobreza?

«Ah, sí, la tendencia es más baja. Por eso es que el estudio nuestro no puede utilizarse como patrón nacional [...]. La talla de la clase pobre, en todos los estudios que se han hecho, es más baja que el promedio, de ahí el valor del censo de talla. El 30 por ciento de los niños dominicanos de edad escolar, al ingreso a la escuela, está por debajo de lo normal, que es lo que dice ese estudio», reveló el doctor Mendoza.

Comunicó que «la alta prevalencia de niños con baja talla, sobre todo en los grupos de niveles económicos bajos, está relacionada con el déficit nutricional, sobre todo de calorías y de proteínas». Hay datos que reflejan, por otro lado, que hay más repitientes de primer curso en niños con talla baja «lo cual sugiere un efecto de la mala nutrición sobre su capacidad cognitiva». Reiteró que la baja talla nutricional solo se corrige al mejorar la alimentación «pero una vez que

el sujeto tiene mala talla es muy difícil corregirlo, lo que hay es que nutrirlo bien desde su nacimiento».

Retomando el caso de la mujer aclaró: «mientras más temprano ve su desarrollo sexual, es decir, su menarquia, menos tamaño tiene, más pequeña se queda y, por ejemplo ¿cómo influye la nutrición en ese proceso? Las niñas de clases media y alta, menstrúan como promedio a los 12 años y cuatro meses pero en las niñas de niveles económico bajos, el promedio son 13 años, quiere decir que al mejorar la nutrición, también puede descender el momento de aparición de la menarquia e influir eso en el tamaño de las niñas.

Aunque el doctor Mendoza entiende que «160 centímetros, o cinco pies y tres pulgadas en la estatura femenina, «está bien», el único recurso de la mujer dominicana, para colocarse físicamente a la estatura del varón, es usar tacones altos.

23 de marzo de 2000.

V

Alimentos

La dieta alimenticia de los dominicanos, centrada en productos como arroz, plátano, pastas, grasas y carnes, ha variado poco con el correr del tiempo.

Desayúnase el más acomodado con una xícara de chocolate y un poco de pan [...]. Los otros hacen esta diligencia con café o agua de jengibre y un plátano asado. La comida consiste en arroz, y cecina con batatas, plátano, ñame y otras raíces, a cuya masticación acompaña el casabe en vez de pan.

Antonio Sánchez Valverde.

Aunque en el país se vende la más amplia variedad de cereales, carnes, productos lácteos, granos, vegetales, pastas y frutas, producidos aquí o importados; a pesar de que se ha multiplicado el número de supermercados, y los expendios de comida rápida están al doblar de cualquier esquina, dominicanos de las clases más desposeídas siguen consumiendo salepe o sagú, chola, you-you, casabe, seso vegetal, dompling y yaniqueque, no solo por tradición, sino debido, principalmente, a falta de recursos económicos.

Los de clase media y baja se mantienen aferrados al arroz, las habichuelas, huevos y plátano verde en su diversidad de preparaciones, sobre todo el mangú con cebolla, mezcla de su invención que ha dado a conocer a los nativos por el mundo y que, poco a poco, se

convierte en preferido de extranjeros de las naciones a donde viajan o viven.

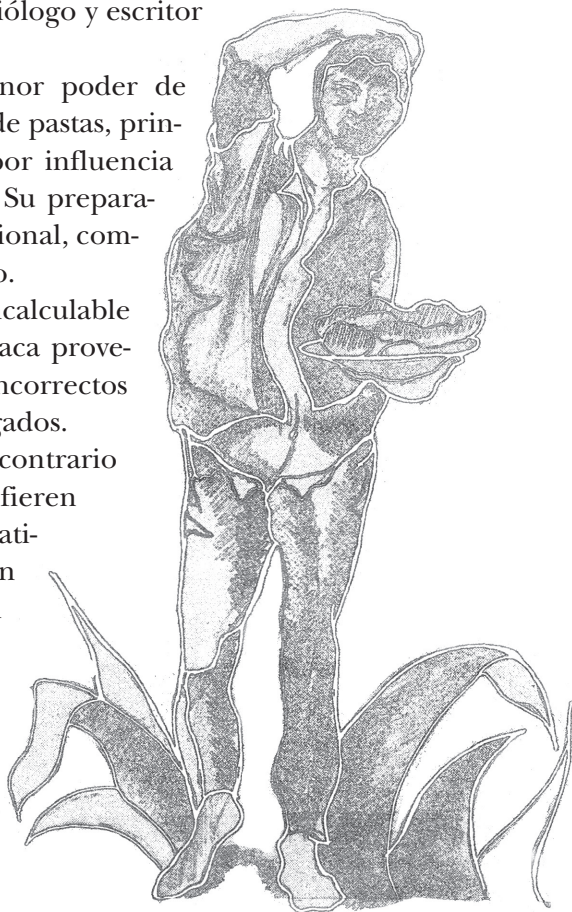
Se asegura que esta es la única tierra en la que se consume sin madurar esa planta monocotiledónea, pese a que los amarillos «alimentan más». Pero no embrutece, como se ha afirmado. Sostiene, alimenta, es de fácil y rápido cultivo y hasta tal punto ha superado las deficiencias de comida del dominicano que «si no fuera por el plátano, aquí se hubiera muerto mucha gente», según la reconocida nutrióloga doctora Haydeé Rondón.

El pollo gringo ha sustituido en muchos hogares al cerdo, que era el preferido de campesinos y urbanos por su singular sabor y por la inmensidad de componentes que de él se extraen convirtiéndolo en «alcancía del pobre». «En casi todos los casos el campesino prefiere a todas las carnes, la de cerdo, y en las monterías destinadas a esa crianza vive únicamente de ella, comiéndola en la noche, al regreso del rodeo, que ha hecho en ayunas», consignaba sobre esa vieja predilección el sociólogo y escritor José Ramón López.

Hay en los sectores de menor poder de adquisición un elevado consumo de pastas, principalmente espaguetis, pero no por influencia italiana sino porque son baratos. Su preparación ha sido adaptada al estilo nacional, completamente alejada del uso italiano.

El dominicano posee una incalculable riqueza alimentaria a la que no saca provecho, por ignorancia o porque sus incorrectos hábitos nutritivos están muy arraigados.

Generalmente no desayuna, contrario a los norteamericanos que le confieren gran importancia a esa comida matinal. La costumbre, según Joaquín Balaguer, se debe «al contacto con el negro, raza de una fortaleza física extraordinaria», que «lo transformó [al dominicano] en un hombre frugal y al mismo tiempo vicioso [...]».



Como es tan abundante su almuerzo, se siente mareado, abobado, tonto, con ganas de dormir y de ahí su clásica siesta, propia también de esta tierra, lo que se traduce en «pérdida de muchísimas horas de trabajo por alimentación inadecuada». Esta costumbre era observada por M. L. Moreau de Saint-Mery: «[...] después de la comida acostumbra a tener un descanso que ellos llaman siesta».

Amante de las frituras, el quisqueyano aún no se acostumbra a consumir frutas ni vegetales, pese a los esfuerzos de organismos nacionales e internacionales en ese sentido y aunque muchos nuevos ricos los han incorporado añadidos a otros productos que han bajado de su mesa «la bandera nacional», casi todos, bien o mal «comidos», padecen desnutrición. La doctora Haydeé Rondón explica: «Preparar la comida con mucha grasa es frecuente en el país, preferimos el pollo frito con todo y piel, al pollo asado, sin piel, que es más saludable y nos encantan los pastelitos fritos y los quipes. Hay familias que fríen en sus casas todos los días plátanos, arepitas de yuca y de maíz, bollitos, en fin, usamos mucha grasa en nuestra comida diaria. Ojalá que esa grasa que se usa para freír sea un aceite de maíz, de oliva, soya, maní, canola o semillas de algodón, que son saludables al corazón. No sabemos si las que se usan son mezcla de maní o soya con aceite de palma africana. No lo sabemos porque ninguna lo dice en su etiqueta. Sabemos que se produce gran cantidad en el país y esa grasa no es saludable por su alto contenido de colesterol».

En cuanto a los criollos que pese a comer bien sufren desnutrición manifestó: «De acuerdo a todas las encuestas de alimentación y consumo, se ha identificado que nuestra alimentación es baja en frutas, fibras, vegetales y proteínas. Por ejemplo, la mayoría del dominicano no tiene acceso a leche, carne, pescado y queso y eso se debe al factor socioeconómico. La clase alta, en cambio, consume todo esto en demasía. Entonces, tenemos desnutrición por déficit y por exceso porque cuando una persona pasa rápidamente de un estatus socioeconómico a otro, come todo lo que en su vida no había tenido».

Intereses políticos, culturales y económicos han influido, por otro lado, en las preferencias culinarias del dominicano. A los productos y costumbres introducidos por africanos, españoles e indígenas,



acompañaron los que se impusieron durante la Era de Trujillo, decisiva en cuanto al cambio de los hábitos alimentarios típicos. Con la instalación de Molinos Dominicanos, se hizo presente el pan, de agua y sobao, que el común de los dominicanos prefiere al negro o al integral.

Las inmigraciones también, sobre todo la inglesa, introdujeron platos al menú nacional, que se han extendido a casi la sociedad en general.

En gran medida las características del dominicano en cuanto a su alimentación, observadas en épocas lejanas, se mantienen vigentes. «La influencia en nuestra dieta contemporánea de los productos esenciales usados por los taínos, es sorprendentemente grande», escribió el historiador Bernardo Vega, quien refiere una encuesta del Banco Central de 1969 para determinar en qué gastaba su dinero una familia típica de la ciudad de Santo Domingo. Un trece por ciento se invertía en yuca, maíz, casabe, maní, palmito, mapuey, frijol, batata, lerén, entre otros. «Para las familias más pobres de la ciudad, un trece por ciento todavía se gasta en los productos agrícolas autóctonos antes mencionados y se puede adelantar que en nuestras zonas rurales la proporción gastada en los productos antes mencionados es bastante superior al 13%».

Al hacer énfasis en la preponderancia del casabe, Vega indica que hoy en día se sigue produciendo de la misma forma en que la hacían los aborígenes y las palabras que definen los instrumentos siguen siendo las mismas taínas: guayo, guariquitén, naiboa, cuisa, jibe, etc.

El reputado historiador y sociólogo doctor Walter Cordero, que en los últimos años se ha dedicado a estudiar la alimentación del dominicano, dice respecto al lerén: «Es un fruto netamente local, incluso llega a Cuba originario de aquí. Sin embargo, solamente es un elemento decorativo de la Navidad».

Expresa lo mismo del mapuey, y se pregunta «¿quién lo conoce?». Para él, «este es un país en disolución y asimismo la alimentación ha sido fuertemente alterada por los cambios procedentes del exterior».

El éxodo hacia otras tierras buscando mejores condiciones de vida, no ha logrado transformar los usos alimentarios del criollo. La doctora Rondón, que estudió los hábitos de los dominicanos residentes en Nueva York significa con asombro: «es increíble cómo ellos,

allá, que tienen disponibilidad económica, no cambian su cultura alimenticia. Siguen comiendo lo mismo que comen aquí: su mangú por la mañana, su arroz con habichuelas y su carne de pollo. Y su cena, igual».

«En el caso dominicano, la alimentación es una simbiosis, producto de múltiples influencias económicas, sociales, culturales, ambientales», resume Walter Cordero. El eminente psiquiatra doctor Antonio Zaglul consideraba que «aparte de los problemas económicos que produce nuestra hambruna crónica, la ignorancia y una serie de complejas ideas atávicas y mágico-religiosas, contribuyen a que sea mayor nuestro problema de desnutrición».

El costumbrista e historiador don Carlos Esteban Deive consigna en ese orden que «en el caso de Santo Domingo, la transculturación culinaria revela un triple origen: el español y europeo, el indígena y el africano. Sabemos por otros estudios, que el dominicano retiene en su dieta productos y hábitos alimentarios de procedencia indígena gracias a que los mismos fueron transmitidos por los esclavos africanos. La cocina española nos parece, por supuesto, fácilmente identificable. Más no podemos decir lo propio de la africana».

La alimentación nacional ha estado presente en la poesía, el periodismo, la política, las creencias. Juan Antonio Alix hablaba de las virtudes del arroz mientras que Luis Camejo, exaltaba las infinitas bondades del maíz. Antes que ellos, Juan Castellanos dejó plasmado en un poema la escasa dieta del taíno, en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, de 1589:

Si son gentes de buenos pensamientos
a bien es recebilos, si son gratas,
si vienen fatigados y hambrientos,
Darémosles comidas bien baratas;
darémosles de nuestros alimentos
guamas, auyamas, yucas y batatas,
darémosles cazabis y maíces,
con otros panes hechos de raíces.
Darémosles jutías con ajíes,
darémosles pescados de los ríos,
darémosles de gruesos manatíes;
las ollas y los platos no vacíos;

también guariquinayes y coríes,
de que tenemos llenos los buhíos,
y curaremos bien a los que enferman,
colgándoles hamacas, en que duerman.

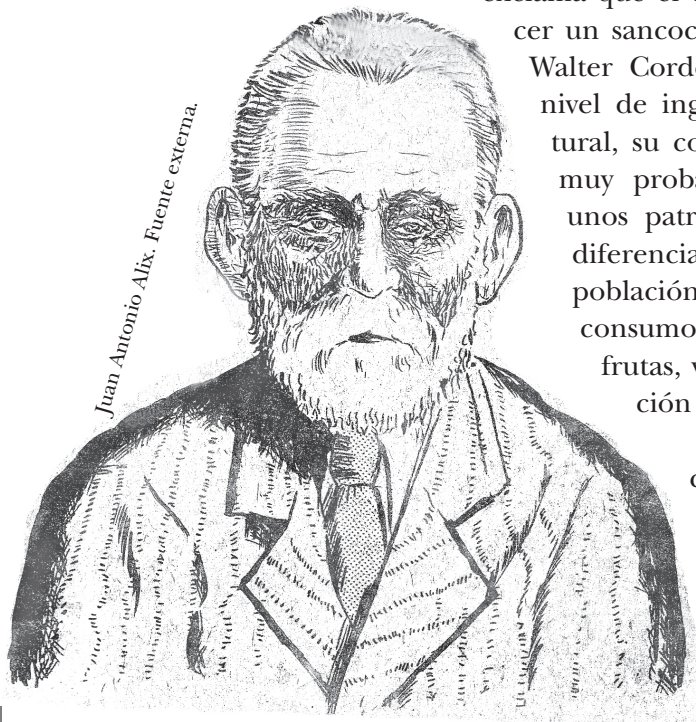
Las supersticiones han afectado la alimentación del dominicano. Muchos frutos, vegetales y jugos han sido asociados con la suspensión de su desarrollo hormonal, en la adolescencia, actitud que aún perdura entre numerosas familias. De este proceder se lamentaba José Ramón López, en 1897: «Del empobrecimiento a que se reduce el organismo nace la prevención generalizada contra muchos alimentos sanos. Incapaz al fin de digerir bien el estómago debilitado, cualquier cosa lo enferma y el paciente acusa a aquellos de la culpa y los proscribde de su mesa, en vez de aumentar la cantidad [...]».

«Así creen muchos que el guineo es venenoso si se toma antes o después de la leche, que el mamey mata, que el plátano con licor lleva a la eternidad a quien lo gusta y toda indisposición tratan de curarla no comiendo y purgándose el día que la sufren», agrega.

No hay coincidencias, en otro orden, en cuanto al plato típico dominicano. Julio Vega Batlle descartaba como tal el sancocho, alegando que el dominicano, solo en épocas de mucho frío y lluvia

exclama que el día está bueno para hacer un sancochito. Al respecto opina Walter Cordero: «los ricos, por su nivel de ingreso, por su nivel cultural, su contacto con el exterior, muy probablemente han tenido unos patrones alimentarios algo diferenciados del resto de la población, precisamente en el consumo de pescado, mariscos, frutas, vegetales, una alimentación más selectiva».

Pero señala diferencias regionales:



[...] el Este cañero, mucho más pobre en oferta alimentaria endógena, se ha apoyado más en la harina de trigo, en sus diversas formas, aprovechando en el pasado algunas ventajas ambientales, como los cangrejos. Samaná, antes del turismo, también aprovechó mucho los recursos marinos. El Sur pobre tuvo en el maíz, hasta muy recientemente, un apoyo nutricional por excelencia, incluso más que el arroz y, desde luego, el Cibao, por la grandiosa fertilidad de su tierra, fue siempre el reino de los víveres.

La alimentación no ha sido ajena a la fraseología política. Significa Cordero que «para la gran mayoría del pueblo es un tormento. Para los políticos es un embrujo dirigido a atraer el voto ofreciendo las tres calientes, poniéndolos gordos y colorados, o una manera de excluir el voto es acusándolos de comer solos».

24 de marzo de 2000.

VI

El arroz

Los dominicanos son hombres y mujeres locos con su arroz como elemento principal de la dieta. El 80% de los hogares de todos los estratos sociales lo consume todos los días.

Necesitamos un apóstol de la comida que venga a enseñar a comer a las gentes, y les predique que la civilización no la adquieren ni la conservan sino los pueblos que tienen una buena cocina.
José Ramón López.

El maíz es un caso típico de transculturación recíproca entre los europeos y los pobladores originarios (taínos). El casabe por igual, puesto que como el trigo no se adaptaba a las condiciones de los trópicos, desde muy temprano los españoles tuvieron que acostumbrarse a ese patrón alimentario que tenía una ventaja en común: se podía almacenar.

El doctor Walter Cordero hace estas consideraciones remontándose a las primitivas comidas criollas. La doctora Haydeé Rondón respalda sus conceptos agregando que «nuestros indios comían frutas y pescado, en su mayoría, y el casabe fue el primer pan usado por los españoles». La nutricionista pone de relieve la condición de perecedero del casabe y su gran contenido de fibras.

En los barcos negreros, para alimentar a los esclavos trajeron a Santo Domingo otros productos empleados en la dieta. «La alimentación dominicana está presente de la influencia Europea que llega

a España a través de los árabes y que, sin embargo procede de Asia, mediante el arroz y el vacuno. De África vienen el guandul, el ñame, un vívere como ningún otro, por su durabilidad, y ha perdurado el plátano, otro producto extranjero», expresa Cordero.

Cita entre las sustancias consumidas desde tiempos antiguos por los nativos, las féculas: el sagú o salepe, complemento procedente de una raíz que hacía las veces de sucedáneo de la leche. Se usó hasta los años 50 de este siglo y todavía es común en ciertos lugares de la República. Se preparaba como una papilla. «En el patrón nutricional del doctor Fernando Arturo Defilló se recomienda a las madres esta sustancia», revela Cordero. La merienda indicada por el notable facultativo era «platillo de crema de avena, de harina de plátano o sagú preparado con leche».

El doctor Fernando Arturo Defilló fue una de las figuras dominicanas de este siglo que mostró mayor preocupación por corregir los inadecuados hábitos alimentarios del dominicano. En 1944 publicó un interesante fo-

lleteo sobre «Preceptos y reglas para la alimentación del niño, desde un día hasta 7 años de edad», en el que ofrecía útiles consejos a los padres para la salud y excelente nutrición de sus hijos.

En 1948 escribió otro boletín «Cómo subvertir práctica y concienzudamente las exigencias de nuestra alimentación diaria», en el que observaba: «Siendo nuestro país fecundo en tierras vírgenes, de una asombrosa fertilidad, proveedoras a poca costa de riquísimos y variados frutos vegetales, ¿por qué no fomentarlas con



esmero y espesor de su pródiga benevolencia, que nos dé satisfactorios alimentos sin tener que recurrir a mercados extranjeros?».

MILLO Y SAGÚ

Defilló era un abanderado del millo. Decía: «Llamo la atención a mis lectores sobre el rico valor nutritivo del millo. ¿Por qué no se cultiva esta gramínea en gran escala? Su valor alimenticio es superior al del maíz, al del trigo y al del plátano». Afirmaba que «nuestro modesto gandul es muy nutritivo, mucho más que el garbanzo y el chícharo o el *petit-pois*», pero comentaba que «la generalidad de la gente se desvive por la papa y en el caso de elegir entre ese tubérculo y la yuca, el plátano o el maíz, se deciden por aquella». «Entre los frutos criollos de mérito, tenemos al impropiaamente nombrado por nuestro campesino sagú. Llámase realmente *arrow-root*, y aunque poco usado en la alimentación diaria, es un delicado feculento, precioso para el estómago de los niños tiernos y de los adultos débiles o convalecientes de enfermedades gastrointestinales». Otro tanto, agrega, «podemos asegurar del mapuey, alimenticio a la par que exquisito tubérculo, y de la yautía». Pese a sus aclaraciones gramaticales, Defilló escribió siempre «sagú».

Los pobres también comieron guáyiga, fécula de la época de los aborígenes, «en bollos llamados chola, acompañados de aguacate o pescado y, como dulce popular, hojaldre, de gran contenido de almidón».

«Un tema que desgraciadamente no ha sido tan estudiado en términos de ver cómo se engarzan las influencias externas e internas, son los alimentos étnicos. Por ejemplo, los ingleses traen de su colonia de Asia a Jamaica para alimentar a los esclavos, el mango, el pan de fruta y el seso vegetal (fruto carnoso, aceitoso), que se distribuyó por el Caribe», narra Walter Cordero. Pero «es sintomático –añade– que el seso vegetal está en Monte Plata y en Yamasá, regiones de origen esclavo. Ayuda, por supuesto el clima, porque uno no puede hablar de la alimentación sin el ambiente. Es lo mismo que si se habla de los dulces, tiene que hablar de la comunidad y de la agricultura. Baní –significa– una comunidad tan dulcera no se puede disociar de sus orígenes canarios, pero no se puede pensar tampoco en un Higüey

sin queso o dulce de leche, siendo, como es, el gran prado, la sabana ganadera por excelencia».

PLÁTANO Y TOSTÓN

«Hábitos alimenticios de los esclavos de los ingenios azucareros han quedado vigentes en la cocina dominicana. Casabe, tasajo y plátano constituyen base de la dieta del negro esclavo. El tostón, fritura de plátano verde, aplanada, variante fonética de *tonton bananes*, propia del habla francoantillana, pudiera relacionarse con el vocablo negroide de Surinam *tomtom* o del jamaiquino *tum tum*, que imita el sonido que produce el mortero en la preparación del plato llamado fufú», según Carlos Esteban Deive.

Tanto este autor, como Cordero y la doctora Rondón, se refieren a los diversos usos que el dominicano da al plátano. Además de los citados, están el mofongo que, según Deive, es «un plato de la cocina criolla, hecho con plátano verde frito y majado al que se agregan trozos de chicharrón». La raíz del vocablo explica, «parece provenir del habla del Cabo Verde, donde la voz *cufongo* indica bola de maíz».

«De los plátanos hay mucho que hablar. El dominicano se desespera cuando está escaso, cuando está caro, es que es el preferido en un 53 por ciento de los hogares, especialmente el verde. Con la escasez, aumenta el consumo de guineo verde, sancochado», explica Rondón, que pone como preferencia del criollo, después del plátano, viandas como la yuca, la auyama, batata, yautía y ñame. Significa que esta predilección del plátano por parte del criollo se debe a que «es un alimento que llena el estómago, da una sensación de llenura, no hace sentir el hambre, a diferencia de los vegetales».

«El dominicano ha producido su plátano y tenido suficiente variedad. Cuando éramos tan pobres que vivíamos del autoconsumo, todo el mundo lo sembraba en su patio y lo tomaba de su predio, aun teniendo poca cantidad de tierra. Se repartían cepas por el vecindario y cuando a la mata le quedaban varios racimos, se sacaban y reactivaban para producir más, o sea, era una siembra casi obligada en todos los patios de nuestros padres», rememora la nutrióloga. Agrega que el cultivo «no necesita fumigación, ni abono», y que el hábito de

comerlo verde, únicamente propio de los dominicanos, obedece «a la necesidad de consumirlo rápido».

«Se ha querido decir que el plátano embrutece, lo cual no es cierto. El plátano contiene como elemento básico carbohidrato y el organismo lo necesita para su alimentación. El plátano aporta la mayor cantidad de calorías de la dieta», explicó.

EL ARROZ

«Con el desarrollo del mercado, o sea de la agricultura de exportación, y la monetización de la economía, ya desde finales del siglo XIX y principios del XX, la República Dominicana ha sido un país muy dependiente del exterior en materia alimentaria, excepción hecha de la dictadura de Trujillo. Durante el primer tercio de este siglo, la mayor parte de los alimentos básicos de la economía monetizada provenía del exterior: harina de trigo, arroz, grasas comestibles, pescado seco y otros alimentos», refiere el doctor Walter Cordero.

Tanto él como la doctora Rondón coinciden en afirmar que «con Trujillo esto cambió radicalmente». «Se crearon las condiciones internas para la producción exterior de las sustancias básicas, principalmente el arroz y las grasas comestibles, representadas por el aceite de maní», expresa Cordero. Sin embargo, acota, «en ambos casos la dictadura monopolizó la comercialización de dichos productos y los gravó con pesados impuestos para su beneficio y el de sus socios. En el caso del arroz existieron plantaciones en Julia Molina (Nagua) explotadas en base a millones de prisioneros, en ciénagas infernales infectadas de sanguijuelas, donde perdían la vida. Y en lo que toca al aceite de maní era una semiesclavitud moderna para beneficio de unos cuantos».

Actualmente, según la doctora Rondón, «el arroz es el alimento de mayor preferencia de los dominicanos. Se dice que el arroz con pollo es una variante de la paella española». El criollo, que según la nutricionista no consumía el grano, se sintió atraído por él, inmediatamente se introdujo el cultivo «porque es un alimento perecedero, que no se daña, se puede conservar fácilmente, además, se ha introducido como donación en países donde hay sobreproducción de arroz, y cuando Trujillo trajo los japoneses a sembrarlo, se acondicionó la

agricultura pensando que se podría producir en suficiente cantidad sin necesidad de importarlo, lo que jamás ha ocurrido pues nunca ha dado abasto para las demandas de la población».

Si el dominicano combinara el arroz y las habichuelas, que es una liga nutritiva, «no necesitara carne», ya que el grano le sustituye. «Por ejemplo, una taza de habichuelas equivale a tres onzas de carne», asegura Rondón. No obstante, «la gente no asimila eso y cree, erróneamente, que el espagueti o la berenjena pueden suplantarla».

Otra de las causas de la inclinación nacional por el arroz, es el costo. «A pesar de que el arroz blanco que nosotros comemos no es la variedad más nutritiva, según las encuestas de consumo de alimentos, el 80 por ciento de las familias dominicanas consume arroz todos los días». Lo típico es la combinación del arroz con las habichuelas rojas, asegura la profesional. «El cubano consume arroz, pero con habichuelas negras; el puertorriqueño lo usa con gandul y los venezolanos con habichuelas negras».

«Son muy pocas las familias dominicanas que planifican consumir otro tipo de leguminosas, como las habichuelas negras, lentejas, garbanzos, guandules, judías, arvejas y otras. Podría ser una excelente mezcla para obtener proteínas y calorías sin necesidad de comer carne diariamente», asegura Rondón y añade: «Si una familia de cuatro personas cocina dos tazas de arroz y una taza de habichuelas y las divide en cuatro raciones, estaría consumiendo una mezcla adecuada. Pero esta mezcla no puede hacerse en ningún hogar dominicano porque se cocina gran cantidad de arroz y muy pocas habichuelas. En muchos hogares, además, prefieren consumir el arroz blanco».

En ese aspecto se mantiene latente el pensamiento de José Ramón López, quien hace más de un siglo observó: «Comúnmente los platos son carne, plátanos, arroz y frijoles no muy abundante el primero, engañándose casi siempre el deseo con caldos espesados a fuerza de auyama».

25 de marzo de 2000.

VII

La dieta

El régimen de Trujillo introdujo cambios importantes en la dieta del dominicano, pero la misma sigue siendo deficiente por malos hábitos y porque la extendida pobreza obliga a comer lo más barato, lo que menos cuesta.

Mala es, en efecto, la alimentación de los dominicanos [...]. Se consume poca carne, poca leche, pocos huevos, poco pan. ¿Qué es lo que se come? En otro tiempo se respondería: plátanos y arepas. Pero hoy es lo general que haya escasez de plátanos y maíz, como de todos los demás frutos que en otros tiempos abundaban.

Rafael J. Castillo.

De la manteca de puerco, el dominicano pasó a consumir aceite, el casabe lo sustituyó significativamente por pan, conoció los espaguetis, coditos, mostacholis y canelones, sustituyó el cerdo por un pollo foráneo que recibe desplumado y que abunda en esquinas y colmados, tiene en los establecimientos comerciales la más rica variedad de leche, sin embargo, sigue tan mal alimentado como hace un siglo, no solo por la pobreza generalizada sino porque desconoce riquezas naturales y gratuitas que lo nutren y las normas elementales del buen comer para mantener la salud.

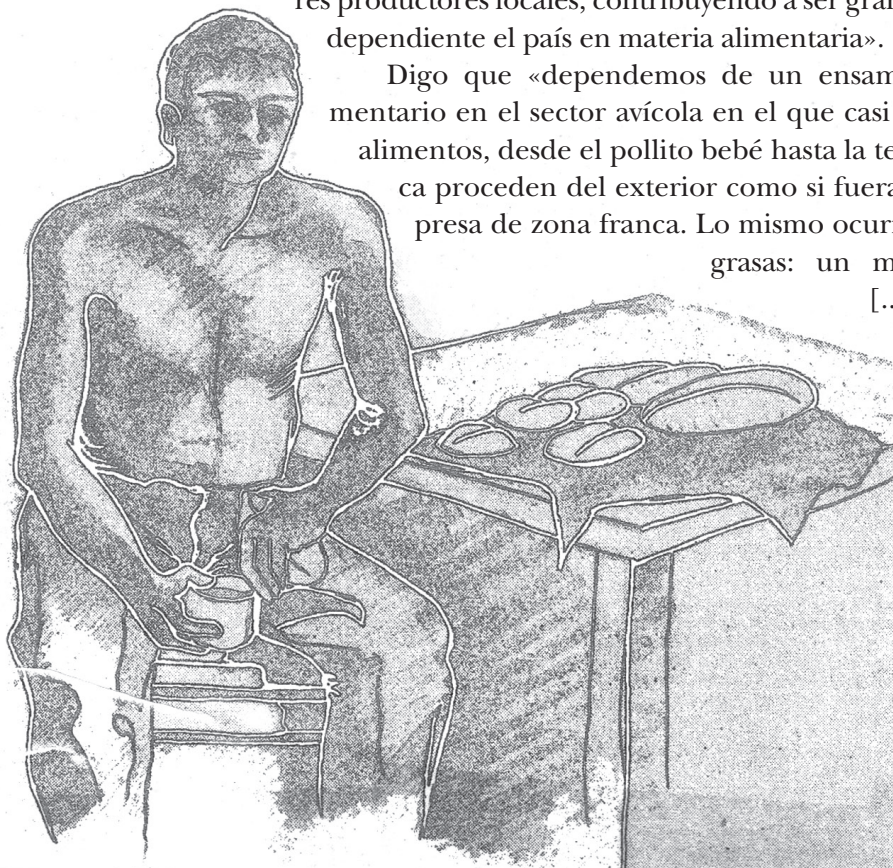
Rafael Justino Castillo dijo en 1897, y parecería que es de hoy su sentencia: «Si se tiene en cuenta que ciertas circunstancias han aumentado el costo de artículos de primera necesidad que se importan,

y otros han disminuido la producción nacional, claro está que hoy es peor aún la condición alimentaria en nuestro país». Tan actual como la cita que encabeza este trabajo es, también, la observación de José Ramón López: «es increíble lo poco que se come en nuestras ciudades».

El doctor Walter Cordero hace parecida consideración, en pleno año 2000: «La alimentación dominicana se ha empobrecido extraordinariamente pues depende cada vez más de los derivados de la harina de trigo: pastas, yaniqueques y empanadas para los pobres y pizza para las clases medias».

«Por sus costos actuales, raramente la familia dominicana se come un sancocho, cuando en el Cibao, según Ramón Emilio Jiménez, la expresión era “ganarme lo del sancocho, en vez de lo del moro”», señala. Agrega que en los años 60 y 70, a través de la ley PL -480, Estados Unidos «promovió una política de préstamos, de materias primas, principalmente maíz, sorgo, que endeudó el país y destruyó los sectores productores locales, contribuyendo a ser grandemente dependiente el país en materia alimentaria».

Digo que «dependemos de un ensamblaje alimentario en el sector avícola en el que casi todos los alimentos, desde el pollito bebé hasta la tela metálica proceden del exterior como si fuera una empresa de zona franca. Lo mismo ocurre con las grasas: un monopolio [...]».



GRASAS Y PAN

Algunos estudiosos, entre ellos Walter Cordero, sostienen que durante el régimen de ocupación norteamericana de 1916 «el consumo de pan en el ámbito urbano ganó una mayor aceptación [...]. En cambio, la arepa se mantuvo de preferencia entre la clase trabajadora, sobre todo en la zona rural, por su bajo precio». Rondón relaciona el pan con la creación de Molinos Dominicanos «para procesar el trigo y lograr que se consumiera a bajo costo».

«El pan que consumimos más frecuentemente los dominicanos es de agua o sobao. La diferencia entre uno y otro es la cantidad de grasa que se agrega a cada mezcla». El de agua, explica, es el más nutritivo de los dos porque tiene menos grasa. «Pero ninguno de los dos son más nutritivos que el que se prepara cuando se combina el trigo con su pasta, con la semolina, como es el pan integral», que no es el preferido de las mayorías porque las influencias del consumo de los alimentos van dadas al costo: mientras más barato, más gente lo consume, porque somos una población pobre». Aunque muchas familias sirven hoy en el desayuno el pan «seco, solo, pelao, sin nada», otros lo acompañaban de mantequilla, margarina, queso y una taza de chocolate.

Otra industria instalada cuando Trujillo, la Sociedad Industrial Dominicana (Maicera), fue desplazando la manteca de cerdo de la cocina nacional, que era la grasa utilizada para cocinar, según la doctora Rondón. El cerdo, refiere Walter Cordero, «fue la base de uno de los elementos principales de nuestra dieta durante épocas proveyendo carne, grasas, embutidos (longaniza, morcilla y chicharrón), componente de múltiples platos locales, como mofongo, chicharrón con casabe, mangú con manteca [...]».

«Con la Maicera se introdujo el aceite vegetal y desde entonces se ha cambiado el uso de manteca de puerco, que se criaba en las casas, representando una verdadera alcancía para los pobres. Se comía de él y se vendía una parte». En cambio «se sacrificaba y su carne era secada y guardada seca por mucho tiempo, sin que se dañara pues en esa época había muy poca refrigeración», expresa la doctora Rondón.

La profesional alude, también, a la llegada del pollo «americano» que «en principio nadie quería comer porque decían que no sabía a nada, que crecía con hormonas, había hacia el pollo gringo, como le decía la gente, un rechazo absoluto. Pero al ser la carne más barata es la que más predomina, el pueblo fue perdiéndole el temor».

«No es que sea la panacea. Quiero recalcar que es una de las carnes más saludables siempre y cuando no estén mezclando hormonas ni aditivos perjudiciales a la salud». Al pollo, además, hay que quitarle el pellejo, aconseja, porque «acumula mucho colesterol» y cocerlo bien ya que, de lo contrario puede transmitir enfermedades. El dominicano, significa, «prefiere el pollo frito, que es menos saludable. Debe ser asado o hervido al vapor, pero no guisado con mucha grasa».

LAS PASTAS

«Con la Era de Trujillo llegaron las pastas porque se introdujeron leyes para proteger las fábricas de espaguetis», manifiesta la doctora. Su bajo costo, también, las han hecho costumbre entre las familias de escasos recursos. Pero el criollo adaptó la preparación a su cultura, a diferencia de los italianos de quienes es típico el producto. «Los italianos consumen la pasta casi dura. Nosotros demasiado blandita. Ellos la hacen al dente, es decir, hirviéndola muy pocos minutos, y los dominicanos la ablandan demasiado, tanto, que pierde su textura, inclusive su sabor. Ellos usan mucho queso en la pasta, nosotros no, que a diferencia de ellos le ponemos salsa de tomate, aceite, mientras que ellos no le agregan nada».

EL SANCOCHO

«Está muy asociado a una economía campesina, con disponibilidad alimentaria, sobre todo en víveres, que se convierte no solo en el ingrediente del plato sino en un componente de alimentación del cerdo, por las sobras», declara Walter Cordero. Sin embargo, agrega, «este patrón cambia en la medida en que la sociedad dominicana se

urbaniza, hay un declinio [declive] en la población agrícola, sobre todo de víveres tales como mapuey, ñame, yautía y, por tanto, un encarecimiento y una mayor preferencia por otros platos, sobre todo la preeminencia del arroz durante el trujillismo, la cual fue resultado en parte, de una campaña oficial destinada a suprimir las importaciones de ese cereal. La habichuela se ha conservado desde la época taína y esta ha sido una sociedad ganadera a lo largo del tiempo».

Los juicios de Cordero en torno a este caldo con víveres y carnes surgen al preguntarle cuál es el plato que identifica al dominicano. Él comenta que es un patrón que cambia según las épocas y circunstancias y añade: «Ahora, cuando el hogar no es exclusivamente el entorno alimentario y por la rapidez, las necesidades, las razones de trabajo y la propia carestía de alimentos, el arroz, las habichuelas y la carne compiten con menos renglones, principalmente las pastas son las que entran en más competición. Por supuesto el arroz y las habichuelas perdurarán por muchos años porque hay unos intereses comerciales que benefician y alientan esos patrones», concluyó.

LEGUMBRES, HORTALIZAS

En la segunda mitad del siglo XX, según Cordero, «se produjo un cambio importante de tipo positivo en el enriquecimiento nutricional dominicano, a través de las legumbres y hortalizas, producto del impacto que tuvieron las inmigraciones española y japonesa en los ricos valles de Constanza y Jarabacoa y el aporte posterior de los agricultores dominicanos». Significó que en el pasado, los mismos estaban prácticamente ausentes de la dieta del dominicano. «Había grandes carencias. La encuesta de nutrición de 1949, de la Fundación Rockefeller, llama la atención al respecto. Además, se han incorporado las frutas».

Quinbombó, calalú

«[...] El *calalú* conocido en otras partes del Caribe como *quinbombó* o *gombó*, es un plato integrado hoy a la cocina dominicana e introducido por los trabajadores negros de las Antillas Menores inglesas,

los cocos. Se confecciona con hojas de yautía, molondrones, carne y pescado», anota Carlos Estaban Deive. Agrega que a esos inmigrantes «debemos también otro plato muy sabroso, el *fungí*, preparado con harina de maíz, sal, molondrones y pescado guisado». Los árabes introdujeron los quipes.

DEFICIENCIAS Y MALOS HÁBITOS

En todas las encuestas de alimentación y consumo, se ha concluido en que la alimentación del dominicano es baja en proteínas y calorías por lo que hay considerable cantidad de niños desnutridos. El 50 por ciento de la población no toma leche «y la mayoría consume leche en polvo o reconstituida, tanto a nivel urbano como rural», informa la doctora Haydeé Rondón.

«Uno de nuestros malos hábitos es no desayunar», pese a que esta es «la más importante comida del día, por las horas que uno pasa sin comer. Es una actitud que se observa en todos los niveles, tanto en la clase pobre como en la clase rica porque cree que va a engordar, pero las familias de clase media tampoco se desayunan». Es una costumbre propia del dominicano, a veces impuesta también por la prisa antes de acudir a la escuela o el trabajo. «En cambio, el desayunarse es propio del norteamericano, es una tradición».

«Nosotros después que pasamos toda la noche sin comer nada, y no nos desayunamos, venimos al medio día y nos llenamos el estómago en forma extraordinaria y esa bomba con tanto carbohidrato que le entra a la comida, nos tumba», exclama Rondón que aconseja «comer de tres a cinco veces al día, una manzana, una pera, un guineo, una toronja, un pedazo de piña [...]».

La doctora Rondón es de las que piensan que el dominicano vive «de espaldas al mar» porque no consume pescado, «porque aquí no se ha desarrollado una flota de pesca para el consumo humano y, por otro lado, la gente le tiene mucho miedo, por la ciguatera. Tiene otro limitante: el costo».

Recomienda el maní, que aporta calorías y proteínas; el guineo, «una fuente rica en calorías y proteínas; el huevo, que sigue siendo muy nutritivo, a pesar de que contiene mucho colesterol y lo que

el organismo necesita al día son 300 miligramos, quiere decir que actualmente no se recomienda comerlo todos los días [...]».

Según ella, la verdolaga, las hojas de gandul, los «cohollitos» de la mata de yuca y de auyama, la espinaca «y todas esas cosas que no son tradicionales son fuentes adecuadas de nutrición que el dominicano desprecia».

LA PUBLICIDAD

«Desgraciadamente, como aspecto negativo, la industria alimenticia y la publicidad comercial han condicionado la infancia y los jóvenes hacia preferencias para la alimentación de base química, plagada de preservativos que tienen una amplia demanda, y no hay campañas educativas eficaces que insistan en una alimentación más sana», lamenta Walter Cordero.

«Es muy difícil cambiar los hábitos de alimentación de una población y, sobre todo, si el poder adquisitivo se mantiene bajo. Si el 50 por ciento todavía vive en pobreza, o con escasa cantidad de alimentos, o con muy baja escolaridad y deficiente educación nutricional, es una dura tarea modificar su comportamiento», opina Rondón.

Al preguntarle a Cordero si es posible diferenciar a un dominicano de un extranjero por su alimentación, comentó: «yo no veo a un peruano haciendo un sancocho. Por otro lado, la palabra “concón”, si bien el producto no se aprecie, es un reflejo que nos identifica hasta el punto de que en Puerto Rico se ponen trampas a los dominicanos para establecer si son indocumentados: le preguntan por el pegao».

26 de marzo de 2000.



VIII

Arcoiris de colores y rasgos físicos

Trazar un retrato común que sirva para tipificar físicamente al dominicano resulta imposible debido a las sorpresas que siempre nos deparan unos rasgos en constante movilidad, unas pigmentaciones que producen inusitados maridajes, como son la morenez de la piel unida a los ojos verdes de algunos montañeses.

Manuel Rueda.

Físicamente, los dominicanos se parecen a los nacionales de casi todo el mundo. No hay rasgo facial o corporal que los identifique como tales. Infinidad de razas se conjugan en cada criollo debido a la diversidad de inmigrantes, esclavos importados, colonizadores, conquistadores, negociantes, aventureros o soñadores que han hecho residencia en esta tierra donde han formado familia.

Los nativos de aquí pueden ser tan blancos y rubios como el más puro de los gringos, y así como hay negros totales, con labios pronunciados, cabello crespo y facciones ordinarias, aparecen miles con la piel de ese mismo color pero de nariz aguileña y melena bien pulida. Hay quisqueyanos de epidermis intermedia, es decir, ni negra ni blanca, que lucen «galanos» y hermosos ojos verdes mientras que, por otro lado, aparecen infinidad con la piel negra y el cabello ensortijado, pero color oro.

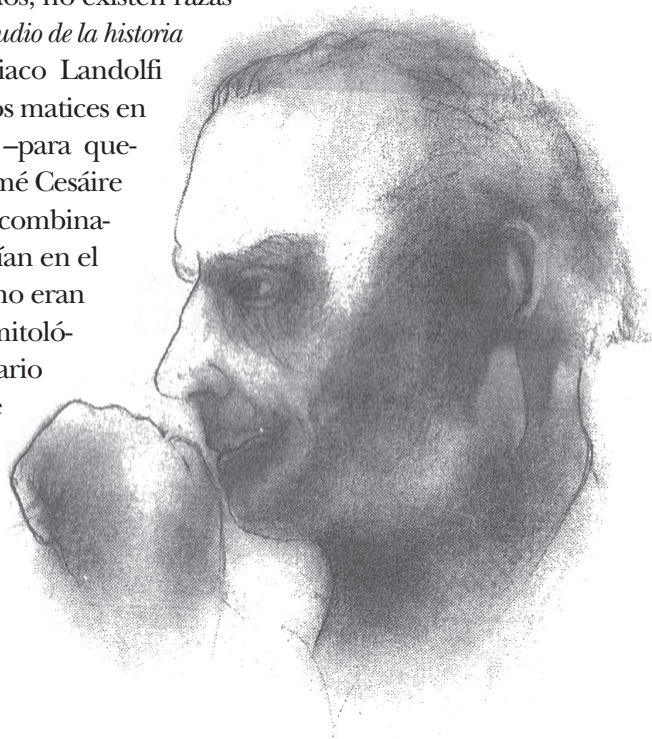
En asunto de fisonomía aquí hay para todos los gustos: desde la nariz perfilada hasta la más ancha, gruesa, chata o bombolona. Desde el belfo más delgado hasta el de más abundante carnosidad. Casi todas las mujeres exhiben cuerpos armoniosos. En cuanto al

color, en los dominicanos hay una gama más diversa que en una carta de pintura, a tal grado, que de un mismo vientre, con iguales padre y madre, es posible que nazca una prole matizada en apariencia y en comportamiento.

Existen zonas de este territorio donde hay pobladores finos, claros, parecidos al más castizo hijo de la Madre Patria y otras donde habitan «morenos» o «prietos» tan oscuros y «ásperos» que parecen haber llegado desde el África lejana. Tal diversidad de matices cutáneos ha dado lugar a un sinnúmero de vocablos que definen popularmente los diferentes tipos, calificados generalmente como «mulatos», «término peyorativo acuñado por la arrogancia colonial», según el historiador Ciriaco Landolfi, o «mestizos».

El pueblo, sin embargo, llama a sus congéneres blanco jabao, blanco jipato, blanco lavao, jojoto, indio claro, indio oscuro, indio canelo, rayano, isleño, patisambo, ébano, dependiendo de su aspecto y pigmentación. Aunque el negro neto es muy común, al dominicano solo le gusta cuando se lo dicen «de cariño» y no le agrada ser definido de este modo ni en la cédula. De esa actitud han surgido todas las derivaciones citadas.

Este universo racial obedece a razones históricas ancestrales aunque, según la opinión de entendidos, no existen razas puras. En su *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana*, Ciriaco Landolfi consigna que «el surtido de los matices en el Saint Domingue Francés –para quedarnos en la isla– hizo que Aimé Césaire al comentar algunas de las combinaciones raciales que se producían en el Haití colonial, precisara que no eran en modo alguno, animales mitológicos escapados de un bestiario fantástico, sino seres de carne y hueso que eran el resultado de “combinaciones paralelas”: el grifo de la combinación del mulato y de la negra, el marabú de la combinación del



cuarterón y de una blanca, sacará de la combinación del negro y de la grifona».

Eran palabras utilizadas en otros tiempos indicando los colores resultantes de las ligas, que el prolífico y consagrado historiador, don Carlos Larrazábal Blanco definió con precisión. Según él, la población de color estaba dividida en negros esclavos y libres, y estos en negros y mulatos o pardos. «Los hijos de persona parda y de persona blanca son los tercerones, y cuarterones, los hijos de aquellos con personas blancas. Mestizos son los provenientes de persona cuarterona y blanca, reputándose los hijos de mestizos como persona blanca. Es decir tercerones son los nietos de enlace entre persona blanca y negra; cuarterones son los biznietos y mestizos los tataranietos. Llamaban “primerizos” a los hijos de ese enlace, es decir, a los mulatos [...] grifos, llamáronse los hijos de negros y mulatos, sobre todo si tenían la piel negra. A los hijos de negro y de indio le llamaron “alcatraz”».

Alexander von Humboldt amplía las categorías aplicando el término quinterón al hijo de cuarterón, y blanco «saltoatrás» a cualquier individuo cuya piel sea más oscura que la de su progenitor. El color de la piel del dominicano, y su contextura física han dado cabida a vocablos para describirlo, como zambo, amerindio, indohispano o hispanoindio. «Luego del alzamiento de Enriquillo, el Bahoruco quedó poblado de indios y negros cimarrones; y de la mezcla de estos salió el tipo marrón o alcatraz», apunta Paniagua.

EL BLANCO

«Los hombres que vivían en América antes de la llegada de Colón, conocidos con el nombre de amerindios, no eran autóctonos del continente americano, como pensaba Ameghino, un investigador argentino. Hay otras teorías en las que se da un origen migratorio al hombre americano, una de ellas, la más conocida y la más afamada, tal vez, sea la de Paul Rivet que determina la presencia en el Continente de cuatro grupos étnicos diferentes, unos que entran por el estrecho de Bering, pasando las islas Eleutianas, que son mongoloides, esquimos o esquimales y los otros que vienen vía el océano Pacífico, los australoides y los malayos, que vienen isla por isla, pasan alrededor

del polo Sur y entran por Cabo de Hornos, Tierra de Fuego, en la Argentina», explica Abelardo Jiménez Lambertus.

«Otro estudioso, José Imbelloni (1885-1967) determinó, a su vez, once posibles grupos de mezcla entre ellos, pero lo importante es que los primigenios habitantes de esta isla llegaron aquí y a Puerto Rico, en principio de Centroamérica, flotando en balsas y llevados de las corrientes. Son, sin embargo, grupos que ya Colón no encuentra en nuestra isla. Fray Bartolomé de las Casas (1484?-1566) menciona que en algunas zonas marginales aparecen hombres que viven en las cavernas y se piensa que estos eran descendientes de aquellos hombres primigenios que vinieron a Santo Domingo y a Puerto Rico», añade el historiador.

Los indígenas «con conocimientos de cerámica y de agricultura, llegan alrededor del inicio de nuestra Era Cristiana y proceden de las zonas amazónicas del Orinoco, que eran dominadas en Sudamérica por los arauacos. Dependiendo de los investigadores que estudiaron estos grupos, unos eran americanos, otros alemanes. Estos hombres llegaron a nuestra isla a través del Arco Antillano, pequeñas antillas que forman un arco y que, pasando de una isla a otra en oleadas diversas, entraron por la parte Este de nuestro país, se desarrollan durante quince siglos hasta que llega Colón y los encuentra. Ya entonces, a partir del mismo Descubrimiento, se inicia el proceso de mezcla racial entre españoles e indígenas», refiere.

«Esa primera mezcla racial –acota– se amplía cuando, como consecuencia de la disminución del número de indígenas, Las Casas y otros personajes importantes promueven la traída de esclavos para evitar la desaparición total de los indígenas, y esos esclavos proceden del África. Entonces ahí tenemos otros componentes de la mezcla racial».

EL NEGRO

«Se puede asegurar que desde los primeros años de la fundación de Santo Domingo, acontecimiento que se fija en el año de 1496, existieron esclavos. Los primeros, blancos, berberiscos o negros, debieron de haber sido introducidos de contrabando». Larrazábal Blanco hace la afirmación, agregando que años antes de 1503 ya existían, y en buena cantidad, negros esclavos clandestinos. Desde entonces fue

indetenible la presencia de esclavos negros en la isla, que se hizo oficial cuando el 15 de septiembre de 1505 el rey Fernando contestaba una solicitud del comendador Ovando: «Enviaré más esclavos negros como pedís, pienso que sean ciento [...]».

Vinieron a trabajar en la extracción de oro, la ganadería, los ingenios de azúcar, los cultivos de cacao, añil, café, algodón, en los molinos y trapiches. Fueron mineros, ganaderos, agricultores «y más tarde aprendieron y practicaron todos los oficios manuales y domésticos, como carpintería, albañilería, zapatería, y otros». Arribaron negros africanos «sin limitación», aunque en principio no eran bien recibidos «puesto que se huían a los montes de tal modo que no podían ser habidos, y además se establecieron entre los indios y les enseñaban malas costumbres». También fueron traídas esclavas negras «para tratar de someter a los varones a una mejor disciplina».

«Procedían de Guinea, Angola, Cabo Verde, Santo Tomé, el Congo, Mandinga y otros lugares y los autores advertían en ellos dos grandes culturas, la bantú y la sudanesa». Federico Henríquez Grateraux agrega «el Senegal y Dahomey [...]». Larrazábal Blanco ofrece alrededor de 50 castas o denominaciones de negros recogidas en Santo Domingo. Algunos tipos son descritos «de color negro, dollicocéfalo, labios gruesos y caídos, nariz chata, cabello muy “encrespado”, talón saliente, los músculos gemelos poco desarrollados [...]». Otros eran «de alta estatura, de andar embarazoso, e indolente [...]». El bantú era negro, bajo, gordo, nalgudo pero en cambio había otros grupos de extraordinaria estatura, delgados y muy ágiles, otros, de piel no muy oscura, atléticos.

Del crisol de blancos y negros resultaron mujeres de cuerpos bien formados. Las hembras, según Moreau de Saint-Mery, «tienen las caderas de una amplitud tal, que han llegado a ser el término de comparación en esta materia». Se unieron hombre blanco con mujer india, blanca con negro y «se menciona mucho el caso de varios negros que trabajaban en las minas de oro de la Concepción de La Vega, que los mismos españoles hacían cruzar con los indios [...]». En las primeras mezclas había algunas diferencias bastante claras pero, a medida que fueron a su vez mezclándose entre sí, se ha creado un abanico que va desde el negro más intenso hasta el blanco más intenso», a juicio de Jiménez Lambertus.

«Muchos años conviven en el ambiente social negros adaptados e inadaptados, “cimarrones” y “vividores” huidos a los montes, que no quieren contacto alguno con los blancos», escribe Larrazábal. Desde un principio, dice, los blancos tuvieron hijos con las mujeres negras, «fenómeno muy general, unas veces sin establecimiento de otro nexo que el carnal, otras estableciéndose estables concubinatos. Los hijos nacidos de estas uniones son los mulatos o pardos. Los blancos también se unen a las mujeres mulatas, o los mulatos con mujeres blancas [...]. Las mezclas se suceden entre blancos y mulatos, de mulatos entre sí, de negros y mulatos y hasta de negros e indios; de modo que bien pronto existió en Santo Domingo una verdadera fusión racial». Aunque en 1822 se cerró para siempre en esta parte de América «la ominosa historia de la trata de negros», vino a partir de entonces «una importante corriente inmigratoria de negros metodistas del sur de los Estados Unidos, cuya influencia ha perdurado en Samaná». Estos negros americanos han sido clasificados como «Black Group», «Brown Group» y «Pale Group».

«A estos metodistas norteamericanos, casi todos provenientes de Philadelphia, siguieron inmigrantes judíos sefardíes de Curazao, canarios o isleños, refugiados franceses, cubanos y puertorriqueños, obreros procedentes de las islas británicas del Caribe, holandeses, daneses, árabes, italianos, chinos, alemanes, norteamericanos, belgas, escoceses, y haitianos, los más numerosos». El historiador Harry Hoetink no solo hace la relación sino que detalla la influencia de su presencia en la cultura nacional.

LOS BLANCOS

Los blancos, o sea españoles, se desplazaron «hacia las mejores tierras, que eran las del Cibao», según Jiménez Lambertus. Larrazábal indica que «como compensación a la contribución africana en estos tres siglos de vinculación es digno de notar la inmigración blanca de isleños canarios que en dos o tres ocasiones, desde las postrimerías del siglo XVII y en el siglo XVIII afluyó a la isla y se fundaron núcleos blancos en San Carlos, Baní, Montecristi, Sabana de la Mar y otros lugares del país».

Joaquín Balaguer ubica blancos en El Rubio, Sabana Iglesia, Ámina, Jánico, San José de las Matas, Monción, Constanza, La Llanada, Manabao, que «conservan en toda su pureza los rasgos propios de su ascendencia hispánica». Pero hace énfasis en Baní, que llama «la flor de la República». «Somáticamente es la zona menos mezclada del país y tanto en la ciudad como en la mayoría de los campos vecinos se conserva intacta la tradición castellana. Todas las virtudes de la raza se hallan allí reunidas como en un certamen en que participan desde las prendas del carácter hasta los atributos excelsos de la inteligencia [...] como una herencia de la edad de oro de la colonia [...]».

Hostos define aquella comunidad como «un verdadero paréntesis etnológico» y Emilio Rodríguez Demorizi comenta que Baní podría ser llamada «la canaria dominicana [...]».

F. E. Moscoso Puello dice que los habitantes de la República Dominicana «somos en su mayoría mulatos, mulatos tropicales, que es un tipo singular de la especie humana», pero luego afirma que «somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que ustedes no deben confundir con la de Haití, donde los hombres comen gente, hablan francés patoi y abundan los papaluases».

Alejandro Paniagua piensa, empero, que «si se ha de analizar al dominicano desde el punto de vista étnico exclusivo, se llegaría a la inevitable conclusión de que aquí todos somos negros, con una remotísima impregnación europea».

27 de marzo de 2000.



IX

¿Discriminación social o racismo?

El negro, en cambio, por ocupar una posición social y económica inferior, aparece siempre en las actividades más bajas y es con frecuencia objeto de desprecio. Los propios negros se consideran trágicamente feos.

Pedro Mir.

A pesar de la indiscutible latente presencia del negro en la piel y en los rasgos físicos del dominicano, existe un acentuado rechazo hacia ese color, según la conclusión de muchos estudiosos de la dominicanidad. Otros afirman que el desprecio ha disminuido o desaparecido y hasta se ha llegado a asegurar que nunca ha existido.

Sin embargo, se advierte en el trato, en las expresiones despectivas creadas en base a esa epidermis, en las ofertas laborales, en las definiciones de fisonomía que han inventado los mismos oscuros ciudadanos para disimular su negritud, en el afán de algunos autores que destacan preferentemente la permanencia de costumbres heredadas de indios y españoles y en la infinidad de dulces calificativos surgidos de la imaginación popular para llamar al negro de modo que no se sienta ofendido.

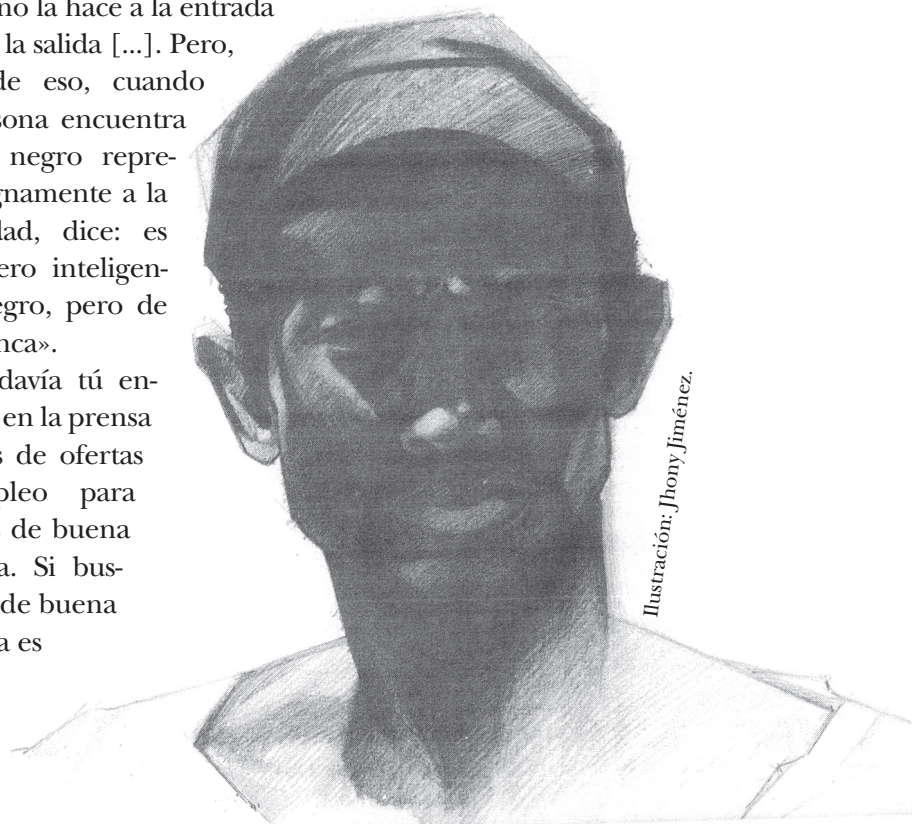
Aunque casi todos denominan indistintamente estas actitudes como racismo, prejuicio, o discriminación racial, algunos entendidos consideran que los términos no tienen la significación que corresponde a esa común postura nacional, tenida como una de las características que identifican al dominicano. El reputado psiquiatra, escritor y académico doctor Fernando Sánchez Martínez explica que

discriminación racial se refiere al rechazo a una persona o grupo por sus características biológicas mientras que el prejuicio racial alude al trato social que se les da.

Para el costumbrista, abogado y periodista Mario Emilio Pérez, es difícil establecer diferencias entre discriminación y prejuicio pero afirma que el criollo ha demostrado que es racista. Tanto Pérez, como el notable psicólogo doctor César Mella Mejías coinciden en señalar que muchos asumen el racismo en círculos cerrados pero a nivel público demuestran lo contrario. El doctor Joaquín Balaguer dice: «Vale la pena insistir que en Santo Domingo no han existido ni existen prejuicios raciales. No negamos que en determinadas zonas del país haya existido, en algunos momentos, el prejuicio social y que muchas familias de abolengo, influidas por sus pujos aristocráticos, hayan formado hasta hace poco tiempo, núcleos que se han creído superiores al resto de la población y que hayan constituido hasta cierto punto una especie de clase selectiva».

Sánchez Martínez opina, no obstante, que «la vida cotidiana del dominicano está totalmente impregnada del prejuicio racial, y esto lo podemos ver en el merengue, en las décimas, en las bachatas, en la conversación, en el refranero. Por ejemplo: el negro es comida de puerco; el negro si no la hace a la entrada la hace a la salida [...]. Pero, aparte de eso, cuando una persona encuentra que un negro representa dignamente a la humanidad, dice: es negro pero inteligente, es negro, pero de alma blanca».

«Todavía tú encuentras en la prensa anuncios de ofertas de empleo para personas de buena presencia. Si buscan uno de buena presencia es



porque existe una mala presencia y la mala presencia está referida a ese prejuicio racial», agrega Sánchez Martínez. Mario Emilio Pérez y el doctor César Mella coinciden en el caso. El dominicano, enfatiza Sánchez Martínez, «actúa con prejuicio racial» y por eso, añade, las empleadas de los bancos, las secretarias de ejecutivos, las presentadoras de televisión son blancas.

El prejuicio se manifiesta en «el blanco frente al negro, el jabao frente al negro y el negro frente al negro. A un chofer le vocean ¡maldito negro!, porque se le atravesó otro negro, o sea, el negro negrea al negro. Esto es muy importante porque se refiere a la escrupulosidad con que se manejan las relaciones sociales pero, ¡jojo!, aquí el negro tiene todas las posibilidades de inscribirse en la universidad, de compartir con tu hijo y con todos y nadie dice nada, es decir, es una escrupulosidad en el manejo de las relaciones sociales».

Es tan profundo el prejuicio racial, exclama, «que nosotros los mestizos buscamos cómo acercarnos lo más posible a los blancos, con el pelo bien planchadito, pero, además de eso, tenemos dos situaciones muy contundentes como la frase “ser blanco es una profesión”, eso resume todo. La otra es “la raza hay que mejorarla”, expresa Sánchez comentando la frustración de los padres de la novia cuando hace elección contraría: “coño, esta viene a casarse con un negro”. Las familias, significa, no lo aceptan. Finalmente te lo quieren, besan al nieto, pero te critican más que el diablo por atrás. Los más guapos dicen: ¿y tú te vas a buscar a un negro en vez de echar pa'lante y mejorar la raza, en vez de buscarte una muchacha de buena presencia y mira, dizque una negra. Eso es real, eso es prejuicio racial, no racismo».

Pedro Andrés Pérez Cabral (*Corpito*) escribió que «la necesidad o el deseo de pasar por blanco es una de las consecuencias de la historia de las tratas de esclavos y de las discriminaciones y preferencias raciales. El dominicano rechaza su ascendencia africana, no se reconoce como negro, habiendo creado expresiones como “color indio”, “indio oscuro”, “indio claro”, “negro lavado”, “tipo canela”, “pelo bueno” y, otras, las cuales revelan su aspiración a ser más blanco y a diferenciarse del negro. El mulato busca separarse del negro en la medida en que este es el vértice de todas las inventivas, de todos los desprecios, de todos los excesos abusivos, de todos los diferimientos, de todas las repulsas».

Sánchez Martínez comenta que la mayoría de los pensadores «coinciden en trazar un perfil psicosocial negativo de nuestro pueblo, a causa de nuestra herencia africana aunque, junto al prejuicio racial, algunos enfatizan el orgullo de la ascendencia hispánica, posición hartamente socorrida por la oligarquía y por toda la intelectualidad trujillista». Trujillo, expresa, «usaba perlina, para blanquearse, y en el plano político sus inmigraciones eran preferiblemente española o de otras naciones, pero que no tuvieran que ver con negros», para «mejorar la raza, cosa que no venía de Trujillo sino de Peña Batlle y de Balaguer, que fueron los dos intelectuales más destacados de la dictadura y del pensamiento conservador dominicano de todas las épocas».

Las mujeres de «el jefe», «eran blancas, tanto así que su esposa era española, y siempre negó que nosotros tuviéramos que ver con negros, toda la enseñanza estuvo orientada hacia nuestra ilustre estirpe hispánica». Fue durante la tiranía, según el reconocido psiquiatra, que se puso mayormente de manifiesto ese prejuicio racial «que encontró su máxima expresión en la matanza de haitianos de 1937».

«PRIETO, PERO DECENTE [...]»

«Uno de los prejuicios que más se disimula en la República Dominicana, es el racial, fundamentalmente por el color de la piel. Frases como «lleva el negro detrás de la oreja» o «cuando el blanco anda con el negro, el negro paga la fiesta o le debe el negro al blanco», patentizan, y hemos tenido ejemplos muy interesantes en las lides electorales donde participó el doctor José Francisco Peña Gómez, que nosotros tenemos dos discursos de prejuicio frente a ese elemento de identidad, el uno, promotor de una supuesta igualdad donde a nadie se le discrimina por su color, y el otro, de aposento, soterrado, que es cuando una madre dice: «yo no quisiera que mi hija se casara con ese prieto», o cuando la gente dice: «él es prieto, pero decente», «es una dama», manejamos en eso un doble discurso.

Para Mario Emilio Pérez «es un racismo en cierto modo vergonzante, porque aquellos que lo asumen y hasta lo dicen en círculos cerrados, no lo hacen a nivel público». Relató el caso del «máximo

ejecutivo» de una institución académica que ponía de manifiesto la igualdad, en su oratoria, pero que justificaba el alto precio de la matrícula para evitar el ingreso de «muchacha prieta, mucha chamuchina».

Tanto Mella, como Sánchez Martínez y Mario Emilio, concuerdan en que el prejuicio racial frustró las aspiraciones presidenciales de Peña Gómez. El doctor Rolando Tabar, sin embargo se pregunta: «¿A Peña Gómez lo señalaron como negro por componente racial, por componente político, o por componente de clase?», y contesta que «habría que afinar muy bien esa diferenciación. Una y otra no son necesariamente excluyentes pero no creo que fuera el hecho de color lo que realmente había detrás de quienes dirigieron esos tipos de campaña», aunque cree que «el componente clasista era un elemento clave en lo que fue la campaña contra el entonces líder del PRD, y lo que ha sido la campaña de señalar negativamente a los dominicanos sobre la raza».

«No olvidemos –agrega– que sacó la mitad de la votación. Entonces ¿cuáles son los dominicanos racistas, los que fueron en contra o los que fueron a favor? Muchos de los que votaron en contra son blancos y muchos son negros, luego ¿cómo dividimos?». Además de las razones históricas del prejuicio, Tabar considera que se asocia lo negro con lo oscuro, el mal, y lo blanco con la luz, lo bueno. «¿Hasta dónde los componentes de color no tienen una fuerza o una influencia de toda esa tradición que va mucho más allá del señalamiento de uno o dos siglos atrás en este y en otros países?». Cuestiona, por otro lado, si quienes actúan con prejuicio tienen conciencia de su actitud y entiende que debe tomarse en cuenta su extracción social.

«La parte más dolorosa del prejuicio racial es que quienes más se discriminan entre sí son los mismos negros. A mí, personas de piel oscura me han dicho negro en más de una ocasión, incluso, oía a negros decir que Peña Gómez no debía aspirar a presidente, yo le dije: pero tú eres negro también, y me respondió: sí, pero yo no aspiro a presidente, como queriendo decir que se colocaba en el lugar que le corresponde porque, el prejuicio ha sido tan consistente, tan continuo, que la gente de color lo ha asumido aun vaya en contra de sí misma. Yo tengo la suerte de ser uno de los escasos negros de la República Dominicana que no he dado un solo paso en mi vida

tendente a robustecer un prejuicio que a la larga va contra mí», manifiesta Mario Emilio.

Carlos Esteban Deive, quien considera que el negro carece en Santo Domingo «o mejor dicho careció hasta ahora de apologistas porque su color recuerda, con harta molestia, ingratos atavismos y fenotipos que es preferible relegar al olvido», habla de la predilección del blanco por la negra. «Lo que ocurre es que la exaltación erótica no llevaba al esclavista a buscar la mujer negra por negra, sino por mujer, más no se piense que esa exaltación la liberaba siempre del prejuicio racial puesto que, muy a menudo, la selección sexual prefiere la mulata a la hembra de piel más oscura».

El doctor Rolando Tabar se sitúa en estos tiempos y expresa que «cuando viene un extranjero, europeo o norteamericano, blanco a más no poder, lo que busca es una mulata o una negra. Fácilmente esos mismos que señalan al dominicano como racista le dicen: qué liberales son. Entonces, yo creo que hay una óptica diferente para evaluar».

«¡INDIA!»

Para Mella Mejías «el mestizaje nuestro es tan grande que va desde la leche blanca, pasando por el chocolate espeso, hasta el café más negro, casi carbón».

No hay, a su juicio, «ninguna situación intermedia donde la calificación de indio, que está en nuestra cédula y en otros documentos oficiales, es casi un piropo para disimular nuestra negritud. Cualquier dama de color negro que va transitando por la avenida Duarte es llamada por un vendedor de zapatos: ¡india!, pero él entiende que con eso está haciendo una labor de seducción, haciendo un reconocimiento, diciendo un piropo, cuando ella es, en realidad, una mujer morena».

«En nuestra identidad hay una disimulada discriminación hacia el pobre, el pelo duro y las facias ordinarias que hacen a cualquiera feo». Quien posea esas características, agrega, «está acumulando tres elementos dicriminativos que uno no se explica en un origen donde los narizones y pómulos grandes, como eran los indios, o los bembones con nalgas grandes, como eran los africanos, de repente venimos a discriminar».

Entiende que la no aceptación de esos rasgos «gasta millones y millones de pesos mensuales en salones de belleza y el no aceptar nuestros labios gordos, nuestras tetas grandes, nuestras nalgas hinchadas y nuestras narices infladas está convirtiendo en millonarios a los cirujanos plásticos».

28 de marzo de 2000.



X

Un lenguaje de muchas lenguas

A mí me produce angustia oír improvisar un discurso a un dominicano. Por más inteligencia que posea, da la impresión de que las palabras se le han perdido en la zona de broca, la parte del cerebro donde residen los centros del lenguaje.

Antonio Zaglul.

A pesar de la significativa cantidad de palabras que se tienen como creación del dominicano, son contados los vocablos productos de su invención. Términos atribuidos a la imaginación nacional figuran registrados muy antiguamente, originarios de otras latitudes. Ni siquiera es autóctona la palabra chin. Santo Domingo se ha hecho universal por los indigenismos que, junto con la española y la africana, conformaban la lengua en la Colonia.

Lo que distingue el habla de los criollos son sus giros, refranes, frases proverbiales, entonación, muletillas y la ligera forma de desvirtuar voces que han mantenido presente en su lengua el aire antiguo que «en ocasiones llega al arcaísmo», como consignaba Pedro Henríquez Ureña.

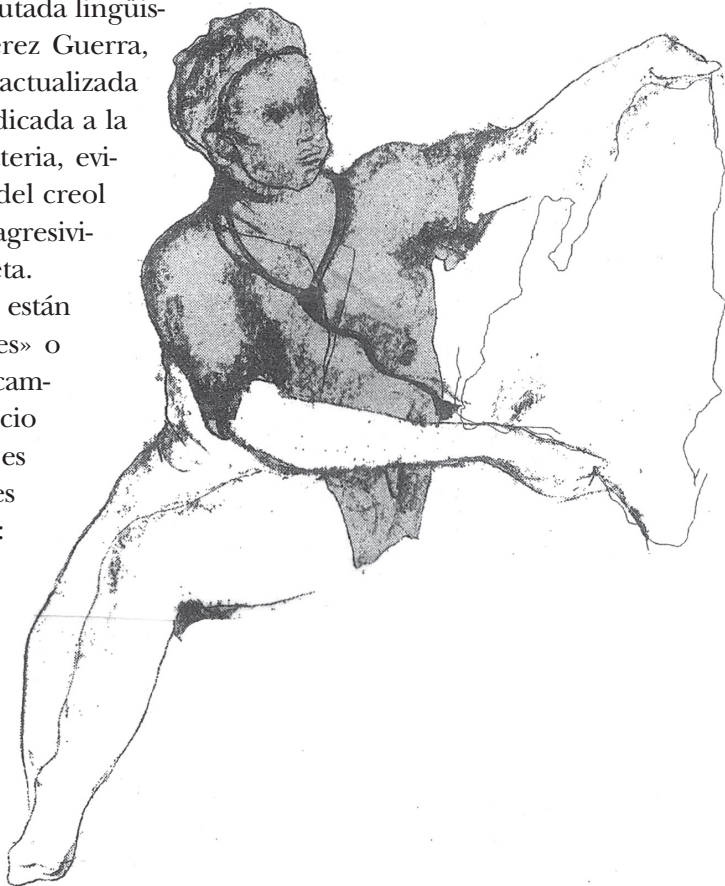
El cibaño sigue cada vez más aferrado a su i, sustituyendo eles y erres, el sureño arrastra fervorosa y fuertemente la erre; el Este y la Capital mantienen arraigado su trueque erre/ele. Y Samaná es mundo aparte donde «no predomina de manera absoluta el español» debido «a la inmigración negra de los Estados Unidos allí establecida por Boyer en 1824, y a las anteriores incursiones de piratas ingleses y

franceses. Entonces nació el patois usado en la península de Samaná que acusa diversidad de soluciones junto a interferencias de idiomas extranjeros».

Contraria es Puerto Plata, de la que casi todos hacen excepción –aunque no de sus campos aledaños– porque no ha arrastrado el fenómeno de la vocalización en *i* de los fonemas *l* y *r*. Lo destacó Maximiliano Arturo Jiménez Sabater y ya lo había informado desde 1922 el inspector de Instrucción Pública: «a pesar de algunas incorrecciones de pronunciación y en el uso de ciertas palabras, puede asegurarse que en esta ciudad se habla el castellano mejor que en muchas otras de la República y de Hispanoamérica [...]».

Ayer, todos los estudiosos del lenguaje vernáculo afirmaban que, sorprendentemente, pese a 22 años de dominación, los haitianos dejaron «incólume el patrimonio del idioma, apenas afectado por la lenta intromisión de galicismos provenientes, más que del contacto con los dominadores, del obligado uso del francés y de los textos franceses en las instituciones, particularmente en los tribunales». Hoy la reputada lingüista y escritora Irene Pérez Guerra, probablemente la más actualizada y, sin dudas, la más dedicada a la investigación de la materia, evidencia la penetración del creol que invade ahora con agresividad a la nación completa.

En Villa Mella están patentes los «polboruses» o «pororoses», siempre cambiando la *de* por *ere*, vicio tan manifiesto como es en el terruño las dobles negación y afirmación: «yo no voy mañana, no»; «Pedro no es bruto, no»; «ellos no están aquí, no»; «Yo sí me quedo, sí; yo sí voy, sí». El caso



de Villa Mella lo explica Jiménez Sabater: «En la ciudad de Villa Mella, situada a pocos kilómetros de Santo Domingo de Guzmán, se incurre comúnmente en la neutralización de los fonemas /d/y/r/ en posición intervocálica, hecho que sirve para distinguir a sus habitantes de los del resto del país. El archifonema conservado es /R/. Ejemplos: *Nabirá* por Navidad; *toravía* por todavía; *poría* por podía; *borega* por bodega, etc. [...]. Son llamados “los polvoruses” por achacárseles una supuesta costumbre de referirse al azúcar con el calificativo de “polvo dulce” lo cual, en su particular pronunciación quedó convertido en “polboruse”».

El dominicano, culto o iletrado, no se ha despojado del ello, como sujeto impersonal: «*ello* no hay», «*ello* es así», «*ello* es fácil de llegar», «*ello* hay poca naranja», «*ello* estaba lloviznando [...]». Max Jiménez que como Pedro Henríquez Ureña destaca este fenómeno del «pronombre fósil», dice que su uso es corriente en la zona del Cibao.

No ha abandonado la construcción curiosa con él y ella: «es un joven alto, él [...]», «es una muchacha rubia, ella». Tampoco el unjú ni la interjección ¡oh!, la más típica de las expresiones nativas para denotar asombro, desaprobación «o ambas cosas a la vez». Apenas se pronuncia la ene al final de la palabra, rasgo que está pasando inadvertido, hay un debilitamiento de fonema, dice Max Jiménez. «Los dominicanos, al igual que otros hispanohablantes pueden diferenciar al simple oído contextos tales como: enaguas azules y en aguas azules; pintaba naves y pintaban aves; olvida nombres insignificantes y olvidan hombres insignificantes [...]. Asimismo, revelan una ausencia cada vez mayor de la preposición a: las mujeres trataban de salvar sus hijas, llamaron los bomberos para sofocar el incendio, vi tu hermana en la tienda; para satisfacer un amigo».

Adió, ¡diablo!, ¿y qué?, oh, sí, anjá, guagua, colmado, entonces, vea, ofrécome, ¿y é fácil?, a la franca, son tan propias de su estilo como alzar las cejas, encumbrar los hombros, movilizar los labios para decir con gestos ya familiares lo que no quiere expresar con sonidos. Esa forma de «hablar» con ojos, manos, hombros, labios, cabeza, no ha pasado inadvertida por los lingüistas que consideran limitado el léxico general que hace al dominicano acudir, también, a elevar o bajar el tono en las palabras. «En la República Dominicana la entonación suele jugar un papel importantísimo para la comunicación coloquial diaria. Si bien es cierto que el vocabulario de

los dominicanos es relativamente pobre, las variaciones de tono compensan en gran medida esta escasez de medios léxicos. No son raras las situaciones en que un dominicano, haciendo uso de algún cambio de entonación expresa mensajes que en castellano se manifestarían normalmente con variaciones de palabras», observa Max Jiménez.

Pedro Henríquez Ureña habla de la entonación en el habla culta y refiriéndose a los campesinos aclara que «hay diferencias de región a región [...]. Una entonación grave y oscura, con fuerte golpe sobre la última sílaba acentuada, que según la opinión humorística da impresión de ladrido en frases como “¡Muchacho ‘el diablo!’” [...]. A veces, el énfasis cae ostensiblemente sobre la consonante: ¡ladronasas!». Por otro lado, es casi incapaz el dominicano de eludir en su conversación un al. «Al yo saberlo», al yo venir», «al ella verlo». Y si es indocto, su tendencia es colocar eses donde no van para aparentar cultura. Esos son los de «hablar fisno», como los denomina Pedro Henríquez Ureña.

«COMEMOS ESES»

La supresión de la ese al final de sílaba se ha convertido en característica del lenguaje dominicano que desde hace años preocupa a los entendidos y que, en vez de corregirse, aumenta cada día, aun entre supuestos profesionales de la comunicación, dirigentes políticos y sociales, entrevistadores, entrevistados, conductores de programas, maestros de ceremonia... La doctora Irene Pérez Guerra explica que «comerse» las eses es característica fundamental del habla dominicana «porque en el resto de América hispánica se elimina la ese, pero se aspira, es decir, se pronuncia un poco, por ejemplo, cascada se pronuncia cajcada, con aspiración, pero los dominicanos no estamos pronunciando con aspiración. Estudios recientes muestran que un 90 por ciento de la elisión –eso se llama elidir, quitar, eliminar fonéticamente un sonido, la ese–, es porque esa ese, desde el punto de vista de las características del español y de las lenguas romances es un sonido débil, sobre todo si está en la posición final de sílaba. Nosotros no la quitamos a principio. Cuando decimos que nos comemos la ese es cuando va al final de la sílaba».

«Durante la tiranía de Trujillo, agrega, la escolaridad no permitía que esos rasgos se visualizaran en el hablar, entonces la gente los escondía, explica aclarando: “no es que seamos trujillistas [...]”. Max A. Jiménez se muestra alarmado ante el número abrumador de omisión de ese, que “tiende hoy en día a la desaparición total en el habla de los dominicanos, después de haber pasado por la etapa de aspiración”. Señala que en todas las localidades de la República el tratamiento de la /s/ al final de la palabra resulta ser el mismo: caída del fonema [...]».

«Sobre la supresión completa de la s final de sílaba me parece, en Santo Domingo, revelar influencia africana, perpetuada a través de los siglos: Es verdad que el debilitamiento y caída de la s final se da en diversas regiones hispánicas [...] pero en Santo Domingo la omisión total y sistemática solo ocurre en gentes humildes, principalmente campesinos, a quienes se podría atribuir tradición negra [...]», apunta Pedro Henríquez Ureña.

Max Jiménez piensa: «posiblemente la alteración fonológica de más serias consecuencias en el sistema consonántico dominicano actual es la pérdida del fonema /s/ en la posición final de sílaba, o sea, su neutralización [...]. Este hecho afecta a las clases iletradas del país y en parte a las clases de cierta instrucción».

¿DOMINICANISMOS?

En 1974, el distinguido intelectual Max A. Jiménez Sabater, autor de *Más datos sobre el español de la República Dominicana*, estimaba ya perentorio estimular las investigaciones sobre el habla «de este rincón del Caribe», al cabo, entonces, de treinta y cinco años de publicación de *El español en Santo Domingo*, de Pedro Henríquez Ureña y 19 años después de los *Apuntes sobre el español dominicano*, de Tomás Navarro Tomás. Hoy encontró en la reputada lingüista Irene Pérez Guerra, un valioso aporte de nuevos descubrimientos en el lenguaje del dominicano, resultado de largos años de investigación de la consagrada profesional.

Estableció influencias en el hablar típico nunca antes identificadas, rebatió consideraciones muy arraigadas en la conciencia nacional en relación con los orígenes de gran cantidad de vocablos

considerados «dominicanismos» o «africanismos», y expuso la procedencia primigenia del idioma, en sentido general. «Nosotros no inventamos ningún rasgo, ningún vocablo, aunque los indigenismos sean propios de nuestro lenguaje», afirmó la experta. Aquí se han editado empero, considerables obras sobre «dominicanismos», «criollismos» y diccionarios que contienen palabras supuestamente creadas por los nativos, que probablemente sobrepasan la docena. Casi a diario se publican en la prensa nuevas palabras que presuntamente son de producción nacional.

«Con el respeto que merecen esos autores y reconociendo que el esfuerzo que han hecho es encomiable», la doctora Pérez Guerra expresa que las únicas palabras dominicanas auténticas son los indigenismos, muchos de los cuales figuran en el *Diccionario de la Real Academia*. «Ahora bien, es el sentido y el uso frecuente que les da el dominicano lo que las apropia como dominicanismos. Tenemos un español dominicano moldeado con nuestra visión y nuestra cultura dominicanas. Pero por ejemplo, es muy difícil decir que guagua es un dominicanismo, porque guagua se utiliza en Canarias, en Chile, entonces ¿hasta qué punto una palabra que es empleada en muchos contextos del mundo hispánico es un dominicanismo? Es innegable que aquí hay dominicanismos, cada lengua moldea su realidad lingüística de acuerdo a su pueblo y a su cultura pero de ahí a hacer intuitivamente una lista y un conglomerado léxico, al azar, no es una validez científica».

Sobre la palabra chin, que para muchos es originaria del país, manifestó que «la tienen muchos hablantes de Canarias, y en otros contextos hispanoamericanos pero no con el sentido y el uso de frecuencia que le da el dominicano. Pero si existe en otros países no puede ser un dominicanismo». Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, ofrece la procedencia de palabras empleadas por Rafael Brito, Carlos Larrazábal Blanco, y otros autores, como dominicanismos que no son tales, Jiménez Sabater habla de «meras suposiciones, préstamos de otros idiomas y de creaciones expresivas sin la menor clasificación interna como no sea el orden alfabético», en otros. Respecto a Patín Mareo dice que «a su imaginación hay que acreditar la fantasiosa etimología del término usa (pañó que se pone en la silla de los caballos) a unas supuestas siglas de origen USA, o sea, norteamericanismo. La voz es arcaica y se oye en Canarias».

No fue de Canarias únicamente de donde los dominicanos recibieron la primera influencia de su lengua. También de Andalucía. Pero hay en el hablar nativo un marcado influjo portugués que manifiesta al decir que está *fañoso*, que le salió un *uñero*, que fulano es *gago*, Perencejo *gambao* o que a Sutanita le llegó *la luna*, en vez de la menstruación. Portugal, sin embargo, no había sido reconocida en el predominio del hablar criollo que ahora se enriquece con el creole. Inclusive, «muchos de los africanismos que se atribuyen a nuestra habla, son falsos, como cachimbo, que es de origen portugués».

Esta es parte de la historia por contar y de puntos oscuros que ahora pasan a aclararse.

29 de marzo de 2000.



XI

Trujillo y la unidad del lenguaje

Dentro de sus particularismos, la lengua de Santo Domingo es una lengua viva, con fisonomía propia, pero ligada totalmente al resto de América.

Elercia Jorge Morel.

En la formación del habla dominicana convergen rasgos africanos, canarios, andaluces, portugueses, indígenas. En los últimos años se han agregado palabras del creole, debido a la creciente inmigración haitiana al país.

En su afán de dominicanización, Trujillo cambió el nombre en 1943 a todos los lugares del territorio nacional que fuesen o luciesen ser de origen haitiano, y hasta francés, «hispanizando» la zona fronteriza y otros puntos geográficos.

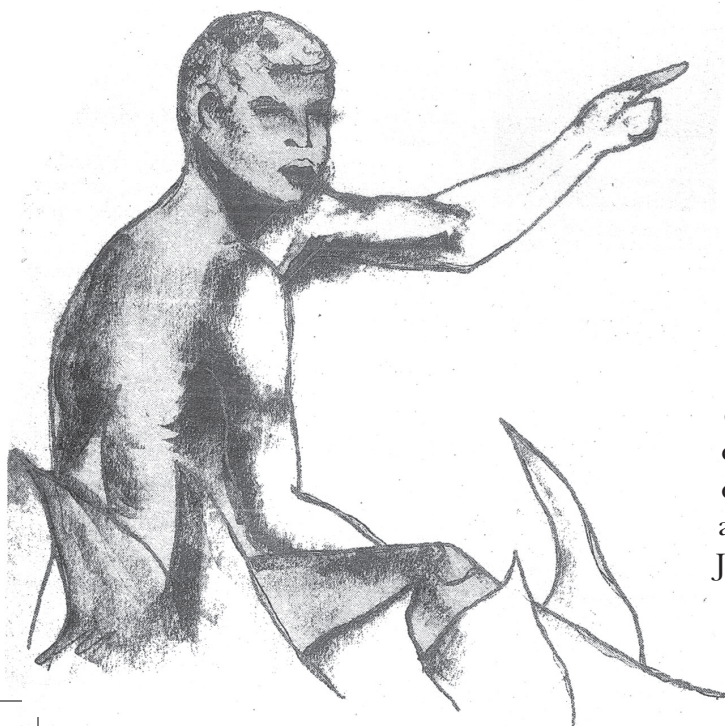
Ciento siete nombres de parajes de Neiba, Barahona, La Descubierta, Duvergé, Pedernales, Cabral, fueron traducidos e incorporados al español dominicano por ley del 19 de julio de 1943. El 24 de ese mes y ese año se modificaron también las denominaciones, también a secciones de otras regiones del país que tenían nombres como Bui, Lemba, Colombié, Fransuá, Trujín, Vegano Yimbí, Quilembé, Susamitán, San Pulín, Agú, Juana Tuví, entre otros. Los viejos y nuevos nombres aparecen registrados en la valiosa *Historia de la división territorial, 1492-1924*, del notable geógrafo don Vicente Tolentino Rojas.

Otro caso interesante de enriquecimiento de la lengua nativa es el de los inmigrantes criollos a Nueva York que «han dejado de

hablar el español dominicano y expresan un español dialectal de los otros hispanos, para poderse comunicar con ellos, introduciendo esa norma lingüística. Son nuevos elementos de Hispanoamérica» que ya se cuelan en la comunicación típica, según ha apreciado la notable lingüista Irene Pérez Guerra. «Ellos están ampliando el campo de acción de su español nativo a un español muy general». En cuanto al estilo, «hay mucha variación en su pronunciación, cambian la entonación, que es totalmente diferente a la del español de la República Dominicana. No nos están trayendo solamente anglicismos, palabras del inglés, sino también elementos léxicos de otras hablas hispanas, aunque en grado mínimo».

África, que dejó su influencia en el habla de los dominicanos, apenas se menciona. Ni siquiera se ha profundizado en la búsqueda de lo que pudieran ser términos provenientes de su lenguaje, tal vez porque los africanismos «carecen de prestigio social en las clases de mayor instrucción», como señala la reputada lingüista Elercia Jorge Morel que identifica veintinueve vocablos, de los cuales algunos se ha establecido que no lo son. Tanto Pedro Henríquez Ureña como Emilio Rodríguez Demorizi los llaman «elementos de perturbación en el lenguaje popular de Santo Domingo». Para Rodríguez Demorizi, «la influencia africana en nuestra habla es poco menos que imperceptible», destacando

la desaparición del indio por lo que, «desde entonces el español quedó como único idioma de la isla, frente al cual solo subsistían, en nuestra toponimia, voces indígenas de las cuales huelga señalar ejemplos [...]». Pedro Henríquez Ureña resalta que «la influencia africana es muy escasa: no hay más africanismos de vocabulario que los que pertenecen al español general [...]». Jorge Morel cita bomba,



merengue, mambo, rumba, mangú, entre otros, y señala que «aunque creemos en la eventual desaparición de algunos», «mantendrán vigencia aquellos relacionados con la música y el baile [...]». Sobre los africanismos dice Pedro Henríquez Ureña que, además, «desde el principio, buena parte de los esclavos no venían directamente de África: consta que venían de España, donde habían sido comprados a los portugueses, estaban ya hispanizados [...]. De todos modos, lo que ha caracterizado a la población de origen africano de Santo Domingo es su completa hispanización».

Es probable que basados en esas conclusiones y quizá movidos por el afán de perpetuar todas las manifestaciones de lo blanco por sobre lo negro, estudiosos de la dominicanidad no se hayan adentrado en localizar más aportes de África al lenguaje vernáculo. Tanto Carlos Esteban Deive como Irene Pérez Guerra son partidarios de indagatorias más profundas al respecto. «Falta todavía por realizar un estudio a fondo de las influencias afronegroides en el idioma español de Santo Domingo. Estas influencias son hoy apenas valorizadas por nuestros lingüistas, y Pedro Henríquez Ureña llegó a menospreciarlas por desconocimiento, prejuicio o pobreza de vocablos de origen africano en el léxico dominicano», escribió Deive.

En su reciente libro *Historia y lengua: La presencia canaria en Santo Domingo, el caso de Sabana de la Mar*, Irene Pérez Guerra opina que «sería interesante realizar un estudio lingüístico del léxico de este campo semántico (refiriéndose a los negros esclavos) y así descubrir las aportaciones canarias y/o portuguesas». Su sugerencia surge al referir «los servicios de numerosos maestros azucareros, constructores de ingenios y operarios procedentes de las islas Canarias donde esta industria, llevada a ellas por portugueses de Madeira, había alcanzado importante auge y desarrollo. Estos maestros y trabajadores en las labores de cultivos e industrialización de la caña de azúcar legaron su saber a los negros esclavos que trabajaban en los ingenios y trapiches que funcionaban en Santo Domingo».

La acuciosa lingüista reporta como herencia africana, entre los dominicanos, señalar con la boca. «Es un africanismo gestual que hemos adoptado los dominicanos y que precisamente lo va a diferenciar de muchos otros porque nosotros tenemos un africanismo muy fuerte, pero no solo en el habla, en la cultura, en los gestos».

Cargar los niños en ancas «es un influjo africano; al “eñangotarse” esperando un autobús», se está actuando como los antepasados del África. Otra influencia africana, es «la utilización muy reiterativa del pronombre personal. Yo quiero, tú quieres, yo te quiero decir, ¿y tú te fuiste? El negar doblemente es un rasgo flagrantemente africano: Yo no sé, no [...]. No habían sido estudiados y posiblemente tengan un reforzamiento del creole haitiano».

DE ESPAÑA

—¿Cómo se forma el español en Santo Domingo? «Nosotros tenemos una lengua que se llama implantada o transplantada, quiere decir que la traen los colonizadores con el Descubrimiento de América», responde la doctora Pérez Guerra quien ha estudiado los períodos constitutivos de la formación del español dominicano en sus 500 años. «El primer período, según un gran lingüista, que se llama Guillermo Guitarte, es el que se denomina Antillano, porque ahí fue donde se sembraron las primeras semillas para que la lengua española empezara a hablarse, y el primer contacto con las lenguas indígenas se dio en La Española. Ese es el que se denomina período antillano o de colonización, es muy importante porque da la idea de quiénes vinieron, quiénes dan, quiénes son los que traspasan la lengua a los demás hablantes que, evidentemente, es a lo que nuestro Pedro Henríquez Ureña se oponía, que fue la tesis andalucista».

A ese respecto, dice el mencionado lingüista: «La semejanza con Andalucía se pensaba que podría deberse al supuesto predominio andaluz en la conquista y la colonización. Pero las investigaciones sistemáticas hacen pensar, hasta ahora, que no hubo predominio andaluz y las peculiaridades en que se apoya la semejanza no siempre existían en los siglos XV y XVI [...]». Sin embargo, dice la escritora, «se ha comprobado con investigaciones serias que la mayoría de los pobladores que vinieron aquí eran andaluces, y según parece puede que sea muy superior a las cifras que se están dando».

Max A. Jiménez Sabater anota que «hoy en día se ha comprobado que el número de andaluces y de extremeños que pasó a América constituyó un contingente muy superior a las demás regiones

peninsulares» y ofrece cifras de Peter Boyd Bowman, que en 1964 afirmaba la existencia de 498 andaluces sobre 1,145 que se mantuvo y «hasta aumenta en los 20 años siguientes. Sobre 1,372 pobladores, contamos 626 andaluces, entre ellos muchas mujeres, haciendo de Santo Domingo la región más andaluza del Nuevo Mundo, por lo menos los primeros años».

Los canarios también estuvieron presentes, agrega la doctora Pérez Guerra, «porque Canaria era el paso obligatorio para venir a América. Entonces, los canarios han aportado a nuestra población, en los primeros años de colonización». De ese influjo escribió Pérez Guerra hace pocos meses, un libro de 624 páginas. «Pero los canarios tienen una influencia andaluza, o sea que la influencia primera que nosotros tenemos es andaluza, y se ha comprobado. Un factor determinante en el paso de naturales canarios a la isla de Santo Domingo lo constituyó la demanda personal especializada en las labores y actividades de la naciente industria azucarera de las Grandes Antillas, específicamente de La Española donde se introdujo desde Canarias [...]».

PORTUGUESISMOS

Según la doctora Pérez Guerra, siempre que se habla del español dominicano solo se mencionan las influencias española, indígena y africana, «porque no existían estudios, pero cada vez que conocemos más de nuestra realidad», surgen revelaciones como las identificadas por ella en época reciente: el léxico portugués en el idioma nativo. «A partir de 1600 y finales del siglo XVI en adelante, se empezó a colonizar muchísimos poblados a base de colonos canarios y ¿qué pasa en Canarias? Que los canarios fueron colonizados por los portugueses y por los andaluces, entonces tienen un peso portugués increíble y nos lo transmiten a nosotros, lo que pasa es que era algo que no se había escarbado lo suficiente, incluso, muchos de esos portuguesismos decían que eran africanismos, como cachimbo, que es de origen portugués». Ella registra 55 portuguesismos y, además de los mencionados, consigna: virar, riego, tusa, mesturar, gaveta, estofar, pan fresco, charamico, ramo, gajo, picar (guiñar), traza, enamorar, cascajo, marullo, (ola), cardumen, chopá, gangorra, sabichoso, traquinar,

gambado, tupir, tanque, derrengar, panela, rapadura, chueco, desconchabar, entre otros.

DE HAITÍ

«Ahora, desde hace veinte años, la fuerte invasión de braceros procedentes de la contigua Haití y de las vecinas colonias francesas e inglesas anuncia la posibilidad de que se tiña de extranjerismo el habla de las clases pobres [...]. Esta invasión pacífica resulta menos fácil de resistir que las antiguas invasiones violentas de los haitianos, de los cuales quedó escasísima huella en el lenguaje, porque no había mezcla de poblaciones [...]. Esta invasión está ennegreciendo rápidamente el país [...]», escribe Pedro Henríquez Ureña.

Pero en época tan lejana como 1899, Francisco Ortea se lamentaba de que pese a haber transcurrido medio siglo –entonces– de la independencia de Haití, «aún se conservan en uso, con mengua de nuestro riquísimo idioma, infinidad de palabras y términos del patuá de nuestros vecinos», haciendo una profusa relación de palabras que ya forman parte del habla nacional. Pérez Guerra considera que el creole está invadiendo el país, «cada día más y está pasando desapercibido. El creole está influenciando al dominicano, el dominicano está adoptando el creole».

Al observarle que el fenómeno es viejo y citarle algunas palabras de uso muy antiguo en el país, comenta que ahora «hay un intercambio lingüístico del creole y del español dominicano» que se aprecia en mercados, bateyes, zonas rurales, construcciones y otros lugares «donde hay muchos trabajadores haitianos. Lo que ocurre es que hay personas que no quieren que le mencionen ese tema, es un tema tabú».

Cita términos del creole introducidos en la alimentación, el juego, la vida en sociedad y refiere: «vete a los semáforos, que están pidiendo en haitiano». Hay un diccionario en creole con sus equivalencias en español dominicano, se le comenta y ella concluye: «es necesario, porque de momento, el dominicano va a tener que acudir a él».

LENGUA OFICIAL

Desde los lejanos días del Descubrimiento se habló en la isla de Santo Domingo el idioma castellano. Su uso se redujo después a la parte española de la isla, desde la formación de la colonia francesa establecida en la parte occidental. Al iniciarse la dominación haitiana, en 1822, el Presidente de Haití impuso a los dominicanos, como lengua oficial, el francés. Desde la Independencia, en 1844, la lengua española volvió a reinar, «limpia y señera en nuestra patria», relata Emilio Rodríguez Demorizi pero no fue sino hasta el 18 de julio de 1912 que se declaró a la lengua castellana como idioma oficial de la República.

Decía entre otras cosas el informe de la Comisión de Instrucción Pública: «[...] parece obra de milagro que en la República Dominicana haya unidad de idioma, dadas las dolorosas alternativas de dominaciones extrañas que ha sufrido este idolatrado pedazo de tierra [...]».

30 de marzo de 2000.



XII

¿Triste o alegre?

Dominicano indómito tú que llevas en tu alma la tristeza del indio americano cuéntame la razón por qué eres triste.

V. M. Gutiérrez.

El insigne intelectual, poeta, abogado, escritor, don Lupo Hernández Rueda, dice que «esta es una isla triste, callada, envuelta en sombras».

«No solo es triste el dominicano; también es malhumorado; es una tristeza irritable casi permanente», apunta el psiquiatra Antonio Zaglul quien sugería que solo «haciendo conciencia de una falla de personalidad adquirida a través de una historia traumatizante podemos mejorarlos, cambiando el criterio depresivo de nosotros mismos».

Un autor extranjero que visitó este suelo, Terry Johnson King, escribió que «la República Dominicana es un país triste y monótono, legado de la indoctrinación de Trujillo».

El polifacético y prolífico don Manuel Rueda dice que el desaliento talla los rostros de los criollos y agrega: «en la alegría del dominicano percibimos una inocencia que antecede al dolor y que no parece tener relación con él. Nada de esa alegría convulsa del desesperado. El hombre de nuestras tierras tiene, en cambio, otra manera de expresarla. Es alegría que nunca se impone, raras veces culmina en la risa y no se permite jamás la carcajada».

Carlos Dobal consignó que «muchas de las facetas negativas atribuidas al factor negro o al factor taíno en la idiosincrasia dominicana,

tales como la agresividad, la tristeza, y la desidia, nos las legaron los españoles».

Solo profesionales de la conducta del dominicano de época reciente advierten este rasgo en su personalidad. El doctor Antonio Zaglul parece fue el primero en observarlo y contemporáneos y pensadores posteriores a él, lo han asumido. Unos parecen derivarlo de la tiranía trujillista pese a que la nación ha sido gobernada en época anterior por otros dictadores. El distinguido periodista don Julio César Martínez, le imprime otra connotación cuando expresa: «Somos dramáticos, casi tétricos, de manera que nuestras muchachas casi no ríen, porque les han metido entre ceja y ceja que reír, sobre todo en la calle, no es de gente decente».

Psiquiatras, psicólogos, costumbristas, entrevistados por *Hoy*, sin embargo, no encuentran tristeza en el dominicano. Al contrario, piensan que es uno de los seres humanos más alegres, tan festivo, contento y gozoso que ríe hasta en los velorios. En estas diferencias de apreciación justo es tomar en cuenta consideraciones como las de los doctores Josefina Zaiter y Rolando Tabar que no son partidarios de las generalizaciones.

«Como psicóloga social, no soy partidaria de hacer análisis que se limiten a presentarle adjetivos, calificativos y a caracterizar fenómenos sociales, como es el fenómeno de la identidad y de lo que puede ser característico de un pueblo porque entiendo que los dominicanos están instalados en procesos sociales que son sociohistóricos, cambiantes. Si caracterizo al pueblo dominicano, corro mucho riesgo de quedar levantando esas características como si fueran permanentes, invariables, y no es así [...]», significa la dama.

Tabar entiende que «la construcción que se hace del dominicano al caracterizarlo no se corresponde con lo que ocurre en los hechos. Una cosa es que se diga el dominicano es de tal manera y otra cosa es que, como tal, se comporte [...]. Si hablara de una caracterización cometería el pecado que critico a quienes lo hacen». Otros profesionales consultados por *Hoy*, como los doctores Haydeé Rondón y Fernando Sánchez Martínez hacen diferenciaciones de clases sociales al momento de enjuiciar comportamientos típicos.

«DEPRIMIDO, MELANCÓLICO, EMOTIVO»

«Yo te pudiera decir, como una observación extremadamente empírica, que en la actividad psiquiátrica el deprimido, el melancólico, el emotivo, el individuo sugestionable, las personas dadas a la lágrima fácil y al llanto espontáneo, las veo con frecuencia extraordinariamente en los dominicanos», sostiene el doctor César Mella.

Agrega que «un inglés frío y calculador, ni un quiteño de Ecuador frío y melancólico, ni un costarricense, son así. No tengo ni fundamento socioantropológico ni estadístico para esa afirmación, es una mera observación de un trabajador de la conducta».

Mario Emilio Pérez no cree que la nacionalidad determine, «de una manera contundente, la tristeza o la alegría de los seres humanos, porque se habla de que el inglés es parco, enmascara sus emociones, y que el español es más comunicativo, es más expresivo. Si fuéramos a la idiosincrasia real del dominicano, deberíamos asumir que por razones de avatares históricos tiene que ser más triste que alegre, porque no se puede pasar por una historia de tribulaciones, de despotismos, de tiranías, de abusos, de injusta distribución de la riqueza y mantener concomitantemente una característica risueña o alegre. Yo creo que el ser, el nacer en una determinada nación no es un factor determinante en cuanto al carácter intrínseco de sus nacionales pero si fuera a dar una respuesta categórica me constriñera a inclinarme forzosamente por una de las dos vertientes: me inclinaría a pensar que el dominicano es más triste que alegre».

El doctor Tabar comenta: «hay quienes han dicho que aun estando en fiestas el dominicano es triste, eso no quiere decir que es festivo pero sí que hace presencia y participa en fiestas. Ciertamente, usted puede estar triste en medio de una fiesta, si usted quiere, psicológicamente es posible [...]».

«ALEGRE, PERO MELANCÓLICO»

El sociólogo Teófilo Barreiro considera que «el dominicano es alegre, pero melancólico. Hay la conducta fatídica, hay ciertos

países en que el perfil es la fatalidad, sobre todo donde hay grupos grandes de indígenas. El deterioro del indígena, tanto en Estados Unidos como en América Central y en Sudamérica, el indígena es destinista, perdió su bonanza, perdió su grandeza, y hay como un fatalismo enorme. En el caso dominicano hay como una alegría, pero una alegría que canaliza las angustias a través de su propia alegría, a través del humor».

«El dominicano es creativo, espontáneo, comunicante, convierte en humor sus angustias, es decir, ha aprendido a manejar el humor como un mecanismo de defensa. Entonces, yo soy de los que piensan que el dominicano es alegre, y aun las penas más tristes, al contarlas, al relatarlas, al expresarlas, las condimenta de una forma tal que no afecten su propio yo». Pone ejemplos: «y tú lo ves en la calle: me han cortado la mardita luz, esto se está acabando, carajo, y ya con eso se olvidó que se la cortaron, ya convirtió en una forma expresiva un problema, que, en otras sociedades se convierte en un caso grave».

Entonces, agrega, «siendo la sociedad dominicana todavía tan comunicante, donde la gente vive arriba de la gente y donde todo el mundo lo cuenta todo, la angustia desaparece o se condiciona, la soledad se ausenta. En los países desarrollados vemos a la gente atomizada, viviendo su vida, aquí todavía tenemos un referente colectivo, y parte de ese referente colectivo es precisamente el encuentro de la gente en el humor, en la forma de expresión de lo grave a través del chiste, del cuento, de la anécdota, del ejemplo, de la expresión verbal, del sonido, de la canción de doble sentido y todo eso hace que el dominicano no viva sus propias angustias sino que las minimice, aunque las sienta ahí».

«Oh, pero tú has visto claramente que la gente se compenetra con la situación, por ejemplo, de pena, de un entierro, una pérdida, pero a las pocas horas dice: el muerto al hoyo y el vivo al bollo y ya, como si no hubiera pasado nada: retomamos la botella de ron, que se lo tiramos al muerto para que se lo beba, retomamos la fiesta y aquello del luto ya pasó a la historia, y los nueve días, ya todo eso ha ido subsanándose poco a poco porque se ha visto que la mejor forma de entender a los muertos es incorporándolos al humor de la vida», comentó Barreiro.

Es una filosofía, agrega. «Ese humor ha hecho que el dominicano, fuera de aquí, corre para Nueva York, para Boston, para Tokio y ese dominicano de allá, ¿de dónde se nutre? del cuento, del humor, de la anécdota, de la llamada telefónica. Van al Bronx a trabajar como obreros pero antes de empezar la jornada, hacen dos cuentos. Ya eso minimiza el impacto que ese tipo de labores, quizá degradante, pueda tener en ese criollo, y con esa dosis de humor enfrentan las situaciones más difíciles, y te las cuentan: Yo lavé platos durante diez años en Nueva York, que podría ser una tragedia, y te lo cuentan como algo maravilloso: ¡diablo, me votó la mujer en el Bronx, me dejó!, y lo que es una tragedia para él, que su esposa lo abandonara, él lo arregló: pero yo me levanté otra, ¡una boricua más chula! Entonces le quita los componentes negativos que pueda tener esa situación».

«ES ALEGRE, EXTROVERTIDO»

«Es un punto común entre algunos de los profesionales de la salud mental que se han referido al tema, y entre los intelectuales conservadores, señalar que el dominicano es triste. A nuestro juicio no se corresponde con la realidad, muy por el contrario, el dominicano es alegre y extrovertido y, más aún, el dominicano utiliza la tristeza cuando se presenta, para revertirla en alegría», opina el doctor Fernando Sánchez Martínez, uno de los intelectuales que más ha estudiado la conducta del dominicano en diferentes aspectos.

Señala que una manifestación de la mayor tristeza en nuestros campos dominicanos, es la muerte del ser querido, y en los velorios el dominicano hace cuentos, bebe ron y se pasa los nueve días alrededor de la casa en una convivencia en la cual la tristeza solo se presenta en los deudos, más directamente, pero para todos los miembros de la comunidad es un motivo de encuentro, de compartir. «Para mí, aun en las situaciones más adversas, el dominicano, como se dice popularmente, saca de abajo y se muestra alegre y optimista».

Refiere que el doctor Antonio Zaglul «tiene entre las características psicosociales del dominicano, la tristeza, y él se basó en estudios hechos en merengues y canciones populares. Yo, que siempre estuve al lado del maestro, y conversaba con él, le expresé mi punto de vista diferente pero él me respondía que ahí estaban los estudios que había realizado, que a mí me parecían muy limitados como para sacar conclusiones de ese tipo, muy por el contrario, por el método observacional, uno podía sacar la conclusión de que el dominicano es extrovertido, alegre [...]».

«HUMORISTA TODA LA VIDA»

Es lo que ha sido el dominicano para Teófilo Barreiro. «La era de Trujillo quizá fue uno de los escapes a través de los cuales el dominicano canalizó su angustia existencial de la época. Fíjate que el personaje más importante de la radio de entonces, Paquito Escribano, tenía un programa que se llamaba “La bola de cristal”, y veía a través de ella las cosas del régimen. A veces iban a castigar a Paquito y la mamá de Trujillo, “la excelsa matrona”, que lo escuchaba a diario, detenía las aguas: no, no le hagas caso, que eso es humor. Y él decía por ahí cosas que nadie se atrevía a decir del sistema y era porque no se veían como una crítica, sino como forma de expresión del humor del dominicano».

Mario Emilio Pérez concuerda con Barreiro y cuenta: «Don Paco cantaba *El ratoncito Miguel*, una canción infantil que se puso muy de moda en la década del 50 y hay una parte donde dice “la cosa está que horripila y mete miedo de verdad”, y don Paco, adrede, esa parte la cantaba con mayor fuerza, acompañado, y cuando llegaba ahí la percusión se hacía mucho más acentuada».

Luego en la televisión, acota Barreiro, «se metió Pildorín, que fue uno de los grandes de la Era de Trujillo, y decía cosas por ahí, sobre todo en términos sexuales, que la sociedad de la época no hubiese aceptado a nivel de humor y, sin embargo, el personaje en ocasiones hasta se partía». Las consideraciones de Mario Emilio Pérez y de Teófilo Barreiro, en cuanto al humor del dominicano, lo presentan ingenioso, simpático, imaginativo, risueño, y aunque

muchos lo consideran triste, tiene la capacidad, según observa Mario Emilio Pérez, de reírse hasta de sí mismo.

Zaglul, sin embargo, manifiesta: «Por más que se empeñen nuestros humoristas en poner un grano de alegría en nuestras vidas, no lo conseguirán. Estamos enquistados en el mundo de nuestra tristeza irritable. No podemos desprendernos de nuestra depresión colectiva y para el depresivo, reír es un pecado».

31 de marzo de 2000.

XIII

Reírse de sí mismo

El comediante es en nuestro país la clase más sufrida y vilipendiada. Hacer reír a un depresivo es un sueño irrealizable y si este depresivo es un sempiterno malhumorado, peor es la cosa.

Antonio Zaglul.

Hablar de un humor del dominicano es algo bastante difícil. Primero por la complejidad del personaje y segundo porque yo, ya viejo, descubrí una faceta dominicana que no conocía: no hay un dominicano estereotipado con características contundentes y concretas. ¿Por qué? Porque lo telúrico tiene una gran importancia en nuestro país, por las diferencias marcadas de las regiones.

No es lo mismo, por ejemplo, un cibaño que un habitante del sur remoto de la frontera. Mientras el cibaño es un hombre o una mujer comunicativo, risueño, hospitalario, generoso, dadivoso, porque le sobra, la tierra feraz le da de todo, el hombre y la mujer del sur son, al igual que el paisaje, seres guijarrosos, son el hombre y la mujer piedra, cactus, sol incendiado, necesidad, déficits, carencias y, por ende, el hombre es un ser desconfiado, astuto. La desconfianza de la mujer llega a un grado tal que ve en cada forastero una especie de violador potencial y se refugia en un mutismo, en una hosquedad, mientras que la mujer cibaña, que tiene fama de que es coqueta, no.

Lo que ocurre es que el medio conforma a una mujer risueña, dispuesta a la conversación y, por ende, más receptiva a la conquista porque la vía de la comunicación oral, a través del diálogo, es el principio de toda relación amorosa futura.

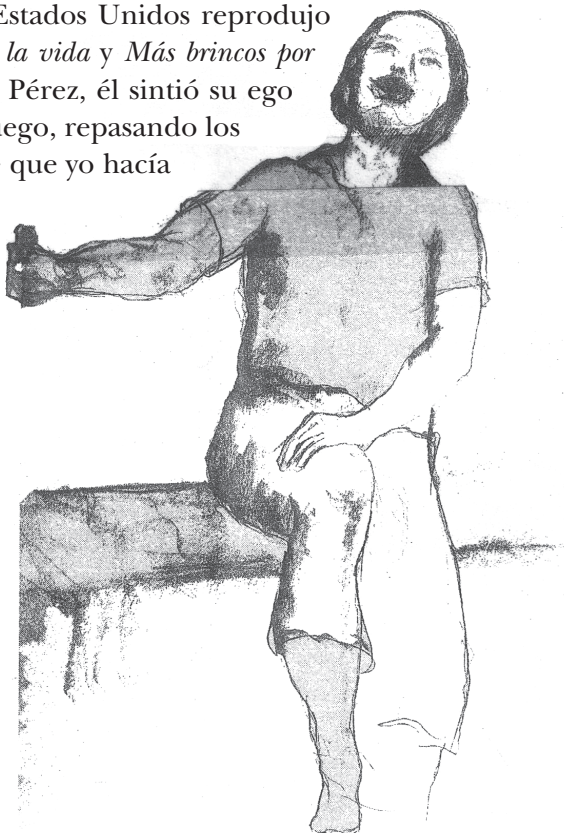
Con estas consideraciones poéticas, que antes que introductorias del humor típico, son definiciones temperamentales del dominicano por zonas geográficas, Mario Emilio Pérez introduce el tema. Antes de entrar en materia hace aclaraciones pertinentes: «Por eso no me atrevo nunca a hablar de un dominicano terminado, con características específicas», porque no encontraría iguales rasgos «un sociólogo extranjero que llega a Pedernales y habla con los dominicanos de esa región, y luego va al Este, a la región Oriental, no tan inhóspita, como la del extremo sur fronterizo, pero despoblada».

Se le ha pedido hablar del humor del dominicano, y avanza: «Si podemos concatenar algunos factores que inciden en la vida del dominicano, o que caracterizan o tipifican y que son comunes a la generalidad, vamos a citar algunos».

«CAPAZ DE REÍRSE DE SÍ MISMO»

Cuando el departamento para ciegos e impedidos físicos de la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos reprodujo en el sistema Braille *Brincando por la vida* y *Más brincos por la vida*, dos libros de Mario Emilio Pérez, él sintió su ego desarrollarse por el honor, «pero luego, repasando los títulos de esos relatos, me encontré que yo hacía mofa, como la generalidad de los dominicanos, de todas mis carencias, de mi escasez de atributos estéticos, de mi cortedad de visión, de mi miopía, que me lleva a usar gafas de gruesos cristales que restan aun a mi escaso atractivo marcelo mastrollianesco».

La anécdota ilustra la convicción del reconocido costumbrista de que «este es un pueblo capaz de reírse de sí mismo. Me burlo yo, también, de que la naturaleza fue tan dura en materia de estética que me frustró uno de mis



escasos encantos que era una cabellera muy abundante y muy negra y un pelo lacio que mis primeras noviecitas acariciaban con delectación y alguna llegó hasta el extremo de decirme: ay caramba, esa es tu única gracia. Me burlo también de la larga etapa de mi vida en la que pasé carencias económicas, claro que, cuando las estaba viviendo quizás no me burlaba de ellas. Hago también alusión a mi voz melíflua y pajaroide [...]. Me burlo de mi epitelio morado lila, en un país donde ser morado lila es una desventaja. Al blanco se le presume capacidad y si demuestra que es así, aun se le conceden algunos atenuantes, algunos privilegios, por su epitelio septentrional».

Burlarse de sus supuestos defectos, ha sido un éxito para el costumbrista, desde el punto de vista de las carcajadas que arranca. ¿De cuáles defectos propios hace mofa el dominicano? «Para muestra bastaría un botón: los moradores de un sector marginado de la capital dominicana le pusieron por nombre Quijá Quieta ¿Habrás visto en la historia de la humanidad una carga mayor de dolor poético, de metáfora agobiante o angustiante que el contenido de ese nombre? Quieren decir que ahí nadie mastica, o se mastica poco, y la quietud de la quijada en una parte tan importante de la alimentación, como es la masticación, pone de relieve que los moradores de ese sector asumieron su desgracia y para no suicidarse colectivamente o para no salir por ahí a agredir a los que viven un poco mejor, o muy bien, prefirieron hacer mofa de esa circunstancia. Eso no quiere decir conformismo, ni pesimismo, ellos darán pasos para salir de ese entorno, pero no llorando, sino con la expresión risueña de quien ve eso como parte de la vida».

DESCONFIANZA Y MACHISMO EN EL HUMOR

Habla extensamente de la desconfianza, o la «psicopatología del gancho» tantas veces sustentada por el doctor Zaglul. Mario Emilio reitera los avatares históricos que han hecho asumir al dominicano ese comportamiento, producto, sobre todo, de la Era de Trujillo. «Un hombre que provenga de la tiranía trujillista, que pertenezca a la generación atrapada del trujillato, tiene que ser forzosamente desconfiado. El dominicano es desconfiado. Si un hombre está en una barra y un desconocido se le acerca para hablarle con simpatía,

lo primero que piensa es: ¿será pájaro? Porque también, colateralmente con la desconfianza del hombre dominicano, está embricado el machismo».

«Yo tengo un amigo que sintetiza el “código machista dominicano” en pocas palabras. Él dice: el hombre dominicano que no come arroz con habichuelas, no echa un coño cuando está “decalentao”, ni tiene más de una mujer, no es digno de confianza. El “código machista” de ese amigo coincide con la mayoría de sus coterráneos porque cuando lo he expuesto, todos se han adscrito a él».

A COSTA DE LOS «DESBARATADOS»

«En el refranero dominicano hay esa mofa al pobre, al desbaratado, el mal comío no piensa, esa es una especie de prejuicio hacia el pobre porque, si bien científicamente se podría demostrar que la escasez del condumio, del yantar, de las tres comidas diarias, puede incidir en el desarrollo cerebral de una persona, sobre todo si ha pasado esas carencias en la infancia, hasta en esa forma risueña es discriminado el pobre o aquel al que se le presume poca fortaleza económica», explica Pérez.

Cuenta que leyó en la pared de un negocio: «No tema solicitar crédito, se lo negaremos con amabilidad», o sea, el que tiene cara de que va echar un fiao porque por su atuendo o por su aspecto en otras áreas luce que no tiene dinero, hay que prevenir, guardar ciertas reservas hacia él».

«Si bebe para olvidar, pague antes de empezar», repite y comenta: «siempre hay una carga económica en parte del humor dominicano. En un momento determinado puede significar algo peyorativo, denostativo, puede ser, como dije antes, la capacidad de burlarse de la desgracia propia, pero cuando se escribe frente a clientes potenciales letreros de esta naturaleza hay una carga de rechazo incipiente».

EL RACISMO DOMINICANO

Otra característica del humor dominicano es el racismo. «Dicen que los negros cuando no la hacemos a la entrada, la hacemos a la

salida; que somos comida de cerdo, aunque se usa el término puerco que es el más común en las zonas rurales dominicanas», refiere.

«Las mujeres dicen, en ocasiones, que es preferible ser la concubina o la amante de un blanco que la esposa de un hombre de piel morado lila hacia arriba. He sido testigo también de situaciones donde van juntos el prejuicio racial y el económico en las expresiones aparentemente humorísticas pero que tienen carga denostativa. Creo que, entre los que podemos citar no están bien delimitadas las connotaciones peyorativas y las que corresponden, realmente, a una burla sana de esas limitaciones o carencias o déficits o de esas características desde el punto de vista racial o económico».

EN LA ERA DE TRUJILLO

Se hacía mofa de algunas situaciones durante el trujillato «pero siempre en voz baja, con mucho temor y hasta atenuando la carga de humor, pensando, incluso, que mientras más moderada fuera esa carga de burla a la tiranía, como que menor iba a ser la retaliación correspondiente. Pero, indudablemente, se usó el humor en escasa cantidad y siempre con mucho miedo, porque yo creo que no ha habido controles más rígidos en ningún régimen, ni siquiera en el nazismo alemán, ni en el fascismo italiano que en la Era de Trujillo».

Aunque escasos, se les recuerdan algunos de doble sentido que circularon, como la caricatura en que aparecía Ramfis diciéndole a su padre: «cuando acabes con *La Nación* me la prestas» (*La Nación* era un periódico de entonces) o cuando se postuló a Héctor B. Trujillo para la presidencia que aparecía: «Negro es el futuro de la Patria». También, relata Mario Emilio, en esa época en que Negro Trujillo era el presidente títere, porque realmente el que mandaba era el Benefactor de la Patria, Ramfis Trujillo era jefe de Estado Mayor Conjunto de la Fuerza de Aire, Mar y Tierra y cuando a alguien le preguntaban: ¿cómo estás? Respondía: “tre bien” (como en francés) y el resto jodío. Y aquello de que la cosa estaba buena, pero no se vendía, haciendo alusión al famoso chino».

«Uno de los pocos chistes que yo recuerdo contra la tiranía fue que dizque iban en un avión Trujillo, Negro, un militar, el piloto, y el copiloto. Se entabló una discusión entre Negro y Rafael Leonidas

que querían tirar una papeleta de mil pesos que, en esa época, era mucho dinero. Trujillo decía: en vez de una de a mil, vamos a tirar dos de quinientos y hacemos así feliz, en lugar de una familia, a dos. Estuvieron discutiendo: no, que vamos a tirar dos de quinientos, no, que una de mil hasta que el piloto dijo: ¿y por qué no se tiran ustedes dos y hacen feliz a un pueblo entero? Claro eso cae en el campo de la mitología, era imposible».

HUMORISTAS DOMINICANOS

Para Mario Emilio el más conocido de los humoristas de estos tiempos ha sido Rafael Tavárez Labrador (don *Paco Escribano*) pero afirma que «casi hay consenso en cuanto a que el más grande humorista dominicano de todos los tiempos ha sido Freddy Beras Goico, la gente tiende a compararlo con don Paco pero yo, por ser de añeja data, he disfrutado de los dos: creo que Freddy Beras Goico es muy superior a don Paco. Quizás el humor de don Paco no pudo aprovechar, como Freddy, la vertiente política que es una cantera inagotable de chistes, de situaciones humorísticas, de caracterizaciones, incluso, de líderes políticos en son de mofa, por la férrea tiranía. Y don Paco tuvo que circunscribirse a otras áreas de humor afines a la tiranía porque eso podía implicar la prisión o la muerte [...]».

EN LOS VELORIOS

Habla del baile y del alcohol, pero sobre todo del último, que cuando está presente torna en más alegre al dominicano, aunque ocasiona a veces violencia o deja resacas económica y física que producen «natural arrepentimiento».

Le da una connotación diferente a la alegría del criollo en los funerales. «El hecho de que en los velatorios se hagan muchos chistes y cuentos no es más que la reacción natural del ser humano frente a aquel que emprendió primero el viaje del cual no se regresa. Fíjate que esa alegría es el saber que todavía se está vivo mientras el que yace en el ataúd partió al viaje final. Eso se nota hasta en determinadas expresiones cuando por algún lugar pasa un cortejo fúnebre, un

entierro, sobre todo en los barrios pobres. ¿Qué es lo que dice la gente? Ese se fue primero que yo. Si se está comiendo un mondongo, por ejemplo, dice: ese no come más mondongo, o sea, hay una especie de competencia sutil: se fue primero que yo. Creo que más que una característica del dominicano, de que muestra su alegría aun en los velorios, es el sentimiento de alivio de que todavía él no ha recibido el golpe definitivo de la guadaña».

1 de abril de 2000.



XIV

El recurso del chiste

Hay dos géneros literarios populares dominicanos que entroncan directamente con los españoles. Se trata del refrán y del cuento.
Carlos Dobal.

El dominicano se ha caracterizado a través del tiempo por el uso del humor identificado con la historia, la política, la vida social, la estructura familiar, la homosexualidad, el adulterio, las crisis nacionales, los defectos físicos y supuestas deficiencias mentales o ignorancia de sus mujeres y hombres públicos. Los políticos del terruño han sido los más destacados sujetos del humor típico que el notable sociólogo, historiador y costumbrista Teófilo Barreiro presenta en dos matices: el humor simpático y el humor negro.

El primero, explica, no tiene el rejuego de la angustia, de lo secreto, de la palabra insinuante, del insulto, de lo que no se quiere expresar, pero se supone. El humor simpático es la expresión de las vivencias del individuo: lo que le ha pasado a él, a otros, a su familia, en el pasado o en el presente.

El humor negro, prosigue Barreiro, es la forma en que se expresa la angustia, que siempre deja un sabor amargo en la boca. Es el requiebro, el escape a una situación de presión, la manifestación del sufrimiento por el color, la soltería, la sexualidad, lo que sale mal. El humor, en el dominicano, es una forma de simplificar sus complejos.

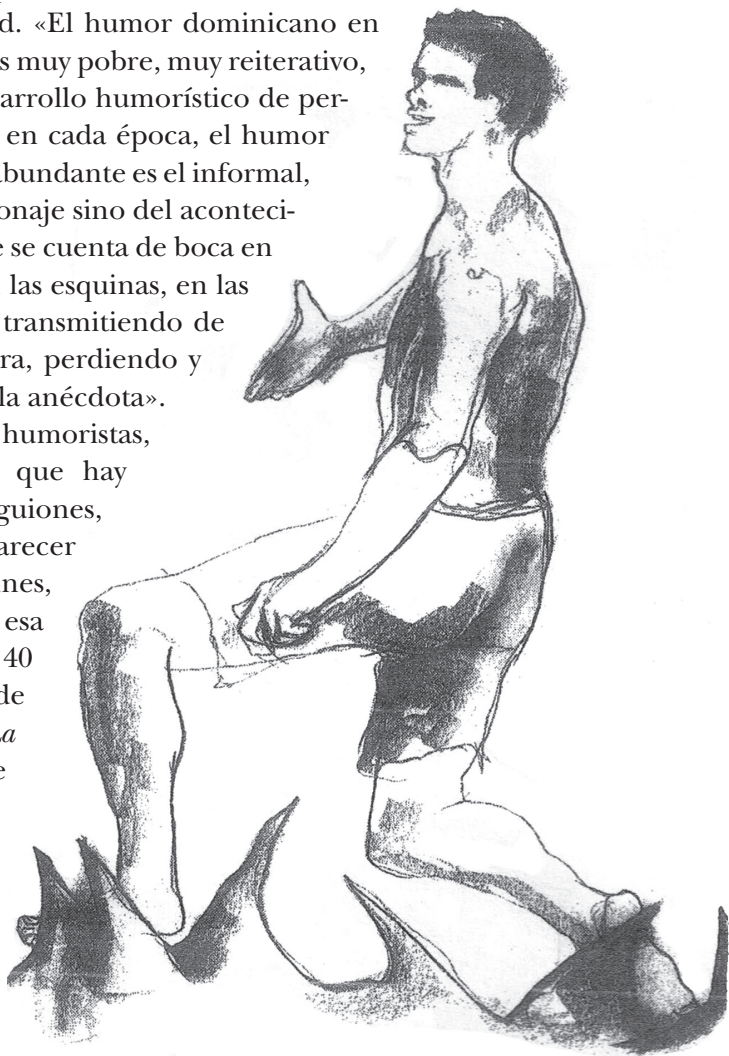
Creador de la «cuerda» para provocar reacciones en sujetos sensibles al relajo, sustentador del «no es lo mismo», relator de cuentos

de todos los colores en colmadones, café, velorios, centros cerveceros y reuniones familiares, el dominicano es también onomatopéyico, sonoro, gestual, a la hora de hacer sus chistes.

«El humor nuestro se enriquece con sonidos. El que no le metió un *pim-pum-pam*, un *suass*, como de que se *despatilló*, un *tituá*, como de que flojó una *galleta*, un *tac-tic-ton*, un *roquitoqui*, un *cocotazo*, no contó el cuento, porque el sonido, en el humor dominicano, es lo que produce hilaridad, y el dominicano la logra en base a eso y a la combinación con los ojos, la boca, las manos, a tal extremo que determinados chistes, como son los plebes, por ejemplo, el dominicano solo los cuenta con la cara, los labios o los dedos».

Barreiro considera que el humor dominicano ha decaído considerablemente porque los humoristas no se nutren de su propia realidad. «El humor dominicano en los últimos tiempos es muy pobre, muy reiterativo, no ha habido un desarrollo humorístico de personaje. No obstante, en cada época, el humor más común y el más abundante es el informal, que no es el del personaje sino del acontecimiento, que es el que se cuenta de boca en boca, que se hace en las esquinas, en las pulperías, que se va transmitiendo de una generación a otra, perdiendo y ganando detalles de la anécdota».

Aquí hay pocos humoristas, considera, «aquí lo que hay son conocedores de guiones, fíjate: nunca va a aparecer en el país un tres patines, por ejemplo, con esa riqueza que todavía 40 y pico años después de la producción de *La Tremenda Corte*, tiene una vigencia dentro y fuera de la República Dominicana, y se vende como disco



compacto, y ya hay gente que tiene su colección. Lo que pasa es que ahí se trabajaba con un guión, había una persona que creaba y que era guionista de la acción, había un aprendizaje, que es lo que le falta a los humoristas de ahora, que quieren decir lo que piensan espontáneamente, en el momento, pero se repiten considerablemente».

Desglosa los temas de humor del nativo: el color, la raza, la familia, en particular las esposas y las suegras; los problemas de la sexualidad, los homosexuales, el sexo; la falta de agua y de luz, la abundancia de basura; las personas y las conductas, sean políticos, sean profesionales, sean locos en las calles, sean personas con defectos físicos, la historia, es decir «tratamos ciertos individuos en determinadas circunstancias para, al humorizarlas, hacer perder el impacto traumático que pueda tener en nuestra condición actual, hacemos humor también con los defectos y los antivalores y por eso hay humor sobre gente coja, borrachos, retardados, conductas bisexuales, homosexuales, gordura, flaquencia [...]».

«Pero hay algo importante: cuando una persona hace humor sobre algo que le afecta, no lo importantiza y se abstrae de la realidad, se convierte en crítico de eso mismo que le está afectando y es el caso de un gordo que haga chistes sobre gordos, de una canillúa que cuente de canillas. Al hacerlo, se aísla de su problemática, que en sí, es el contenido de su comunicación».

DE PERSONALIDADES

«El humor es tan profundo en la sociedad dominicana que ha sido fomentado por personas para vivir de personas, como los cuentos del general Checo, que hicieron una gama. El general Checo, como cuento, como historia, como contenido de humor pegó al general Checo, lo introdujo en la sociedad dominicana como un general distintivo entre todos los generales de su época. Suavizó su imagen de general, lo convirtió en un personaje más humano, más tocable, ya no era el militar, sino la persona con gracia, pero su gracia se fundamentaba en un defecto: el defecto que, supuestamente, y me dicen que no era así, de que el tipo era bastante limitado en su inteligencia. Sin embargo, la historia comenzó a presentarlo como una persona de contrastes que utilizaba las palabras en la denotación

y la connotación inadecuadas. Generó beneficios, porque se hizo un libro del general Checo, y el general Checo tiene años de muerto y sigue siendo como un punto de referencia en lo que sigue siendo el humor [...]».

La pródiga memoria de Teófilo Barreiro improvisa un festival de chistes del famoso militar. Al concluir expresa: «ahora mismo está siendo sujeto de humor un candidato presidencial que está siendo tratado de forma similar al presidente Guzmán. Para mí que no es accidental, me parece también que es parte de una metodología presentarlo como una persona menos brusca, menos cortante que como es, y aligerarlo un poco, con eso de que no es un hombre de mucha visión en términos académicos». Del expresidente y del candidato, refiere Barreiro, también, algunos de los últimos cuentos basados en su presunta ignorancia.

Cita a una figura de la televisión que, según él, «tiene una vigencia increíble por eso de presentarlo como que se equivoca frecuentemente en pantalla y que comete errores mercadológicos, incluso en la publicidad». Sin embargo, con él «un grito se ha puesto de moda, se ha puesto en boga el eslogan de un refresco y se ha puesto de moda el estilo mismo de él. ¿Qué ha hecho ese humor? Venderlo, porque la gente se olvida de que él mete la pata y se acuerda de que él tiene un programa kilométrico los sábados. Y eso lo ha convertido en exitoso». Es interesante señalar, añade, «que los que producen humor no son sujetos de humor. Ni Checo, ni Guzmán» ni los otros que mencionó, «fueron humoristas, y se habla de ellos. No obstante, nadie habla de Boruga, ni de Nani, ni de Kenny Grullón, ni de Cuquín, ni de Cachita, ni de Freddy, no producen hilaridad, porque se visualizan como portadores del humor ajeno, y la gente te dice en la calle: “él es muy buen cómico en escena, pero es muy pesao en el trato personal [...]”».

POLÍTICA Y POLÍTICOS

En el país siempre han existido revistas de humor de corte político, comunica Barreiro, recordando a *Cachafú*, «que traía una cantidad enorme de gráficos con relación a los políticos. Después estaba Miche Medina, que también hizo historia con los gráficos políticos

que hacía en el periódico y que ahora trabaja como dibujante del *El Nuevo Día*, de Puerto Rico. Más recientemente Huchi Lora tuvo *DDT*, que se vendía en las esquinas. Duró muy poco. Actualmente está *La Risa* que antes estaba en *La Nación* y ahora en *Caña Brava*, también de humor político. En 1978, cuando Balaguer no quiso soltar [el poder] andaban por ahí unos volantes que presentaban unos gallos todos golpeados y a Balaguer también to debaratao». «Se hizo mucho humor político con el color de Peña, increíble. Aquí circuló una vez, cuando la primera producción de *Star War*, una página en la que aparecían todos los políticos de entonces, incluyendo a Jacobo Majluta, a Jorge Blanco, a Balaguer, a Francisco Augusto Lora. En una ocasión surgieron gráficos con el bueno, el malo y el feo, que también era otra película».

Los personajes políticos, agrega, «siempre han sido muy trabajados. Por ejemplo, a Fello Suberví, siempre se le han destacado los dientes; a Peña Gómez la nariz, esa nariz de sillín de bicicleta; a Balaguer la curvatura de su cuerpo, la joroba, la jiba, y su traje negro; a Majluta la narizota y el cigarrillo; a Abinader la forma triangular de su cabeza y el pelo oscuro teñido; a Bosch, las arrugas de la cara; a Jorge Blanco con tantos dientes que parecía un caballo, incluso le decían el caballo». Se pregunta: «¿qué es lo que está sucediendo con la caricatura política? Que es una forma de estar presente y el mismo sujeto que ve su caricatura goza con eso, no se incomoda, simplemente porque es mejor tener vigencia que estar en el olvido».

«El humor —comenta— suaviza los errores políticos, matiza las características defectuosas de un candidato, entonces el aspirante, cuando se ve hecho humor, se observa siendo sujeto del humor, dice: para que no se fijen en lo que yo hice mal en el Ayuntamiento, mejor es que relajen con mis dientes», por ejemplo.

—¿A costa del presidente Fernández no se han producido chistes?

«No, a Leonel lo que se hace es imitársele, y se ha relajado mucho con la inflexión de su voz, con su entonación, con sus características físicas, que son achinadas, mongoloides. Ha sido muy caracterizado como chino, los labios marcadamente grandes y sobre todo, en programas de televisión y de radio, por la pronunciación de las palabras y el defecto que él tiene en término del uso de las eses, que las sesea. Quisieron grabar en una ocasión con el carrito que

él tenía, pero eso no cuajó, no trascendió, se quedó en ese plano. Con Peña sí se abusó mucho, porque se insistía en su parentesco con África y se decía que él hablaba alemán dizque porque los parientes anteriores se habían comido unos alemanes allá en el África. Pero eso es parte de la dinámica racista que tiene el dominicano, el único país del mundo que en vez de tener los tres típicos colores de las razas, tiene veinticinco [...].».

«NO ES LO MISMO»

La relación de Teófilo Barreiro en cuanto al humor dominicano es tan prolija que toma más de dos horas la charla. Ilustra con anécdotas y chistes sus consideraciones. Destaca que «no nos cansamos de decir los mismos cuentos en todas las mismas reuniones, al extremo que se nos pegó de los americanos el numerarlos, por la reiteración»; refiere los líderes anónimos del chiste, «un componente fundamental de esta sociedad»; manifiesta las tristes o desventajosas situaciones de las queridas, cuando fallece el amante; cuenta ocurrencias de las épocas de Lilís y de Trujillo y las charadas surgidas a costa de los compatriotas residentes en Estados Unidos, sobre todo cuando traen los cadáveres de sus parientes. Asegura que las funerarias han enterrado el chiste en los velorios porque son demasiado formales, «hay muchos espejos, la gente se siente fuera de su casa, se sienta circularmente o en líneas paralelas, en perspectiva perpendicular hacia la caja del muerto, entonces, donde generalmente se sazona es en la amanecida de velorios de campos y barrios pobres». Refiere los humoristas con páginas en Internet, como Felipe Polanco (*Boruga*) y Jochi Santos, y cae en el «no es lo mismo», que aunque importado, fue enriquecido o variado por el nativo. «Oh, sí, decían: no es lo mismo una vieja en cinta que una cinta vieja» y las segundas partes de los demás son impublicables. Solo el comienzo: «no es lo mismo el padre Robles Toledano», «no es lo mismo estrecharte», «no es lo mismo Emeterio, Saturnino, Secundino y Fajardo», «no es lo mismo el mondongo de Tapachula [...] y así, hay una cantidad de no es lo mismo que eso no tiene madre. Casi todos tienen connotación sexual», al igual que «se levanta el telón», que también estuvo muy de moda.

HOMOSEXUALIDAD

«En el campo de la homosexualidad, aquí siempre se ha hablado de Ciprián, el que vende chinas. Es un personaje que existió pero, más que existir, era místico. Fue uno de los primeros homosexuales, reconocido, que hubo en la capital. Y decirle aquí a una gente te está buscando Ciprián el que vende chinas, en forma de humor, era decirle que era homosexual», cuenta.

Agrega, por otro lado, que durante muchos años se dijo, «sin probarse, que Trujillo recogió a todos los homosexuales del país y los mandó a la Saona. Entonces decirle a una persona te van a mandar a la Saona, aunque indiscutiblemente en forma de humor, era decirle que era pájaro».

2 de abril de 2000.



XV

Fiebruses del sexo

A tal extremo llega el machismo del dominicano que al «macho» le resultaría difícil adaptarse a una compañera que en los placeres sexuales tome a ratos la iniciativa. Puede suceder que si la mujer es dominante en exceso, haga que el hombre se sienta impotente.
Manuel de Jesús Guerrero.

En el comportamiento sexual de los dominicanos no se han producido transformaciones significativas pese a la iniciación temprana de los jóvenes en esta actividad, y a los esfuerzos encaminados a promover la educación sexual en las escuelas.

Tal vez uno de los pocos elementos novedosos es que no solo el varón participa en el sexo prematuramente, como han observado los estudiosos de la materia. En los últimos años se le ha agregado la niña que, casi siempre por su falta de conocimiento, alega, queda embarazada a destiempo.

El incremento de la natalidad, en consecuencia, contrasta con la manifiesta ignorancia que en el aspecto sexual se atribuye a casi todos los criollos que parece insuperada.

El número de mujeres frías aumenta en las consultas de los psiquiatras tanto como los casos de machos depresivos a causa de la impotencia. Hay esposas que han concebido hasta 20 hijos sin haber experimentado jamás un orgasmo mientras que, por otro lado, una considerable cantidad de féminas, se siente atraída por el hombre con miembro de proporciones descomunales desconociendo que en

vez de ventaja representa una amenaza para su salud, según médicos entrevistados.

Se ha reportado variación en cuanto a la infidelidad reconociéndose que ya no es solo exclusividad del varón y que en ello han contribuido, según estudiosos, las campañas feministas en cuanto a la igualdad de los sexos.

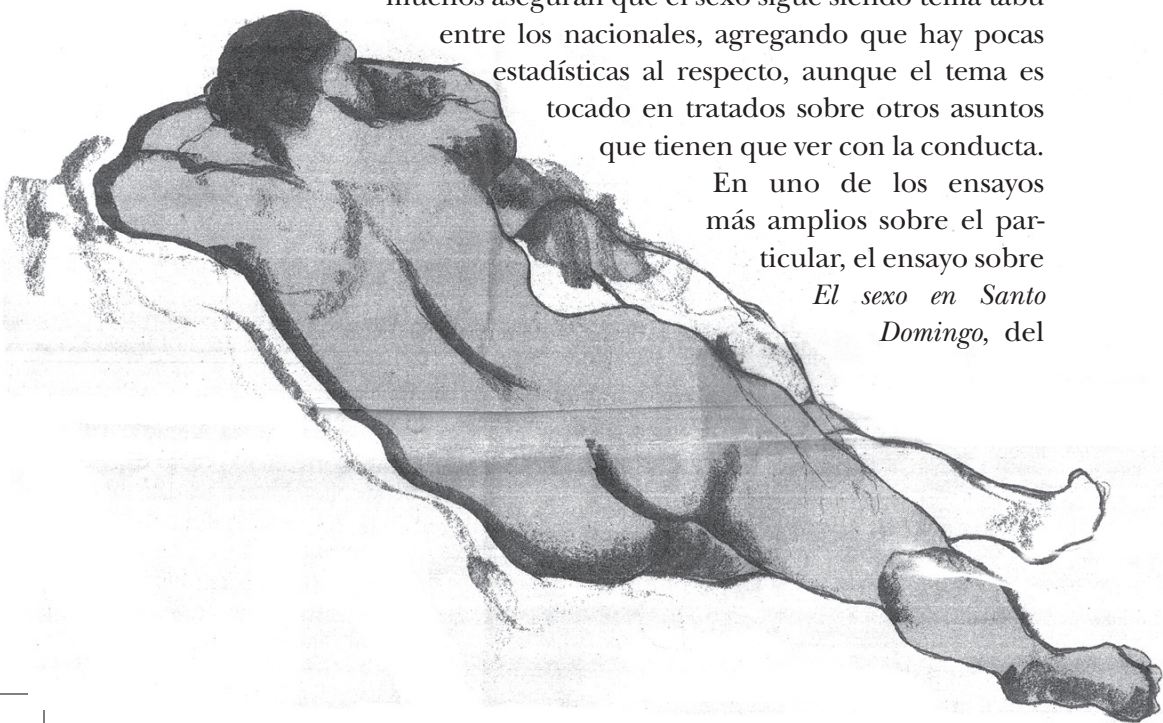
Los homosexuales —cuya cifra se ha disparado—, «redondos», «ambidiestros», se presentan en la sociedad nacional de forma menos soterrada que antaño y la calumnia sexual contra figuras públicas en vez de disminuir, crece.

Los conceptos errados en cuanto al sexo no han sido totalmente superados y aun entre los pobladores urbanos más desarrollados, se mantiene la creencia de que la masturbación debilita, tuberculiza, descalcifica o causa pérdida de hierro, que el eyacular vuelve locas a las personas, que la mujer señorita se conoce por medio del sonido del caño de la orina o que el líquido inseminador tiene su origen en el cerebro, «preferentemente en la región occipital», por lo que al hombre o la mujer que llevan algún tiempo en abstinencia sexual le dicen que en esa parte de su anatomía se le ha formado «un queso» porque aquí al semen le llaman «leche».

Los profesionales de la sexología y los institutos de educación sexual y humana se han reproducido. Aun así, muchos aseguran que el sexo sigue siendo tema tabú entre los nacionales, agregando que hay pocas estadísticas al respecto, aunque el tema es tocado en tratados sobre otros asuntos que tienen que ver con la conducta.

En uno de los ensayos más amplios sobre el particular, el ensayo sobre

El sexo en Santo Domingo, del



doctor Alejandro Paniagua, el psiquiatra expresa que «solo es permisible hacer conjeturas acerca de la conducta sexual de nuestra gente. Carecemos de estadísticas confiables, se está, además, frente a una situación histórico-cultural enrarecida al máximo que no permite ayudar por ahora en el esclarecimiento de la más mínima porción de conducta sexual a la cual pudiéramos encuadrar dentro de algún patrón». En su obra hace referencia a *La sexología en la República Dominicana*, por el doctor A. Cuesta Barreiro y a los resultados de estudios sobre la frigidez del doctor Conde W. Olmos.

Otros autores que tocan algunos aspectos de la sexualidad del dominicano son Manuel de Jesús Guerrero, el reverendo padre Gregorio Lanz, Ochy Curiel, Harry Hoetink, Emilio Rodríguez Demorizi. Recientemente, en entrevista para el suplemento *Areíto*, del periódico *Hoy* los doctores Rafael García, Mildred Herrera de Báez y Miguel Suazo se refirieron a las preferencias sexuales del criollo.

El psiquiatra José Ramón Báez Acosta, pionero en la difusión de la problemática sexual por radio y televisión, y autor de un libro sobre *La prostitución en República Dominicana* y de un «Prontuario psiquiátrico», aseguró que en el país «no existen estudios ni estadísticas completos» sobre la conducta sexual del dominicano. «Al menos, en mis manos no han caído y yo soy un recoge papeles y libros. Pero sí muchos colegas hacen exposiciones, existe un Instituto de Sexualidad Humana, hay monografías, artículos, pero no un estudio a profundidad».

«Realmente, la mayoría de los dominicanos ni sabe, ni se le ha enseñado nunca que el sexo no es más que un componente muy importante, pero mínimo, del disfrute de la vida, de las cosas de la vida», afirma Báez Acosta quien define al dominicano, en lo material, como «muy ecléctico, y estamos hablando del hombre y la mujer “normales”, entre comillas, sin desviaciones, sin degeneración».

Las deficiencias o complejos que oculta el dominicano *fiebrú*, los miembros «sarazos» o «de salón», los daños o ventajas de la infamia sexual, la frigidez, la precocidad sexual de muchachos y muchachas, que el doctor Alejandro Paniagua justifica en la desnudez que se extiende hasta edades muy avanzadas, las causas de la impotencia masculina y las ideas equivocadas del criollo en relación con el sexo son algunos de los temas enfocados en estas entregas.

No escapa casi a ningún autor el afianzamiento del machismo dominicano debido a la posesión de la hembra, basado en la numerosa prole y a la angustia producida por el inconveniente de un pene que no erecta, otro tormento que lleva multitudes de machos a los consultorios. «He conocido casos de amigos que al disminuir su potencial erótico han hecho depresiones gravísimas que los han llevado por los bordes del suicidio», confiesa Mario Emilio Pérez que agrega a las características sexuales del dominicano el «encuerar» a las chicas con los ojos, al igual que, según él, lo hace el español.

«El hombre dominicano ve a la mujer y su mirada es un tocamiento. Es más, se puede decir lo que yo decía de Agustín Martín, que es bueno andar con un español o con un dominicano porque desnudan a las mujeres con la mirada, entonces uno aprovecha y las ve».

VARONES PROLÍFICOS

Manuel de Jesús Guerrero, quien estima que «en República Dominicana muchos sectores de la población solo consideran hombre a un joven cuando ha logrado cazar a su primera “hembra”», cita al padre Gregorio Lanz quien afirma que en el país «tenemos prohombres que fueron unos perfectos machos en su actividad sexual» y en una breve relación pone los casos de Pedro Santana, que además de sus dos legítimas esposas convivió con cuatro mujeres y «tuvo hijos legítimos» y naturales con todas. A Buenaventura Báez que procreó en seis damas; a Rafael Leónidas Trujillo que «así como impregnó de terror, muerte y hambre su régimen, también encubrió bajo su dictadura un libertinaje sexual disfrazado».

En su libro *El pueblo dominicano*, H. Hoetink, refiriéndose al «instituto muy difundido del concubinato» en el que ha vivido el hombre en el país, antes y después de su matrimonio, refiere: «En 1801 murió en San Pedro de Macorís un marinero-carpintero, dejando 42 hijos de dos matrimonios y algunos “malos pasos” [...]. Luperón tenía dos hijos legítimos, seis naturales; el número de hijos naturales de Heureaux no sería menor. Un simple inmigrante curazoleño en

Neiba tenía una esposa legítima con siete hijos además de dos concubinas con las cuales tenía tres [...]».

Sobre Lilís, reproduce Guerrero: «Ninguna mujer, cual que fuera su posición, blanca o negra, nativa o extranjera, estaba libre de ser importunada por él, si por casualidad se sentía atraído por ella».

Es que el dominicano, según Báez Acosta, tradicionalmente es un *fiebrú* del sexo, aunque deje insatisfechas a sus mujeres. Tal vez esas fértiles personalidades encajen dentro de esa categoría.

Los *fiebruses*

«Son hombres que dicen que van tres, cuatro, cinco veces al día y que le hacen a la mujer 80 mil números. Realmente sufren, no disfrutan, lo hemos comprobado personalmente», asevera el reconocido psiquiatra.

El *fiebrú*, personaje auténticamente típico, «se busca lo que sea y se va a la cama con cualquier mujer, es decir, no tiene un gusto definido. Don Gregorio Marañón, ese gritón médico español del siglo pasado, decía que el hombre que no tenía un gusto definido e iba a la cama con cualquier mujer, era potencialmente homosexual, aunque no lo ejerciera», expresa Báez Acosta.

Sufren, explica, «porque no hay una complacencia bis a bis, tanto gozas como gozo, sino tanto yo digo que gocé». El *fiebrú*, señala «es muy propio, muy característico del dominicano. El alarde tiene varias vertientes, dependiendo de la personalidad. Los viejos dicen que el muerto que no hace ruido mayores son sus penas pues, realmente, el *fiebrú* lo que quiere demostrar es que es más varón, más macho que los otros y normalmente son la mitad del macho que el hombre promedio. Casi siempre oculta una desviación».

Este tipo, añade, «tiene la fiebre en la cabeza y no en el miembro viril [...]. Son hombres con grandes complejos de inferioridad que los traslucen en aparente superioridad, que no es real».

Con Marañón, con Báez Acosta, coincide el doctor Eric D. Wittkower, citado por Paniagua: «Definitivamente, desconfiamos de cualquier precepto machista de superioridad sexual, porque este, al igual que su gemelo carnal, el mencionado “donjuanismo” español

(un grado avanzado de machismo o supermachismo), calificarían muy bajo en la escala de la madurez y diferenciación psicosexual, lo que casi siempre coloca a estos individuos en el azaroso terreno de la homosexualidad latente».

Y Báez Acosta trae al tapete al actor Rock Hudon, «el machazo de los machazos. Confesó que él había sido homosexual toda su vida».

3 de abril de 2000.

XVI

Ardiente amor de las dominicanas

El sexo no es solamente un instrumento de placer, se le puede utilizar como arma política al disparársele como una saeta a voluntad contra otros. La calumnia sexual es, tal vez, el rayo desintegrador más efectivo contra la consistencia moral y la posición machista de cualquier personaje.

Dr. Alejandro Paniagua.

En la República Dominicana se han atribuido inclinaciones homosexuales a políticos y gobernantes para impedirles el triunfo o debilitar su gestión gubernativa. No se les enrostran, en cambio, relaciones extramaritales, si están casados, o múltiples mujeres, sin son solteros.

«Cuando no pueden señalarle a un político defectos que le vayan a restar votos, lo acusan de homosexual, porque aquí, por ejemplo, el voto femenino es mayoritario», razona el doctor José Ramón Báez Acosta quien fue tildado de tal, de «redondo» y de «cívico» cuando fue electo síndico del Distrito Nacional por el Partido Revolucionario Dominicano.

Paniagua refiere las imputaciones de homosexuales hechas a Rómulo Betancourt y a Fidel Castro. El dictador Rafael Trujillo los acusó a ambos de homosexuales en diferentes circunstancias.

«Luego que el expresidente Rómulo Betancourt definiera su posición contra el régimen tiránico de La Habana, los comunistas y sus simpatizantes se dedicaron a apocar la varonil figura al estadista

venezolano con todos los medios a su alcance. Fallados en su intento, recurrieron muchas veces a los envenenados dardos de la vindicta sexual. La acusación de “maricón” que se le hacía no solo era ridícula sino inconcebible, a los labios de profesionales universitarios», comenta.

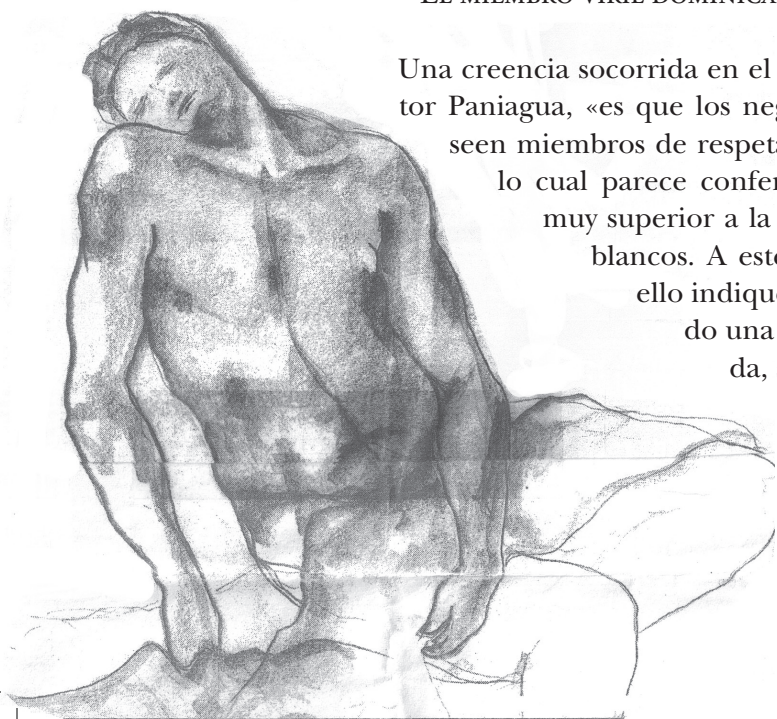
De otros medios totalmente distintos, agrega, «por boca de personas supuestamente sensatas y demócratas de buena ley hemos escuchado la acusación que más bien parecía una convicción, de que Fidel Castro era un indiferente sexual, e incluso se llegó a ilustrar los argumentos con pruebas al parecer irrefutables y fehacientes».

Paniagua relata que en el país abundan individuos «que al percatarse de su incapacidad para sobresalir en sociedad por vía del intelecto, la pericia o el esfuerzo físico, se aferran al expediente de una supuesta superioridad sexual o al “yoísmo” más descarado».

Báez Acosta añade que los enemigos del doctor Joaquín Balaguer también le han hecho igual incriminación «no sabiendo, quienes la hacen, que hablando bien del contrario es que tú te quitas votos». «No los afecta. ¿Por qué no ha afectado a Balaguer? De la honorabilidad de Juan Bosch, de su unisexo con doña Carmen hablaron toda la vida y, sin embargo, ha perdido».

EL MIEMBRO VIRIL DOMINICANO

Una creencia socorrida en el país, según el doctor Paniagua, «es que los negros y mulatos poseen miembros de respetables dimensiones, lo cual parece conferirles una virilidad muy superior a la de sus congéneres blancos. A este punto, y sin que ello indique que hemos tomado una decisión precipitada, seguiremos fieles a la teoría de que el comportamiento sexual del individuo se supedita al factor psíquico



predominantemente y no como en los animales inferiores, al aspecto genital u hormonal exclusivo».

Al cuestionar a Báez Acosta en cuanto a la existencia de estudios sobre el tamaño promedio del pene según el color, respondió que «tradicionalmente, el hombre de piel oscura es mucho más aventajado, en sentido general, que el hombre de raza blanca. Ahora: eso es una desventaja».

Pone como ejemplo el placer que percibe la muchacha al bailar, sin que haya introducción, para concluir en que «lo que prima, lo que vale, lo que te produce ochenta orgasmos, es el amor que tú sientas y la sutileza acoplada con que el hombre te lo haga».

«Al contrario –añade– hay hombres que provocan que la mujer tenga que ir al médico a cada rato, porque tienen un pene que les llega al Saco de Douglas, que les produce hemorragias», pero, reitera, «lo que no hay dudas es que normalmente, el hombre negro tiene el pene más grande que el blanco, lo que no le da ventaja».

—¿Es cierto que pierde más temprano su virilidad? «Lógico. Porque no es igual levantar un saco de 100 libras que uno de 25. Cuando tú estás joven sí, pero a los 60, 70, 80, tú no puedes levantar esas 100 libras».

Uno de los términos populares para definir ese declive es «sarazo», «que no llega a la erección plena, en el Sur se usa mucho esa palabra: sarazo o semi-impotente, pero la verdad es que ya la resistencia de su sistema nervioso, la vascularización, la sangre que tiene que llegar ahí para que se produzca la erección, no es la misma, es menor, porque ya los vasos están más estrechados por la esclerosis normal de la edad, por una serie de factores y el mismo sistema nervioso recibe mucho menos oxígeno, entonces no pasa de sarazo».

Cuenta que conoció en Azua a «un hombre que le decían Gambeta, que lo mató una prostituta porque le rompió el Saco de Douglas y sufrió una hemorragia que estuvo al morir. Ese señor se persignaba con el glande, sentado, por cinco centavos, en Azua. Yo lo recuerdo».

«¿Dónde está la mayor sensación de una mujer? En el clítoris, porque ahí es donde están las glándulas que segregan y que excitan más a los ovarios, no es en el fondo, no es en el útero, la matriz, como dice la gente. Entonces, el hombre que tiene el miembro llamado de salón, es el que puede bailar cómodamente, el grande ni siquiera puede

introducir y sacar pues cada vez que lo hace produce un dolor terrible. El de salón no tiene ese problema, y ella lo disfruta enormemente».

Para Báez Acosta, una de las creencias equivocadas en el terruño es que a la criolla «le gusta el miembro grande, eso es falso de toda falsedad. Que hay mujeres que dicen: un tallo largo, ese me lo tiro yo, y algunos dicen que ella sigue con su marido porque ha probado otros y ese se lo manda hasta el infinito, sí, pero eso es falta de conocimiento, de orientación, es señal de ignorancia hasta de sus propios órganos».

EL DOMINICANO Y LA MASTURBACIÓN

«En Santo Domingo se dice “hacerse la paja”, de donde se deriva la expresión un tanto socarrona: “¡deme esa pajosa!”, al pedirle a alguien que le salude con un caluroso apretón de manos. En otras regiones del Continente se le dice: “Tener relaciones con Manuelita la Palma”», escribe Paniagua.

Según este psiquiatra, la masturbación «representa un desahogo perfectamente normal y legítimo para la energía sexual contenida. En nuestro concepto, rara vez se justificaría hablar de masturbación como si se tratase de una enfermedad».

El doctor Báez Acosta considera que en las partes más alejadas del país, «donde no ha llegado todavía el concepto de lo que tiene que ver con el sexo, amiguitos y madres le meten en la cabeza al muchacho que eso (la masturbación) lo va a descalcificar, a sacar el fósforo del cerebro, lo va a tuberculizar y, realmente, hacen de él un erótico que casi siempre carga con eso toda la vida. Y muchas impotencias tienen su origen ahí, en que el subconsciente dice: espérate, yo no me quiero morir, ahí está el problema, por el miedo que le metieron en el desarrollo de su personalidad».

«La masturbación no es enfermedad –enfatisa– es parte de la sexualidad, en la juventud, sobre todo, y hasta en los matrimonios». Paniagua hace consideraciones casi idénticas pero relacionadas con actitudes del dominicano hacia la pérdida de semen. Infiere, según él, que la eyaculación puede llevarlos a la locura o al debilitamiento del cerebro, donde creen que está alojado. «Algunos de nuestros congéneres se las amañan para evitar el coito, por temor a que se le debiliten los glóbulos rojos. Otros pensando que el mismo conduce a

un decaimiento sexual prematuro, lo que equivaldrá a reducir la vida del individuo en “uno o diez años por lo menos”».

FRIGIDEZ

«La frigidez en nuestra patria constituye una verdadera endemia de proporciones francamente alarmantes. El psiquiatra Conde W. Olmos no pareció ruborizarse en lo más mínimo al afirmar que en su experiencia, el 48 por ciento de sus compatriotas femeninas padecen del “mal” y prosiguió diciendo: “dicho por ciento me parece todavía muy conservador”. En efecto, dicho número fue el resultado de un estudio conducido previamente por él y otros dos colegas dominicanos en cien mujeres, las cuales habían consultado al psiquiatra por varios motivos», consignaba Paniagua en 1971 y parece que hoy, la situación no ha variado considerablemente.

Báez Acosta reporta un 35 por ciento entre sus pacientes «que nunca han tenido un orgasmo» pese a haber sostenido relaciones sexuales, estar casadas y procreado. Lo atribuye a falta de orientación, al matrimonio por conveniencia, al engaño del marido, al maltrato físico o emocional en los primeros contactos sexuales, a traumas de infancia por confundir «la voluptuosidad y el fragor de la emoción con dolor y maltrato», a la infidelidad del esposo, a depresiones «mayores o endógenas». Se le presentan frecuentemente, también, casos abundantes de eyaculación precoz, de penes que no erectan bien.

Tanto Báez Acosta como Paniagua destacan una elevada homosexualidad en el país. Para el primero, el 99.9 por ciento «es hecha, no nacida. Solamente el uno por mil nace con esa deficiencia, los otros noventa y nueve son inducidos por factores ambientales, psicosociales, comunitarios, factores que se dan en el hogar, los medios de comunicación, etc.». Igualmente, recibe una alarmante cantidad de pacientes angustiados por impotencia.

«SEXUALMENTE INESTABLES»

Báez Acosta opina que el hombre dominicano es «sexualmente inestable, no tiene un gusto fijo. Hoy le gusta una blanca, bajita,

amasadita y otro día se encuentra con otra que le lleva dos pies, flaca o gorda como una choncha y se la lleva a la cama. El dominicano no tiene preferencias sexuales».

Contradice a los sexólogos que afirman que el criollo gusta de anchas caderas, labios gruesos y nalgas pronunciadas aunque concuerda en que las prefiere de piernas gordas «porque dicen que son la mejor base para algo que pesa. Pero a los dominicanos no les gustan las nalgudas, no es verdad, ni los labios gruesos. Una mujer nalguda es muy incómoda para tener relaciones sexuales», expresa, aunque aclara que este es el tipo preferido por puertorriqueños, porque tanto a los hombres como a las mujeres les gusta el sexo anal.

«MARINOVIOS»

El doctor Báez Acosta comenta que, «innegablemente, la mujer ha aprendido mucho, a través de los golpes físicos y psíquicos, de los medios de comunicación electrónicos, las enseñanzas, la transculturación, el turismo». Su mayor satisfacción, agrega, «era ir virgen al matrimonio, ya no, ya son marinovios, una gran mayoría. Evitan los hijos, hasta que se casan y si no se casan, es marinovia de otro. Ya a la muchacha de hoy se le entrega la llave de la casa, se va para la discoteca sin chaperona [...]».

Insiste en que debe recibir orientación en el hogar sobre los peligros externos para evitar violaciones, «cuyo número es alarmante: en la justicia y en los periódicos no saben ni la milésima parte de lo que está pasando».

CAMPEONA DEL SEXO

Pese a todos los padecimientos en el orden sexual, según Báez Acosta, «en el sexo no hay quien le gane a una dominicana. Conozco 59 países y estuve mucho tiempo soltero. La dominicana tiene la virtud de ser ardiente, fogosa y profundamente amorosa. Esos europeos no la sueltan ni mataos [...]».

4 de abril de 2000.

XVII

Prevalece la cruz de los descubridores

Así como en La Isabela de Puerto Plata se dice la primera misa y se construye la primera iglesia católica de América, la Iglesia de San Francisco ha sido primicia de católicos y protestantes.
George A. Lockward.

«**E**l espíritu de la religión católica constituye una de las más fuertes herencias transmitidas por la Madre Patria a la nación dominicana», escribió el distinguido historiador don Leonidas García Lluberes.

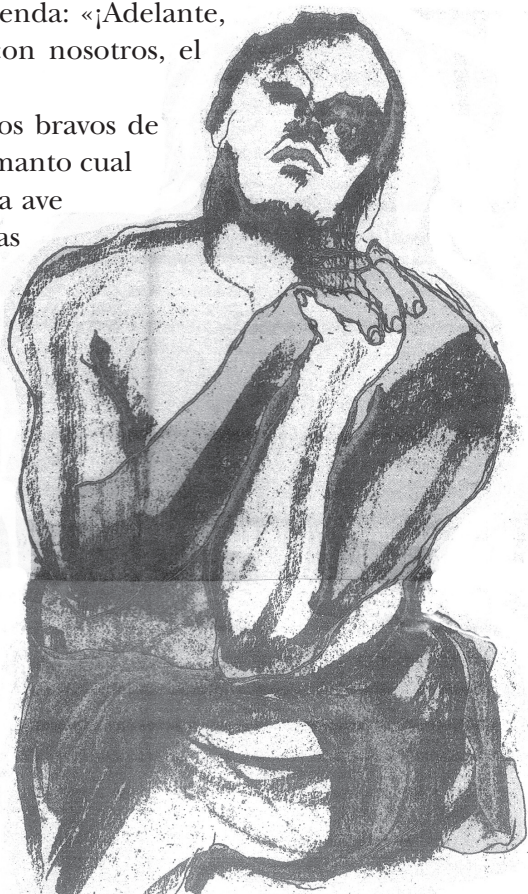
En efecto, la evangelización llegó a Santo Domingo con el Descubrimiento y casi al mismo tiempo llegaron también a la isla miembros de otras confesiones, pero parece que los conquistadores eran en extremo celosos con su fe y su territorio pues, casi desde la primigenia presencia de practicantes de cultos diferentes a los de sacerdotes, obispos, legos, monjes, monjas y frailes llegados con el Almirante, se inició un acoso contra estos que se extendió hasta finales de la tiranía de Trujillo arreciándose a veces con injustificada crueldad en otros períodos de la historia. La misma Iglesia católica, empero, fue igualmente en ocasiones «vilipendiada y perseguida».

Pero la católica es la religión que ha prevalecido desde que Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón encomendaron al insigne navegante a difundir el cristianismo entre los moradores de los pueblos que descubrieran. Es la religión del Estado, consignada como tal en una de las primeras resoluciones de la Junta Central Gubernativa, formada tras la proclamación de la Independencia.

El 6 de noviembre de 1844, la histórica Constitución de San Cristóbal la acredita como tal en su artículo 38: «La religión católica, apostólica, romana, es la religión del Estado [...]». La comisión encargada de redactar el proyecto de Constitución expresaba: «La religión católica, apostólica, romana, ese rico patrimonio heredado de nuestros mayores, y que los dominicanos profesan por convicción, ha sido repuesta en su antiguo esplendor e independencia. El declararla religión del Estado ha sido con el doble objeto de santificar con este público testimonio de nuestra creencia, las leyes patrias, y que estas a su vez impriman al culto de los dominicanos, a más de la veneración a que es acreedor, todo el carácter de una institución política».

Arraigada en el sentimiento nacional, Dios, su Madre, los santos, han sido símbolos en casas, altares y templos, y protección invocada hasta en las guerras. A María Santísima de las Mercedes se le atribuye el triunfo de los españoles sobre los indios en la lucha en el Santo Cerro y años después en la batalla de Santomé contra los haitianos cuando su héroe, el general José María Cabral invitaba a las tropas en el fragor de la contienda: «¡Adelante, la Virgen de las Mercedes está con nosotros, el triunfo es nuestro».

«Ella nos ayudó a vencer a los bravos de Ferrand [...] nos protegió con su manto cual si fuese este el ala inmensa de una ave divina, cuando las primeras hordas de los negros de Occidente vinieron a profanar nuestros altares y nuestras familias, portentoso acontecimiento que han celebrado la poesía y la leyenda», manifiesta García Lluberes, citando la mediación de Las Mercedes, también «en el espantoso terremoto cuyos sucesivos sacudimientos duraron en la capital más de 40 días, y en una terrible tormenta ocurrida poco después [...]».



A la misma Señora, pero bajo advocación de La Alta gracia, se le reconoce el milagro del triunfo en la batalla de La Limonade, o de la Sabana Real, del 21 de enero de 1691, en «la encarnizada lucha que sostuvimos con patriótico tesón cuando la injusta guerra de conquista hecha por Francia a la isla [...]. Los soldados dominicanos invocaron la intercesión de la veneranda imagen de Higüey, la cual, milagrosa como siempre, comunicó a las lanzas y machetes de los criollos el ímpetu necesario para coronar su esforzado valor con una cabal victoria [...]», describe García Lluberes.

SOCIEDADES DE FERVOROSOS

Desde 1503 los católicos crearon cofradías, sociedades fervorosas, venerables órdenes, congregaciones, hermandades, archicofradías, que rinden honor a ejemplares mujeres y justos varones entregados a Cristo, a ángeles, arcángeles, serafines, querubines, al Todopoderoso manifestado como Jesús en la peña, en el Santísimo Sacramento, en la Columna, en la Quinta Angustia, el Nazareno, el Gran Poder de Dios, el Corazón de Jesús, y a la Virgen, además, como Nuestra Señora de los Remedios, de la Candelaria, de la Soledad, del Santo Entierro, del Amparo, del Rosario, de la Inmaculada Concepción, de los Dolores, del Carmen, del Perpetuo Socorro, de la Magdalena o de la Vera Cruz de la Vega, entre otras.

La primera en establecerse en la isla, con asiento en la iglesia de San Nicolás de Bari, fue la Cofradía de la Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora, fundada, según el prolífico historiador Emilio Rodríguez Demorizi, en 1503.

«Las cofradías, congregaciones o hermandades de personas devotas para ejercitarse en obras de piedad y de devoción cristiana, existieron en Santo Domingo desde los tiempos de Ovando –por el 1503–», refiere.

En algunas, pese a ser casi todas católicas, llegó a practicarse el espiritismo, según el notable investigador don Carlos Larrazábal Blanco, quien al describir la del Espíritu Santo, existente en Baní en el siglo XVII, comenta: «Era esta una cofradía de reglas “fuertes” y no solo fue ella una manifestación sincrética afro-católica sino que muchas veces derivó hacia el espiritismo».

Procesiones, rezo del Santo Rosario, oraciones a las ánimas benditas del Purgatorio, novelas, velas, obras de misericordia, petición de limosnas, viacrucis, conmemoraciones del santoral, cumplimiento de promesas, novenarios, adoraciones, congregaban, y aun congregan, a los devotos de esas antiquísimas hermandades.

ÓRDENES RELIGIOSAS

Con los conquistadores llegaron curas y religiosas de las más diversas órdenes. Al devoto fray Bernardo Boil, supuesto oficiante de la primera misa celebrada en La Isabela, que vino con el lego jerónimo Ramón Pané, el mercedario Juan Infante y los franciscanos Rodrigo Pérez, Juan de Lederle y Juan Tisim, el 25 de septiembre de 1493, siguieron otros «agentes pastorales», entre ellos dominicos, y hermanas Clarisas o Dominicas, Jesuitas, Agonizantes, Observantes de San Francisco [...] Pané, Fray Antón de Montesinos y Fray Bartolomé de las Casas, desarrollaron meritoria campaña de cristianización y defensa de los derechos humanos».

«La educación fue, ante todo, obra de la iglesia. En dos o tres parroquias, los sacristanes y los mismos curas tenían escuelitas para enseñar las primeras letras. Y lo mismo sucedía en algunos conventos», significa el historiador Antonio Llubes, S. J., citando, además, las universidades católicas de entonces.

Escuelas, colegios, seminarios, casas curiales, templos católicos se multiplicaron en la Era de Trujillo quien, según el escritor Zenón Castillo de Aza, «construyó más del doble de iglesias de las que se habían edificado desde el Descubrimiento de América hasta 1930 [...]».

Fue precisamente por iniciativa de Trujillo que el Congreso Nacional reconoció la personalidad jurídica de la Iglesia mediante la ley número 117 del 20 de abril de 1931. El *Boletín Eclesiástico* se hizo eco del gesto afirmando que la ley constituía «una elocuentísima prueba del tino y acierto del gobernante que va al timón de la nave del Estado».

La «recíproca cooperación» que sostuvieron Trujillo y la Iglesia católica se vio afectada luego de una Carta Pastoral del Episcopado, leída en todas las iglesias del país el 25 de enero de 1960, denunciando los crímenes y atropellos del régimen. Al igual que en los

tiempos de la dominación haitiana de 1822-1844, obispos, sacerdotes y religiosas fueron perseguidos y las iglesias profanadas.

Empero, la católica se tiene en República Dominicana como la de más adeptos, y en los documentos y reseñas en torno al país se destaca que es la religión oficial.

Gobernantes, tiranos, guerreros, militares, políticos y hasta el propio padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, han hecho públicas sus devociones y acrecentada fe católica, que se extiende a la generalidad de sus compatriotas.

Cada 21 de enero, festividad de Nuestra Señora de la Altagracia, es costumbre de los gobernantes acudir a la Basílica erigida en su honor en Higüey, aunque «la Madre Espiritual del Pueblo Dominicano» es Las Mercedes y su templo está localizado en el Santo Cerro, La Vega, adonde van en peregrinación católicos fervorosos cada 24 de noviembre.

El doctor Joaquín Balaguer, al igual que lo hacían Trujillo y sus sucesores en el poder, viaja hacia el Este a «saludar» a la Virgen y a orar frente a la imagen como lo hace el común de los criollos.

Sobre la devoción del «Generalísimo» a La Altagracia escribió Castillo de Aza que «cuando en devota romería» iba al pueblo de Higüey, subía hasta el retablo de la Virgen como el más humilde cristiano, mientras sus labios iban «musitando en voz alta la plegaria de la Salve». Y agregaba: «La Virgen de la Altagracia guarda muchos de sus secretos más íntimos porque es su único confidente».

5 de abril de 2000.



XVIII

Los protestantes ganan su espacio

Los protestantes, en la segunda generación empiezan a tener ya sus tradiciones y sus costumbres cristianas y ningún pastor inteligente quiere deshacerse de esas costumbres. Hay lugares en la República Dominicana en que los protestantes son así. La Iglesia Evangélica de Samaná es un monumento a la tradición protestante.

Ramón Dubert.

Un dato ofrecido por el historiador Leonidas García Lluberes revela la antigua presencia de protestantes en Santo Domingo y el tormento de que fueron víctimas por los católicos desde los lejanos días de la colonización española.

«En los mismos memorables tiempos de la colonia, podemos encontrar otros ejemplos de cómo la firme resistencia que constantemente opuso Santo Domingo a las varias invasiones extranjeras que lo castigaron, tenía vinculada gran parte de su energía en un sentimiento de acendrado amor a la fe católica», introduce.

Continúa explicando que «en los documentos antiguos referentes a las dos invasiones inglesas que sufrió entonces, es muy común ver cómo se denominaba a los enemigos con los nombres de los luteranos, los cismáticos o los infieles; y en la última, que fue la formidable de Penn y de Venables, ocurrieron manifestaciones religiosas tan fervientes» como la que cuenta el arzobispo, don Francisco Pío, dando cuenta de la victoria por obra de la Divina Misericordia y por intervención de la Virgen «que quiso castigar a estos infieles que

venían profanando las ermitas, y cortando las cruces y santos de ellas, y haciendo la guerra a fuego y sangre con balas sacadas, bocados y mordidas».

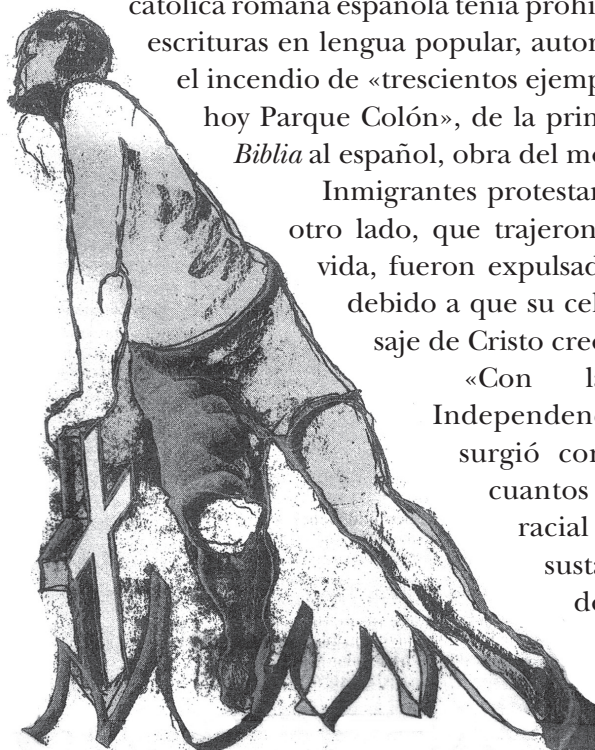
Ya en 1594, el arzobispo Dávila Padilla, «jerarca y pastor de la grey dominicana», al tener conocimiento «de un fuerte brote de protestantismo» en la parte norte de la isla, escribió al Rey un extenso memorial el 4 de marzo de ese año, denunciando: «Esta Ysla va por la posta de perderse así en la cristiandad de las obras como en lo que toca a la fe de Cristo, porque en seis o siete puertos que ay en ella acuden de ordinario ingleses e franceses erejes y los vecinos de aquellos puertos y aun muchos de esta ciudad tratan con ellos, compran y venden y hartas veces comen carne con ellos días vedados, estando los unos y los otros en sus borracheras y los erejes mofando de la abtoridad del Papa y escarneciendo de los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia y diciendo muchos males del Rey de España y de Indias [...]».

Azuzó «al infeliz Felipe II asustadizo y contrito a expatriar a los peninsulares de color», comenta Ciriaco Landolfi.

Otra prueba de intolerancia contra los llamados protestantes, calificativo que según George A. Lockward «proviene de que la Iglesia católica romana española tenía prohibido a sus fieles leer las Sagradas escrituras en lengua popular, autorizando su lectura en latín», fue el incendio de «trescientos ejemplares en la Plaza de la Catedral, hoy Parque Colón», de la primera traducción completa de la *Biblia* al español, obra del monje Casiodoro de Reyna.

Inmigrantes protestantes de los Estados Unidos, por otro lado, que trajeron el Evangelio como norma de vida, fueron expulsados «por católicos intolerantes» debido a que su celo evangélico por llevar el mensaje de Cristo creó una crisis en Puerto Príncipe.

«Con la proclamación de la Independencia de Haití, en 1804, este país surgió como tierra de promisión para cuantos padecían dolorosa segregación racial en los Estados Unidos y la ley sustantiva consignó el pago de 40 dólares como premio para cada



capitán de barco que desembarcara en la Hispaniola personas de sangre africana. La medida dio inicio a una corriente migratoria regular de personas que en su mayoría eran de una fe basada en la lectura diaria de las *Sagradas Escrituras*, acción que acompañaban con himnos y cánticos, y con meditaciones en torno a ellos en forma de prédicas y estudios bíblicos», apunta George A. Lockward.

Entre estos inmigrantes se encontraban «Misioneros Cuáqueros de Filadelfia y de la Iglesia Metodista Welleyana [...]. Así fue como se facilitó que tuviera el protestantismo su primer florecimiento en la Hispaniola».

En su obra *Samaná, pasado y porvenir*, Emilio Rodríguez Demorizi confirma que «la Iglesia Wesleyana de Samaná fue constituida en 1824 por los inmigrantes negros de Norteamérica, establecidos allí por el gobierno haitiano [...]». Hace una relación de alrededor de 50 adeptos a esta secta. El reverendo Jacob James, llegado a Samaná en 1825, declaró entonces que su feligresía, la Iglesia Metodista, tenía 250 miembros.

Agrega Rodríguez Demorizi que el 4 de diciembre de 1824 desembarcó un número de inmigrantes por el puerto de Santo Domingo, «habiendo sido alojados en los claustros del extinguido convento de Mercedes y obtenido para convertirse en templo de la secta metodista a que pertenecían, la ya abandonada iglesia de San Francisco», dato que corrobora Lockward.

Pero estos no fueron los únicos templos católicos que acogieron a los protestantes. También celebraban cultos en el templo de Santa Bárbara. En un informe de 1861, el teniente coronel Luis F. Golfi, consignaba: «La religión protestante tiene un templo en Santa Bárbara, servido por un mulato a quien subvenciona el gobierno inglés. Este culto es más fielmente profesado que el nuestro (el católico) y aun cuando los que lo profesan no son un gran número, el sacerdote hace esfuerzos para extenderlo, dando biblias sin notas y ejerciendo cierta influencia en el país».

Antonio Lluberes, S. J., anota que durante los años de la ocupación haitiana llegaron al país misiones bautistas y metodistas, destacando que su trabajo con la población nativa fue escaso. «Desde la época de la unificación política de la isla (1822-1844) –añade– los grupos existentes se reducían a enlaces extranjeros: comerciantes,

“cocolos”, cortadores de caña y los norteamericanos negros de Samaná y de Puerto Plata».

«LOS DOMINICANOS NO SON PROTESTANTES [...]»

En 1865 los protestantes fueron objeto de otro duro golpe por parte de la jerarquía católica: les fueron cerrados tres de sus más importantes templos. La medida creó una polémica entre el arzobispo de Santo Domingo, Bienvenido Monzón, quien en carta al Congreso se defendía de la acusación del general José de la Gándara que le atribuía la disposición. Decía el prelado que no había perseguido ni vejado en lo más mínimo a las familias protestantes de Santo Domingo, que antes bien las había favorecido, reproduciendo en su defensa, palabras de un señor Rivero que expresaban: «Pero los dominicanos no son protestantes: lo era un número insignificante de extranjeros que había allí; los únicos a quienes podía lastimar esta medida». Comentaba Monzón al respecto:

Habiéndome cerciorado de la existencia de tres capillas públicas abiertas al culto protestante, una en Santo Domingo, otra en Samaná y otra en Puerto Plata; cerciorado también de que no eran dominicanos los pocos protestantes que había en los puntos indicados, sino extranjeros, y en su mayor parte de color, enemigos por lo general de nuestra dominación en América; e íntimamente persuadido además de que si se toleraban estas tres capillas protestantes en una provincia española contra la sanción de todas nuestras leyes antiguas y modernas, estaba ya de hecho quebrantada y desmoronada nuestra preciosa unidad católica y gravemente comprometida en las demás provincias de nuestra monarquía, acudí con reverentes comunicaciones, primero al capitán general de la isla, como autoridad superior inmediata; después al Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Ultramar, y por fin, a nuestra católica Soberana, manifestando en todas ellas los males y los peligros que podría con el tiempo acarrearlos una tolerancia que

excluyen nuestra Constitución y nuestras leyes, y pidiendo en cumplimiento de esas mismas leyes que se proveyese del oportuno remedio en el modo y forma que se creyese más prudente y acertado [...]. La Reina, en consecuencia, «se sirvió expedir la Real orden del 21 de diciembre de 1862», en virtud de la cual, se cerraron las capillas protestantes en Santo Domingo». El arzobispo, celebraba con la disposición, el ferviente celo de Su Majestad «por la unidad católica que tan gloriosamente han defendido sus augustos progenitores en el antiguo y nuevo mundo».

MISIONES DOMINICANAS

Según el historiador Antonio Lluberes, S. J., la primera misión entre dominicanos, a partir de 1899, fue obra de Samuel E. Mills y señora, de la Iglesia metodista libre. Más tarde, en 1907, llegaron los Adventistas. En 1916, refiere, «llegó un personaje muy particular a misionar entre las clases trabajadoras de San Pedro de Macorís. Era un bracero analfabeto puertorriqueño llamado Salomón Feliciano. Los que conocieron a ese misionero pentecostal lo recuerdan con cariño como “un hombre carismático”».

El 8 de enero de 1922 fue fundada la Iglesia Evangélica Dominicana, «primer caso de planeamiento misionero en que varias denominaciones mayores se unieron, sin usar nombre propio alguno de cualquiera de las denominaciones para planear y ejecutar su programa de evangelismo, educación y servicios médicos y sociales por todo el país», relata Lluberes. Don Julio D. Postigo, evangélico, dedicó su vida a mantener esta unidad.

Las iglesias protestantes y católicas tuvieron un nuevo conflicto en 1924. En su Asamblea de 1926, la Iglesia Evangélica acordó criticar a la católica por el uso del latín, la confesión auricular, el purgatorio, el culto a los santos, el celibato sacerdotal y la identificación entre el catolicismo y la patria, apunta Lluberes, tensión que disminuyó cuando los protestantes «buscaron la manera de desvincularse de la política intervencionista. Lo que más reconocían era que los gobiernos norteamericanos en el Caribe habían concedido la libertad religiosa que antes se negaba [...]».

TRUJILLO Y LOS PROTESTANTES

Esa libertad se vio restringida con una nueva persecución de Trujillo a los protestantes, principalmente a los Testigos de Jehová, que confinó a apartadas regiones fronterizas. Tal vez a esta situación se refiere don George A. Lockward cuando cuenta: «En tiempos de Trujillo hubo una época cuando el licenciado Manuel Arturo Peña Batlle hacía de mentor. Este era partidario de la firma de un Concordato que, al estilo del entonces vigente en España, prohibiera todas las actividades públicas de los grupos protestantes en el país».

Tras la caída de la tiranía los protestantes volvieron a sus cultos públicos. Hoy es significativo el número de denominaciones no católicas. Están la moraviana, anglicana, episcopal dominicana, evangélica dominicana, adventista del séptimo día, de los hermanos, de la cristianización, de los templos bíblicos, de los santos del séptimo día (mormones), la congregación mita, menonita, evangélica misionera, testigos de Jehová, bautista, entre otras.

El sacerdote Ramón Dubert reproduce el parecer del cardenal Francis Arinze, que en el último consistorio extraordinario de Roma reconoció el florecimiento de las sectas. El cardenal Ernesto Corripio, arzobispo de México, declaró, por otro lado, que «las denominaciones cristianas, desde 1960, se han triplicado en la República Dominicana [...]» y que la población de origen hispano consta de diecisiete millones en los Estados Unidos de los cuales «12 millones son católicos, y 60 mil, cada año se pasan a las denominaciones protestantes o sectas».

El psicólogo Rolando Tabar piensa que este crecimiento podría deberse a que «hay un vacío en el mundo, de proyectos, de utopías. La gente está procurando asirse a lo que encuentra y hay personas practicando o acercándose a religiones y sectas religiosas como jamás se podía pensar, por sus convicciones, su formación, su práctica» tradicional.

«Son datos serios», comenta el padre Dubert, director del periódico *Camino*, de la Iglesia católica. Señala los insultos y epítetos denigrantes de protestantes hacia católicos aunque admite que «es cierto que en otros tiempos, nosotros los católicos hacíamos lo mismo».

«El odio a las sectas es malo», concluye, y agrega: «la desunión de los cristianos es un escándalo, pero solo podrá haber salida si tanto católicos como no católicos nos centramos cada vez más en el Señor. Es el Señor el que cada día debe llenar más y más nuestras esperanzas. No es que los católicos tengamos sacerdotes y “los otros” pastores, sino que todos tenemos un solo Señor».

6 de abril de 2000.



XIX

Creencias populares y vínculos con África

[...] No puede negarse que en la mayoría de los dominicanos existe también un fondo supersticioso que no puede explicarse sino como la presencia en nuestra sangre de rasgos característicos del primitivismo de la raza africana.

Joaquín Balaguer.

No sale a la calle antes de conocer el designio de los astros en su horóscopo. Al levantarse, se esfuerza en recordar lo soñado buscando una interpretación aplicable a la realidad o la combinación del número que lo sacará de la pobreza. En su casa, el visitante es recibido por una mata de sábila que absorbe las malas intenciones y al abrirle la puerta es posible que vea su cara reflejada en un espejo que aleja las vibraciones negativas que puedan acompañarle.

A veces cree más en sus familiares muertos que en Dios, la Virgen y los santos. Por eso les ofrece promesas, conserva sus fotos encendidas con velas y velones y tanto en sus fechas onomásticas y natalicias como en sus aniversarios de fallecimiento, acude a sus tumbas a conmemorar la fiesta en prolongadas conversaciones, rezos, oraciones y solicitudes.

En Pascuas, el cementerio dominicano se ha convertido en un recital incansable de tarjetas musicales con aires navideños, colocadas en nichos y mausoleos para alegrar el espíritu del difunto.

Exhibe u oculta en algún rincón de la vivienda un vaso de agua que limpia, purifica, «recoge lo malo y se lo lleva» y en la parte interior de la puerta de entrada un aguerrido San Miguel (*Belié Belcán*)

acompaña un viejo pan de agua. La imagen es la defensa contra ladrones. El alimento, endurecido y empolvado por el tiempo, representa la seguridad de que nunca faltará el sustento.

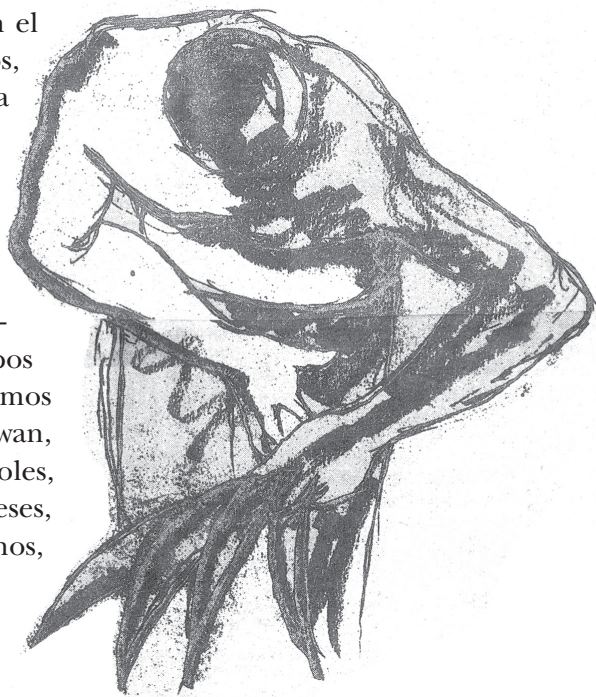
Lee cartas, velas, vasos, tablitas «Ouija» y asiste a altares vuduistas frente a los que se reciben seres anunciantes del futuro o delatores de brujerías, enviaciones y otros males contra el creyente.

No pasa bajo una escalera porque trae mala suerte. Las solteras que abren un paraguas dentro de la residencia corren el riesgo de quedarse jamonas. Hombres y mujeres llevan al revés su ropa íntima para alejar «guanguases» y los cosecheros colocan espantapájaros a la entrada de sus sembradíos para que estos «muñecos» de trapo y armazón de palos detengan la envidia que pueda impedir el sano crecimiento y la feliz recogida de vegetales, hortalizas o frutos.

Un ensalmo le reconforta más que un jarabe elaborado por la ciencia y la pócima de un curandero la considera más eficaz que un fármaco indicado por médico graduado.

De las creencias y supersticiones del dominicano se han escrito libros voluminosos. En un reportaje apenas cabe una insignificante muestra.

Joaquín Balaguer atribuye este comportamiento a influencias africanas y haitianas. Don Manuel Rueda y el reconocido antropólogo, escritor, pintor y costumbrista Geo Ripley, en cambio, encuentran el origen en las mezclas de indios, españoles, africanos. Rueda piensa que muchas de estas conductas son mundiales. Ripley agrega que «tenemos un proceso de emigraciones de los países árabes: sirios, palestinos, libaneses, saudiarábicos; contamos con grupos migratorios de La India; tenemos paquistaníes, chinos de Taiwan, de Formosa, franceses, españoles, ingleses, alemanes, portugueses, de los países centroamericanos,



de Estados Unidos, y por eso ya estamos celebrando *Thanksgiving* y *Halloween* [...]».

«EN LO QUE MÁS LE CONVenga»

Poético, conocedor por sus múltiples viajes y estadías entre campesinos y moradores urbanos, comprensivo, don Manuel Rueda amplía la lista de supersticiones o creencias y ofrece sus pareceres al respecto. «El dominicano, como todos los pueblos, cree en lo que más le convenga. A él le conviene que lo sanen de sus males, pues cree en el brujo que viene y le dice úntate estas cosas, que te voy a curar. No cree en el médico porque el médico es cauto, le hace practicarse análisis de sangre y no le dice lo que tiene hasta que comprueba una serie de cosas».

«El pueblo, todos los pueblos del mundo, prefieren ejercitar la fe, creer en ti, que tú lo vas a curar y le vas a abrir el porvenir. ¿No ves como hacen su agosto todos esos brujos y toda esa gente que anuncia el futuro?», se pregunta.

Se traslada al campo y afirma que allí es donde más se cree en los ensalmos. «El campesino tiene fe en la magia de las palabras, de los gestos, que le hagas un pase encima, que le toques con las manos, que le des un brebaje y, con una palabra, lo sanes».

«Los ensalmos son maravillosos. Dicen que no se deben divulgar porque pierden el efecto, fíjate, hasta en eso hay lo mágico, al divulgarlos pierden su fuerza, y es verdad, porque ¿cuál es la fuerza del signo de la cruz, del persignarse y de la palabra que el cura te dice haciéndote la cruz encima con las manos?». Rueda añade que el criollo «cree en el poder de las hojas, la naturaleza, los árboles, las matas, las raíces. Prepara con ellos botellas y cocimientos pero sobre todo, cree en el poder de la palabra [...]». Se explica: «el ensalmo es la palabra. El dominicano llama palabra al trabalenguas. Es una serie de sílabas que no significan nada, pero su sonido es atractivo y el sonido expresa un poder de la naturaleza y el dominicano cree en ese poder».

«Estaba yo en una montaña un día que hablábamos del folklore, de todos esos trabalenguas y de repente se nubló y empezó a tronar y a relampaguear y se para un campesino y dice: “Señor Rueda, oiga bien, está relampacatagalaneando”, fíjate tú qué maravilla. Con esta

palabra él expresaba el sonido del trueno, la luz del relámpago, el nublado [...]. Hizo un verbo con toda esa simultaneidad de elementos, un verbo maravilloso, y eso es mágico, lo hacen con un sentido mágico de captar el poder de la naturaleza. Todas esas palabras que ellos descubren tienen un poder sonoro, ellos creen que influye sobre su cuerpo, sobre sus condiciones mentales y que son curativas, creen que estos sonidos son curativos, y de ahí vienen los ensalmos».

Para don Manuel Rueda, entrevistado en su residencia pocos meses antes de que la enfermedad lo atrapara llevándolo a la muerte, los ensalmos «deben ser españoles o africanos, y son curativos, pero no se pueden decir, reitera, porque pierden su fuerza». El día de la visita, el maestro lucía radiante, espontáneo, lozano, activo, ocurrente. No aparentaba presentir enfermedad, ni siquiera suponer que se iría de este mundo. Manifestó que los ensalmos solo se traspasan a otros en lecho de muerte o si no, pagando una moneda. Él recitó algunos. Para detener hemorragias, curar «la matriz», ahuyentar perros rabiosos, desarmar enemigos. Y habló de los resguardos, otro elemento de fe de los dominicanos.

LOS RESGUARDOS

«Los resguardos son los escapularios, para la iglesia católica. Es una cosa que viene de otra. El escapulario tú te lo pones para resguardarte del mal. El azabache es para los niños, es una piedra que te resguarda».

Las creencias del dominicano le brotaban inacabables. «El campesino cree también que un determinado animal en la casa, si le va a llegar la muerte, el animal la coge. Cree que las palomas traen mala suerte y que los caracoles en las casas, azaran. Él cree en todo lo que le abra las puertas al más allá, lo que lo sane corporal y anímicamente. Digamos que no solo el dominicano. Todos los pueblos tienen esa procedencia de la Virgen, de la tierra, de las fuerzas naturales tan arraigadas dentro de sí, que no pueden dejar de creer en eso que los ata a la naturaleza. En los Estados Unidos, que es la metrópoli de la ciencia, el americano va donde los brujos».

El criollo, prosigue, «cubre los espejos con un paño morado o sencillamente con una sábana y eso resguarda definitivamente su

casa (algunos lo hacen para detener los rayos). Coloca piedras en el patio para espantar las lluvias; una escoba detrás de las puertas para ahuyentar a las visitas; el pan clavado en la puerta para que no entre la miseria, y la sábila y San Miguel [...]».

«Cree en el más allá. Eso te demuestra que tiene fe en un mundo mejor: es la esperanza, Ángela. Ellos no pueden vivir sin la esperanza de algo mejor que no conocen. Tienen esa fe en el más allá donde pueden descansar de los sufrimientos de este mundo. ¿No ves que a este mundo hasta en las religiones se le llama valle de lágrimas? Ese es el mundo nuestro, un valle de lágrimas, entonces el dominicano cree, tiene la esperanza de que el otro mundo, al que va después de la muerte, es un valle de alegrías».

—Pero también hay esperanzas de mantenerse en el poder, de sacarse el premio, de conseguir marido, de viajar a otros países, de mantenerse en el poder..., se le observa, y él comenta: «Hay esperanzas de todo lo que no se tiene. Uno quiere lo que no tiene, por eso es que no somos felices».

Habló de los gobernantes con brujos oficiales: «todos tuvieron y tienen hombres y mujeres que les trabajan [...]».

«REMANENTE INDÍGENA»

Geo Ripley sostiene que en todo este mágico sentir hay «un remanente indígena que surge en forma muy sutil en la cultura dominicana. Luego están los elementos evidentemente europeos, que son muy importantes, pero el mayor sentir es el componente africano, en términos de su definición, los procesos de recreación religiosa que muchos han mal llamado sincretismo».

«Se manifiesta a todo nivel. Vas a cualquier sitio y encuentras imágenes de santos que pueden tener también la regencia espiritual pero, normalmente, hay un misterio y ese misterio es del espíritu africano. Te lo puedes encontrar en todo el país. Existe realmente un vudú dominicano totalmente diferente al vudú haitiano», agrega Ripley.

Balaguer asegura que «en la élite dominicana, lo mismo que en la de Haití, abundan los hombres y las mujeres que rinden culto a la brujería y que proceden, en cuanto a la práctica de estas creencias

populares, en forma idéntica a quienes atribuyen en Haití a los sacerdotes y sacerdotisas del vudú poderes y sortilegios no comunes».

«El hecho de que el vaoudu sea extraño a las costumbres de nuestro país, no se opone a que no pocos de nuestros compatriotas profesen el culto a ciertos entes sobrenaturales que actúan sobre nuestra vida anímica y que irradian sobre cada uno de nosotros influencias extraterrestres», significa el expresidente.

Ripley confirma la presencia de un vudú urbano y otro rural, de formas y características diferentes. Destaca el culto a los muertos, la devoción del dominicano hacia la señorita Elupina Cordero y a Gregorio Hernández, sin obviar la presencia de la ciguapa.

Para él, el origen de la diversidad de creencias está en la formación de la República. Aporta las denominaciones que el dominicano da a los santos católicos y comenta que en una visita al cementerio, un lunes, son notorias las ceremonias a San Elías del Monte Carmelo, el Barón del Cementerio. «En ocasiones lo han cerrado, han puesto cerco policial y la gente se cuela por los lados y hasta se queda ahí dormida».

Para él, que entiende que en las creencias del dominicano se conjugan diferentes componentes de razas, existe «una espiritualidad evangélica, una católica, una vuduista, una induísta, una budista. Ahora están los pentecostales. Todas dan un aporte, tienen su visión para que todos participen».

Como Rueda, toca el caso de los políticos y la brujería y asegura que casi todos «traen especialistas y grandes conocedores en ocultismo que trabajan y dan un servicio profesional. Ahora estamos en campaña política, veremos algunos amigos que visitarán el país [...]».

7 de abril de 2000.

XX

Hay ritmos para bailar y otros para enamorarse

[...] *La nación dominicana es una de aquellas en que la pasión del baile ha sido más fuerte, viva y dominante, desde los tiempos de la Colonia en que podía bailarse en las iglesias y en las calles y plazas públicas, hasta el presente en el que el baile es función cotidiana.*

Emilio Rodríguez Demorizi.

El inmortal y consagrado folklorista Fradique Lizardo escribió que «el pueblo dominicano canta sus alegrías, canta sus penas, canta en sus juegos, en su trabajo, y podría decirse que todos los momentos de su existencia están relacionados con alguna forma de canción».

A lo largo de su historia, influenciado por costumbres musicales indígenas, hispano colonial y negra, el criollo ha bailado y disfrutado infinidad de danzas que aún perduran y pese a la afirmación común de que el merengue es la danza típica, unos dicen que es la salve, otros que la bachata, algunos que la mangulina o que son los palos.

Igual desavenencia existe en cuanto a la existencia de un traje típico. Unos afirman su inexistencia mientras otros lo esbozan.

Tal vez ese merengue cadencioso y contagioso que es la representación nacional e internacional del dominicano, es la conjugación del son de la Ma' Teodora y de Micaela Ginés, o de los saraos de la Virgen de Mercedes, de las zarabandas de las procesiones católicas que un sacerdote consideraba baile «excesivamente

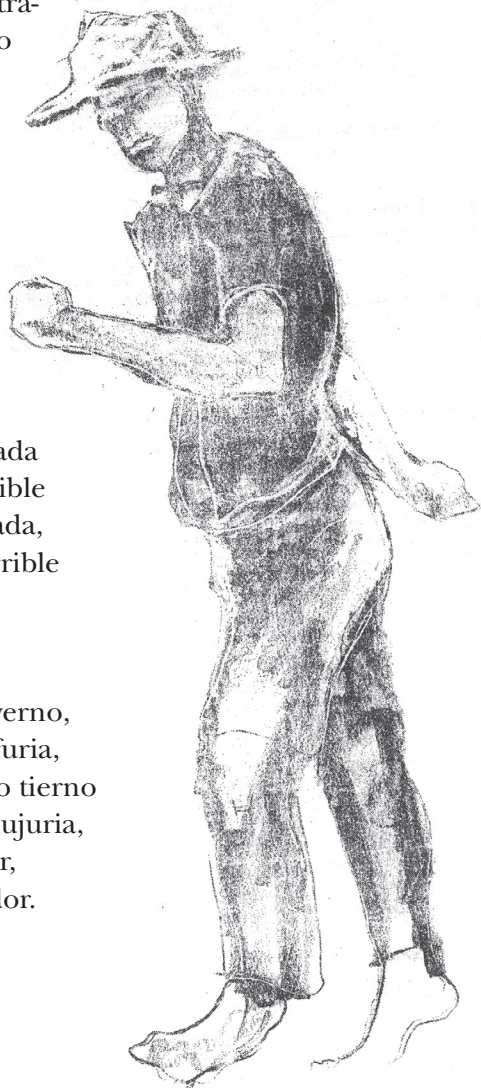
lascivo», o de la popular calenda que nos vino del África, tan arraigada que hasta las monjas la bailaban junto a la feligresía en vísperas de Navidad.

El habitante de este territorio, incansable cantor e inagotable en la pista, bailó el fandanguette que le trajeron los españoles de Andalucía, el bolero, el fandango, el vals, la contredanse, el minué y la cuadrilla. Para 1822 surgió una reacción contraria a la cuadrilla de la Madre Patria, danza de figuras copiada de la *contredance* francesa, y el dominicano creó un nuevo baile, la contradanza criolla o tumba dominicana.

La tumba fue entonces el baile nacional, hasta que fue desplazada por el merengue, al que le costó trabajo imponerse en el gusto vernáculo porque el pueblo, además de haberse acostumbrado a la tumba, lo consideraba indecente, actitud más obvia en celosas autoridades que llegaron a condenarlo y hasta a prohibirlo. Esta reacción violenta contra el intruso que aún hoy domina el sentimiento nacional, dio lugar a una celebrada queja de la tumba, famosa en 1855:

La tumba, que hoy vive desterrada
por el torpe merengue aborrecible
que en vil oscuridad yace olvidada,
llorando su destierro atroz, horrible
ya por fin, penetrada de furor
expresa de este modo su dolor:

Progenie impura del impuro averno,
hijo digno del diablo y de una furia,
merengue, que aun siendo niño tierno
te merengueó en sus brazos la lujuria,
tú, villano, que insultas al pudor,
dame mi cetro, infame usurpador.



Pese a la censura, el merengue, el más popular de la República Dominicana, sigue siendo el ritmo vernáculo y el historiador Emilio Rodríguez Demorizi afirma que «la dominicanidad del merengue es indudable, que nació en los primeros años de la República, de 1844 a 1855, como una modalidad de la danza».

Afirma que «del merengue, tan en boga en nuestros días, generalmente considerado como nuestro baile típico, apenas se conocen los orígenes». El insigne músico don Julio Alberto Hernández escribió que el origen del merengue «se pierde en las brumas del pasado» y doña Flérída de Nolasco, aseguraba que la tumba dominicana desapareció como en el año 1850, cuando se puso de moda el merengue».

El testimonio más preciso en cuanto a que el merengue es hijo de Santo Domingo, lo ofrece Rafael Vidal Torres, remontándolo a 1844. «El merengue nació, con carácter de melodía típicamente criolla, sobre el campo de batalla de Talanquera. Cuando las tropas dominicanas, acampadas en el paso de Macabón fueron obligadas a retroceder al empuje de la columna haitiana del general Cayemite, el mulato dominicano Tomás Torres, abanderado del batallón del que formaba parte, huyó sin suficiente justificación, y cuando con el violento contraataque de ese día los dominicanos quedaron victoriosos, al caer la noche, iluminados por las fogatas del vivac, los soldados cantaron con una melodía nueva, un canto típico para burlar la conducta del abanderado fugitivo». Dice:

Juyó, juyó Tomás de Talanquera
si yo fuera Tomás, yo no volviera.
Juyó Tomás con la bandera
si yo fuera Tomás yo no volviera.

El merengue ha quedado como símbolo de lo dominicano. Pero aquí se bailó y se sigue bailando la yuca, los palos y congos, el chuin, la sarandunga, la jaiba, el baile de las cintas, carabiné, media tuna, guarapo, galerón, el callao, el zapateo, los seises, fandango, pambiche, sarambo o guarapo, el punto y llanto, los atabales, el baile del peje, la plena, el chenche, el guayubín, la criolla, el vudú, entre muchos otros.

Los negros oriundos del África tenían, y dejaron, sus bailes propios, como el llamado Bomba, y sus rústicos instrumentos, como el bongó y los quijongos. Sobre esta herencia explica J. M. Coopersmith: «La influencia del negro africano sobre la música dominicana ha sido más permanente [...]. Aún se hace sentir en muchos de sus bailes e instrumentos». Refiere la calenda, «que tuvo su origen en la Costa de Guinea, en África».

¿ES LA MANGULINA?

Estudiosos del folklore consideran que el baile típico es la mangulina aunque hay quienes tienen como tal, los palos. «Igual que el merengue en popularidad, el baile de los palos se relaciona muy estrechamente con la vida cotidiana de los campesinos. En realidad, no es un baile sino un ceremonial de canto en el que se empleaban textos populares o religiosos, o una combinación de ambos, ya sea en forma de décima o de copla de cuatro versos».

Según Esteban Peña Morell, uno de los músicos dominicanos de mayor talento en las Antillas, la mangulina o mangolina es, por otro lado, «la música típica del país, y tiene su origen en Hicayagua, sudeste de la isla, donde irradió hasta penetrar en Haití de donde pasó a Cuba llevada por emigrantes negros, influyendo en el son moderno». Una copla tradicional, supone Peña Morell, hace derivar el nombre de mangulina de una mujer que se dice vivía en el Seibo, la región de Hicayagua aborígen:

Mangulina se llamaba
la mujer que yo tenía
y si no se hubiera muerto
Mangulina todavía.

El reputado costumbrista y brillante escritor Rafael Damirón consideraba que «la mangulina es lo que hoy se denomina merengue».

«La mangulina, cuyos antecedentes son también prácticamente desconocidos, se encuentra muy rara vez hoy día y únicamente en la región suroeste, cerca de Baní. Es posible que el título de esta sea el nombre de una mujer o que se refiera a la flor del mango. Se sabe

que este baile fue popular hacia el año 1855. Peña Morell nos asegura que viene del zortzico español [...]], acota el doctor Coopersmith. Fradique Lizardo comenta al respecto que «Coopersmith nunca estuvo en el Sur, y por lo tanto, no podía recoger mangulinas [...]». Considera «poco serio» la afirmación de que el nombre proviene de la flor del mango.

¿SERÁ LA SALVE?

Aludiendo al merengue, el polifacético don Manuel Rueda comenta: «El dominicano piensa que ese es su ritmo que lo caracteriza, que lo define. Yo no lo creo. Muchos dicen que el merengue actual no se parece en nada al merengue que nació en el pueblo dominicano, como fue el Juangomero. El merengue ha cambiado, porque son muchos los ritmos extranjeros que han influido en la instrumentación. Ya no es el acordeón, la tambora y la güira inicial, ahora el merengue tiene violines y de todo. Yo no creo que sea malo, porque el mundo va enriqueciendo los ritmos y los va cambiando, lo que sí digo es que el merengue de hoy, que tiene tantas influencias extrañas y que tiene tantas modalidades que no son las de su inicio, no tiene por qué ser el ritmo que nos defina».

«Entonces, como el merengue ha sido ritmo de modas cambiantes, yo creo que el ritmo que permanece inalterable, el que representa nuestra espiritualidad, nuestras ansias de conocer el más allá, nuestro ambiente campesino, es la salve. El campesino crea dos tipos de salve, la corrida, que es la que canta la oración católica de la salve, cristiana de la salve, Dios te salve, Reina y madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra [...]. Es la que está dedicada únicamente a la Virgen y a sondear el más allá».

Y la otra, agrega, «es la salve de versos, donde se cantan las incidencias de la vida cotidiana: los amores, la pasión, los desengaños, la pobreza, los celos, las riñas, los beneficios de la tierra, las quejas [...]. Todo ese mundo de cada día que imprime dolores, la muerte, los anhelos y deseos del campesino. Ellos la cantan como ir al confesionario, acercarse a una tambora, que el hombre toque una tambora y un coro mixto de mujeres y hombres vayan cantando alternadamente sus vivencias de cada día».

«Con estos dos tipos de salve, el dominicano crea un mundo entero de afectos, de creencias, de esperanzas, de muerte y de vida. Entonces, yo creo que ese es el ritmo, ese es el arte musical que nos representa. Esa salve nunca ha sido desplazada por el merengue, siempre se ha tocado en diferentes niveles. Se mantiene inalterable, se canta en todo el país, no solamente que el merengue es cibaeño, la salve se canta en toda nuestra isla. No sé si los haitianos la cantarán también, pero es un género representativo de la identidad de nuestro pueblo».

LA BACHATA

En tiempos anteriores, la palabra bachata tenía connotación de fiesta. Estos encuentros fueron prohibidos y a sus participantes se les tenía como personas de bajo nivel social. Bachata le llamaban a las fiestas de haitianos a las que llegaban a entrar contados dominicanos. Refiriéndose al triunfo del merengue sobre sus atacantes, Emilio Rodríguez Demorizi manifiesta que «así el merengue se impuso en el pueblo dominicano y de la humilde sala de bachata pasó triunfalmente al salón aristocrático».

Define la palabra bachata como «un afronegrismo [...] que proviene de la voz africana cumbancha, de la que nació cumbanchata, y de esta, por aféresis, bachata, que es romo, tambora y cuero». Aclara que «esta peregrina definición de la bachata fue la contestación de un campesino en una audiencia penal, al magistrado doctor Bienvenido García Gautier».

Hoy es ritmo que se ha apoderado del sentimiento nacional, especialmente de campesinos y moradores de los barrios. Lipe Collado, costumbrista, educador, escritor, comunicador, advierte el fenómeno: «Pocas personas se dan cuenta de que la bachata desplazó al merengue, no que lo ha sustituido, pero en las capas bajas de la población, no se escucha ni se baila merengue. La bachata lo desplazó totalmente», aunque considera que el nuevo ritmo «está todavía en un proceso de revisión».

¿HAY UN TRAJE TÍPICO?

Fradique Lizardo, quien escribió una obra sobre el traje típico y que sus descripciones de danzas y bailes las ilustra con vestimenta apropiada a cada uno, afirmaba que «muchos de nuestros investigadores más renombrados se han lamentado de la total ausencia de un traje típico dominicano, así como de trajes de bailes especiales» por lo que decidió ahondar sus investigaciones al respecto. La indumentaria que presenta, aduce, es el resultado de sus indagaciones «en busca de documentos orales y escritos que le permitieran presentar el traje antiguo dominicano y otros ocasionales». Pocos autores hablan de una vestimenta vernácula especial.

Don Manuel Rueda, empero, afirma que no existe traje típico. «No hay ninguno, no sabemos, lo elaboramos. Casandra Damirón creó un traje, a su gusto, con el buen gusto y la sensibilidad hacia el folklore que ella tenía. René Carrasco hizo otro traje. Fradique Lizardo vestía al dominicano de otra manera. Son cosas artificiales, nosotros no tenemos un traje. Hemos sido un pueblo muy pobre, los trajes esos deslumbrantes con lentejuelas de los mexicanos y aquellos encajes de los panameños son hechos artificialmente por visiones modernas de lo que debe ser el traje folklórico de un país».

Se pregunta: «¿Cómo se vestían nuestras mujeres en los campos? Con unas enaguas, una falda ancha, unas pantaletas abajo y una blusa sencilla blanca a la que ponían un encajito o un adornito. Eso es todo, no tenemos más nada. No hay un traje típico [...]».

8 de abril de 2000.

XXI

La política aviva métodos violentos

Los políticos constituyen una casta especial de hombres, inficionados de un egoísmo morboso, devorados por las más bajas pasiones que usted pueda imaginarse y que aman apasionadamente la Hacienda Pública. La verdadera calamidad del trópico son estos señores políticos, los mosquitos, el mal de Bright y el paludismo. No podría establecer diferencias importantes entre esas calamidades.

F. E. Moscoso Puello.

En la política dominicana, considerada en tiempos de campaña como carnaval, predomina el clientelismo, el conservadurismo, la corrupción y el caudillismo que le impregnaron figuras preeminentes del ayer.

Los testaferros y títeres de los gobiernos de Estados Unidos han sido tan constantes en el escenario nacional como la violencia, la compra de votos, el aumento de la nómina estatal para mantener contentos a los simpatizantes, la incapacidad en la administración del Estado, el abuso de poder, la susceptibilidad a las críticas y los desacuerdos entre opositores y gobernantes.

En el comportamiento de la dirigencia de la sociedad dominicana de hoy todavía juega un papel clave el pasado colonial y se advierte desprecio y desconocimiento de las leyes, que parecen hechas solamente para los adversarios y para los más débiles.

Los dirigentes barriales, empresariales, actúan con el mismo desparramo y el mismo estilo que los líderes más recalcitrantes de lo que

en un momento fue la más absurda derecha o la más radical izquierda dominicana. Para graficar esta afirmación, Frank Marino Hernández, su autor, afirma que los símbolos cambian: «el patrón de lucha de Ramón Almánzar no es el de Paliza o el de Celso Marranzini. Tienen una simbología que los hace diferentes, pero, substancialmente, las posiciones son equivalentes, el posicionamiento es distinto», dice.

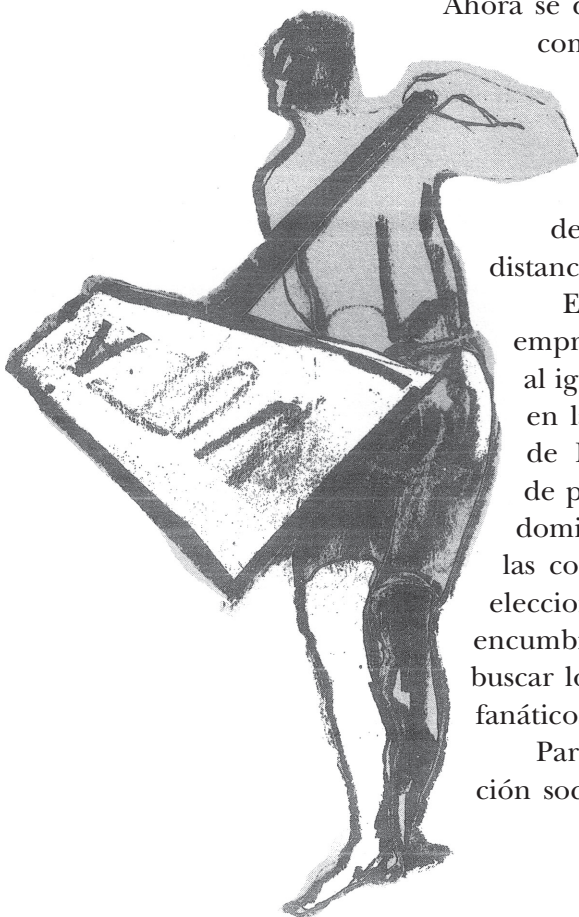
El político dominicano es prepotente, con afanes de nombradía y de posiciones destacadas sin haber trabajado para acumular méritos, afirma el distinguido sociólogo, coincidiendo con una observación de Moscoso Puello: «Para salir del montón anónimo de este país, hay que tener un cargo, no importa cuál, el asunto es que no le llamen a uno por su nombre, eso es muy vulgar y no tiene significación. No es lo mismo don Pancho a secas, que don Pancho el alguacil».

«Todavía no he sido nombrado y ya los periódicos me han desenterrado. Se ha hecho pública estimación de mis virtudes y de mi capacidad. Ya yo soy una fuerza. O un punto de apoyo. Antes era nadie.

Ahora sé que represento algo. Y ya usted ve como vamos entrando en la política sin quererlo. Porque todo eso, aunque usted no lo crea, es política», dice el autor de *Cartas a Evelina*, lo que avala el parecer presente de Frank Marino pese a los años de distancia entre una y otra consideración.

Es cuestionable la apoliticidad de los empresarios privados cuyos dirigentes, al igual que los públicos, han fracasado en la labor de mejorar la nación, añade Hernández y destaca la situación de pobreza vigente en el alma de cada dominicano, el recurso emblemático de las construcciones y la participación en elecciones del pueblo llano y de los más encumbrados militantes para después ir a buscar lo suyo, aunque reconoce que «hay fanáticos sinceros».

Para él no ha habido una jerarquización social y, por tanto, de poderes, en la



República Dominicana. Entiende que esta sigue siendo una sociedad incoherentemente organizada. «Ha habido un hilo cultural del autoritarismo», asevera y añade que la prueba más reciente de esta manifestación fue cuando el actual presidente Fernández exclamó: «Yo soy el Presidente de la República y si el aeropuerto de Higüero se está levantando es porque yo dije que sí».

A su juicio, se mantienen la sumisión y subordinación de mandato de las leyes trujillistas y en este parecer, Hernández encaja con la opinión del profesor Juan Bosch, que escribió: «El pueblo dominicano, que tiene que luchar todavía contra Trujillo algunos años, no sabía que muchos antitrujillistas eran, en realidad, aspirantes a sustituir al dictador, no a liquidar su régimen [...]. Además de los hijos de la sangre, Rafael Leonidas Trujillo Molina dejó numerosos herederos en la República Dominicana».

Los políticos aún recurren a los extranjeros cuando se presentan casos extremos, asegura Frank Marino Hernández, quien reconoce como logro del Partido de la Liberación Dominicana la modernización en la administración tributaria y juzga, en otro orden, la moralidad que «vendía» su militancia.

Hay en la política dominicana, por otro lado, figuras preclaras, como Joaquín Balaguer y Trujillo. Otras que no fueron serias alternativas de poder y sí opositores constantes, como Juan Bosch y José Francisco Peña Gómez, observa Mu Kien Adriana Sang Ben, que pone de manifiesto, también, el miedo al liderazgo de Peña.

La reputada historiadora analiza el voto «fijo» del Partido Revolucionario Dominicano, la posición de cuestionamiento del Partido Reformista Social Cristiano, que considera ya poco preponderante por la disminución de la población campesina en un país eminentemente urbano, y el gobierno de transición de Leonel Fernández como alternativa de una nueva generación y como forma de restar preeminencia a las personalidades dominantes de otras épocas. Es categórica al expresar, sin embargo, que «todavía no ha surgido una figura carismática que tenga ese liderazgo» de los viejos caudillos.

Hernández, por su lado, enjuicia además las actuaciones de Balaguer dentro y fuera del poder mostrándolo con personalidad, actuaciones e intenciones absolutamente divorciadas.

Sobre el comportamiento político del dominicano hablan estos dos profesionales de la historia, las ciencias sociales, la educación, la política.

LAS FIGURAS

«La política dominicana ha estado caracterizada y matizada hasta todo este tiempo por figuras preeminentes, aunque ha habido momentos en que esas figuras no han estado tan omnipresentes. Entre 1900 a 1930 su presencia no fue tan marcada», explica Mu Kien Sang poniendo de manifiesto que a partir de 1844 han sido constantes el clientelismo, el caudillismo, la participación política.

De esa fecha a 1861, agrega, «la presencia política estuvo marcada por el conservadurismo de Santana y de Báez. Triunfante la revolución de la Restauración, Báez, y en algunos momentos el Partido Azul, trató de tener preeminencia pero fue básicamente una presencia conservadora, con Báez e Ignacio María González».

Después, añade, «aparece el liderazgo de Luperón, ya mucho más fortalecido con la Revolución de 1878, y trata de mantener una presencia, pero es un liderazgo que dura poco tiempo cuando aparece Lilís ya que, en el 1888, le da el golpe de gracia definitivo a Luperón. Después, el escenario político estaba dominado por Heureaux».

Con la muerte de este dictador, señala, «las principales figuras del siglo, Horacio Vásquez y Juan Isidro Jimenes, no tenían la suficiente fuerza política para tener un liderazgo de masas con impacto nacional, por eso uno y otro utilizaron los llamados testaferros políticos como una manera de tener cierta incidencia en el plano nacional. Esa es la razón por la que son tan fuertes las turbulencias políticas de 1900 a 1916».

TRUJILLO Y BALAGUER

Luego de la ocupación norteamericana de 1916, prosigue Sang Ben, «la figura preclara fue Trujillo porque Vásquez fue un títere del gobierno norteamericano. Ya a partir de 1929, Trujillo es la figura más preponderante, hasta su muerte. Y eso es indiscutible». Al tirano, significa, le sucede en la misma categoría el doctor Joaquín Balaguer, «tanto así que a los 94 años es candidato a la presidencia. Balaguer es el político que más ha estado en el gobierno, es el de más incidencia en el plano político».

Después, en este tiempo, está Bosch, «pero siempre hizo una oposición constante, no fue una alternativa de poder seria, a excepción de 1962 cuando fue elegido. Peña Gómez por igual: fueron grandes líderes pero por causas diferentes, no fueron opciones para llegar a la presidencia».

Recalca el problema racial y el origen haitiano del fenecido dirigente perredeísta lo que «incidió para que fuera un velo y un veto que le impidieron llegar. Creo también que los sectores de poder lo veían como un líder de masas, popular, que es lo que ha caracterizado al PRD, por eso tiene un voto fijo tan fuerte a pesar de las diferencias y de los enfrentamientos internos».

Cuestiona, al contrario, la posición del PRSC porque «este es un país eminentemente urbano y ese urbanismo representa otro tipo de mentalidad, que no es la tradicional campesina, como era en los orígenes del Partido Reformista».

EL PLD ATRAPADO

A la impresión de que con el gobierno del PLD se iba a dar paso a una generación de líderes jóvenes, acota que «lo que pasa es que ha estado atrapado por su propio origen en el Gobierno» con el pacto de alianza con el Reformista. Entiende, empero, que el presidente Fernández «se ha crecido, el Leonel que vemos ahora no es el que era el candidato, la práctica del poder le ha hecho crecer con liderazgo y creo que dentro del Partido de la Liberación Dominicana es la figura de más preeminencia, lo que ocurre es que no podrá optar por el poder, pero no creo que haya todavía una figura joven que tenga esa vocación de poder por sí sola, nacional, como han tenido esos grandes líderes».

VIOLENCIA Y TINTES AUTORITARIOS

Tanto física como verbal, atestigua Sang Ben, «la violencia ha sido una característica muy marcada en la política dominicana». Habla de «momentos cumbres» en que se ha puesto de manifiesto, como «en uno de los procesos electorales de Lilís y en las elecciones de 1994».

«Otra constante son los tintes autoritarios, amparados en los artículos 55, 210 o 62, o el que fuese. Tal vez en el caso del presidente

Fernández no ha sido tan evidente pero hubo como destellos del autoritarismo en el caso del Congreso, con el asunto de la Liga Municipal Dominicana. Fue una evidencia pero no tan marcada como, por ejemplo, en los 12 años de Balaguer o como con el gobierno de Salvador Jorge Banco y la firma con el Fondo Monetario Internacional, pero son características propias de los gobernantes debido, quizá, a la ausencia de desarrollo de la institucionalidad democrática».

El entusiasmo del pueblo dominicano, a su juicio uno de los más politizados del Continente, lo compara con el carnaval. El clientelismo que se da en los partidos con el consecuente aumento de la nómina estatal, son puntos que, a juicio de la doctora Sang Ben, «no ha podido romper, todavía, el actual gobierno».

Igualmente, añade, «no son los más capacitados quienes administran el Estado, sino los de mayores vinculaciones políticas en el proceso, lo que es contradictorio porque o se es dirigente político o se es administrador ya que la lógica del que administra es la eficiencia, la del político, la repartición del poder».

Resumiendo, Mu Kien Sang considera que el político dominicano abusa del poder, negando su esencia. «Es interesante observar cuando un candidato se perfila, como anda envuelto con una serie de canchanchanes que son quienes lo dirigen. Perdió su posibilidad de ser candidato de poder y ese grupo irá donde el nuevo aspirante que tiene ahora la opción. Esa característica es una simbología exagerada en la que se sobredimensiona la forma. Creo que, en ese sentido, aquí se ha pecado mucho, incluso este Gobierno».

Otros rasgos distintivos de los políticos vernáculos es que no les agradan las críticas y que «gobiernan para el cuatrienio por el que son electos, no pensando en la perspectiva más allá de la inmediatez de sus incumbencias políticas. Entonces los políticos no son de Estado, sino de política de gobiernos a corto plazo».

—¿Por qué considera al dominicano uno de los pueblos más politizados, sorprendiéndose de cómo se somete a las pruebas más difíciles para hacer uso del derecho al voto?

«Creo que se debe a que es la única participación que le sale gratis».

9 de abril de 2000.

XXII

Políticos «resuelven» problemas que crean

¿Líder he dicho? ¡Ah!, señora, no puedo seguir adelante sin detenerme a hablarle de estos tipos, la última novedad en la política dominicana. Este nombre es importado, pero se ha adaptado rápida y maravillosamente en este país encantador. Los generales están de baja [...] Ahora son los líderes los que abundan.

F. E. Moscoso Puello.

Frank Marino Hernández, en los últimos años dedicado a investigar el comportamiento específico «de eso que llaman ahora liderazgo indiscriminadamente, que más vale llamar dirigencia de la sociedad dominicana», ha localizado, hoy, «factores de origen y de perpetuación de prácticas culturales, de hábitos, de costumbres, de desempeños de actividades que configuran la sociedad dominicana del siglo XXI, con una sociedad cuyas estructuras responden todavía a nuestra sociedad colonial básica».

Se remonta a las Cédulas Reales, los Edictos, las resoluciones de la Corona o del Consejo de Indias cuando el Cabildo de Santo Domingo se reunía para dar lectura formal a las disposiciones de la Corte y luego se enrollaba el pergamino, declinando el cumplimiento de la Real ordenanza. Ahí ubica el origen del desprecio y el desconocimiento hacia las leyes, y la costumbre arraigada de hacerlas «para los adversarios o para los más débiles», lamentando que quienes tienen en sus manos el poder de hacer que se cumplan, no las cumplen, usándolas «como escudo para proteger sus propias arbitrariedades, sus privilegios y sus designios».

«La cosa no es un acto de desobediencia sino de obediencia fiel, pero de incumplimiento total. Se instituyó desde el principio de la Constitución dominicana esa fórmula simpática, viable, comúnmente aceptable de evasión del cumplimiento de la ley».

AFANES DE NOBLEZA

Los dirigentes vernáculos exhiben, según el análisis de Hernández, prepotencia y afanes de nobleza heredados según sus estudios, de figuras del ayer lejano, como el famoso Barón de La Atalaya. «Ese señor plebeyo que viene a Santo Domingo, se establece como colono y solicita a la Corona la concesión de este título por estar ubicado con una colonia de café en La Atalaya de entonces, en la llanura de Hinchá, que hoy es Haití».

El sujeto, llamado «Joseph o José Guzmán, tuvo el coraje de retirarse y enviar una queja a la Corona porque no le decían señor Guzmán, sino José y él quería ser tratado como una dignidad no-

biliaria a la cual no tenía ningún derecho, pero se sintió discriminado y él le envió un memorial de queja a la Corona por esa razón, un hombre que ni siquiera tuvo la honradez de pagar el título del baronazgo».

Entonces, comenta, «esta es una afloración de la prepotencia de algunos dirigentes dominicanos. El querer nombradía y posición destacada sin realmente haber trabajado para acumular méritos legítimos para ello». Se hace patética, también, cuando los políticos se disgustan porque habiendo sido encumbrados a posiciones de mando, el pueblo les sigue llamando «cariñosamente» por sus nombres de pila, como hacían en la campaña.

De las Encomiendas y de los Repartimientos indígenas, según el sociólogo, es la influencia heredada por «la clase dirigente o que asume que tiene posición dirigencial económica, política o



gubernamental, de creerse dueños y señores y autores de desprecio de la vida de los demás, sobre todo de los desposeídos, privados de la participación cultural y desprovistos de la protección de las leyes. Eso todavía se perpetúa hoy en día».

BALAGUER ANTES Y DESPUÉS

«Desde aquel discurso que pronunció en el Instituto Trujilloniano acerca de la “Alternabilidad del poder en la República Dominicana”, Balaguer dijo que esta sociedad estaba afectada por todo tipo de desigualdades. Cuando llega al poder, ya por sus propios medios, digamos desde el [19]66 en adelante, permitió lo que se ha llamado la famosa corrupción y es que a través de puestos en la aduana, en contratos en obras públicas y en métodos irregulares de obtener ganancias, él cerraba los ojos para crear un contingente de personas emergentes en la sociedad dominicana con un nuevo posicionamiento, con un nuevo poder económico», manifiesta.

Y así surgen, «coherente con esa política de dejar hacer y de dejar enriquecerse, los barrios El Millón, de empleados públicos que nunca hubiesen podido construir una casa de esos costos y de esa ampulosidad; el Mirador del Norte y la utilización de lo que era la reserva de los blanquitos de Gascue, que era todo el Oeste, es decir, hacia Herrera y Haina».

Balaguer, agrega, «sembró urbanizaciones que dislocaron el patrón de crecimiento y de selección, vamos a llamar natural, de la clase pudiente de Santo Domingo que ahí era que pensaba establecer su nuevo Gascue, su Naco, sus extensiones privilegiadas de la ciudad. Le metió gente que él hizo de clase media».

La sociedad dominicana de esa época, señala, «restringía severamente la capacidad de enriquecimiento y es Balaguer quien, a través de una vía anormal, rompe esos patrones de lento crecimiento de la clase media y permite que irruman contingentes de nuevos ricos, si queremos llamarlos así, para romper con ese patrón de desigualdad y explotación de los más pobres».

EVASIÓN TRIBUTARIA

«Aquí siempre ha habido una evasión tributaria alentada por los dirigentes que han sido mercaderes de poder y los dirigentes de la sociedad civil. Siempre se confiaba en el arreglo de aposento para no pagar impuesto de aduana, para reducir el impuesto sobre la renta, para no pagar ningún impuesto, el que fuera. Esto tiene su origen en la Colonia [...]. Aquí hubo un sistema de evasión del pago del Quinto del Rey y eso, hasta esta administración del PLD, con Juan Hernández en la Dirección de Impuestos Internos, prácticamente se ha mantenido». Reconoce como logro del actual gobierno el cumplimiento de este requisito y sobre todo las reformas y modernizaciones introducidas por su director. Afirma, sin embargo, que la evasión ha sido estimulada por miembros de los sectores públicos y privados.

«YO NO SOY POLÍTICO»

Algún día habrá que diferenciar, plantea el doctor Frank Marino Hernández, cuáles son los empresarios políticos de los que no lo son. Es que hay que constatar y hacer ver que todo el que anda en los negocios de las relaciones de poder, de dominación y de subordinación, está en la política. No está quizá en un partido, directamente, pero está en la política. Cuando un empresario está tratando de influir con donativos en una campaña electoral, está haciendo política. Cuando emplea o des-empieza gente, está haciendo política, está haciendo ver que él domina esa persona o ese grupo y que ellos son subordinados y que le piden cacao o le parten el culo. Esa política también nos viene de antes».

«LÍDERES NO: DIRIGENTES»

Como Moscoso Puello en su época, el distinguido sociólogo cree que «la palabra liderazgo se ha manoseado tanto que cualquiera que esté en una posición de dirigir o administrar se confunde con líder. Yo creo que el líder, sin referirme necesariamente al liderazgo carismático, como lo define Max Weber en *Economía y sociedad*, no

es aquel que está ungido por el Señor con una gracia que hace que la gente se sienta con deseo de obedecerle y seguirle, que ese es el líder carismático. El líder es aquella persona que en una posición de dirección tiene además la capacidad para inspirar a sus seguidores, no solo para disciplinarlos [...]».

El dirigente, agrega, es el administrador de unos recursos orientados hacia una meta. El líder es el que además de dirigir esos recursos hacia una meta, lo hace de una manera inspiradora, tiene ese algo extra que hace que la gente quiera obedecer y seguir, este es el que entiende, como decían de Balaguer: «Este es el que conoce el coroto».

Para Hernández, quien critica los «megaproyectos» construidos en la actualidad porque «no tienen ningún significado para la vida económica, cultural o comercial del país», «la dirigencia política dominicana, pública y privada, ha fracasado en la labor de mejorar la nación. No somos la República de Trujillo, creo que hemos mejorado, este Gobierno ha hecho muchas cosas, lo que pasa es que establece unas expectativas que lo derrotan frente al juicio del pueblo» por «toda esa lenidad, esa complicidad entre la dirigencia económica, política y social. Hemos llegado a un estado de ineficiencia de administración de la nación como un todo, hay un fracaso de la dirigencia política, no se está trabajando por el bienestar colectivo».

Lamenta que los partidos políticos se hayan tomado meses para llegar a un diálogo en busca de solucionar problemas que ellos mismos han creado y critica las construcciones inteligentemente edificadas donde la gente las vea. Dice que así como antes se decía «Esto lo hizo Balaguer», mañana se dirá «Esto lo hizo Leonel». Y concluye su análisis, justamente con la actual gestión gubernamental.

«POLITIKILLOS»

Confiesa que tenía una «expectativa errada en cuanto al tipo de Gobierno peledeísta. Pensé que la moralidad que vendía la militancia del PLD era una moralidad cierta, efectiva, que en la formación de los círculos de estudios había una disciplina de una integridad que realmente no ha sido así». Estimaba «que iba a ser un gobierno con un liderazgo de ruptura, que no representara la atadura a los valores tradicionales prevalecientes en las bases de los partidos políticos».

Y considera que «el factor común que domina la población básica de los tres principales partidos, PRD, PRSC y PLD es la miseria, la codicia y la necesidad. El dominicano, que también desde la época de la colonia se vio aterrado por la miseria, porque este fue un país de hambre durante más de dos siglos, mantiene vigente esa pobreza, aun en el alma de los que tienen dinero porque nunca creen que tienen suficiente».

Agrega que «los partidos políticos tienen una base de sustentación de gente que necesita, que quiere y que está dispuesta a matarse por conseguir un beneficio material, la gente participa en las elecciones para después ir a reclamar». La política, dice, es vista como un gran negocio «y en todos los círculos dominicanos hay un imperativo de enriquecimiento acelerado, lícito o ilícito, el ilícito es el más frecuente [...]. Se van detrás de los que les pueden ofrecer una retribución para resarcirse de la miseria y, lo que es peor, los políticos, para mantenerse arriba, tienen que renunciar a sus ideales o a su ideario para pensar de una manera que los de abajo sepan que ahí es que está su esperanza».

De ahí, concluye, «que sea tan difícil combatir la corrupción y el clientelismo en los gobiernos dominicanos porque cada quien está esperando lo suyo».

Aquí, enfatiza, «no hay substanciales diferencias en las ideologías de los tres principales partidos: son partidos pluriclasistas donde hay un denominador común, todos tienen una base igual y los líderes renuncian a su capacidad de elevar esa base para bajar hasta ellos y nutrirse del poder que necesitan para mantenerse en las posiciones a las cuales han llegado».

Resume que la militancia está seducida por el clientelismo, «porque llegue su candidato para estar en el poder, conseguir yipetas, oportunidades de trabajo, un cheque, una funda, una cajita, cualquier cosa [...]. El Plan Social de la Presidencia es realmente un alivio al hambre cotidiana y es preferible que reciban eso a nada, pero eso fomenta el clientelismo, no resuelve el problema de la pobreza».

Al político dominicano lo considera «inmaduro, de espaldas a las necesidades actuales de la sociedad y a los requerimientos del futuro. El político dominicano está girando, desgraciadamente, salvo raras excepciones, en torno a sus propios intereses, a su propia carrera, a su propio porvenir, a sus propias aspiraciones. Y esos no son políticos, son politiquillos».

10 de abril de 2000.

XXIII

Definición de identidad

La fisonomía espiritual propia de un pueblo refleja las condiciones de su vida material; su historia, su modo de vida particular que resulta de condiciones de existencia diferentes a las de otros pueblos [...]. Estas características se imprimen de manera indeleble en los héroes de la literatura, en los cantos y danzas populares, en la epopeya nacional, en el color de la falda de las mujeres, en los refranes populares, en la manera de arar la tierra y hasta en el modo de peinarse [...].

José Cordero Michel.

Las opiniones en torno a cuándo se produce el sentimiento de identidad de los dominicanos están divididas en la intelectualidad de estos días tanto como la definición del concepto. Unos dicen que empezó a manifestarse mucho antes de la proclamación de la Independencia. La mayoría coincide en que fue justamente a partir de ese hecho.

Como algunos pensadores han llegado a afirmar que el criollo no tiene identidad definida, intelectuales consultados por *Hoy* atacan rabiosa y ardorosamente ese parecer enumerando situaciones históricas, humanas, sociales, que demuestran lo contrario.

Casi todos los profesionales entrevistados para esta serie aceptaron ofrecer nociones del concepto de identidad, al margen del tema que cada uno tenía asignado desarrollar. Sin embargo, otros prefirieron obviar el asunto entendiendo que «no hay una construcción teórica sobre identidad».

El laureado y prolífico escritor Andrés L. Mateo considera que «la temática de la identidad es inconcebible en el mundo de la cultura europea. Nadie se la plantea, por ejemplo, a un francés o a un alemán porque todas las concepciones eurocentristas hacen concebir que estas culturas milenarias tienen una idea de identidad per se, por sí mismas».

Pero, agrega, «como el mundo americano es el resultado de un proceso histórico de expansión del mundo europeo y producto de una mezcla sustancial de carácter racial y de carácter cultural, estas interrogantes sobre la identidad van a acompañar casi siempre a todos los procesos sociales».

«Nosotros –refiere– carecíamos de una definición en el aspecto de la identidad y lo que teníamos eran propuestas que se encaramaban en modelos básicamente europeos. Por un lado estaban los afrancesados, encabezados por una figura como Correa y Cidrón, cuya propuesta de regeneración social tomaba en cuenta el modelo no hispánico, sino francés, y con él, muchos otros intelectuales prominentes que, incluso, llegaron a monitorear en determinado momento la cultura dominicana».

Por otro lado, expresa, «estaban los prohispanistas, como Núñez de Cáceres, que proclama la Independencia de España anticipándose a lo que veía venir, que era el dominio haitiano. Lo hace sin que esa independencia, de carácter económico, afectara la idea de la identidad vinculada a lo hispánico, de modo que lo que había no era un problema de identidad absoluta sino propuestas que se inspiraban en los modelos europeos: uno francés, más evolucionado, que consideraba que la hispanidad no había cumplido los ciclos del desarrollo social que para la época había alcanzado el mundo europeo, y otro inspirado en la tradición hispánica».

Mateo, para quien resulta difícil una definición de identidad hoy día, porque la misma es «un siendo permanente, un gerundio, en el que, sin embargo, hay cosas que permanecen», la describe como conjunto de factores de carácter histórico que en un determinado momento definen un conglomerado social, una nación, y que no responde a esencias, «no es una eternidad».

«En la vida contemporánea la concepción de la identidad es angustiosa, difícil, porque una característica esencial de la globalización, entendida ya no como un discurso económico, sino como forma de apropiación, como esa forma de derecho que todo el mundo tiene sobre

la tecnología, sobre las posibilidades de aprovechar el conocimiento humano, hoy día sí que han perdido la memoria de su origen», dice Mateo.

Agrega que «nosotros interactuamos con marcas, coexistimos cotidianamente con artefactos, incorporamos elementos provenientes del lenguaje, los saberes, valoraciones técnicas, metodológicas y, frecuentemente, desconocemos su origen». Para él la cultura dominicana «desde el punto de vista del pensamiento y de la expresión literaria, va a comenzar a definir una identidad para sí, a finales de la década del siglo XIX».

«ELEMENTO CAMBIANTE»

Jeanette Miller, escritora, historiadora, educadora, crítica de arte, lingüista, asocia la identidad con identificación. Para ella «no es más que la identificación del hombre con su medio, con sus circunstancias. Bajo ese punto de vista, naturalmente, la identidad es un elemento cambiante porque está muy ligado a la respuesta que da el ser humano a esas circunstancias que son su medio ambiente, su historia, o sea, los elementos que van conformando ese hilo, ese avance de lo que son las épocas».

El dominicano, en consecuencia, «es producto primero de una ubicación geográfica sumamente estratégica que ha sido, desde que registramos nuestra historia, un territorio de trasiego, la gente llega, se va, se queda, este es un punto de irradiación de personalidades, de conquistadores, de personas que entran. Eso, unido también a los movimientos de salida del dominicano hacia distintos lugares para buscarse mejores condiciones de vida, conforma una característica de cambio permanente que es lo que define realmente al dominicano».

Cuando Jeanette Miller se refiere a la dominicanidad, parte de 1844 «que es, como dijo Pedro Henríquez Ureña, cuando los habitantes de esta isla comienzan a tomar conciencia de una condición que se va definiendo según las respuestas a los problemas que enfrentan. Hay una realidad en el dominicano que todavía se mantiene hasta hoy, que es negar o avergonzarse del componente negro que, evidentemente, es de proporción mayoritaria en lo que somos como raza. Pero esto tiene su explicación: nosotros hacemos la Independencia contra Haití primero, entonces somos tan negros como los haitianos

pero somos unos negros diferentes porque tenemos influencias y asunciones culturales diferentes. Eso no implica animadversión, pero sí diferenciación».

ANTERIOR A LA INDEPENDENCIA

El versátil, fecundo y también galardonado escritor y académico José Alcántara Almánzar, entiende que desde antes de 1844, «ya había gente que se preocupaba por ir perfilando lo que es el ser dominicano, y a pesar de que el primer Himno que se compuso habla de españoles y no de dominicanos, esa conciencia de lo dominicano es anterior a la propia Independencia política, porque ya en José Núñez de Cáceres, en la Independencia Efímera, encontramos ese germen de una cosa que era distinta a lo metropolitano, que apunta a lo que es lo criollo, lo nuestro, y lo que luego sería llamado nacional».

El poeta Héctor Incháustegui Cabral opinaba al respecto: «Es muy significativo que todavía en el 1844, ya proclamada la Independencia, en lo que fue nuestro primer himno, Félix María del Monte inicie la Canción dominicana, en la que ya se habla del cruzado estandarte, con este verso: ¡Al arma, españoles!».

La escritora, psicóloga y catedrática universitaria doctora Josefina Zaiter entiende que lo que ha sido el proceso histórico del pueblo dominicano, la dominicanidad, «se viene expresando, manifestando en el siglo XVIII. Ya a principios del siglo XIX empiezan a darse manifestaciones claras de lo que pueda asumirse como dominicanidad, ser dominicano, sentirse dominicano».

El concepto de identidad, según su parecer, «es muy complejo, como la mayoría de los conceptos que se manejan en ciencias sociales. La identidad, como fenómeno social, está vinculada a múltiples expresiones. Desde la psicología social viene a ser la expresión de un sentimiento de vinculación a una realidad social, nacional, a un grupo socio-histórico. Lo de dominicanidad es una expresión más instalada en lo sentimental, en lo afectivo. Es un sentimiento que vincula a los grupos sociales a unas costumbres, a unas relaciones, a una situación histórica».

«SENCILLAMENTE SE ASUME»

Pedro Conde Sturla, ensayista, poeta, crítico literario, escritor, educador, comenta: «el tema de lo nacional y de la identidad dominicana es algo que a mí me deja un poco perplejo, nunca lo veo como un problema. Hay muchos autores que todavía dilucidan esa cuestión de si el dominicano tiene una identidad, si hay realmente una idea nacional, y a mí me parece que eso es algo que sencillamente se asume y que se ha demostrado a través de todas las luchas históricas del pueblo dominicano», contra franceses, haitianos, españoles, norteamericanos.

«Un pueblo que careciera de identidad, sin conciencia de idea nacional, no hubiera enfrentado esas tareas históricas. Entonces, el tema de la identidad, de la nacionalidad, es algo que se asume sin ningún problema. Y el dominicano lo asume y no tenemos que hablar de las luchas históricas. Bastaría hablar del merengue, o de nuestros peloteros o de nuestros folkloristas o de cualquiera de nuestros artistas en sentido general».

Agrega Conde Sturla que «lo que preocupó mucho a los intelectuales del siglo pasado, y yo creo que vuelve a ser preocupante ahora mismo, es la viabilidad de la Patria, la viabilidad del país», porque hoy, según él, «estamos en un proceso de franca recolonización, no ya de neocolonialismo, y me parece que un poco por el camino que vamos somos un país en vía de extinción».

Explica que «estamos volviendo a los inicios, a un colonialismo más devastador y salvaje, porque ya es un colonialismo que amenaza con la destrucción nacional. A partir del colonialismo original, de alguna manera trágica surgió la nación dominicana, pero este nuevo colonialismo amenaza con destruir lo que hay, lo que surgió a partir de la colonización española. Entonces, aquí ya sí es peligroso en cuanto se atenta a diluir también lo que es la identidad, lo que es la idea o la intuición de nación por vía de la penetración, del abandono, de la transculturación, en lo cual conspiran grandes potencias y también nuestros vecinos de Haití que son, quizá, los más inocentes de todos porque lo hacen por la desesperación y por el hambre».

«SE ESTÁ RELEGANDO»

Don Manuel Rueda sostiene que la globalización trae culturas de todas partes, lo que adultera, extirpa, afecta la identidad. «Pero la verdad es que el espíritu de un pueblo no se destruye. Sin embargo, se está relegando un poco lo interior, lo básico, para imponerse la sociedad de consumo, las modas, la cultura de las discotecas, de la violencia del cinematógrafo, la violencia, que es importada, tantas cosas que exigen del hombre una traición a su propia naturaleza».

Afirma Rueda que el dominicano tiene una identidad que «no la podemos determinar con exactitud. Va aflorando parcialmente en las expresiones del dominicano, que va siendo la base en las generaciones, pero que se va movilizandoy muy lentamente y adquiriendo matices del sustrato de la conciencia, que no tienen que venir de fuera».

«COMÚN A TODOS LOS PUEBLOS»

Don Mariano Lebrón Saviñón, premio nacional de literatura, lingüista, historiador, escritor, literato, considera que «es ociosa la afirmación repetida de que nosotros andamos en la búsqueda de identidad». Y agrega: «Todos los pueblos, aun los más ignaros, la tienen. Yo no soy igual a un cosaco de la Siberia, ni a un ente tribal en algún rincón de África, ni a un esquimal. Yo hablo español, estoy aferrado a la tierra donde nací, defiendiendo sus costumbres y escucho con nostalgia los ecos de las cosas amables de mi infancia, eso es identidad».

«Yo sé que soy dominicano, no soy jamaiquino, ni soy holandés, soy dominicano, no solo porque nací en la República Dominicana, sino porque todo lo que ha constituido el complejo de mi vida, deviene de ese sentimiento que comparto con mi familia, con mis amigos, igualmente dominicanos. Nosotros podemos, por razones inexplicables, desdeñar nuestra tierra, pero cuando estamos en el extranjero suspiramos y lloramos por ella. Es posible que reiteradas veces yo me tropiece con una persona con insólita indiferencia, pero si de pronto nos encontramos en una ciudad lejana de la Patria, nos identificamos, nos abrazamos y sentimos esa enorme dicha de tener un compatriota al lado nuestro. Eso es identidad».

11 de abril de 2000.

XXIV

Identidad: una búsqueda incesante

Uno de nuestros problemas desde el inicio de la época republicana hasta nuestros días, es el de la identidad. Se nos hace difícil identificarnos como país y nos pasamos todo el tiempo pidiéndole prestado a otras culturas y países costumbres, música, folklore, nombres, vestimentas [...] en fin, de todo.

Antonio Zaglul.

A menudo se hacen afirmaciones de que hay comunidades de identidades y yo pienso que en ningún momento las ha habido en el país, ni las puede haber. Por el contrario, creo que en la República Dominicana hemos asistido tradicionalmente a grandes rupturas en materia de identidades por motivos étnicos y sociales, sobre todo.

Al hacer la consideración, el reputado historiador y profesor universitario Roberto Cassá agrega que el surgimiento de una identidad local «que asociáramos a la noción de lo dominicano», a pesar de que todavía el término no se manifiesta, ocurrió para algunos en el siglo XVII y para otros en el XVIII. Él entiende que fue ya avanzado este último.

«El primer registro del término lo tenemos en el libro de Luis José Peguero, *Historia de la Isla Española de Santo Domingo*, que quedó en manuscrito, pero que fue redactado en 1753 o 1756. Ya ahí está demostrada la existencia de la palabra. Me parece importante porque denota una maduración de un concepto de comunidad que ya venía existiendo, pero que tampoco es tan antiguo. No podemos

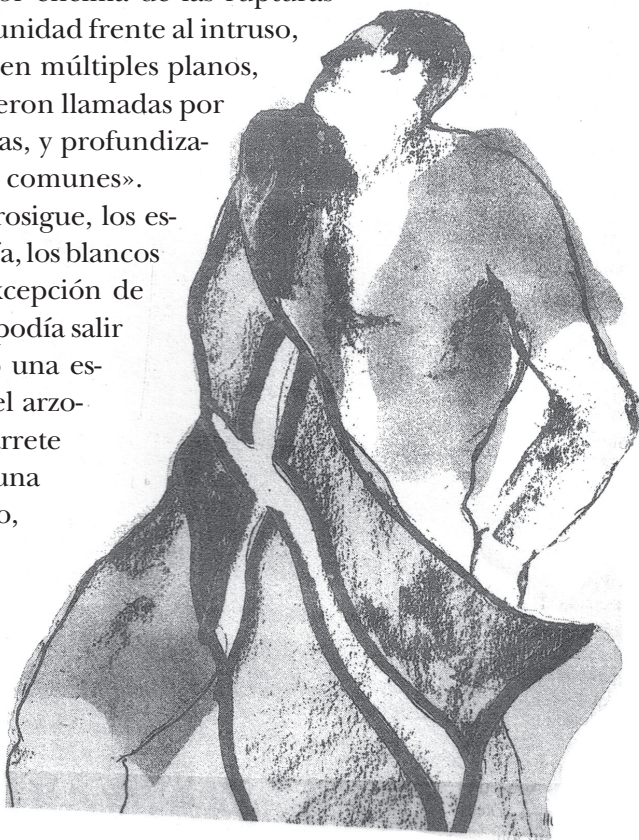
retrotraerlo al inicio de nuestro proceso post-indígena, es decir, de principio del siglo XVI, debido a que durante todas esas décadas lo que había era una gran deficiencia de conglomerados culturales externos al país», afirma.

La mayoría de los blancos, señala, habían nacido en España o en Portugal y una inmensa proporción de los negros esclavos, en África. «Eran culturas en gran medida no comunicadas. Es el fallo de sistema de plantación, a fines del siglo XVI, más subsiguientes acontecimientos como las Devastaciones de Osorio de 1605-1606, que dan lugar a un curso nuevo de la historia del país, caracterizado por una tendencia a la relación de los grupos o subculturas, al surgimiento de referentes locales y al inicio de ciertos planos de reconocimiento de comunidad».

«El hecho de que los grupos en que estaba escindido el conglomerado poblacional empezaran a percibir intereses comunes, entre ellos uno muy elemental, como la permanencia en el territorio frente a los ataques de los bucaneros y de los piratas», demuestra según Cassá, «una identidad por encima de las rupturas sociales y étnicas de comunidad frente al intruso, y esto se va a manifestar en múltiples planos, como las milicias, que fueron llamadas por los franceses cincuentenas, y profundización de rasgos culturales comunes».

En ese momento, prosigue, los esclavos dejan de ser mayoría, los blancos casi desaparecen, con excepción de los soldados, todo el que podía salir se escapa, esto era como una especie de prisión, «hasta el arzobispo Fernández de Navarrete se escapó a Curazao con una sola moneda en el bolsillo, diciendo que prefería que lo mandaran al presidio de Ceuta, a volver a esta isla».

«Los blancos, la población urbana



casi desaparecen», relata Cassá, ubicado a mediados del siglo XVII. «Este es un medio entonces muy peculiar, de una población rural, montarás, primitiva, pobre, dedicada a la supervivencia, que pierde todo lo referente del exterior y esto produce un conjunto de rasgos culturales muy particulares. Pienso que ahí es que empieza a surgir un conglomerado nuevo, único, distinto a todo lo anterior que va a ser la génesis, la semilla, del conglomerado dominicano. Y como conglomerado, no pudo surgir al margen de criterios de identidad porque lo que cuenta a la hora de evaluar y de considerar las prácticas de los grupos humanos, es cómo esos grupos se reconocen, cómo miran la realidad, cómo se miran a sí mismos en relación con los otros grupos».

RASGOS COMUNES DE IDENTIDAD

Al cuestionarlo sobre rasgos predominantes que identificaran al referido conjunto, Cassá comenta que «toda identidad, por principio, se establece por comparación o contraposición con otros. En nuestro caso, teníamos otros dos básicos: los franceses, del otro lado de la isla, bucaneros principalmente, gestores de la colonia francesa que luego se hace una colonia de plantación a inicios del siglo XVIII, y los españoles».

España, señala, «tiene una presencia sumamente marginal en el país durante todos esos períodos. A veces pasaba un año y no llegaba un buque de España. Esto era mantenido por España como una necesidad estratégica pero, en realidad, la colonia no tenía ninguna identidad y no había, pues, ni relaciones comerciales ni demográficas, no había migración, no había nada con España, que es una cosa lejana para los habitantes de esta isla, no interfiere, y más bien, se produce una asociación de simpatía, por cuanto la presencia del dominio de España es vista como algo que garantiza la pervivencia del colectivo, debido a que la amenaza provenía de los vecinos. Entonces hay una consideración favorable a la identificación de los nativos como españoles, algo muy distinto a otros países de la América española donde, desde el principio, las relaciones se establecieron por una contraposición hostil. No es nuestro caso».

Aclara desconocer, en realidad, aspectos de lo que eran las visiones de identidad de la mayoría de la población, «pero los documentos nos retratan esta situación de cómo, por ejemplo, los propios esclavos a menudo se integraban muy voluntariamente en los cuerpos de combate contra los bucaneros, es decir, había una solidaridad de todo el colectivo que creo explica la persistencia del país y que nos da pista en materia de identidades».

Desde luego, observa, «este fenómeno tiene una base económica, estructural, que es la inexistencia de la sociedad de plantación, la comunicación de los grupos, que se manifiesta a través de rasgos culturales comunes y específicamente del mestizaje. Ya en la segunda mitad del siglo XVII la población pasa a ser mayoritariamente mulata y deja de ser mayoritariamente negra. El mulato encarna, con mucho más fuerza, una identificación con el suelo, con el territorio, una asociación vital de que este es el territorio nuestro».

PORTUGUESES, NO ESPAÑOLES

«Dejan de entrar nuevos africanos, deja de haber una minoría blanca segmentada, en consecuencia, el mestizaje es un fenómeno predominante y casi natural. En la segunda mitad del siglo XVII, las crónicas recogen que prácticamente fuera de la ciudad de Santo Domingo y de dos o tres puntos más, particularmente Santiago y La Vega, no había blancos, es decir, se hizo esto, como dice Pedro Pérez Cabral, una comunidad mulata en una proporción predominante donde solamente había un contrapeso todavía de un sector de negros libres y de negros esclavos que además operaba muy poco en sí como esclavos, porque era una esclavitud totalmente patriarcal y primitiva», significa el historiador.

Se produce «un acercamiento, una identificación cultural con rasgos compartidos. El blanco se desliga de lo español. La generalidad de los blancos, desde 1550, cuando todavía había muchos blancos, no eran españoles, eran portugueses. De manera que la identidad es distinta que la de los españoles. Ellos se españolizaban, se cambiaban los apellidos, pero eso no importa: eran portugueses, habían sido portugueses y el portugués era mucho más proclive a relacionarse al medio, el portugués es gestor de mestizaje, los

portugueses se asociaban mucho más fácilmente con mujeres negras que los españoles».

Según Cassá, viene un fenómeno clave: la identificación étnica de la mayoría de los colonos, mulata y negra, con los blancos. Esto se manifiesta, dice, de muchas formas como «los blancos de la tierra», «una categoría registrada por uno de los cronistas de guerra franceses de inicios del siglo XIX. Hay otras categorías, hoy día la más extendida, que tuvo inicio en esa etapa pero que en realidad hizo fortuna propia en este siglo, es la de indios. El dominicano se reconoce indio, explica, como forma de desligarse de lo africano. En otros términos, en nuestro medio la identidad africana no prosperó y esto propendió a una suerte de tejido de relaciones entre grupos étnicos distintos con lo cual se estaba dando un proceso de tendencia a ciertos planos de reconocimiento común, o sea, del surgimiento, ya, de una identidad dominicana».

«En la segunda mitad del siglo XVII y principio del XVIII, volvieron a aumentar la esclavitud y el grupo de blancos a través de la emigración, inmigración canaria. Hubo nuevas exclusiones pero la corriente principal era la ratificación del mestizaje y de planos crecientes de reconocimiento común. Eso es lo que explica que, a diferencia de todas las otras islas, excepción parcial de Puerto Rico, en el siglo XVIII ya se afianzaran conceptos claros en nuestro país, de pertenencias comunes. Los encontramos en Sánchez Valverde, primer historiador ya de cierta dimensión [...]», expresa. Los criollos dominicanos, según Sánchez Valverde, «son una prolongación perfecta de los peninsulares, no mezclada racialmente –lo cual era falso–, y con la misma cultura, y en consecuencia con la misma igualdad de derechos que los peninsulares. Es un reclamo criollo que indica un concepto de lo local, de lo dominicano ya en ciernes y, al mismo tiempo una exclusión sobre la mayoría de color», declara el reputado historiador.

Entonces, añade, «vemos la diversidad de identidades. No es un fenómeno homogéneo como aseveraría Manuel Arturo Peña Batlle. Sánchez Valverde lo que está es alertando precisamente contra esto. Solo el grupo dirigente es capaz, a través suyo, de concebir un criterio de identidad asociada a lo local y un sentido cultural normativo, como es la cultura española. Hay evidencia en muchos otros textos». Esas líneas, aduce, «se mantuvieron a lo largo del siglo XIX o por lo

menos durante varias décadas de ese siglo, debido a los efectos de la revolución haitiana que le introdujo peculiaridades muy especiales a la historia dominicana».

«AÑORANZA POR LO HISPÁNICO»

Para Cassá, gran parte del sentido de independencia en los grupos conservadores, «es una restitución del orden colonial, el objetivo es volver hacia atrás. Incluso, parte de los liberales dominicanos de la segunda mitad del siglo XIX, albergaron una añoranza por lo hispánico puesto que entendieron que era una fórmula de cohesión del conglomerado».

«Lo cierto es –agrega– que cuando se proclamó la Independencia dominicana, que ya es un plano superior en materia de referente de identidad, porque implicó un proyecto de nación, de acción colectiva, de autodeterminación, este hecho fue apoyado masivamente en cosa de días prácticamente por toda la población. La Independencia fue un fenómeno que reveló que por encima de ciertas rupturas también se había ido madurando planos de reconocimiento frente a lo externo, en este caso, el dominador haitiano».

Empero, «nuestro proceso de formación de la nación, que arranca desde la primera década del siglo XIX, se caracterizó por lo accidentado, irregular y traumático. De ahí que Américo Lugo, en 1921, en el primer editorial de su periódico *Patria*, va a plantear que la única forma de lograr un referente civilizador a la constitución del pueblo como nación es rescatando el origen y la cultura españoles. Es una muestra de que ese sentido local de identidad, ha atravesado por accidentes y dificultades muy graves».

Hoy, resume Roberto Cassá, «nos encontramos con nuevos procesos, producto de nuestra inserción muy activa en el mundo, la incidencia de nuevos referentes culturales, nuevas demandas, nuevas conquistas sociales de determinados grupos. Se encuentra la reivindicación de lo negro como parte de una corriente de identidad en el país, que quizás corresponde sobre todo a la gente culta de color negro, pero creo que no se reduce solo a ese grupo culto. De seguro se está manifestando entre personas del pueblo».

Piensa que cuando los dominicanos de ahora se reconocen como indios, «están aceptando que no son blancos, pero están también equiparándose a lo blanco y diferenciándose de lo negro. Pedro Francisco Bonó, defensor de los derechos del negro dominicano, teorizó en el siglo XIX sobre esta preferencia de la comunidad dominicana por la raza blanca y la vio no como un componente de racismo sino un germen de progreso puesto que, para él, era una señal de cosmopolitismo que preparaba a los dominicanos para insertarse en las corrientes universales de desarrollo económico [...]».

«Nuestra identidad –concluye Cassá– ha tenido líneas relativamente fuertes, si no dominantes, y al mismo tiempo, ha atravesado por graves procesos de diferenciaciones, de alteraciones y discusiones. Los dominicanos tienen una noción de identidad racial integradora, que tiene un componente objetivo en la mayoría mulata y eso se ha elevado, incluso, al desideratum político, particularmente por Duarte».

12 de abril de 2000.

XXV

La Independencia acentuó la identidad

Los blancos, morenos,/ cobrizos, cruzados,/ marchando serenos,/ unidos y osados,/ la Patria salvemos/ de viles tiranos,/ y al mundo mostremos/ que somos hermanos.

Juan Pablo Duarte.

Para el padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, «estaba muy claro el ser dominicano desde el momento en que en la reacción inicial de su vida, a los 16 años, cuando va en una goleta norteamericana hacia los Estados Unidos y Europa, el capitán del barco le increpa diciéndole que si no le da vergüenza andar con un pasaporte haitiano y que sus antiguos esclavos sean los que gobiernen. El, airado, le responde: «Yo soy dominicano».

Don José Joaquín Pérez Savinón, presidente del Instituto Duartiano y biógrafo del patricio hace la relación para concluir en que, «desde ese momento, Duarte da muestras de su identidad».

Al mismo tiempo, destaca los afanes duartianos por la Independencia y su confianza «en nuestro criollo, en nuestro mestizo». «Duarte sabía lo que era nuestra identidad. Estaba consciente de que ese llanero, ese lancero dominicano, había vencido las huestes inglesas de Penn y Venables. Tenía la certeza de que ese criollo, bajo el mando de Sánchez Ramírez, había vencido a las tropas francesas, muy bien armadas, en la Reconquista», enfatiza.

Pérez Savinón pone de manifiesto los anhelos de unidad del prócer y su convencimiento de la existencia «de nuestra identidad cuando invita: marchemos todos juntos, blancos, negros, cobrizos». «Creía

en su identidad y el criollo lo respaldó en esa convicción: un ejército de campesinos con un palo o con un cuchillo amarrado en la punta, ya era una lanza; con un machete, con una caballería del Este venció huestes superiores haitianas bien armadas porque habían tomado todo el armamento que dejaron los franceses. Después vencieron a los españoles, siendo representantes de una potencia mundial».

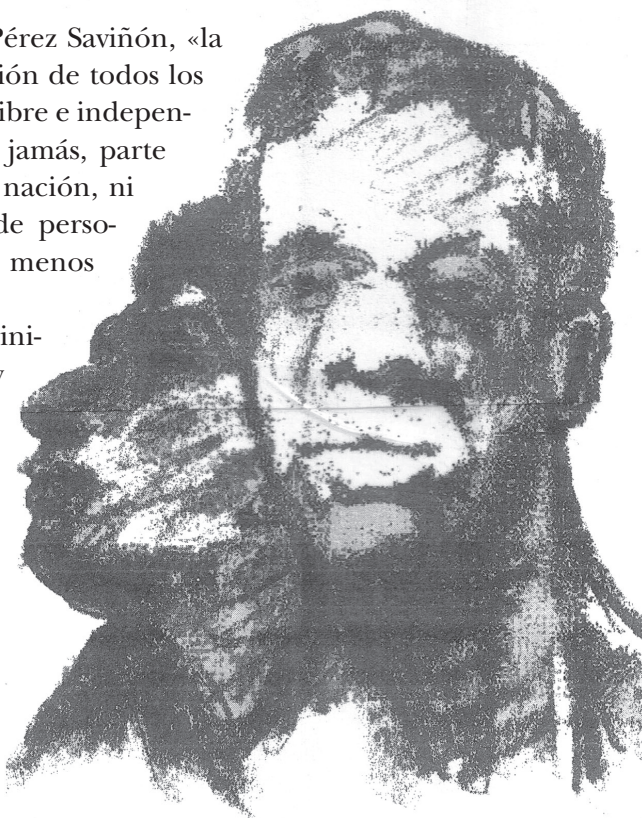
Pérez Saviñón considera «irrespetuosos, charlatanes», a quienes niegan la existencia de una identidad del dominicano y se pregunta: «¿Sin identidad? ¿Quién dice? ¡Oh! ¿Y esa bandera que ondeó en Capotillo y que después llevaron esas guerrillas dominicanas por todas partes hasta vencer las huestes españolas y que después también enfrentaron a las tropas norteamericanas?».

El dominicano, comenta, «ha tenido que pelear por la libertad. Nunca ha sido un invasor pero siempre ha defendido su terruño con su vida, esa es nuestra nacionalidad y esa es la Patria en que creyó Duarte».

LA UNIDAD

Para Duarte, significa Pérez Saviñón, «la nación dominicana es la unión de todos los dominicanos, debiendo ser libre e independiente. No es ni podrá ser, jamás, parte integrante de ninguna otra nación, ni patrimonio de familia, ni de persona alguna propia y mucho menos extraña».

En el Juramento Trinitario, añade, «está muy claro: En nombre de la Santísima, Augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar



con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se llamará República Dominicana».

Antes de la Independencia, agrega el presidente del Instituto Duarte, «los conceptos de libertad, unidad, justicia, derechos humanos, honor, honestidad, estaban muy presentes en el pensamiento de Duarte que también creía firmemente, reitero, en la unión de las razas. Todo eso ha quedado plasmado en sus cartas, su obra poética, sus apuntes, su proyecto de Constitución. Lamentablemente, de todo lo que escribió se perdió mucho, porque el tío hizo desaparecer la mayoría de sus papeles por miedo a que cayeran en poder de las tropas haitianas. La nación que Duarte soñó –manifiesta– fue una justa, feliz, sin injusticias sociales».

Manifiesta que en todas las guerras libertadoras se puso de manifiesto el ideal duartiano y al resumir la concepción del patricio sobre el dominicano ratifica el discurso de unidad del prócer, expresando: «El dominicano es una mezcla de razas, española, negra, africana, un poquito de indio. Aquí surgió el primer mestizo desde que un español tuvo un niño con una india, y después lo tuvo un africano y luego se mezclaron indio y africano, español e indio. Aquí surgió el mestizaje de América y tenemos la primacía de Enriquillo que en las lomas del Batoruco escenificó la primera revolución guerrillera exitosa del nuevo mundo».

«Duarte conocía todos esos acontecimientos y tenía conciencia de nuestro mestizaje. Esa mescolanza de razas que es nuestro criollo, es para Duarte el dominicano. Y sabía que ese dominicano era capaz de las más grandes hazañas y los tuvo de compañeros porque el padre de la Patria era hijo de españoles, era un rubio, de ojos azules, pero no tenía discrimen de ninguna clase porque Sánchez ni los Puello eran rubios y esos fueron sus colaboradores».

CONCEPTO DE DOMINICANIDAD

El doctor Mariano Lebrón Saviñón explica que «dominicanidad es el concepto de nacionalidad que, en lo que respecta a la República Dominicana, el sufijo *dad* quiere decir *calidad de*, *bondad*, *calidad*

de bueno. Es un concepto que debe calar más hondo porque es el sentido de nacionalidad, de Patria». El nombre, a su juicio, implica que los nativos de este territorio son bondadosos.

«Nosotros hemos nacido en un país que al alcanzar su independencia pasó a llamarse República Dominicana, ese fue el nombre que le dio Juan Pablo Duarte y no se improvisó, ya en el Juramento Trinitario estaba concebido el nombre que iba a tener el país. Desde luego, dominicano es un gentilicio también y es un significado de Santo Domingo, es decir, los padres de la Orden de Santo Domingo son los Dominicos o Dominicanos». La relación entre los Dominicos y la República Dominicana, agrega Lebrón Saviñón, «es que al llamársele Santo Domingo a la ciudad que se fundó con el nombre de La Isabela, entonces Santo Domingo de Guzmán pasó a ser el patrón de la isla».

Abundando al respecto expresa que «la ciudad primada de América, Santo Domingo de Guzmán, fundada por Bartolomé Colón en 1496, fue llamada en un principio Nueva Isabela. Por razones especiales se le empezó a llamar Santo Domingo del Puerto y la ciudad medró en esplendor y en cultura porque tempranamente vinieron a La Española, nombre que le daban los españoles a la isla, las ráfagas del Renacimiento, entonces vigente en Europa, a través del gran humanista Alejandro Geraldini que además es el primer obispo que tuvo el continente americano».

Agrega que cuando ya empezaba a florecer el nombre de Santo Domingo del Puerto «los Dominicos introdujeron, y era parte de su misión, el culto a Santo Domingo de Guzmán, fundador del Rosario, y erigieron un templo que hoy llamamos Convento de los Dominicos. Con el tiempo, durante más de 50 años, la ciudad de Santo Domingo esplendía a orillas del mar, reflejándose en el Ozama como una pequeña joya donde florecieron los primeros poetas americanos del habla española».

Alude a sor Leonor de Ovando, «nuestra primera poetisa, que llegó a ser superiora del Convento de Regina y escribió en un espléndido español de la época bellísimos sonetos y versos blancos con resabios místicos a lo Santa Teresa de Jesús. El movimiento cultural durante esos años en que la ciudad de Santo Domingo era la única en el área del Caribe con verdadero atuendo europeo, le dio una importancia extrema».

Ese sello, enfatiza, se reflejaba también «en la arquitectura y en el movimiento cultural, en las corrientes renacentistas e hispánicas de lo que era el Santo Domingo, sobre todo virreinal de la época de Diego Colón. Le imprimió tal importancia a la urbe que en Europa no se hablaba con respecto a América de la Española, sino de Santo Domingo. Generalmente los barcos venían directamente a nuestra ciudad, de aquí partieron las conquistas, de aquí se expandió el español, por eso se dice que Santo Domingo es la cuna del español en América».

«DOMINICANOS»

Desde luego, agrega el presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, «los habitantes de la primera y espléndida colonia española, los criollos, eran llamados dominicanos y no españoles y así fue medrando el sentido de la dominicanidad, es decir, la calidad del sentimiento de la gente que vivía en Santo Domingo. Bien sabemos que todo lo relativo a Cuba es la cubanidad, de modo que cuando hablamos del sentimiento de la dominicanidad, nos referimos a nuestra literatura, nuestros héroes, nuestros bailes, nuestro folklore [...]».

«Y eso floreció principalmente en los albores de nuestra Independencia. Juan Pablo Duarte tenía muy bien impreso ese sentido y ese sentimiento que se hizo anchuroso por la insólita contingencia histórica de establecer dos colonias en una pequeña isla: la española y la francesa», manifiesta. Ambas, añade, «pugnaban por apoderarse de toda la isla pero los dominicanos, aunque el gentilicio no se usaba todavía, se aferraban a su identidad, sus costumbres, su religión, y sobre todo, su habla, que es lo que caracteriza a los pueblos. Frente a esa amenaza de convertirnos en una colonia francesa, los dominicanos se aferraron a sus sentimientos hispánicos, que es como decir a su dominicanidad».

Lebrón Saviñón se refiere, también, a la resistencia del nativo ante la invasión de Penn y Venables y considera que «ese triunfo extraordinario de los hispánicos que frustró los planes ingleses, se debió más bien a los lanceros criollos procedentes del Este, que lucharon con fervor aferrados a ese sentimiento, es decir, a la defensa de su verdadera identidad. Ahí lucharon incluso mujeres criollas, se destaca el nombre de una bella mujer revestida de hombre. Luchó con tanto arrojo que fue

premiada junto con los otros héroes cuando se reconocieron los autores de ese triunfo. Me refiero a doña Juana de Soto Mayor, a quien ya podemos llamar dominicana, la primera de nuestras heroínas».

Ese mismo valor y esa misma pertinencia, agrega, «la mostró el criollo hombro a hombro con los españoles frente a las ulteriores pretensiones de Francia, y el triunfo en la batalla de La Limonade se debió, en gran parte, a la acción de los criollos de El Seibo e Higüey y a los lanceros santiaguenses. Todo esto traduce el apegamiento del dominicano a su dominicanidad, es decir, al amor terral y el aferramiento a sus costumbres».

Relata que cuando José Nuñez de Cáceres «realiza la llamada Independencia Efímera contra los españoles, el nombre que le da a la nación de Haití-Español no era negación del sentimiento de la dominicanidad» sino «una manera de apaciguar las amenazas haitianas. Pero en Duarte sí estuvo presente en todo momento ese sentimiento, aunque en lugar de llamarle República de Santo Domingo acudió al gentilicio: República Dominicana. Todo lo que hay en nosotros que nos acerca o nos diferencia de los otros pueblos se refugia en esos sentimientos entrañables por lo cual es ociosa la afirmación repetida de que nosotros andamos en la búsqueda de esa identidad».

Fue la Independencia, sin embargo, el acontecimiento que «nos trajo el sentimiento de nuestra identidad y de nuestro valor como pueblo», asegura, poniendo de relieve el sentido de la dominicanidad en las luchas restauradoras contra la anexión a España, afirmando: «La Guerra de Restauración está bordada de momentos en que tanto españoles y dominicanos se identificaron a través de lo que tenían en común. Esto nos indica que nosotros no peleamos contra Haití porque era un pueblo de negros o de una cultura inferior a la nuestra, porque ya lo habíamos hecho contra los ingleses, contra los franceses y ulteriormente nos estremecemos con valor patriótico cada vez que el Coloso del Norte trató de avasallarnos».

13 de abril de 2000.

XXVI

La identidad construida por intelectuales

La dictadura atrajo a su seno, en su larga duración de más de 30 años, a todos los hombres y mujeres de valía del país, y contó con el concurso y, a veces, con la adhesión entusiasta de la inmensa mayoría de los intelectuales dominicanos.

Joaquín Balaguer.

Desde Antonio Sánchez Valverde, en el lejano 1785, hasta Joaquín Balaguer, en el presente, los intelectuales dominicanos han incidido en el sentimiento de identidad de los dominicanos. Han impactado la población, proyectado herencias ancestrales y determinado el funcionamiento de las instituciones públicas.

En diferentes épocas se ha advertido su contribución al desarrollo político del país y con su pensamiento, a través de la educación, han popularizado nociones de lo nacional y acendradas referencias acerca del proceso pasado de este pueblo.

Al hacer estas reflexiones, el distinguido historiador y académico doctor Roberto Cassá piensa que la tentativa de construcción de un orden democrático por parte de los liberales anteriores y posteriores al siglo XIX estuvo muy asociada con la formación de conceptos sobre el ayer, la identidad, sus circunstancias y tareas.

«Sobre todas las cosas, a través de la historia los intelectuales trataron de afirmar la identidad de los dominicanos como pueblo y su subsiguiente derecho a una vida independiente», afirma Cassá. La intelectualidad liberal, no obstante sus prejuicios y su elitismo, su distancia de la masa, estaba predicando un concepto de civismo ideal

que es capital a la hora del desarrollo de nociones de tipo nacional, agrega.

Enfocando el papel de los intelectuales y la dominicanidad, el acucioso y consagrado investigador del pasado, que traslada su análisis hasta estos tiempos, sostiene que la labor de los hombres y mujeres de letras y de luces en el proceso de predicar el concepto de patriotismo, contribuyó al afianzamiento de la nación.

Paradójicamente, según las consideraciones del brillante escritor, los notables intelectuales que ondearon el nacionalismo en su combate contra la intervención norteamericana de 1916, fueron después grandes trujillistas, lo que, para el eminente estudioso, «no es nada raro porque Trujillo hizo el gobierno más ilustrado que ha tenido la República Dominicana en todas sus épocas».

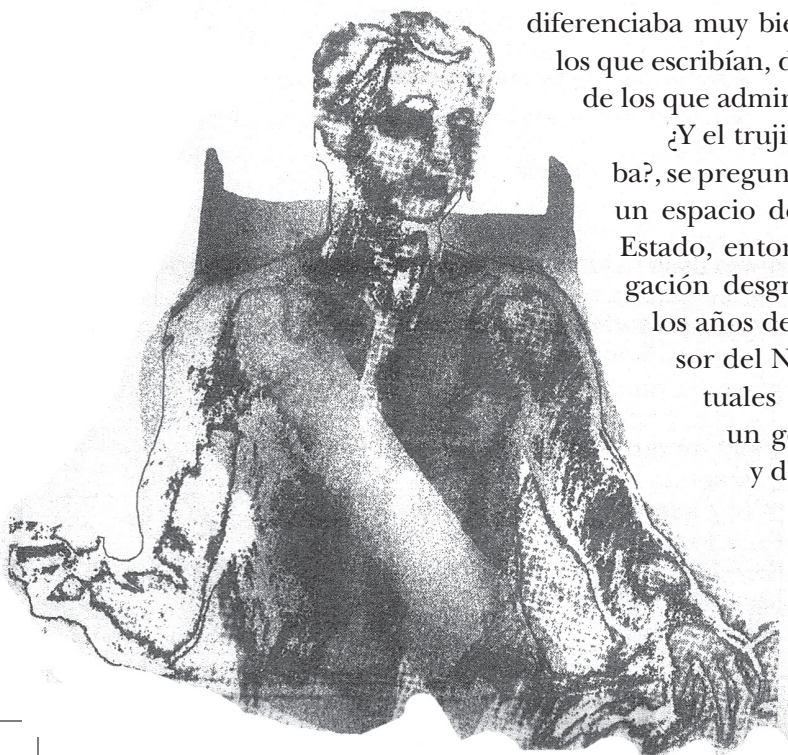
«Fue un gobierno selecto, de las personas de más capacidad cultural del país desde el punto de vista de la legitimidad, pensando en la legitimidad ante el exterior y también ante el país, y desde el punto de vista de la eficacia», significa.

Los doctos trujillistas son, a su juicio, una continuidad de la intelectualidad antiimperialista contra la ocupación. «Trujillo entendía que los que sabían eran los que sabían gobernar, o él los podía poner a gobernar, pero, desde luego, estaban gobernando como conglomerado humano, o sea, no eran los patanes, Trujillo

diferenciaba muy bien a los asesinos de los que escribían, de los que pensaban, de los que administraban».

¿Y el trujillismo, qué implicaba?, se pregunta. «La búsqueda de un espacio de la autonomía del Estado, entonces es una prolongación desgraciada» porque en los años de presencia del invasor del Norte, «estos intelectuales estaban buscando un gobierno progresista y democrático».

Manuel Arturo Peña Batlle, figura prominente del



trujillato, «se había proclamado socialista durante la intervención y sobre todo, poco después» de este hecho, asevera Cassá. Pese a que primaba un espíritu evolucionado de esos pensadores, en 1916, en la dictadura «se tienen que plegar ante Trujillo, y, desde luego, al plegarse», se identificaron con el tirano, «a pesar de que muchos de ellos, en el fondo, no se sentían trujillistas».

Para Cassá este «es un fenómeno psicológico, colectivo, complejo, pero que tiene consecuencias decisivas en el ordenamiento político y social de todo el trujillismo porque eran los que gobernaban, con todos los elementos esquizoides que podía haber en ese protagonismo». Cita también a Américo Lugo, que tan ardientemente se enfrentó a los norteamericanos. «Propuso elevar lo español a categoría normativa de lo dominicano, como lo hizo en el primer editorial de *Patria* y luego lo sigue propagando la intelectualidad trujillista. Lugo no, pero sí sus amigos y discípulos, él decidió quedarse en su casa, no era trujillista pero nunca combatió a Trujillo».

En la tiranía de Trujillo, «existió un claro propósito de fundar una legitimidad del despotismo a través de la autoridad del saber, proyectada al resto de la población, primero al través de un sistema educativo oficializado de manera totalitaria y luego de una red propagandística enervante que excluía también cualquier otra manifestación de tipo político», acota.

Menciona los avances de los medios de comunicación escritos y electrónicos de la Era y los define como «mecanismos en que el mensaje burocrático articulado por la intelectualidad, que no queda en una propaganda pura sino que trata de ser avalado por medio de una elaboración histórica, de una formulación de una filosofía de la historia dominicana, trágica, infeliz, llena de frustraciones, que demandaba un Trujillo donde el enemigo externo haitiano, según la terminología de Joaquín Balaguer, llama a la necesidad de un Trujillo que hace efectiva una noción de justicia social, de felicidad del conglomerado, de articulación de una sociedad ideal, con la vigencia del pequeño productor, según ellos».

Es decir, enfatiza, «hay una proyección de un ideal nacional, de una recurrencia del pasado, de una constatación de cómo lo anhelado antes se estaba efectuando en la realidad bajo Trujillo. Es verdaderamente un mensaje nacional elaborado por la intelectualidad y que, a mi juicio, forma parte crucial de la vigencia del totalitarismo

trujillista. Es otro momento clave: un giro contradictorio de parte de los intelectuales respecto a lo que habían sido tradiciones inmediatamente previas, que iban en sentido distinto».

«SITUACIÓN DESGRACIADA»

En la actitud de esa intelectualidad durante la dictadura de Trujillo hay, según Cassá, «negaciones explícitas» de sus posiciones anteriores. «El caso de un Peña Batlle que da un giro radical de su forma de pensar a inicio de la década de 1930, y lo vemos, incluso, en intelectuales posteriores. Es una situación muy desgraciada que vivió nuestro país de esta adscripción de los intelectuales al seno del Estado porque dejó al país sin voces críticas. Los pocos que se resistieron a esto tuvieron que irse, como Juan Isidro Jimenes Grullón o Juan Bosch. Otros sencillamente optaron por callarse como Américo Lugo, Alcides García Lluberes, Quiquí Henríquez, Viriato Fiallo [...] muy pocos, contados».

«Entonces hay una única voz en la cultura, una voz nefasta, porque es un ordenamiento que ha dejado huellas hasta hoy. Eso no fue solo bajo el trujillismo, sigue vigente hoy y por algo Joaquín Balaguer ha seguido siendo el heredero de Trujillo. Creo que no es algo casual», manifiesta.

¿BALAGUER ES ESA VOZ NEFASTA?

«Forma parte, es una de las voces de una gran voz. Balaguer no es una figura aislada, estos intelectuales tienen, tuvieron, una dinámica muy particular que, a pesar de los libros que se han escrito sobre ellos, los diversos estudios, todavía hace falta definirlos de una manera más categórica y precisa».

Dice que muchos de ellos se sentían víctimas de Trujillo «pero al mismo tiempo sabían que con él alcanzarían el protagonismo que no habían tenido anteriormente, que con Trujillo había un proyecto efectivo de realizaciones para ellos. Tuvieron más en cuenta su conveniencia corporativa y por eso eran verdaderos trujillistas, asumieron el trujillismo y el trujillato como una especie de realización colectiva y lo proyectaban sobre el país. Era la forma de estar en el poder y de realizar anhelos por los que habían estado propugnado».

Se refiere a Ramón Marrero Arísty, otro reputado escritor de la época, como un pensador de «posición dual». «Admitió que Trujillo era un dictador, no con esa palabra, el único que se atrevió a decirlo así fue Balaguer. Marrero lo dice en los artículos de 1939, sobre la posición del trabajador: tenemos un orden especial, un orden autoritario, pero es el único que puede garantizar la felicidad de los trabajadores». Para el autor de *Over*, alude Cassá, «el trabajador dominicano era incapaz, sin herramientas para dirigir y, en consecuencia, es al Estado al que corresponde llevar a cabo esta reivindicación del colectivo. ¿Y quiénes eran el Estado? Los intelectuales, gobernados, dirigidos por Trujillo».

Marrero, añade, «había tenido ideas marxistas, o por lo menos izquierdistas y quizás nunca dejó de tenerlas, pero al mismo tiempo, se hizo un verdadero trujillista, y eso, que aspiró a suceder a Trujillo». Roberto Cassá tuvo acceso a un escrito inédito de un historiador holandés que reproduce «la relación incómoda de Marrero con Trujillo y de Trujillo respecto a Marrero», por eso el sátrapa «lo asesina en 1959».

En cuanto a Balaguer, narra que cuando describió al «Generalísimo» como dictador, en una conferencia de secretarios de relaciones exteriores en Venezuela, se pensó que caería preso a su regreso del país. «Trujillo lo fue a recibir al aeropuerto para felicitarlo porque, claro, era un reconocimiento que implicaba entonces la más alta adhesión al trujillismo. Trujillo lo supo entender muy bien, esas no eran simples andanadas críticas de Balaguer, era lo contrario: el reconocimiento de la virtud de la dictadura».

El comportamiento de la intelectualidad cuando Trujillo «tuvo un efecto muy poderoso: contribuyó a identificar grandes porciones de los dominicanos con estilos autoritarios y, desde luego, ahí los intelectuales tuvieron una culpa colectiva por no haber sido difusores de un sentido de democracia», aduce.

INTELECTUALES DE OTRAS ÉPOCAS

Previo a enjuiciar la actuación de la intelectualidad de épocas anteriores, Roberto Cassá explica que «las identidades no surgen del aire, no son efectos espontáneos, son referentes, conceptos, criterios que emergen de maneras muy diversas y una de ellas es la noción de los intelectuales. No quedan solo en ellos sino que a partir de la

intelectualidad pueden transmitir a sectores amplios, para no decir a la población en general».

Refiere que aun en una sociedad atrasada, como era la dominicana en el siglo XIX, estos pensadores no dejaban de impactar a los habitantes del territorio nacional pese a no existir radio y en donde el 90 por ciento era analfabeto. Pone como ejemplo el acuerdo de Fernando Arturo de Meriño, Federico Henríquez y Carvajal, Emiliano Tejera y José Gabriel García para decidir que Duarte sería el padre de la Patria y «Lilís termina convalidando la trilogía que coloca a Duarte en un sitio preponderante por encima de Sánchez».

«Hasta ese momento, el héroe de la Patria era Sánchez, pero, bueno, los intelectuales determinaron que le correspondía a Duarte y hoy día, para la generalidad de los dominicanos, a pesar de que muchos no saben muy bien quién fue Duarte, casi toda la totalidad de la población lo reconoce como padre de la Patria», expresa.

Eso, declara, «es obra de los intelectuales, no quedó espontáneamente, Duarte fue radicalmente olvidado pocos años después de la Independencia por obra de los intelectuales de la época, empezando por Tomás Bobadilla, uno de sus principales enemigos, que se había hecho figura rectora de los medios intelectuales, pero con él, el padre de Emiliano Tejera, Juan Nepomuceno Tejera, y así otras personas que eran los medios limitados de esa intelectualidad conservadora que adversó a Duarte y lo expulsó del país».

Cassá reproduce otros momentos de la historia dominicana en que se puso de manifiesto la influencia de los intelectuales en la formación de ideas de identidad y cita como sus protagonistas a Antonio Sánchez Valverde, Antonio del Monte y Tejada, Manuel de Jesús Galván, José Gabriel García, Eugenio María de Hostos, Pedro Francisco Bonó, Federico García Godoy, Federico Henríquez y Carvajal, entre otros.

Resume que desde mediados del siglo XIX los intelectuales «han incidido decisivamente en la transmisión de criterios de identidad». Desde entonces, concluye, los cronistas, «en nuestro país, han sido el alma principal de la intelectualidad. En la medida en que estos historiadores recomponen este concepto, a través de una explicación, de una exposición sistemática, lo están fortaleciendo, divulgando y haciéndolo, además, doctrina de Estado».

14 de abril de 2000.

XXVII

¿Por qué ha luchado el dominicano?

A los dominicanos nos encantan las revoluciones. Es algo que nos hace falta, está en nuestra sangre. Nadie experimenta en el mundo mayor placer que el dominicano cuando se le dice al oído la palabra mágica: ¡Revolución!

F. E. Moscoso Puello.

Más que por la libertad, en la República Dominicana se han escenificado violentas y cruentas guerras, en innumerables ocasiones, por luchas de intereses y debido a la ausencia de un estado de conciencia de identidad nacional y de nacionalidad.

El laureado escritor y brillante abogado Víctor Villegas, Premio Nacional de Poesía en 1982 y de Literatura en el 2000, quien considera que aquí nunca ha existido una identidad nacional, sino «aspectos identificatorios de carácter latinoamericano», hace la consideración y destaca escasos períodos históricos en que el criollo ha expuesto su vida por un sentimiento puro de soberanía, como ocurrió durante la tiranía de Trujillo, la contienda de abril de 1965 y el gobierno balaguerista de 12 años.

Con estilo didáctico, el que le ha conferido su entrega a la docencia universitaria por más de un cuarto de siglo, hace una relación de históricas contiendas libradas entre nativos o de los dominicanos frente al invasor, para sustentar sus criterios.

Durante el período colonial, manifiesta, «había muy poco concepto de libertad. Ni siquiera lo hubo en aquel momento en que Francia nos ocupó en 1795, que produjo la famosa batalla de Palo

Hincado, de Juan Sánchez Ramírez. En esa reacción, con un ejército muy poderoso, salió triunfante Juan Sánchez Ramírez pero no optó por la independencia de la República sino que volvió a entregar de nuevo nuestro país a España: es que no tenía conciencia de una identidad, de algo que entonces pudiera caracterizar al dominicano. Dice, no, pero yo lo que soy es español, nosotros somos españoles, estamos sometidos al poder de España y, en consecuencia, volvió otra vez la colonia» a manos de la Madre Patria. «Después vino la España Boba», significa. Se pregunta: «¿por qué en esa ocasión, cuando España estaba tan debilitada, tan lejos de nosotros en cuanto a presencia firme, no produjimos esa independencia? Sencillamente porque carecíamos de esa conciencia de libertad, de esa presencia de identidad».

A poco tiempo llega, en 1821, «la famosa Independencia Efímera de Núñez de Cáceres», prosigue, para cuestionar de nuevo: «¿pero realmente había ahí un estado de conciencia para producir esa independencia buscando él la ayuda de la Gran Colombia? No. No la había tampoco, tanto es así que fracasó». Villegas observa que «el propio Núñez de Cáceres, cuando tiene que irse del país, se va a Venezuela y allí se asocia con algunos políticos y comienza a luchar contra Bolívar. Parece increíble, quiere decir que provocar una independencia en nuestro país, y

entonces va a combatir al libertador, al hombre que estaba produciendo todas las independencias de los países sudamericanos.

Es una contradicción que indica que Núñez de Cáceres, figura de la oligarquía criolla, no estaba pensando en términos de independencia real, parece que buscaba una manera de mantener cierta hegemonía, como la mayoría de aquella época».

Entonces, añade el escritor, «viene la



ocupación haitiana. Lamentablemente tenemos que decir que gran parte de los dominicanos, sobre todo de la clase más o menos urbana, intelectual, apoyó a los haitianos. Algunos dicen que se debió a que los haitianos podían abolir la esclavitud porque en el ensayo de constitución de Núñez de Cáceres no se contemplaba. Hasta ese punto era personalista y elitista su concepción de independencia».

RAZONES DE LA INDEPENDENCIA

Al entrar a la etapa de la Independencia nacional, el laureado escritor plantea cuestionamientos que, entiende, podrían «chocar con los de muchos historiadores». «¿Fue la Independencia de 1844 el resultado de un estado de conciencia nacional, de un nacionalismo para despojarnos del yugo haitiano y para ser definitivamente libres de toda potencia extranjera? ¿Fue el resultado de un concepto de identidad nacional? ¿Éramos nosotros dominicanos con características peculiares que nos diferenciaron de los de otras naciones? Ahí es donde yo creo que eso no sucedió. Y me dirán ¿cómo es posible, si produjimos la Independencia de 1844, que es cuando nace realmente la República Dominicana?», vuelve a preguntarse.

«Los pueblos, y esto lo tenemos demostrado en nuestro país, se levantan, se rebelan, en estados muy primitivos, no desarrollados. En estados de gran cultura, de un avance cultural bastante sólido, es donde se producen los levantamientos populares, los estados de conciencia popular, no en pueblos con una cultura extremadamente limitada, como es el caso de República Dominicana», comenta, mientras refiere el número de habitantes de Santo Domingo para 1844 y para el proceso de Restauración, destacando, entre ellos, a los afrancesados y las «personalidades conspicuas» para concluir en que el campesinado que pudo haber participado en la acción no lo hizo movido por convicciones patrióticas.

«Después que se produce la Independencia, la Junta Gubernativa estaba formada por afrancesados y unos cuantos intelectuales entre los que estaba Juan Pablo Duarte, que tenía muchas limitaciones en ese aspecto, pero era un gran patriota. Estaban los que formaron La Trinitaria. ¿Cuántas personas se levantaron el 27 de febrero en la Plaza de la Misericordia para pronunciar la Independencia? No había más de 100 o 150. ¿Cómo es posible que después se corriera todo eso como pólvora y hubieran ejércitos dominicanos luchando

contra los haitianos? ¿De dónde viene toda esta gente del 19 y el 30 de marzo? Del campesinado. ¿Y el campesinado tenía conciencia? No. No tenía nada de conciencia de la dominicanidad», según el doctor Villegas.

«Ahí –agrega– es donde yo aplico mi teoría sobre el concepto de derecho de propiedad: lo que uno defiende, es lo de uno». Para Villegas, el campesinado que luchó en las batallas independentistas y restauradoras «veía el peligro» en el retorno de nuevas dominaciones extranjeras pero «no seguía a los trinitarios, sino a los caudillos hateros que también lo que defendían era su pedazo de tierra, sobre todo Santana».

Siempre, agrega, se sigue a los caudillos. «Todavía aquí hay gente preparada, capacitada, que sigue a Balaguer con los ojos cerrados, un hombre con 94 años, incapacitado físicamente, no mentalmente».

Aunque supone que fue quizá el campesinado el que hizo la República, considera que actuó en función de la promesa de los dirigentes asegurándoles defenderlos para que no los despojara de sus tierras. «Pero ellos no tenían conciencia del ser dominicano». Destaca «el triunfo de los afrancesados, los extranjerizantes», sobre los auténticos nacionalistas «porque eran dos pensamientos diferentes: los que querían mantener sus privilegios, sus predios, sus negocios, para seguir dominando, y los idealistas a los que niegan la entrada a la Junta Gubernativa».

Sánchez, dice, «da un golpe de Estado a esa Junta y designa ahí a Juan Pablo Duarte. Hay que fijarse como en tan pocos días comienzan las luchas fratricidas por diferencias. Duarte se va en marzo, a luchar con un ejército del Sur, donde estaba Pedro Santana, pero Santana lo rechaza, dice no, no vamos a aceptar que ustedes, los que vinieron con la mojiganga de la Independencia, sean los que gobiernen aquí, vamos a seguir gobernando nosotros, los dueños de la tierra, los grandes hateros. Es más, incluso en la Restauración, Santiago Rodríguez era un hatero, hijo de un poderoso terrateniente».

«El que tenía fuerza poderosa aquí, el gran hombre que dominaba, se llamaba Pedro Santana y ese dijo: voy a entregar la República Dominicana de nuevo a España. Y ahí comienza la Segunda bendita República. O sea, que no había conciencia de identidad nacional. Lo que ha existido son luchas de intereses».

Las mismas intenciones aplica a casi todos los que lucharon contra la Anexión aunque admite que «algunos lucharon por la libertad»

significando que «dentro de los mismos patriotas hubo muchos que después entregaron la República».

«La cuestión de la identidad es compleja. Hubo sí un sentimiento de quitarse de encima esos poderes extranjeros, pero gran parte de esa fuerza carecía de esa conciencia, había una idea de propiedad, cada quien quería mantener lo suyo».

Sobre los movimientos nacionalistas contra la Ocupación norteamericana de 1916 dice que los movía el afán patrio, pero «eran un grupito nada más, eran muy limitados» tanto como los gavilleros. «No hubo un levantamiento masivo aquí, no lo hubo. Pero cuando vinieron los norteamericanos de 1965, sí, se levantó todo el mundo, incluyendo el campesinado».

CUANDO TRUJILLO

Don Víctor Villegas obvia otras revueltas posteriores a Lilís. Afirma que «no es verdad que nosotros tenemos soberanía. Tenemos apariencia de República, pero no lo somos» y al preguntarle si no existe algún momento en la historia nacional en que los dominicanos lucharan por la libertad responde convencido que sí, que durante el trujillato «hubo luchas internas contra Trujillo, con estado de conciencia».

«Antes no. A partir de Trujillo y después de la muerte de Trujillo es cuando entonces aumenta más el movimiento popular, todas las masas, incluyendo las campesinas, luchan por tener ya una República más democrática, soberana, ya más unidos, con más concepción de identidad», expresa.

Según él, obedeció a que «los pueblos tienen dos períodos en que aspiran a la libertad: cuando tienen una buena base cultural, y en esa época había una buena base cultural, o cuando son muy primitivos y están dirigidos por caudillos o hateros, como fue el caso de la Primera República y algunos otros pequeños movimientos. La época de Trujillo, para mí, fue una de las más importantes, culturalmente, que tiene la República».

ABRIL Y BALAGUER

En 1965, con la Revolución de Abril, «cayó todo ese ideal que teníamos. Se nos fue con la intervención norteamericana, porque

nuestros asuntos no pudimos resolverlos nosotros», considera el notable educador y jurista.

—Pero también entonces hubo un resurgimiento de ese deseo de libertad...

«A partir de ahí se mantuvo durante un tiempo hasta que se fue descalabrando totalmente y la educación dominicana se acabó de caer y en esa medida la juventud y el pueblo dominicanos se fueron desprendiendo de esas ideas tan hermosas de la libertad, del nacionalismo, de la dominicanidad».

Villegas, quien a solicitud de *Hoy* agotó el tema de la lucha del dominicano por la libertad, enjuicia el período de los 12 años de Joaquín Balaguer al comentarle que, aunque no se considera dictadura, surgieron movimientos que lo combatieron por la opresión política que caracterizó ese régimen.

«Se luchó, pero no se debe olvidar que en gran parte de esa época estaban los norteamericanos presentes aquí y dejaron muchas fuerzas poderosas y sacaron del país a todos aquellos dirigentes de 1965. Quedaron las fuerzas armadas intervenidas por los norteamericanos, y las agrupaciones de izquierda que se levantaron en la clandestinidad, fueron aplastadas de manera inmisericorde».

Considera que las acciones de estos grupos tenían un sentimiento de libertad. «Pero se fueron reduciendo poco a poco hasta llegar un momento en que ya lo que quedaba era tratar de salvar la vida. En los 12 años de Balaguer se dio una cuenta de que estaba luchando contra un Goliath muy fuerte, que acabó con nosotros».

Al concluir la revuelta de abril, manifiesta, «cuando teníamos prácticamente el triunfo en las manos para haberle dado un giro a la República, cambiar el sistema nacional, llegar a una democracia real, entonces lo que hacen es que nos quitan ese triunfo».

Pone de relieve el recurso de los votos, pero comenta que «aquí todas las elecciones fueron una burla a este pueblo, entendida con sentido amplio, aquí no ha habido democracia nunca».

No hay en el dominicano de hoy, asegura, una conciencia de libertad. «Ahora menos. Porque la educación y la cultura están en el suelo. Ahora es cuando este pueblo es menos capaz de levantarse».

15 de abril de 2000.

XXVIII

La identidad en los versos de los grandes poetas

Para medir el grado de vitalidad de una lengua y con él la fuerza de un pueblo, nada hay mejor que la poesía.

Héctor Incháustegui Cabral.

El primer gran movimiento literario que enfoca la dominicanidad es el romanticismo, y concretamente en nuestro país, el indigenismo, a la cabeza del que está, por supuesto, el gran poeta romántico José Joaquín Pérez. Las *Fantasías indígenas* es el primer canto a la dominicanidad, desde luego, una dominicanidad filtrada a través de una visión romántica y de una clase en ascenso que veía en el pasado indígena la esencia de lo nacional.

José Alcántara Almánzar, educador, sociólogo, narrador, ensayista, crítico literario dos veces galardonado con el Premio Anual de Cuento, analiza en exposición magistral el reflejo de la identidad nacional a través de la poesía.

Los dolores y melancolía del indio, la vida y el lenguaje del hombre y la mujer del campo, el paisaje, los víveres, las flores y los frutos del terruño, el perfil de las hembras, el policromado de la piel de los nativos, las presencias haitiana, africana, española, las resistencias criollas, emergen en su conversación como un poema inmenso registrado en su memoria pródiga. Cada verso con su autor, su época, sus circunstancias. El profesor meritorio del INTEC hace una cronología impresionante, tierna, feliz o desgraciada, como ha sido el devenir de la Patria.

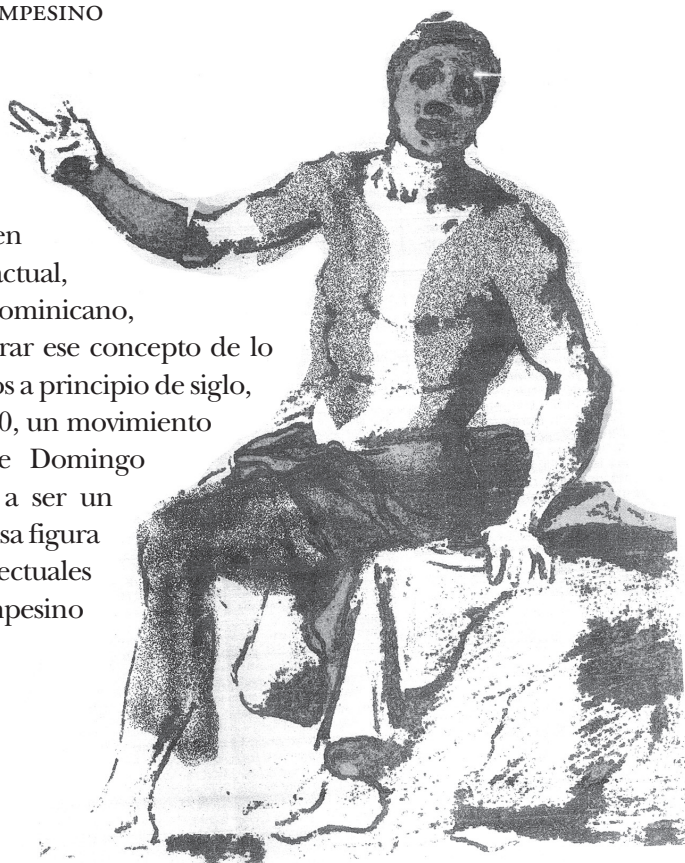
El indigenismo, agrega, «no fue un movimiento dominicano sino continental, donde tenemos obras tan importantes como la de Zorrilla de San Martín, *Tabaré*; una novela que sigue siendo la novela por antonomasia, el *Enriquillo*, de Galván y las *Fantasías indígenas*, de José Joaquín Pérez».

«A través de los padecimientos de esta etnia extinguida no solamente por las luchas con unas fuerzas que eran inmensamente superiores desde el punto de vista militar, sino contra las enfermedades que contrajeron y contra los propios suicidios masivos que cometieron porque no resistieron esa explotación, diezmaron muchísimo esa población. Creo, entonces, que el indio es el que se perfila como el prototipo de lo que era lo dominicano, buscando en un pasado remoto idílico y destruido luego por el español», refiere.

Esa visión romántica, muchas veces no se ajustaba tanto a nuestra propia realidad porque en el momento en que José Joaquín Pérez escribía las *Fantasías* ya aquí no había indios. En nosotros, señala, fue una nostalgia, una búsqueda de algo que fue y desapareció.

EXALTACIÓN DEL CAMPESINO

Pero después, relata Alcántara Almánzar, «la literatura nacional se va a ir enrumbando por otros caminos ya en busca del dominicano actual, digamos el campesino dominicano, que es donde se va a centrar ese concepto de lo dominicano, y encontramos a principio de siglo, en los inicios de los años 20, un movimiento como el Postumismo, de Domingo Moreno Jimenes, que va a ser un rescate, precisamente, de esa figura ignorada por las élites intelectuales dominicanas, que es el campesino dominicano».



Moreno Jimenes, con su nuevo credo postumista, y sus compañeros, «pero él fue, realmente, el que llevó a la poesía, con mayor esplendor, esa nueva postura. Él habla de una poesía sin rima y sin nada de lo que pide a gritos la retórica y rescata palabras que eran desdeñadas por la poesía tradicional del siglo anterior, porque la poesía se centraba siempre en palabras hermosas, enaltecedoras, significativas, y Moreno rescata palabras de uso corriente y común: el plátano, el maíz, el aguacate».

Destaca en este autor «un poema hermosísimo sobre el mercado de Santiago y su poema cumbre, “El poema de la hija reintegrada”, que es una reflexión filosófica sobre la muerte. Pero el Moreno que estoy enfocando es el que va hacia el pueblo en su poesía, y de hecho, su vida fue un ejemplo de eso, de una búsqueda de las esencias de nuestro pueblo».

CANTOS A LA DOMINICANIDAD

Esa posición de Moreno, significa, «va a ser retomada posteriormente en los años 1930, 1940, por cuatro o cinco poetas muy importantes, que son los Poetas Independientes: Tomás Hernández Franco, Manuel del Cabral, Héctor Incháustegui Cabral y Pedro Mir, cada uno con una mayor conciencia de lo que es el acto de escribir y también con una mayor formación intelectual, por lo menos en el caso de Pedro Mir, de Héctor Incháustegui y de Tomás Hernández Franco. Son también críticos y estudiosos de la literatura».

En el caso de Hernández Franco, explica el notable académico, «vemos que la dominicanidad está vista desde el punto del enfoque de entidad, qué es lo que somos, o sea, un pueblo mulato, porque *Yelidá* es una mulata producto de la confluencia de Erick, que es un noruego, y *mademoiselle* Suquiete, que es una haitiana. El noruego sucumbe ante los encantos de esta negra y viene al mundo *Yelidá* en un vagido de gato tierno, como dice él». Es un poema precioso, de los grandes poemas de la literatura dominicana en el que no solamente se enfrentan las etnias y se funden, sino que también se enfrentan los dioses tutelares de ambos pueblos, los enanos lili-putienses que representan el frío y el hielo, la Noruega lejana y los dioses negros africanos: *Damballá-Queddó* y todos esos dioses que él

enfrenta para aquellos que vienen. Creo que ahí hay un canto a la dominicanidad».

Compadre Mon

«Si nos vamos a Manuel del Cabral ¿qué mejor que *Compadre Mon* para representación de lo dominicano? Es la búsqueda de los tiempos de Concho Primo, del campesino de tierra adentro que Manuel del Cabral pone a pasar una serie de peripecias como ocurre en su homólogo argentino el *Martín Fierro*, de Hernández, libro que le sirve de modelo para crear su *Compadre Mon* pero que en el caso de este último está el dominicano, un dominicano ya en proceso de extinción porque, como revelan los últimos datos de una encuesta realizada en el Banco Central, el 67 por ciento vive en las ciudades. Pero antes del año 1960 era a la inversa: el 70 por ciento de la población vivía en el campo, o sea, que lo campesino fue una realidad para nosotros hasta hace tres, cuatro décadas».

PEDRO MIR: LO SOCIAL Y LO POLÍTICO

Pedro Mir trabaja la dominicanidad viendo lo político y lo social, fundamentalmente, analiza el profesor Alcántara Almánzar. Sugiere descontar los iniciales poemas de su primera época, en los que está muy influido por García Lorca, y donde hay otra atmósfera, dice. «Me refiero al Pedro Mir del “Poema del llanto trigueño” y de “Hay un país en el mundo”».

El primero se produce «bajo la influencia de esa corriente de la negritud», tratada entonces por poetas de otras naciones. Mir describe el padecimiento de una mulata que es obrera y es engañada por un hombre. Ahí lo étnico se mezcla con lo social. Dice en una parte:

Llegaba de Monte Plata
como una carta trigueña,
con una firma de pascuas
y un sello de nochebuena.

Recia en los muslos redondos,
suave en la frente de tela,
con la esperanza en la Virgen
y el seno en la primavera.

Es precioso, exclama Alcántara, «porque él pone al principio del poema el producto del trabajo de esa mujer en la calle del Conde:

Es la calle del Conde
asomada a las vidrieras,
aquí las camisas blancas,
allá las camisas negras,
¡y donde quiera el sudor
emocional de mi tierra!
¡Qué hermosa camisa blanca!
Pero detrás: ¡La tragedia!».

Y «“Hay un país en el mundo”, que es el poema más difundido, tal vez, de nuestra literatura. Vemos al trabajador de la caña, al campesino, pero vemos, sobre todo, que Mir comienza su poema ubicando nuestra isla en una geografía particular, de sol, de explotación, de padecimientos», comenta.

LA POBREZA DEL DOMINICANO

Héctor Incháustegui Cabral, prosigue Alcántara, «también va a enfocar mucho lo social. Su primer libro fue irreverente, casi podríamos decir que lo salvó el hecho de que era compadre de Trujillo», funcionario del régimen.

«Pero ese *Poema de una sola angustia*, ese libro, contiene» versos «muy descarnados». Cuando se publicó el ejemplar, cuenta Alcántara Almánzar, Moreno Jimenes le comentó: «has escrito un libro peligroso, dices mucho la palabra pobre» y, en realidad, acota el intelectual, es una obra de 1940, «ya Trujillo tenía diez años en el poder, se había consolidado, había formado su élite de funcionarios y la verdad es que el libro es un grito desgarrado. Son poemas distintos a la pobreza y a la explotación. El más recordado de todos es el “Canto triste a la

Patria bien amada”, que es un retrato a la Patria. Terrible. Nos habla de una mujer con su fecundidad a cuestas, de que las aves de corral son pluma y canto apenas, todos los símbolos que ofrece, descritos supuestamente desde un auto veloz que va pasando». El poema comienza así:

Patria [...]
y en la amplia bandeja del recuerdo,
dos o tres ciudades,
luego,
un paisaje movedizo,
visto desde un auto veloz:
empalizadas bajas y altos matorrales,
las casas agobiadas por el paso de los años y
la miseria,
la triste sonrisa de las flores [...]

Héctor Incháustegui, manifiesta el reputado escritor, «recuerda lo que es una Patria realmente muy pobre, tristemente miserable. A través de estas imágenes se va configurando un perfil de lo que somos y de lo que éramos en ese momento».

16 de abril de 2000.

XXIX

La dominicanidad en la poesía posterior a Trujillo

Patria pequeña de tierra. Patria inmensa de hombres.
Miguel Alfonseca.

La dominicanidad sigue presente en la obra de los miembros de la Poesía Sorprendida, la Generación del 48 y se refleja extendiéndose a través de la producción de integrantes de movimientos modernos que retratan en sus composiciones el angustioso e inquieto devenir de la Patria intervenida, en lucha, enfrentada a las irreverencias y falsedades de los políticos, amenazada por el invasor, con sus hijos divididos. Pocas veces venturosa porque «la literatura no se escribe desde la felicidad, que se olvida, es el dolor lo que se recuerda, porque es lo único que verdaderamente nos transforma», en palabras de José Alcántara Almánzar.

«Si nos vamos a un grupo muy diferente, coetáneo de los poetas Independientes, que es la Poesía Sorprendida, es un movimiento que se caracteriza por ser riguroso, por estar bajo el influjo del Surrealismo y de las últimas corrientes del mundo. También en el Surrealismo encontramos una búsqueda de lo dominicano», expresa.

Refiere a «Trópico íntimo», de Franklin Mieses Burgos, que «con imágenes bellísimas, como que el mango es un paquidermo de hojas o que el flamboyán es un árbol suicida, por el intenso color rojo, encontramos la búsqueda de lo dominicano a través de un paisaje diferente, interior y no hay que ir más que a “Paisaje con un merengue

al fondo”, que es más breve, donde se ve el afán de este poeta, tan exigente, por buscar también la esencia de la dominicanidad».

¡Oh, trópico encendido! Yo estoy hablando ahora
desde tu abrupta tierra de amor y de huracanes,
donde todos tus propios elementos se hallan
sujetos todavía al estado inicial
de su forma primera:

Tus metales, tus vientos, el dios de tus espigas
tu eterna tierra encinta donde germina el
mundo

su sonrisa de aromas,
la espuma de tu mar anclado junto al ronco
clamor de tus orillas [...].

Más tarde, narra el sobresaliente escritor, cuando surge el movimiento de los poetas de 1948, que también tratan de desligarse tanto de los Independientes como de la Poesía Sorprendida, continúa esa búsqueda de lo dominicano. «Ellos trataron de desligarse, pero hay obvias influencias de uno y de otro». Explica que «en un poema como “Canto del Sur”, de Lupo Hernández Rueda, hay también esa búsqueda de la dominicanidad a través de una región. Es un gran poema en donde él describe todas las regiones de ese litoral, con sus características geográficas, humanas, etc»..

Alude, por otro lado, a “Centro del mundo”, de Máximo Avilés Blonda: «es la dominicanidad a través de la historia, que el poeta la recorre dolorosamente».

Centro del mundo, esta isla.
De ella salieron los valientes
conquistadores



de ancho tórax, de negra barba, de nervudos brazos,
la tizona al aire al grito de la cruz,
para incendiar aves y someter Imperios [...].

«Y si nos vamos un poco después, un poeta que ya surge con la Poesía Sorprendida, Manuel Rueda, nos presenta en sus “Cantos de la frontera” una dominicanidad conflictiva y difícil porque esos poemas de Rueda tienen la característica de apuntar hacia una figura única, el rayano, el hombre de la frontera, el que es un poco de aquí y de allá, y ese paisaje agreste y árido que es Montecristi, desde donde él contempla la frontera, porque Rueda era de allá y van a permanecer esas imágenes, como él dijo al recibir los premios de *Makandal*: es la continuación, es una creación de los cantos de la frontera».

EL DOLOR DEL NEGRO

El activo intelectual continúa su hermosa y superior exposición, encontrando la misma búsqueda del ser dominicano «en poetas que no son tan capitales como estos que he señalado». Está presente en Juan Sánchez Lamouth a través del dolor del negro y de la discriminación racial: “Si en mi alma hay flores, son flores morenas,/ también mis auroras, son auroras negras;/ por eso deseo saludar a Haití/ con mi voz florida de muchos poemas”. Es el Romancero de los negros, impregnado de vudú, celoso clerén, duendes, amuletos, dioses africanos, violinistas negros, melopeas morenas, ritmos embrujados».

La dominicanidad «la encontramos también en los poetas de la Generación del 60 a través de lo político y de la lucha por la soberanía, es decir, hemos ido desde la búsqueda de un pasado remoto, como serían los indios, hasta lo que es la soberanía nacional y todas esas expresiones que conforman lo que sería la dominicanidad en la poesía dominicana».

«CADUCIDAD DEL VIEJO ORDEN»

Después, agrega, surgen generaciones posteriores, se unen los poetas del 60 y de 1965, entre los que cita a Jeanette Miller, Juan

José Ayuso, René del Risco, Miguel Alfonseca, Rubén Echavarría, Norberto James, «como otros que son muchísimo más jóvenes. Pero con la llamada Generación del 60 nace todo un impacto, porque es dejar la caducidad del viejo orden que representaba la dictadura de Trujillo y comenzar una nueva etapa con el ajusticiamiento de él, en 1961, y encontrarse de repente con una guerra civil, con una Ocupación Americana, con un país dividido, una ciudad cercada, es decir, a ellos les tocó escribir lo que sería la literatura de testimonio».

Como sus predecesores, ellos son un modelo para estudiar la dominicanidad, «pero vista desde otro ángulo». «En ese momento, cuando ellos tratan de crear un canto nuevo, se tienen que enfrentar también con los viejos valores vivos, que estaban activos. No olvidemos los libros de Héctor Incháustegui Cabral, *Diario de la guerra* y *Los dioses ametrallados*, escritos desde el otro lado de las trincheras, porque resulta que Incháustegui había sido funcionario de Trujillo y secretario particular de Donald Reid, que era su primo, y se vio de repente excluido de todo y esa obra surge de ese dolor de verse fuera del poder, sin la vigencia que había tenido y marginado de la intelectualidad dominicana».

Destaca, sin embargo, el talento de estos jóvenes. «Ahí hay voces muy valiosas, una Jeanette Miller y sus *Fórmulas para combatir el miedo*; un René del Risco, su libro sobre la ciudad es fundamental para comprender ya una nueva mentalidad de un hombre totalmente urbano, de un individuo que ha roto con el pasado, que posiblemente también ha sufrido la dictadura o un Miguel Alfonseca, que se tiene muy olvidado, pero que en su libro *El enemigo*, y sus poemas, canta a los invasores: «Morirán sin los abetos de Vermont. Morirán sin los grandes pastos rizados por el viento, sin los frescos terrones de California, ni la cordillera del oeste, donde el cielo es un pálido patriarca en mansedumbre». “Coral sombrío para invasores” es un poema precioso donde él dice: «ellos vienen para acá, pero aquí van a morir. Creo que es otra forma de enfocar lo dominicano desde el momento que le tocó vivir porque ellos –dice Alcántara refiriéndose a la joven generación– no podían ser negadores de su momento».

Destaca los errores, las confusiones, las actitudes políticas interesadas, espontáneas, obligadas, sobre todo durante el trujillato, cuando «se escribieron cosas totalmente ideológicas, que no sirven para nada porque solo eran útiles para cantar las glorias de un poder

autoritario, como el *Álbum de los poetas a Trujillo* donde aparece entre otros, Héctor Incháustegui, pero ese no es el Héctor que yo voy a recordar sino el de *Poemas de una sola angustia*, el del teatro, etc.».

«Muy pocos tuvieron la condición de Pedro Mir, que pudo salir al exilio. Si se hubiera quedado le quedaban dos alternativas: o morir a manos de la dictadura o colaborar, como colaboraron todos. Pero no podemos anular la calidad de un escritor porque fuera un trujillista, sería una tontería, sino, tendríamos que quitarle calidad a Ezra Pound, que fue un fascista y a todos los poetas que han cometido el error de colaborar, en determinados momentos, con regímenes».

«LO QUE SOMOS»

«A veces, pese a no tener idea de la identidad, el poeta busca una definición de lo que somos, aunque sea inconsciente. Por ejemplo –comenta Alcántara Almánzar– Manuel del Cabral nunca fue un teórico. Es un gran poeta espontáneo, natural, de imágenes brillantes y de versos y de poemas muy logrados pero yo no creo que se planteara el tema».

Esgrime la personal teoría de que son muy pocos los escritores dominicanos que «además de ser grandes poetas, escritores, narradores, son grandes teóricos. Uno de ellos es Manuel Rueda, que en 1974 crea un movimiento, hoy un poco olvidado, El Pluralismo. Rompe con todo lo que había en ese momento. Pero ese poema que se llama *Con el tambor de las islas* es un canto a la dominicanidad y fíjate en el título: *Con el tambor de las islas*, está buscando lo negro de nosotros que durante muchísimo tiempo toda una corriente de la intelectualidad nacional ha desdeñado. Él lo rescata, como lo hace en *La metamorfosis de Makandal*».

«El Makandal, añade, no es un indio, es un negro, que es brujo, galipote, es hombre, es mujer [...]. Este libro es fundamental porque ha venido a plantear cosas sumamente transgresoras de la concepción tradicional que se tiene [...]. Es muchas cosas a la vez, es todo lo que somos, es toda nuestra abigarrada composición cultural», considera.

En el «Desfile de las ratas», Rueda «se muestra irreverente contra todas las falsedades de nuestro medio, porque si hay algo opuesto a la esencia de un escritor y a la creación literaria, es la política, no

como ciencia, sino la política partidaria». El libro de Rueda, reitera, «es un recorrido espiritual por los infortunios de nuestro pueblo, que han sido y siguen siendo muchos. Es que, mientras haya dolor, habrá literatura. La literatura no se escribe desde la felicidad, la felicidad se olvida, pero un dolor no es solo lo único que recordamos sino lo único que verdaderamente nos transforma, y esas palabras no son mías. Ese libro, en consecuencia, ha sido escrito desde el dolor, también, de lo que es este pueblo».

Admite que es posible estudiar al dominicano a través de la poesía. Pone como ejemplo *Los inmigrantes*, de Norberto James para demostrar la posibilidad de conocer una etnia, como los cocolos, aunque asevera que la literatura dominicana se ha atomizado porque la modernidad ha traído la dispersión de los grupos y cada uno hace, independientemente, lo que puede. «Pero esa búsqueda continúa».

Se refiere a la identidad. «Somos únicos y a eso de ser único es a lo que he estado llamando dominicanidad, que es algo tan difícil de asir, de decir, bueno, esto es lo dominicano», aunque él la percibe cuando se encuentra entre nacionales de otros países y en otros lugares, «cuando nos encontramos con una persona con la que inmediatamente entramos en sintonía que nos viene a través del lenguaje, de las formas de pensar, de decir, de sentir, que son muy diferentes».

«Nos vamos a pasar la vida y no vamos a definirnos. ¿Por qué? Porque la dominicanidad es un concepto dinámico, no es una cosa estática, lo que fue la dominicanidad para José Joaquín Pérez no puede serlo para el escritor de hoy. Como concepto, se va transformando. Es como una relación humana, uno nunca termina de conocer al otro totalmente porque cada día esa relación se está construyendo. Los propios hijos, el marido, la esposa, los padres, que son las personas que uno dice que más conoce, mentira, siempre hay recodos, pequeños rincones del otro que uno desconoce».

Además, concluye, «la vida te va llevando hacia una serie de situaciones que te hacen redefinir esas relaciones. Pues así es la dominicanidad, un concepto conflictivo, polivalente, cambiante y dinámico, donde no debe haber un acuerdo de qué es lo dominicano. Porque, si lo hubiere, vamos a ponerlo en el diccionario y ya, se murió, no hay que investigar más».

17 de abril de 2000.

XXX

Identidad literaria dominicana

La literatura es la pintura de una época, de una edad: la antigua, rica en imágenes, pobre de imaginación; la moderna, sobria y sabia, son dos opuestos cuadros del mismo mundo vario y eterno. También en cada país las letras siguen la edad, los gustos, los progresos.

Américo Lugo.

La Era de Trujillo fue el único gobierno de la República Dominicana en el que la identidad y la cultura formaban parte de una estrategia de Estado.

Andrés L. Mateo, escritor, historiador, poeta, ensayista, educador, novelista varias veces premiado por la calidad de su obra diversa, hace la afirmación al referirse al tema de la obra literaria como generadora de identidad.

Trujillo, señala, tuvo la necesidad de crear un referente cultural que fortaleciera la identidad de todo lo que la tradición intelectual del siglo XIX dominicano había esculpido, gritado, bramado, como deficiencia de la historia dominicana.

En el trujillismo, según Mateo, «sí hay una estrategia destinada a la solidificación de la identidad porque, como Trujillo era ya la culminación de una etapa de incertidumbre del proceso de creación del Estado nacional, obviamente que la cultura pasó a un primer plano».

No es por casualidad, añade, que fuera en esa época cuando Manuel Arturo Peña Batlle «descubriera que el proceso de

independencia dominicana había tenido en sus génesis, en sus factores fundamentales, un elemento cultural que, contrario al resto de las naciones americanas (en las que abierta o esbozadamente la solidificación económica de los criollos forza al proceso de Independencia), en la República Dominicana los que priman son los factores culturales por la presencia haitiana, simple y llanamente».

«Trujillo es probablemente la encarnación dialéctica más preclara de la superación de todas esas incertidumbres y eso atravesaba la consolidación del estado nacional a partir de una legitimación por la vía de la cultura», significa.

Reitera que «en ningún otro período de la historia política dominicana el poder se ha legitimado a través de la cultura tanto como en la Era de Trujillo, por eso, toda la literatura trujillista es una literatura de amplia expresión nacionalista, es una literatura que aun cuando sea en el marco de una caricatura, en virtud de que este factor de preponderancia cultural, desgraciadamente hizo solo énfasis en uno o dos de los componentes de la cultura nacional, evidentemente había una estrategia de consolidación de la idea de la cultura», aunque, opina, «se nos cercenó el elemento negro, preferíamos ser moreno o indio, porque se absolutizó el componente hispánico».

El intelectual ofrece sus concepciones de lo que es identidad advirtiéndole que esta es abstracta y es concreta y tiene que ver con la literatura «solo en el sentido en el que un determinado conglomerado nacional se identifica con esa expresión, porque la literatura, aclara,



«es ficción, no es suceder real. Aunque el tema, el argumento, sea datado, tenga un componente histórico, la literatura es ficción, es intención, además, está hecha con la lengua, se valida desde las leyes de la lengua, no de la realidad».

«Yo no puedo hablar de la especificidad del discurso literario porque estamos trasvasando, digamos, un elemento proveniente del discurso ficcional proveniente de la ficción, a una realidad concreta tal cual es la identidad».

En el caso dominicano, prosigue, «tenemos una dificultad en relación con la problemática teórica desde el punto de vista de la cultura de la identidad, porque no tenemos, en el aspecto literario concreto, un referente específico».

Pone como ejemplo a los cubanos y comenta que estos se llamaron a sí mismos tales «para diferenciarse de lo que el proceso de descubrimiento, conquista y colonización trajo al mundo americano, a partir de un libro llamado *Espejo de paciencia*. Porque en esa obra, por primera vez, los cubanos se llaman a sí mismos criollos, ya no es la mezcla, ya no es el español, ni el negro africano, ni es la suma mecánica de estos dos factores».

Salvadas las especificaciones, Mateo entra en materia.

«COMPLEJO DE FRONTERAS»

En la República Dominicana, la literatura no tiene los registros, en el proceso histórico, por ejemplo, del modelo cubano, añade. «No aparece. Puede hacerse alguna referencia a lo que se llama el complejo de fronteras, que surge a raíz de las Devastaciones de 1605 o 1606, un período en el que una determinada entidad social pone una franja y dice, bueno, de aquí para atrás somos nosotros, de aquí para allá, son ustedes».

Pero, por supuesto, enfatiza, «esa es una referencia muy vaga, muy indeterminada. Desde el punto de vista de la cultura, la identidad del dominicano siempre tendrá que ser concebida como procesual».

Penetrando más específicamente en la literatura dice que «quizá nuestra visión del paisaje, que parecería ser lo más concreto, es, sin embargo, muy etérea». Remite a Nicolás Ureña de Mendoza, quien

«descubre la validez del pequeño campesino, del bohío, y se extasía un poco en las realidades concretas del paisaje».

Pero «toda la breve tradición barroca y romántica de la literatura, diríamos hispánica, hecha en tierra dominicana, hacía siempre una referencia al mundo peninsular. Las variables con las que se compaginaban en el entorno de un romance, de un bohío, muchas veces no tenían nada que ver con la realidad concreta del campo, del campesino dominicano».

«Es una figura como Nicolás Ureña de Mendoza quien va a sacar esa grácil imagen del campesino y la va a hacer objeto, por primera vez, de la preocupación estética», que está presente «en casi todas sus obras, pero sin desprenderse por completo todavía de esa impronta del mundo español».

Aún «no podemos decir que hay allí un hallazgo de lo nacional propiamente dicho, de la identidad de la expresión literaria».

EXALTACIÓN PATRIÓTICA

Sin ningún género de dudas, exclama Andrés L. Mateo, «creo que la idea de lo nacional explícito se da de una forma dramática con los postumistas».

Al caer en la poesía se le observa que el tema de la identidad a través de ese género ya ha sido tratado y él replica que habla de la literatura en general y la poesía tiene «en la historia dominicana la concreción de los únicos movimientos estéticos existentes». Considera que «quienes más han pensado su propio accionar» en el devenir nacional «son los poetas, los narradores no. No hay manifiestos de narradores».

Retoma la exposición y no olvida a Salomé Ureña, a Gastón Deligne. «En el caso de Salomé, por toda su exaltación patriótica, por su visión intimista a través de la cual ella plasma un costado de la sensibilidad todavía a la altura de nuestros tiempos. Pero, contradictoriamente, las expresiones de Salomé Ureña de Henríquez, a finales del siglo XIX eran neoclásicas, o sea, la contradicción de un modelo escritural, en su caso, es evidente que se inspira en un modelo externo».

En cuanto a Deligne, «cuya factura parece atravesar una negación del Modernismo, trae a la literatura dominicana una preocupación

de carácter psicológico y filosófico que le permite sacar a flote elementos de la identidad dominicana, desde el punto de vista de la expresión literaria, sumamente atractivos». Rechaza en los modernistas, aprecia el educador, «esa búsqueda de estereotipos exóticos, dice: yo no quiero jarrones de la China, ni cortinas de seda. Piensa en su lavanderita que está embarazada, que va a ser madre soltera y que está planchando mientras piensa en su hija».

Deligne «está reproduciendo un drama que tiene que ver esencialmente con la identidad de la vida social dominicana, es un drama nacional, no es una princesa modernista que está en un jardín rococó de Francia y que tiene un miriñaque debajo de la falda. No, es una pobre pueblerina que está atravesando por un grave problema social. Toda esa psicología que construye Deligne, su universo de representación en muchos casos angustiosa, son elementos de la identidad. De ahí sus peleas, que son célebres, con los modernistas».

«PALABRAS VULGARES»

Pero en el Postumismo, entiende Andrés L. Mateo, surgen elementos «fortalecedores de esa búsqueda de identidad del dominicano, que son extraliterarios y que incluso el Postumismo los radicaliza. Hace un redescubrimiento del paisaje nacional, como quizás no lo había hecho ningún otro movimiento, y lo hace de manera natural, trayendo al vocabulario poético palabras que toda la tradición del siglo XIX hubiese rechazado por ser vulgares, nada poéticas, validándolas desde el punto de vista de la sensibilidad estética. En un poema postumista te encuentras legitimado el plátano, el guineo, todo lo que constituye la cotidianidad de la vida dominicana».

«Si toda la tradición elitista del siglo XIX consideró el escenario de la poesía como producto de una élite, de una oligarquía espiritual que debía ser disfrutada por personajes exquisitos, en el caso de los postumistas no. El planteamiento era básicamente destinado a la totalidad de la representación nacional, para los postumistas, la poesía debía ser disfrutada tanto por la dama de la quinta florida y el caballero con chamarra, como por el jornalero, el peón, como dice Moreno Jimenes».

Añade «que esa idea de la identidad, en el caso de los postumistas, estaba atravesada por una especie de derribamiento de determinadas reglas sociales que hacen del arte un patrimonio exclusivo de específicos grupos sociales».

El Postumismo, prosigue, «propone una validación de lo propio a partir de circunstancias históricas en las que la nacionalidad dominicana estaba en amenaza de disolución, porque surge en el período de la Ocupación Norteamericana de 1916 a 1924. Sin que se lo propusieran, ese relegarse hacia lo propio, ese fortalecer una serie de proyectos de disfrute estético que incluía a la totalidad de la nación, ese validar palabras de uso común y corriente que no tenían, sin embargo, categoría de palabras poéticas, fue sin duda, un elemento de reforzamiento de la nacional en un momento en el que la identidad estaba amenazada de disolución».

Cuando hay una intervención militar, manifiesta, «siempre la cultura del dominador se sobrepone a la del dominado, por lo tanto, los postumistas contribuyeron a fortalecer una idea de la identidad en esa coyuntura».

«De ahí en adelante, indica, casi todo el resto de la literatura dominicana ha sido una búsqueda de la identidad. En mayor o menor medida lo que se ha hecho es trabajar, desde los “sorprendidos” en adelante, con los modelos provenientes de toda la tradición literaria europea hasta conformar una idea de la identidad literaria dominicana, hasta nuestros días».

18 de abril de 2000.

XXXI

La novela describe la identidad del dominicano en distintas épocas

La literatura de un país es luminosa herencia secular que crece progresivamente formando un todo homogéneo y grandioso, susceptible, claro está, de evolucionar conforme a las señales de los tiempos y a ciertas circunstancias del momento, pero conservando siempre, aun en sus más salientes momentos de decadencia, el aroma fuerte e imperecedero del espíritu nacional que la particulariza dándole especial fisonomía.

Federico García Godoy.

En la narrativa dominicana son más concretas las referencias a la identidad, afirma Andrés L. Mateo, poniendo como ejemplo, «así a la ligera», el libro *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini, que reproduce «los factores de convivencia social, los hábitos, costumbres, la música, elementos de carácter político correspondientes con una región del país y con una determinada época, tal y como la novela costumbrista hizo también en el mundo americano».

En esa obra se puede apreciar «cómo se hablaba, cómo se vestía, la forma de pedir una muchacha, el comportamiento para ir a misa, puesto que la estrategia de este tipo de novela es reconstruir, testimoniar, ser cronista de un determinado período de la historia. Es lo que llamamos literatura ansilar».

Prosiguiendo sus consideraciones en torno a la obra literaria como generadora de identidad, sostiene que «tenemos una literatura

ciudadana desde finales del siglo pasado, en la que hay, también, un telón de fondo histórico que aspira a reproducir las formas de interacción social, como *La sangre*, de Tulio M. Cestero, que trata de dar la particularidad de nuestros procesos políticos, siempre a partir del discurso literario».

Cita a Haim López-Penha, Moscoso Puello, Cestero, en cuya producción «el personaje, ya conscientemente, es un ciudadano, y tiene una idea de la identidad en relación también con la ideología del desarrollo y la condena a Lilís porque Lilís supone, desde el punto de vista de la identidad, una negación de lo que ellos consideraban era el proceso de desarrollo».

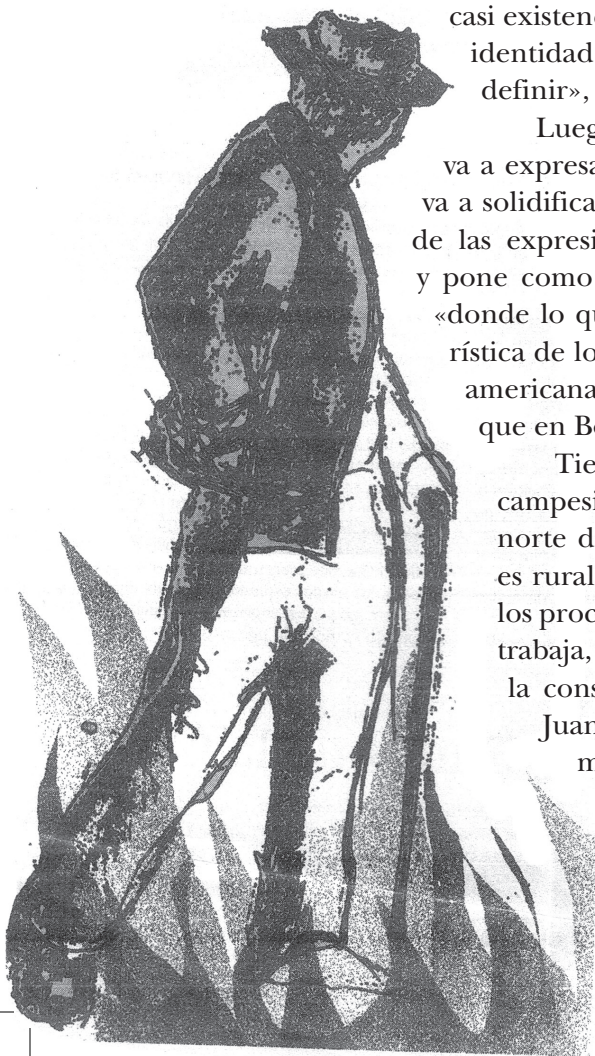
«Por supuesto, no olvidemos que quienes hacen literatura en ese período son pequeños burgueses. Este personaje de *La sangre* es un pequeño burgués, que hace una reflexión casi existencialista desde la cárcel y su idea de identidad es muy angustiosa, muy difícil de definir», comenta.

Luego, continúa, «está la literatura que va a expresar una idea de la identidad o que va a solidificar esa idea desde el punto de vista de las expresiones propiamente sociolentales» y pone como ejemplo la obra de Juan Bosch, «donde lo que se toma es la temática característica de los años 20 en la literatura hispanoamericana, o sea, la problemática de la tierra que en Bosch es un tema central».

Tiene, añade, «un arquetipo de campesino muy especial, el de la parte norte del país, y pese a que su literatura es rural en términos de ambientación, ni los procedimientos técnicos con los cuales trabaja, ni los sociolectos que emplea, ni la construcción psicológica son rurales.

Juan Bosch es un híbrido que debe ser más estudiado todavía».

Pasa a la novelística llamada de la caña y se detiene en *Over*, de Ramón Marrero Arísty, que



define como «la gran novela dominicana por excelencia. Ninguna otra refleja la explotación, la pretensión de defensa de lo nacional, ninguna construye un personaje tan desgarrado, desde el punto de vista de la condición del pequeño burgués, como el personaje de *Over*».

«*Over* es el texto de la literatura social dominicana por excelencia, reitera, ahí no hay casi ninguna discusión. Sin embargo, surge en medio de la Era de Trujillo pero, por supuesto, eso no dice nada en contra de lo que yo acabo de expresar, aunque sí dice algo de las propias estrategias de Trujillo en relación con su manejo del poder. En el momento en que *Over* sale, Trujillo tiene interés específico en los centrales azucareros norteamericanos que habían quedado como resultado de la intervención norteamericana de 1916 y de la llamada Ley Torrens, que es la regulación catastral que las tropas norteamericanas imponen en el país. Quedan estos grandes enclaves económicos y Trujillo, que era en cierto sentido nacionalista, tenía los ojos puestos en los centrales azucareros. *Over* venía a ser un espaldarazo a su propósito político».

O sea, acota, que «el gran texto de la literatura dominicana, se da también en una coyuntura política particular determinada».

DESPUÉS DE TRUJILLO

En la Era de Trujillo no hay protagonismo que no sea el del mismo Trujillo, no hay nada que se pueda explicar sino a través de ese espíritu absoluto que era Trujillo pero, cuando él muere, la literatura pasa a ser conscientemente parte del proceso social muy convulso, entonces van a haber etapas distintas, en este período lo característico va a ser la expresión de la literatura que se vincula con la historia en movimiento, es una literatura cuyas características son esencialmente sociales y cuya pretensión es también ansilar, al servicio de toda esa expansión libertaria que en los años 60 se genera en el país a raíz de la desaparición de Trujillo, testimonia el poeta Mateo.

Subraya que «la posibilidad de expresar una literatura que partiera exclusivamente de la identidad, se va a complejizar en los años 60 porque los modelos de referencia escriturales van a adoptar, cada vez más, un tipo de desplazamiento en el que hay una cierta aventura

de la palabra que no tiene, en algunos casos, ninguna referencialidad de color local».

«El *boom*, era, en esencia, una propuesta que tenía como fundamento la historia americana pero cuya realización formal era el aprovechamiento de todas las técnicas que la historia de la tradición literaria había ido acumulando», agrega.

Sostiene que aun cuando esa literatura tenía una vinculación política, «puesto que el *boom* tiene también una relación con la revolución cubana de los años 60, en el plano formal hacía mucho más difícil la expresión de la identidad».

«No obstante –revela–, es en estas variables técnicas que la literatura dominicana se encarama, y va a producir textos significativos como *La vida no tiene nombre*, de Marcio Veloz Maggiolo. Desde el punto de vista de la identidad es un texto que no ha sido estudiado porque con las técnicas provenientes de la literatura moderna, recupera una épica perdida de la vida nacional, que era la de los llamados gavilleros». El ejemplar sale a la luz «en un período en el que todavía estas cosas no se habían dilucidado en el plano nacional y los gavilleros pasaban a ser un referente estigmatizado de la identidad nacional».

Además de Veloz Maggiolo, cita algunos de «los narradores más vinculados al *boom* y al proceso social que se vivía. Van a aparecer Miguel Alfonseca, René del Risco, Antonio Lockward [...]».

«Lo que quiero decir –concluye– es que ya en esos años toda la idea de la identidad es un acto consciente de la escritura, está incorporada en la mayor parte de los escritores. Aun cuando se reproducen técnicamente con los aportes que el *boom* trae a la literatura hispanoamericana, intentan, en todo caso, matizar con un elemento propio de la identidad su producción literaria, y aquí sí que la identidad se hace problemática porque desde la óptica de la expresión literaria, la identidad es muchas cosas al mismo tiempo: puede ser el ritmo, las referencias culturológicas, ambientación, paisaje, referencialidades propiamente históricas [...]».

«LA LITERATURA TRAICIONA»

De modo, aduce, «que es muy difícil hablar de la relación entre literatura e identidad porque la literatura traiciona, incluso, estas esencias».

Entiende, por otro lado, que una novela costumbrista no necesariamente puede reflejar la identidad. En cambio, agrega, «un texto de carácter psicologista sí la puede expresar».

«Es que todo depende –explica. Pongamos por caso la inmensa literatura de Benito Pérez Galdós y nos daremos cuenta, al leerla, de que pretende construir, a partir del discurso ficcional, una idea de la identidad hispana, y los arquetipos con los cuales trabaja y construye ese discurso ficcional, tienden a dar una idea del carácter, de la personalidad, de la identidad del español».

Por eso, añade, «le llama *Episodios nacionales* a toda esa colección fabulosa de sus textos. *Doña Perfecta*, por ejemplo, es un texto en el que se aprecia el temple, la cerrazón, las particularidades atribuibles a la formación del Estado nacional español. Todos esos factores, se ven dados a partir del discurso de ficción».

No se ven en el caso dominicano «porque no hay un escritor en la historia de la literatura dominicana que haya tenido la intención de un Benito Pérez Galdós», resume.

19 de abril de 2000.



XXXII

Lo antidominicano en la novelística

Si la poesía es siempre nacional, la novela lo es más todavía.
Héctor Incháustegui Cabral.

A sí como el calor y el frío no se niegan, el pensamiento antidominicanista es parte de la dominicanidad. La expresión de un sentimiento antidominicano ha sido, y es, parte de la dominicanidad.

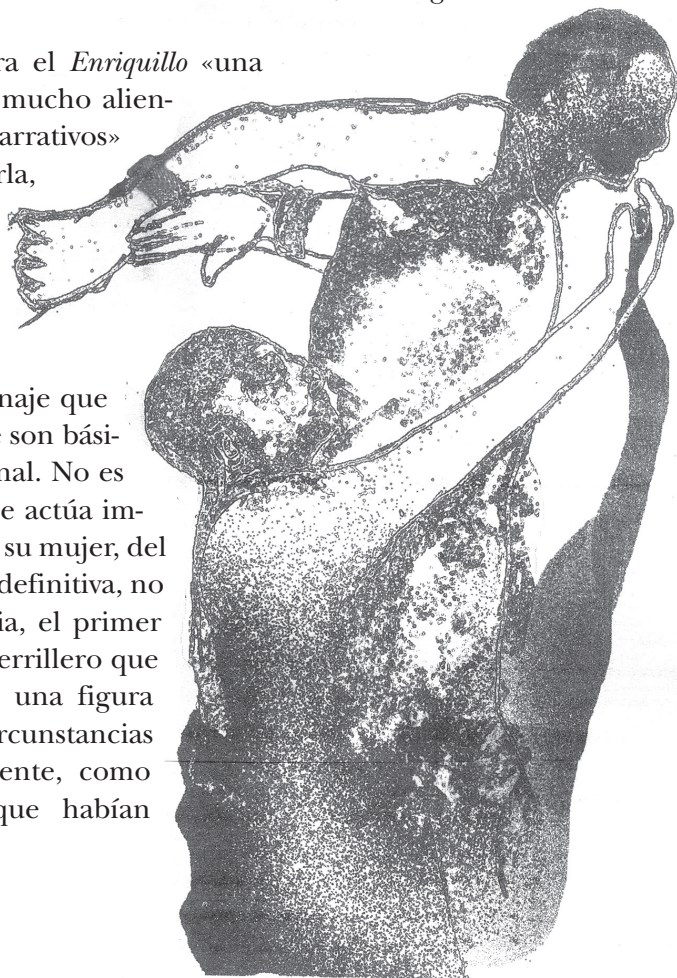
El laureado escritor, cuentista, poeta, ensayista, historiador, crítico literario, humanista, novelista y educador Pedro Conde Sturla, hace la consideración al referirse a los planteamientos de Manuel de Jesús Galván en *Enriquillo*, obra que el intelectual considera «la novela fundacional por excelencia de nuestra literatura, porque es nuestra primera novela importante».

La cuestión nacional, en este volumen, «se ve un poco al revés», afirma Conde Sturla, ya que el autor dice no estar afectado de la simpatía por los indios, de la manía indiófila. Pero al mismo tiempo es un prohispanista, el modelo que sigue es un modelo español donde ve la posibilidad de desarrollo del pueblo dominicano sobre la base de continuar anclado a aquella orilla. Al mismo tiempo, él niega, utiliza el culto de los indígenas en función de las razas de color, de las razas mezcladas de la comunidad mulata, que es la que se forma, y precisamente, crea un culto a una raza en un momento en que esta raza había desaparecido, en el momento en que hay otra raza predominante».

«El propio mito de *Enriquillo* oculta una serie de cosas que son graves», revela Conde y refiere que el histórico cacique, según informaciones, pasó los últimos años de su vida, después de bajar de las sierras de Baboruco, «no en la comunidad de Boyá, como se ha dicho, sino al pie de las montañas desempeñando funciones de cazador de negros insurrectos, de negros alzados, y es posible que los últimos indios seguidores de Enriquillo, después de la muerte de este, hayan sido eliminados precisamente por tropas cimarronas, por esclavos negros, fugitivos, que odiaban a los indios precisamente por la persecución de que eran objeto».

Con estos comentarios en los que el académico pone de manifiesto el hispanismo de Galván, «que falsea completamente la historia, o la reproduce fielmente pero no con el propósito de respetarla, sino de falsificarla», inicia una extensa, pormenorizada y bien documentada conversación en torno al reflejo de la identidad en la novela dominicana, tema que ha sido motivo de sus análisis, investigaciones y estudios durante años.

Pese a que considera el *Enriquillo* «una obra bien realizada, con mucho aliento, con muchos logros narrativos» expresa que, al recrearla, Manuel de Jesús Galván «invierte todos los valores que de esa aparente fidelidad se desprenden. El *Enriquillo* de Galván, por ejemplo, es un personaje que se rebela por motivos que son básicamente de índole personal. No es un rebelde social sino que actúa impulsado por la defensa de su mujer, del círculo familiar y que, en definitiva, no es lo que es en la historia, el primer insurrecto o el primer guerrillero que subvierte el orden» sino una figura que «por una serie de circunstancias se dañó, momentáneamente, como obra de aculturación que habían



creado sus mentores, sus tutores, los que lo habían educado y bautizado con sus nombres españoles y puesto en el redil convirtiéndolo en modo de aculturación casi perfecto».

«Eso es lo que Galván lamenta un poco en su novela: que ciertas circunstancias provocadas por presiones de unos colonizadores malos –porque hay colonizadores muy buenos desde el punto de vista de Galván–, hayan convertido a este cacique en un insurrecto, y el pretendido idealismo de Galván no es realmente positivo, como lo puede ser en la obra de los indigenistas latinoamericanos que, realmente, sienten una simpatía profunda por los indios y por su rebelión».

Reitera Conde Sturla que «Galván no es un admirador de los indios», según sus propias confesiones «y pone este ejemplo para que sirva de admonición a las futuras generaciones en el sentido de que hay que llevarlas por este camino: educar estos pobres salvajes, darles lo mejor posible hasta donde ellos puedan asimilarlo, porque también de eso duda Galván, y evitar que en lo sucesivo ese proceso se vea interrumpido por obra de cualquier exceso».

«Evidentemente, recalca Conde, la cuestión nacional en la obra de Galván se ve un poco al revés». A su juicio, no se puede tomar la novela para estudiar lo dominicano pues «representa un modelo patas arriba».

«BAJO PERFIL DEL DOMINICANO»

Conde Sturla pasa a analizar la que es para él la segunda novela de importancia, escrita prácticamente diez años después de *Enriquillo*, *Baní o Engracia* y *Antoñita*, de Francisco Gregorio Billlín, que es, según su parecer, «lo bueno en lucha con lo malo, la lucha entre el bien y el mal que opera sobre nuestro problema histórico». También está el maniqueísmo «pero no en función de enfrentamiento entre colonizadores y colonizados sino entre lo que es la fuerza del ejemplo, o sea, el maniqueísmo está aquí presente como moraleja».

Cuenta la trama, cita a los protagonistas, describe sus acciones y considera que esta novela «es deficitaria, bastante floja pero interesante, al menos desde el punto de vista de la documentación, de lo que arroja como información de los tipos humanos, de la psicología,

los personajes, costumbres, caracteres» y concluye en que «la moraleja es esta: la historia se construye sobre esta base: si hubiese más gente como Engracia y Antoñita, como el cura de la novela, las cosas serían de otra manera».

«Ahora bien, la correlación de fuerzas, parece decirnos Billini en esta novela, está a favor del elemento negativo, de la crápula, y este país, que no genera otra cosa, va a seguir sufriendo las consecuencias. Esa es básicamente la tesis de la novela de Billini».

Observa como dato significativo que «en la primera edición figura en la portada un epígrafe de Rossini: «acaso sean las novelas, la postrera instrucción que haya de darse a un pueblo ya corrompido, al cual no pueda aprovecharle otra».

Aunque es una inscripción que no forma parte del contenido, Conde Sturla entiende que el autor de *Baní o Engracia y Antoñita*, «tiene un bajo sentido del pueblo dominicano. De manera inequívoca, el epígrafe habla de la idea del novelista y de la novela».

Pasa a *Rufinito*, de Federico García Godoy y, en referencia a Billini, dice que este novelista «aplicará una lección de ese tipo, por ejemplo a Rufinito, un personaje que traiciona una causa y viene, por fin, ejecutado de una manera silenciosa. El libro parece dar una lección a los de su clase en el sentido de que a esa gente hay que ponerla en su sitio, el que le corresponde socialmente».

PROYECTO DE TESIS POLÍTICA

«Quizás no se equivocaba Peña Batlle –ese numen fatídico– al afirmar que *La sangre*, de Tulio M. Cestero, es la mejor novela dominicana» exclama el intelectual, agregando que la obra «es una novela muy bien escrita, en un lenguaje que no es el romántico y ampuloso de Galván, sino un modernismo muy mesurado, con frases cortas, muy precisas, y que va recogiendo una serie de episodios del país, con orden y propiedad, llevando las cosas de una manera tal que el lector se da cuenta de que el personaje fue elegido por el autor, desde un primer momento, como proyecto de tesis política».

La figura principal de *La sangre*, Antonio Portocarrero, «es un tipo intransigente, que se opone a Lilís, cae en la cárcel, adversa a los gobiernos siguientes pero cada oposición, aunque en principio le granjea

cierta posición de crédito, de admiración, luego lo va destruyendo, convirtiendo en una especie de caricatura, de quijote. El autor usa la palabra quijote, como algo despectivo, o sea, un filorio, un idealista, un individuo que no tiene los pies sobre la tierra». La palabra quijote, explica Conde, «se puede usar de manera despectiva o como símbolo del idealismo desinteresado. Tú elegirás cuál es la versión que más te gusta».

Para Cestero, agrega, «el elemento quijotesco es precisamente aquel que no tiene los pies sobre la tierra, un idealista, un revolucionario que no quiere transigir con sus principios y sigue en su empeño hasta las últimas consecuencias». Resalta que, en este caso, «a Portocarrero ni siquiera se le reconoce el sacrificio. Es la caricatura más terrible que se ha hecho aquí de un revolucionario. El personaje se te va cayendo a pedazos, fracasa en la paternidad pues tiene un hijo anormal. Fracasa como amante, como guerrillero, como revolucionario. Es un fracasado en todos los órdenes y, sin embargo, es un opositor irreductible, sigue fiel a sus principios válidos, se opone a los norteamericanos, a la convención domínico-americana, pero es un fracasado. Revolucionario y fracasado es lo mismo. Ha pasado por una serie de episodios que terminan convirtiéndolo en un ser ridículo. Cuando se va a la guerrilla, detrás de un general, regresa con las nalgas peladas por haber cabalgado durante un par de días en una mula».

En cambio, «tiene como contrapartida a un personaje que había estado con él en la lucha contra Lilís pero que luego, en los gobiernos sucesivos, se había acomodado, ya había pasado factura por su participación, tenía experiencia en el servicio diplomático, ya estaba asimilado al sistema y, naturalmente, pretendía seguir cobrando por el resto de su vida», comenta el profesor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Significa que ese mismo comportamiento se repite en el devenir nacional con figuras de todos los tiempos que han hecho una militancia tan larga como la fortuna.

DOMINICANOS Y PRESENCIA NORTEAMERICANA

Ese otro personaje, Arturo, «es un poco el alter ego y el portavoz de la novela de Cestero que sencillamente le enrostra a Portocarrero

su forma de ser, su intransigencia. Dice que la presencia norteamericana en este país es solo un producto de nuestros desaciertos, de todos nuestros errores, que, al fin y al cabo, si algo puede disciplinar al país es la presencia de los norteamericanos, el juego de pelota, el baile de *two-step* y, en definitiva, toda la influencia civilizadora que ellos puedan tener».

Básicamente la tesis es que hay que entregar el pueblo dominicano a la tutela de los yanquis, analiza Conde Sturla. Piensa que «es una forma de Cestero desentenderse de una herencia paterna, pro-cera, porque su padre fue un prócer intransigente en una época de la lucha contra la dictadura. El hijo quiere, al parecer, sacudirse de esa herencia. No la recoge y no sé si por alguna vía de razonamiento uno puede encontrar una línea que conduce a la crítica contra el padre».

«Lo cierto es que el planteamiento general de *La sangre* es que el país tiene que irse por esa vía, con los norteamericanos».

Se pregunta a Conde Sturla si no cree que la novela es también una crítica que solo mantiene su esperanza en la política, en ocupar un cargo público y vivir de un cheque.

«Es una burla al idealista, no al que se acomoda. Ese mira la realidad con los ojos abiertos, en busca de provecho personal, ese no recibe ninguna crítica. Ese es el alter ego de Cestero, ese dice: hay que irse por aquí, a favor de los norteamericanos. Portocarrero termina siendo derrumbado».

20 de abril de 2000.

XXXIII

La política en la novela

Las continuas revueltas armadas causaron tantos males al país que contribuyeron a impedir su desarrollo. En una forma o en otra, todos los dominicanos sufrieron las consecuencias de esas contiendas personalistas plantadas y resueltas a balazos.

Juan Bosch.

Según algunos novelistas dominicanos, «el problema del fracaso de nuestra historia política es culpa de la montonera, sin pararmientes en su origen». Por las constantes revoluciones en los campos justificaron a Trujillo y a la presencia norteamericana en el país.

Pedro Conde Sturla hace estas reflexiones al referirse a la novela *La Mañosa*, hilvanando sus comentarios con la obra de Tulio M. Cestero quien, a su juicio, propone la interpretación del acontecer nacional como montonera, en la novela urbana. «Y tenemos otra interpretación o lectura de la historia como montonera en la novela del campo, que es la de Bosch, *La Mañosa*».

«Es prácticamente la misma tesis», afirma, aunque entiende que Bosch «en ningún momento llega a esas conclusiones» aunque «le parece un poco lo que dice Billini, que el hombre tiene demasiado mañas, con la diferencia de que a las mulas se les pueden quitar, pero a los hombres, no».

Sin embargo, advierte, «la novela de Bosch (así como la de Cestero vindica la presencia de los norteamericanos por vía de la montonera), justifica a Trujillo implícitamente, o quizá explícitamente de una manera muy sutil, pero no hay otra conclusión a la que

se pueda llegar porque, al fin y al cabo, el personaje histórico, no el de la novela, logra el sometimiento a la montonera al orden. ¿Quién es? El Generalísimo».

En ese sentido, señala, «puede interpretarse un poco la idea de que *La Mañosa* se presta a ser un poco una justificación o explicación del trujillismo».

El propio Bosch, acota Pedro Conde, «parece que lo entendió de esa manera porque en un prólogo a una edición relativamente reciente, de 1970 y pico, se justificó diciendo que en esa época no conocía el marxismo y no podía hacer otro análisis de la sociedad que lo llevara a otra conclusión».

Se traslada entonces a *Los enemigos de la Tierra*, de Andrés Francisco Requena, «un libro bastante tremendo porque su autor considera al campesino que abandona su parcela como un enemigo de la tierra, y no ve motivo que lo obligue a irse: sencillamente, ahí vive en la felicidad, en un idilio con los dioses y si se va hacia la ciudad es únicamente por haragán».

Conde resume el argumento de la novela, el éxodo del personaje que no tenía causas aparentes para salir del campo, llega a vagabundear a la ciudad «llena de pecadores», se une a una prostituta y el ciclón de San Zenón, que parecía tan lejos cuando solamente había ciclones cada 20 años, castiga la población, convertida en «una especie de Sodoma o Gomorra. Ahí la idea del bien y del mal vuelve a salir a flote».

«En general, Galván, Billini, Cestero, Bosch, Requena, no pudieron entender que el desarrollo es la gallina que pone el huevo del orden, de las instituciones, del crecimiento material de un pueblo, no al revés. No vieron que la nación dominicana es el producto o subproducto del colonialismo español, del exterminio de la raza indígena, del comercio de esclavos, de las devastaciones de Osorio, de la división de la isla, de la cesión de Francia, de la ocupación haitiana, de la Convención Dominico-Americana, de la primera y segunda intervenciones yankees, en fin, del juego de las grandes potencias. ¿Se le puede pedir a una nación juguete de las grandes potencias y descendiente mayoritariamente de esclavos, un proceso de desarrollo propio?»

Precisa que «el subdesarrollo, como legado histórico de ese juego –porque todo lo demás es accesorio, superficial– es la madre de la montonera, madre del desorden social e institucional. Solo Cestero vio con claridad. Ese es su mérito», confiesa.

«RELACIONES DE PRODUCCIÓN»

«La persona que saca conclusiones diferentes, que supera el concepto del maniqueísmo como factor determinante de la historia, es Marrero Aristy, que es un tipo sumamente lúcido», comenta refiriéndose a *Over*. Como en todas las novelas que estudia, detalla personajes y comportamientos de forma pormenorizada, y así procede contando el triste destino de Daniel Comprés, que de hijo de un pequeño burgués de campo va a parar a la bodega de un batey. Su resumen es que «lo que sale de ahí esbozado es que el problema del bien y del mal, el problema de la historia, es sencillamente un problema de relaciones sociales de producción».

—Si fuera a hacer una definición de la sociedad dominicana a través de *Over* ¿cuál sería su conclusión?

«Precisamente, el criterio de Marrero Aristy es un criterio marxista. Un personaje que ve el problema del bien y el mal en relación a ciertos intereses constituidos. Son los grandes intereses los que determinan el proceso de desarrollo histórico, el comportamiento del individuo, que el individuo actúe mal incluso no queriendo, porque está empujado por fuerzas impersonales que lo llevan a ese lugar, lo obligan, lo ponen prácticamente de rodillas cuando él se resista».

«Claro, añade, Marrero también utilizó el final de la novela como una justificación de su propia conducta política. Cuando el personaje logra salir de ese ambiente infernal ya reflexiona, toma conciencia de cómo son las cosas pero en ese momento no puede detenerse porque sigue empujado por la misma fuerza que anteriormente gravitaba sobre él. Y en el caso de Marrero, naturalmente, lo utilizó como una excusa, como una justificación ética de lo que luego sería él al servicio de Trujillo».

Pero, bueno, comenta, «hay aquí ya una idea completamente diferente. Marrero Aristy supera el maniqueísmo histórico, la fuerza del ejemplo como factor de la historia».

«DE CORTE MARXISTA»

De igual manera, hay otra novela, esta vez de corte marxista, refiere Conde, que es *Jengibre*, de Pedro Pérez Cabral, «que tiene, por el

contrario, una crítica tremenda porque se inscribe en la misma visión de la historia de Marrero, pero con mayor conciencia del caso, aunque con menor éxito desde el punto de vista literario, porque *Over* es una novela bastante estructural, igual que *Cañas y bueyes*, de Moscoso Puello».

LA DICTADURA DE TRUJILLO

La relación de novelas dominicanas representativas de momentos específicos de la historia nacional, surge espontánea, sin interrupción, sin una ficha que las ubique en el tiempo, sin apuntes, porque todo está claro en la mente del notable estudioso. *El buen ladrón*, *Trementina*, *clerén y bongó* y para concluir, *Solo cenizas hallarás*, *bolero*, aunque en el tramo de su extenso recuento se manifiesten otras.

Descarta que la de Marcio Veloz Maggiolo, *El buen ladrón*, tenga otra cosa de bíblica que no sea el pretexto. La cuenta y extrae su propia moraleja: «ningún camino es tan peligroso como el camino del ideal, de la entrega a una causa».

La alusión a la tiranía, en la obra, «es poco menos que obvia, aunque no haya una palabra que la relacione» pues, «seguir a Jesucristo y sugerir que la senda del ideal, la senda del bien, la que conduce al sacrificio es la más peligrosa de todas, era una clara alusión al ambiente de la época», expresa, recordando «un poco lo que es el «Paisaje con un merengue al fondo», de Franklin Mieses Burgos, una forma de interpretación de la historia, el furioso merengue que ha sido nuestra historia, como también lo ha sido un bolero tremendo en cierta poesía de Miguel Alfonseca».

Una de las más importantes novelas dominicanas, para él, es la premiada *Solo cenizas hallarás*, *bolero*, de Pedro Vergés, «una configuración de la historia a ritmo de bolero donde los personajes van moviéndose en una atmósfera de ilusiones y mediocridad, con unos sueños que no llegan a realizarse nunca».

«Para hablar de la cuestión nacional, tiene una importancia tremenda. Todas las novelas que hemos comentado carecen de un ingrediente que sí tiene la de Pedro Vergés: el mérito de ser una novela donde los personajes dominicanos hablan, se expresan y se mueven como dominicanos». Está «el elemento de la dominicanidad en el habla, en el discurso narrativo y en la expresión de los personajes».

«NINGUNA ES INOCENTE»

—¿Por qué ha escogido un género de ficción para estudiar algo tan real como la sociedad dominicana?

«La novela no es tan ficticia. La novela es una respuesta intelectualmente organizada frente a problemas históricos. Fíjate como Galván responde a un problema, como *Cañas y bueyes* responde a un problema. Entonces, la novela más ficticia del mundo puede tener una referencia concreta. La ficción es algo que se mueve por encima de la realidad, como el mito, pero no deja de tener contacto con la realidad, puede ser tan ficticio como se quiera, pero la ficción más grande del mundo remite siempre a la historia».

Pone como ejemplo a *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera, y afirma que esta «remite a todos los problemas dominicanos, como el racismo».

«En ese laboratorio que crea González Herrera en el manicomio, hay todo un simulacro de la historia dominicana, naturalmente, en beneficio de Trujillo. Es una justificación del corte, de la matanza de los haitianos y de la presencia norteamericana», expresa.

Añade: «Yo no diría que *Trementina, clerén y bongó* es ficción sino que la ficción es una cosa aparente. No veo la novela desprendida del elemento histórico sino, por el contrario, condicionada por elementos históricos, por la historia, y como respuesta intelectualmente organizada ante problemas muy específicos de la época. Ninguna novela es inocente».

22 de abril de 2000.



XXXIV

Lo dominicano y la pintura

La historia de la pintura en La Española se inicia con Diego Pérez, el ignorado pintor llegado en las naos descubridoras; pero ese principio no tiene verdadero carácter sino con la presencia de los primeros artistas, en los albores de la Colonia, atraídos por la gente de la Iglesia para la ornamentación de los templos.

Emilio Rodríguez Demorizi.

La dominicanidad, que resume una impresionante historia de gozos efímeros y angustias prolongadas, de opresiones y miserias, de autoritarismo e intervención extranjera, de negación del color negro y exaltación de la herencia hispánica, de la libertad recobrada tras largos años de dictadura o de la persecución de las ideas políticas, ha estado reflejada, también, en la obra pictórica de nativos y extranjeros que han hecho suya esta tierra cálida, de gente solidaria, acogedora, sencilla, buena.

Los encantos del paisaje no han escapado al pincel, ni han estado ausentes de la inspiración artística el mestizo espigado, la mulata de armónicas formas, el indio y su melancolía, el candente sol, el encrespado o manso mar que bordea esta República de los flamboyanes, las empinadas palmeras y abundantes cocotales.

Cada período de los anales de la Patria ha encontrado un registro en la pintura, que ha sido instrumento para plasmar la belleza y expresar, al mismo tiempo, protestas y reproches. Esos momentos gloriosos o abominables, grabados en lienzos que expresan en sus

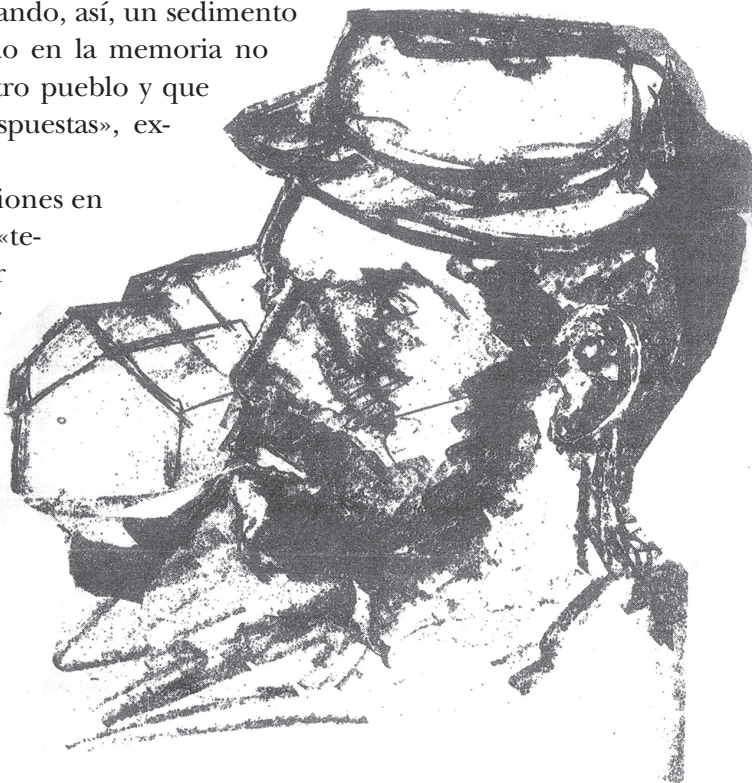
trazos más que palabras pronunciadas o escritas, tienen también sus representantes que, como cronistas de pinceladas, dejaron testimonio para dar a conocer a extraños y nacionales los matices variados que conforman la identidad de los dominicanos.

Jeanette Miller, intelectual laureada, poeta, ensayista, historiadora, lingüista, educadora, autora de incontables trabajos sobre el arte nacional y sus artistas, ofrece una relación minuciosa, cronológica, sobre lo dominicano en el arte pictórico, salpicada de ejemplos, reflexiones, anécdotas, como si estuviera frente a su inmenso grupo de alumnos de Historia de la pintura dominicana.

DESDE 1844

Su exposición se inicia con la Independencia y se extiende casi hasta el presente. «Con el nacimiento de la República se crea una sensibilidad colectiva que busca una dominicanidad asociada con hispanidad, sin percatarse de que la dominicanidad emergía como una condición cambiante producto del trasiego de hombres y culturas, reflejándose en la mezcla de razas, en las modalidades del idioma, en los hábitos alimenticios, en la educación, en la creatividad, abonando, así, un sedimento que ha permanecido en la memoria no consciente de nuestro pueblo y que pauta diferentes respuestas», expresa Miller.

Las manifestaciones en lo cultural, agrega, «tenían mucho que ver con los modelos europeos. Cuadros, por ejemplo, de Sisito Dessangles, Abelardo Rodríguez Urdaneta, Adriana Billini, muestran



a «un dominicano blanco en un ambiente europeo, con una luz universal, una visión completamente falseada de lo que somos: mulatos con una luz tropical».

En la pintura dominicana de esa época, «la modernidad es una consecuencia de los viajes a Europa realizados por artistas que surgen a finales del siglo XIX y principios del XX y que, al regresar, abren escuelas de arte».

CARTELES CONTRA LA INTERVENCIÓN

Desde antes de la Restauración de la República, en la pintura nacional lo blanco era el estandarte, significa Jeanette Miller. «Inmediatamente se dan las guerras contra España, se trata la imagen del indígena, se publica la novela *Enriquillo* y viene, entonces, el *Caonabo* de Abelardo Rodríguez Urdaneta, o sea, se toma la cuestión indigenista como una manera de irse a nuestras raíces, pero siempre negando la negritud».

El país se ve ocupado por los yanquis, en 1916, y «los dominicanos retoman y refuerzan el sentido de lo español, como oposición a los norteamericanos, la hispanidad se considera un emblema en contra: las Cámaras se opusieron a adoptar el idioma inglés y los artistas comenzaron a rechazar» al invasor no solo en cuadros sino «hasta en carteles hechos por Abelardo», enfrentando «la invasión y reforzando la hispanidad».

En la pintura, añade Miller, «se da un hecho casi paralelo, increíblemente contradictorio con lo que sería la imagen de lo hispano. Los artistas que pueden salir, ya a principio de siglo, como Celeste Woss y Gil, Leopoldo Navarro, García Godoy, Juan B. Gómez, se van a Europa y allí se encuentran con el movimiento moderno que bebe en las fuentes de la negritud y en las fuentes de los esquemas del arte primitivo, África y Oceanía».

«No puedo decir, aclara, que ellos vuelven a aplicar la modernidad de vanguardia pero sí, ya, y precisamente Celeste Woss y Gil, asume no solo la negritud: asume el desnudo, la presencia de la mujer en una pintura. Ella es la gran figura de principios de siglo y no sé por qué no se le ha dado el lugar que tiene como en la calidad de la obra pictórica que realizó. Llegó con toda esa seguridad de la

persona que maneja una serie de elementos, abre su academia de pintura y dibujo en el patio de su casa y comienza a pintar al natural, con modelos desnudas, mulatas, como no se había hecho antes».

Ese inicio, revela Jeanette Miller, «causa escándalo y revuelo en la sociedad de la época, entre los años 1920 y 1930, pero pone a las personas interesadas en el arte a pintar del natural, a fijarse, a reflexionar sobre realmente qué es lo que nosotros somos».

LA LUZ DEL TRÓPICO

A la producción de Woss y Gil, prosigue la brillante escritora, siguen las de Yoryi Morel, que «comienza en Santiago de los Caballeros a pintar los bohíos, los campesinos, los burritos, con una luz, un estilo que podría llamarse post impresionista porque llega en los años 1950 ya, a trabajar una especie de expresionismo. Incorpora al campesino dominicano y su hábitat, consecuente con lo que es la luz del trópico, que es una luz brillante».

Y Jaime Colson, y Darío Suro, surgen entre los años veinte y treinta «haciendo una pintura que integra raza, geografía, costumbres, luz y color, tratando de representar lo dominicano como realmente era. Criollos, mulatos, negros, sol rabioso, bohíos, comienzan a sustituir la visión falseada de antaño». Colson, manifiesta, «adopta de lleno la negritud, es quien viene a consolidar la tipología del dominicano con esa imagen del mulato. Su pintura exalta los valores de nuestro componente negro a través de personajes y costumbres populares que asociaba con la cultura grecolatina. Esta condición, unida a una factura impecable, le ganó un lugar cimero entre quienes fueron sus alumnos en la Escuela Nacional de Bellas Artes y una ubicación protagónica en la historia del arte dominicano».

LOS INMIGRANTES

En 1939 se presenta al país «una oleada de inmigrantes europeos, la mayoría españoles, huyendo de la Guerra Civil de España, y otros judíos-alemanes y suizos y austríacos evadiendo la persecución nazi. Vinieron contratados por Trujillo, que quería crear una frontera blanca, los trajo como labradores para blanquear al país después de la gran matanza de haitianos».

Sin embargo, estos europeos «no eran campesinos, eran intelectuales, artistas, pintores, escultores y, paradójicamente, estos españoles y europeos van a concientizar a los dominicanos sobre la calidad y actualidad artística del componente negro que poseen, imbuidos, como estaban, de los postulados del arte moderno que bebía en las fuentes de África y Oceanía. Ellos valoran la belleza mulata de los criollos y pintan vendedoras, brujos y negros lunares y desorbitados».

«Crean el clima propicio para la formación de nuestras instituciones artísticas, como la Escuela Nacional de Bellas Artes y la Bienal Nacional, ambas fundadas en 1942. Manolo Pascual, Eugenio Fernández Granell, José Vela Zanetti, José Gausachs, entre otros, juegan un papel preponderante».

LOS DOMINICANOS

En la Escuela Nacional de Bellas Artes se forma el primer grupo de pintores dominicanos «que llenan la cuota en dos o tres años. Está formado por Gilberto Hernández Ortega, Luichy Martínez Richiez, Marianela Jiménez, Clara Ledesma. Son grandes artistas que tienen la oportunidad de ir a una academia con todas las de la ley. Son figuras que asumen la negritud pero ya no solo incorporando lo racial, como lo hizo Celeste, sino el factor cultural de lo espiritual, que son la magia, las creencias, toda esa cultura que subyace en el dominicano, todos los componentes del factor negro que tiene nuestra identidad», refiere Jeanette Miller, incansable, sin apuntes por delante, con la seguridad y la autoridad de sus años de enseñanza y de estudios.

«Gilberto Hernández Ortega te ofrece vendedoras brujas, negros montaños, leyendas, la naturaleza con vida, los bacás, las ciguapas, que más tarde retoman Ada Balcácer y Gaspar Mario Cruz, en la escultura, en la década de 1960, ya de una manera reflexiva y creando todo un referente de lo que es la cultura dominicana».

Este, enfatiza, «es un período clave para estudiar la identidad y la dominicanidad, cuando el dominicano se pinta a sí mismo no solo ya en el aspecto social sino cultural, espiritual, de creencias. Eso viene inmediatamente reforzado por la entrada de los lenguajes abstractos que servían para manifestarse políticamente a través de la pintura».

LA PINTURA EN EL TRUJILLATO

Un cuadro preangular es *El sacrificio del chivo*, de Eligio Pichardo. En él se ve la miseria del dominicano. Es el animal que matan en el campo, con el perro esperando y todos esos personajes con unos dientitos como serruchos, muertos de hambre, esperando que le den lo suyo, es un ritual campesino que cuando sacrifican a un animal vienen de toda la zona a que le den lo que sea, explica la escritora para introducir la pintura como denuncia del drama social y político que encarna la dictadura.

Esa obra, aduce, «es básica para señalar la entrada de una modernidad comprometida» a través del «rechazo a una situación política donde había muy pocos que vivían bien y muchos que vivían muy mal. Ese cuadro, que es preangular a todo el movimiento abstracto, se introduce en 1950, cuando comienzan los últimos diez años feroces de Trujillo, donde asesinan las hermanas Mirabal, había un control de información y persecución increíble y esa situación se manifiesta en los artistas de esa época: Paul Giudicelli, Eligio Pichardo, Fernando Peña Defilló, Ada Balcácer, Guillo Pérez, Silvano Lora, van caminando a la abstracción, unos de manera total, otros asumiendo las bases de una deformación de imagen que no sea explícita para poder decir lo que ellos quieran pero que no sea algo ilustrativo que el régimen pueda tomar de pretexto para meterlos presos o matarlos».

Ese es el grupo que, a través de la pintura, denuncia las atrocidades del régimen, reitera Jeanette Miller, y comenta: «Es un enfrentamiento lateral, indirecto, pero es un enfrentamiento porque, cuando vemos hoy *El sacrificio del chivo*, ese cuadro que incluso se considera premonitorio, porque a Trujillo le decían el chivo, y a Trujillo lo matan, Eligio lo pinta en el 1958 y gana la Bienal de ese año, estableciendo un parangón de que arte no es solo lo lindo, lo bello, arte es también aquello que es verdadero y que logra armonizar la estructura de su componente. Yo no puedo pintar hermosa una situación dramática, pero si los elementos utilizados crean una estructura armónica interna, entonces eso, como resultado, es precioso, porque es desalienante y es liberador».

23 de abril de 2000.

XXXV

Negros y mulatos en la pintura dominicana

La historia comienza a serlo, con perdón de los historiadores profesionales, cuando el artista mete su mano en el asunto.

Héctor Incháustegui Cabral.

A la caída de la tiranía de Trujillo, el 90 por ciento de los artistas plásticos se comprometió con la causa social del pueblo solidarizándose, primero con todas las demandas que inicialmente eran de libertad, después, denunciando la injerencia americana durante la Guerra de Abril y, posteriormente, exponiendo en su obra «la cacería humana» que constituyó el gobierno balaguerista de los 12 años.

Jeanette Miller continúa el recuento de esa época de ebullición en la que Ramón Oviedo, por ejemplo, «se convierte en el artista que es hoy, se manifiesta como tal, pintando vallas, pancartas, de alto contenido político. En la misma onda se colocan Silvano Lora, José Ramírez Conde, Ada Balcácer y, a su regreso de Europa, Fernando Peña Defilló, todos adscritos al grupo Arte y Liberación. «Igualmente y con una imagen de otro tipo, pero donde se veía la indefensión de los niños y de las mujeres dominicanas», figuran Cándido Bidó y Elsa Núñez.

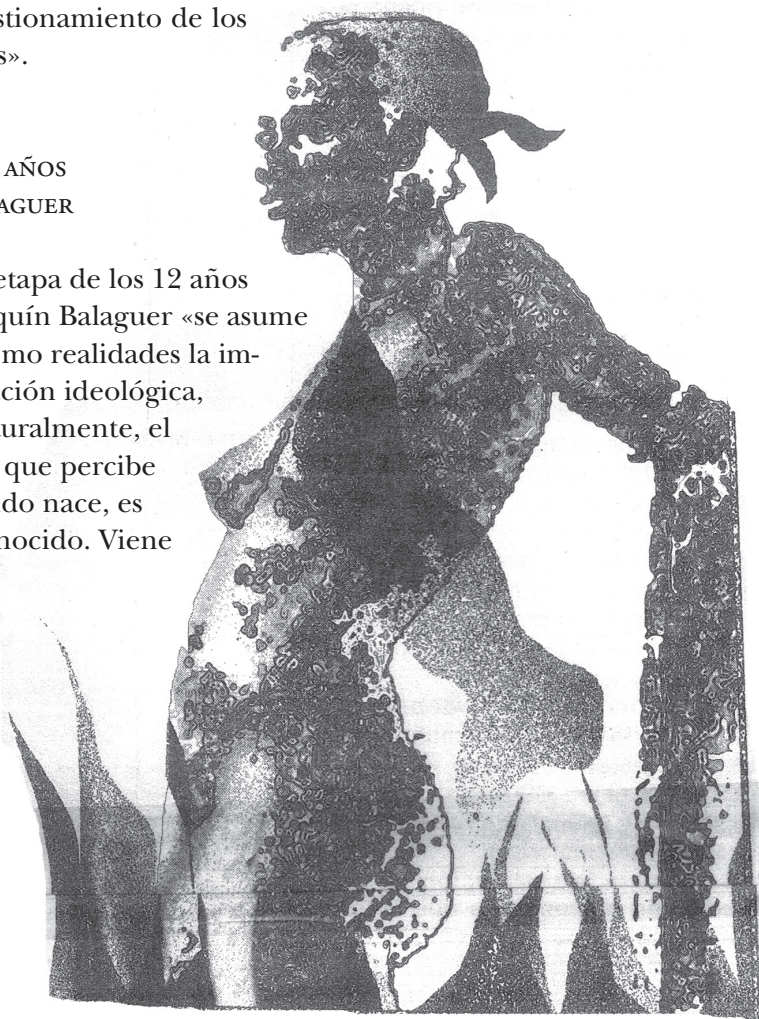
«Son distintas maneras de manifestarse, pero los que tuvieron una obra explícita e ilustrativa en relación a lo que estaba sucediendo eran Oviedo, Lora, Balcácer, Ramírez Conde. Esa fue una época muy interesante porque ahí la identidad se da través del logro de tumbar una tiranía de más de 30 años pero, inmediatamente, esa demanda

de libertad se convierte en demanda de mejores condiciones de vida para los necesitados».

La función del arte, comenta la poeta, «no es ilustrar sino desencadenar un propio proceso de liberación, de libertad, de conciencia. Tan revolucionario es un cuadro donde Ramírez Conde te pinta los muertos de la revuelta de abril y un soldado con un niño cargado, herido, como uno de Fernando Peña Defilló, completamente informalista, con una serie de chatarras y de tapitas pegadas y otros objetos donde se ve ese caos, ese sucio, esa situación de agresión por la que se estaba atravesando, y como el estilo no es lo que determina la calidad de la obra, me atrevo a asegurar que esa producción de 1960 es la que marca el paso de lo moderno, que se había asumido en los últimos 20 años, durante la década de 1940, y se afianza en el 1950, a lo contemporáneo, que ya es des-acralización, el cuestionamiento de los estudios académicos».

LOS 12 AÑOS DE BALAGUER

En la primera etapa de los 12 años de gobierno de Joaquín Balaguer «se asume como derechos y como realidades la impunidad, la persecución ideológica, con nombres. Y, naturalmente, el primer sentimiento que percibe el ser humano cuando nace, es el miedo a lo desconocido. Viene entonces toda esa etapa como de contemporización y de aceptación o de desilusión frente a una serie de propuestas en las cuales



creían los jóvenes del 60, producto de su edad y de sus ideales, que ven que la realidad que se está desenvolviendo es otra».

¿Qué hacen entonces los pintores?, se pregunta. «Comienzan a trabajar la cotidianidad: los interiores, el paisaje, las costumbres, ya como cultura. Investigan en el folklore. Un ejemplo es Ada Balcácer que retoma personajes del folklore dominicano: el bacá. Pero lo pinta como un hombre que viene, o sea, toda la fuerza física y la cara de animal, de buey, de toro o de chivo, unificando la leyenda popular con el verdadero significado. ¿Cuándo dice un campesino que hay un bacá? Es el animal, el espíritu que cuida la propiedad, y si te metes en tierras que ya están marcadas, puedes perder la vida. Es un elemento de miedo».

Esa «cacería humana la ilustra de manera terrible un cuadro de Fernando Peña Defilló que se llama *Cuerpo presente*. Es el cuerpo de un adolescente desnudo, tirado, baleado, chorreando sangre. Difícilmente quien lo vea no se sienta conmovido. Él tiene también la serie de los reos, personas presas, con su número».

Y de ese período es también, «naturalmente, la obra de Oviedo, donde encuentras herido al ser humano, apretado en nudos, saliéndose de los límites de la tela, huyendo».

No olvida la acuciosa historiadora, de espléndida fluidez, que para esos años se inició «un fuerte movimiento migratorio de personas que habían participado en esa lucha. Se van primero a Nueva York y luego se extienden hacia Venezuela, España, hasta que hoy, difícilmente haya un país con un alto nivel per cápita donde no se encuentre un emigrante dominicano».

Oviedo, en esos difíciles 12 años de gobierno balaguerista, es, por sobre los demás, «el ejemplo del hombre oprimido, perseguido en una sociedad en la que ese ser humano que viene, creyendo que el mundo se va a solucionar con salir de una dictadura, toma conciencia de que los problemas son permanentes y que el tiempo que le toca vivir es un caso de persecución indirecta, una cuestión de emboscada y un problema de mediatización para el inicio de una pluralidad económica y de un nivel ya de adquisición y de medios productivos en manos de distintas personas».

—¿Por qué fueron tan pocos los de ese período en relación con los de la tiranía de Trujillo, si los 12 años de Balaguer fueron igualmente atroces?

«Porque es un período de desencanto –y te voy a utilizar un término que es muy difícil de emplear, pero que hay que enfrentar– y de derrota. Para tú llegar a poder decir, admitir eso, tiene que haber pasado muchos años. Muchos pintores se fueron, lograron nombre fuera, luego vienen, es todo un período de mediatizaciones, en que la gente cede un poco, otros ceden más, los que no ceden se quedan atrás, no participan de las situaciones nuevas que se crean, y los más fuertes, los que tienen condiciones, aparte de su capacidad como pintores y artistas, tienen la solidez humana y cultural para decir: esto es lo que yo hago, y esto es lo que voy a seguir haciendo, y si no me lo compran, que no me lo compren, y si me matan, que me maten».

HAITIANOS, EMIGRACIÓN

Los aportes e innovaciones de la Escuela de Altos de Chavón no escapan a la magistral exposición de Jeanette Miller que destaca, a propósito, los grandes artistas instaladores, recordando a Soucy Pellerano, pionera en esta técnica, con su famoso *Maquinotrón*, «aquella escultura móvil y aquella instalación que hizo en la Plaza de la Cultura, en los años 1970, que rememoraba la muerte de Trujillo, el asesinato de las Mirabal» y a la que acompañaron en este elemento del diseño Geo Ripley, Silvano Lora, Tony Capellán.

Pero Jeanette Miller retorna a su recuento y vuelca su atención hacia los artistas que emigran en los años 1970, «como Chichí García Cordero, que vive la mitad del año aquí y la otra en París. Él pinta el movimiento de emigración, los animales, esos seres humanos animales que él pinta son las yolas que se van, los que se hunden y los miles que se ahogan».

«Belkys Ramírez ¿qué hace? Pinta la indefensión de la mujer que es, dicho sea de paso, indefensa entre los indefensos. Ella plantea la agresión a la mujer desde el espacio de su hogar hasta el espacio social, cómo no le reconocen valores, cómo es una esclava porque tiene que trabajar dentro y fuera de la casa. Las instalaciones de Belkys Ramírez te presentan una tipología de la mujer dominicana con sus características de situación social, de agresión».

Vuelve al éxodo y afirma: «El crecimiento de la salida de dominicanos del país que se inicia a partir de 1960, abre la puerta de la

entrada de haitianos. Salen los dominicanos y entran los haitianos y esa situación, queramos o no, influyó en las respuestas culturales de nuestro país y se reflejó, también, en las manifestaciones creativas, o sea, la pintura de 1980 para acá asume una serie de elementos rituales del vudú, la magia, cosas que antes no se habían visto».

No son influencias de la pintura de Haití, que se vende por calles y avenidas, aclara, «eso es artesanía». Está hablando «del elemento cultural del haitiano que vive aquí, de sus creencias, de su forma de vida». Muchos pintores criollos «ven la realidad de esa emigración y la asumen, de manera crítica o laudatoria». No obstante, Jeanette Miller advierte que «el proceso de la pintura haitiana y el de la dominicana son dos cosas completamente divorciadas y que testimonian que dos países vecinos tienen respuestas culturales completamente diferentes. Ves una pintura haitiana y sabes que es haitiana, ves una dominicana y puedes asociarla al caribe hispano».

Para la galardonada y prolífica escritora, es posible estudiar la dominicanidad a través del arte pictórico «principalmente a partir de este siglo, específicamente de los años 1930 y 1940, cuando ya hay un reflejo claro de lo que estaba pasando».

En sentido general, resume, Celeste Woss y Gil, Jaime Colson, Yoryi Morel, Darío Suro, Gilberto Hernández Ortega, Luichy Martínez Richiez, Antonio Pratts Ventós, reflejan en su obra la identidad nacional.

«Celeste es la primera que pinta la mulata, el entorno; Jaime Colson asume la negritud ya no solo como acercamiento racial sino creando una tipología del dominicano en sus diseños del mulato y del negro. Cuando Suro sale hacia México, en los años 1940, y ve el sentido monumental y el énfasis racial de la pintura dominicana, lo mete en su obra y de ese período es el negro enorme, de la cabeza raspada, la muchachita en la mecedora vestida de rosado [...]».

Yoryi Morel, continúa, «es el paisaje, el hábitat campesino. Luichy Martínez Richiez, la sexualidad, el erotismo, elementos primarios en las manifestaciones de nuestra identidad. Gaspar Mario Cruz, que no solo esculpe, unifica lo religioso con lo erótico, dándole un nivel espiritual, imbricando en su manifestación escultórica, también, las leyendas populares, Anaísa, y toda esa lectura de las creencias, de los nombres que se le da a nivel subyacente al santoral católico».

«Ada Balcácer, Peña Defilló, Oviedo y entre los nuevos García Cordero, Jorge Pineda, un excelente dibujante, pintor, escultor, que utiliza todos los medios de expresión, logrando que en cualquier espacio se pueda reconocer, identificar, quizás no solo República Dominicana sino el Caribe hispánico. Hay una increíble unión entre períodos y manifestaciones en el arte de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico».

Porque, a juicio de Jeanette Miller, aún no hay una identificación de la pintura dominicana. «Le hemos dado nuestra modalidad, nuestro propio tratamiento, aunque ya hay un grupo de artistas que sí se reconocen como dominicanos, como Jaime Colson, de gran proyección internacional. Y no es porque no tenga las condiciones para ser reconocida, sino porque no hay difusión, incluso entre nosotros mismos».

Pero se puede conocer la historia nacional por medio de esa expresión. Ubicar el sentido de la identidad, manifiesta Miller. «Creatividad e identidad son elementos muy unidos y, naturalmente, identidad y dominicanidad también están unidos. Esto crea una cadena de elementos mediante los cuales es posible, abriendo un panorama histórico del arte nuestro, ir viendo también cuál ha sido el comportamiento económico, político, social de nuestro país. Porque, el quehacer artístico refleja de una manera o de otra, lo que ha estado sucediendo en cada época».

25 de abril de 2000.

XXXVI

El *tíguere*: un personaje dominicano

¡Tíguere! Tú eres el ser social excomulgado que nunca ha ido a la escuela. Tíguere, tú casi no tienes apellido.

Francisco Domínguez Charro.

Para comenzar a conocer al dominicano, hay que conocer al *tíguere*. El *tíguere* ha sido el personaje típico dominicano por excelencia. Desde la declaración de la Independencia nacional de 1844 —o quizás desde mucho antes— no había surgido un ser social cuya conducta y psicología impregnaran sobremedida a la sociedad dominicana.

Tanto ha impactado esta típica figura en los sentimientos de hembras y varones, que «en el fondo de la psicología de muchos dominicanos, hay un *tíguere*. Y si no, residuos de haber querido serlo, y hasta de haberlo simulado».

Lipe Collado, comunicador social, escritor, profesor universitario, cuentista, novelista, ensayista pero sobre todo, tigueroólogo por estudios y experiencias, hace la consideración en torno a este personaje tan dominicano como el mangú, cuya contraparte es el pariguayo.

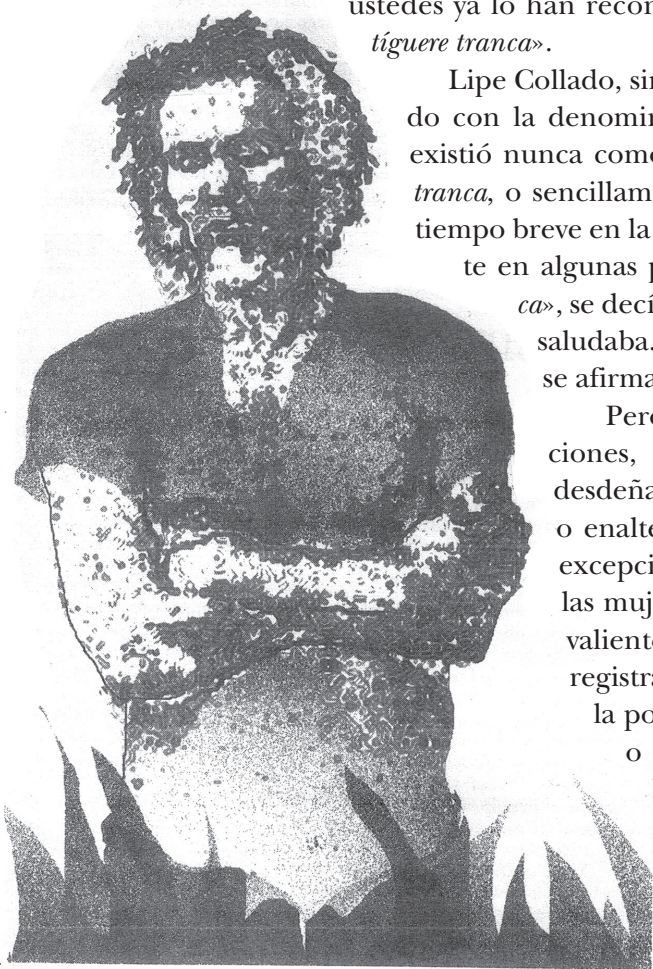
Aunque por respeto a la pureza del idioma algunos escriben, y le llaman tigre, al igual que se le denomina en Cuba, pero para calificar al bandolero, el de aquí es el *tíguere*, menospreciado, rechazado e insultado por unos, admirado, reconocido e imitado por otros debido a sus éxitos logrados en base al *ayante*, a sus poses y vestuario, al tono especial de su voz o a sus singulares cuadre, postura y forma de caminar.

Collado, quien ha dedicado más de la mitad de su vida a estudiar al *tíguere*, explica el calificativo, «equivalente a un reconocimiento», a veces, si no, «a una imputación».

No se ha extinguido el *tíguere* que existe en la conciencia de casi todos los nativos pues, a pesar de que está un poco lejana la época de su mayor esplendor, Lipe Collado asegura que permanece en toda la sociedad, a través de su psiquis. Es una herencia a la que los hijos no pueden resistirse, comenta. «Tiene variadas definiciones, dependiendo de sus especialidades: *tíguere bimbín*, *tíguere cinturita*, *tíguere gallo*, *tíguere ranquiao*, *tíguere ayantoso*, *tíguere aguajero* [...]». El reconocido costumbrista Mario Emilio Pérez agregó otro calificativo: el *tíguere tranca*. En una de sus «Estampas dominicanas», escribió: «[...] obsérvelo. Está parado en la esquina formada por la avenida Duarte y la calle Barahona. Da vueltas a un llavero. Luce un pantalón estrecho, tan ceñido a su cuerpo [...]. De seguro que ustedes ya lo han reconocido. Efectivamente. Es el *tíguere tranca*».

Lipe Collado, sin embargo, no está de acuerdo con la denominación. «El *tíguere tranca* no existió nunca como ser social. La expresión *la tranca*, o sencillamente *tranca* sí se usó por un tiempo breve en la ciudad capital y posiblemente en algunas provincias. «Yo soy una *tranca*», se decía. «¿Qué dice esa *tranca*?», se saludaba. «Ese hombre es una *tranca*», se afirmaba.

Pero con sus variadas designaciones, vilipendiado o respetado, desdeñado o apreciado, rebajado o enaltecido, el *tíguere*, ese hombre excepcional que hoy remedan hasta las mujeres confesando con aire de valiente: «yo soy un *tíguere*», aparece registrado en la historia política, en la poesía social, en cuentos viejos o contemporáneos, en novelas, artículos periodísticos, en el discurso político o el



expediente policial, en las memorias de los diplomáticos acreditados en el país, en el recuerdo de turistas extranjeros.

Porque como Lipe Collado, todos entienden que «el *tíguere* es la expresión del ser dominicano». No es posible, entonces, marginarlo del tema de la identidad. El poeta Francisco Domínguez Charro lo saluda como el «raro mesías destartalado» en su poema «Tíguere».

Tíguere

Tú casi no tienes apellido,
en tu cima proletaria
nadie supo el estigma
de tu paternidad.

Pero tú eres un ciudadano
y tienes tu cédula personal [...].

Tíguere, ven, vamos al puerto tú y yo
en esta medianoche de silencios,
déjame oír tu voz:
muy bajo –entre mil siluetas–.

Cuéntame la historia de tu malignidad
dime tu nombre, tú eres el *tíguere* «tal»
dicen los marineros que te llamas «Brimolque»
pero dime, Brimolque, qué más?
¿Y cuántos *tígueres* natos
tiene la cofradía de tu hermandad?

¿Hay anales abiertos a la tiguitería nacional? [...]

Y lo incluyen en sus producciones literarias René del Risco Bermúdez, Manuel Rueda, Rafael Damirón, Enrique Aguiar, Pedro Vergés, Fermín Arias Belliard. John Bartlow Martin, ex embajador de Estados Unidos en el país lo estudia y lo describe en sus memorias y el expresidente Lyndon B. Johnson citó a los «tigres dominicanos» en un discurso en la Casa Blanca durante la contienda bélica de Abril de 1965. Todas esas informaciones las conoce y maneja Lipe Collado que no se cansa de estudiar al *tíguere* de este territorio, el de Villa

Francisca o de Villa Consuelo, el de Borojol o el de Galindo, el de Ciudad Nueva o el la calle Abreu.

«Siendo la acción, el arrojo, parte de su naturaleza y razón de supervivencia, el *tíguere* juega un papel exitoso y digno de admiración durante las jornadas políticas y revolucionarias y luego de estas sufre una contradicción frustratoria: los tigueres son automáticamente dejados de lado», señala el escritor.

Así, recuerda algunos que sobresalieron durante el conflicto armado de 1965 que «alcanzaron expresión máxima en las calles y hasta hubo comandos armados integrados por verdaderos *tigueres*, líderes naturales barriales, como el denominado Comando de Los Rolitas de San Carlos: Rafael Guillén y Nene Rolita, el primero de los callejones y patios de Villa Consuelo –de los *tigueres* de Villa– y el segundo salido de San Carlos [...]. Se ocupaban de toda la defensa de una franja importante de San Carlos».

UN LÍDER

Porque el *tíguere*, agrega Lipe Colado, «se constituyó en un líder, en una expresión social. Surgió de la calle, del patio, de la lucha en la vida diaria. Viene de los estratos más bajos de la población y logra el liderazgo, es remedado, y muchos quieren ser como él y esa remedación se extiende a todo el país».

Hay en el *tíguere*, según el profesor universitario, «algo singular. En ese ser social que es el *tíguere*, hay mucho del dominicano. Es una expresión psíquica del pueblo dominicano». Lo describe «repentista, indisciplinado. Por el tipo de vida que ha llevado, para él la mentira es una necesidad; aunque, aclara que el ser mentiroso no es característica exclusiva del *tíguere* sino «del dominicano en general, y al ser mentiroso, es chismoso».

El *tíguere*, prosigue, «es un ser comunicativo, expresivo, alegre. Su alegría la expresa principalmente a través de la bebida, en la fiesta, y fundamentalmente en el canto. Todos los dominicanos cantan, todos los alemanes no cantan. Y pitan. Hombres y mujeres en la calle van caminando y van pitando y de repente ¡chistan las manos! Es que oyeron algo que les gustó, o recordaron una melodía y comienzan y la cantan y hasta dan su paso. Ese es un aspecto de identificación del dominicano».

Collado define también al *tíguere* como «un individuo con una psicología que tiene una ley principal: salir bien parado en cualquier situación. Él no escatima recursos ni armas. Se vale de la mentira, la fuerza bruta, la simulación, todo lo que sea posible». Tanto la palabra *tíguere* como el personaje en sí, eran del dominio y uso populares a principio de la tiranía trujillista, de lo años 1930, dice. Empero, sitúa su gestación a finales de los años veinte.

El *tíguere bimbín* «es un bullanguero, aspavientos, fácil de engañar y de vencer, sin condiciones para estar entre los *tígueres* y salir a paso en las situaciones difíciles». El *tíguere cinturita*, es mujeriego y muy bailarín. Experto bailador de son, danzón y merengue, de buen vestir, inclinado a usar joyas y valiente como *tíguere* al fin. Dotado de una labia insuperable, se ufana del número de mujeres entre sus redes amorosas. Su calificativo de cinturita le viene de la época en que usaba la ropa pegada al cuerpo y la correa muy apretada. Exhibicionista, se ocupaba de ejercitarse y se enorgullecía de su sexo».

El *tíguere gallo*, continúa Lipe, es el más genuino de los *tígueres*, dispuesto siempre a la bronca, a la lucha, a la violencia. Se inclina por la bebida y no es amigo del trabajo duro y para él, «todos los trabajos son duros». El *ranquiao* es cualquiera de los anteriores, que logra escalar social y económicamente por encima de los *tígueres*. Es un triunfador. «*Ranquiao* le viene del *ranting* de los diez primeros lugares del béisbol».

«El *ayantoso* es aquel que usa el ayante, la adulonería para halagar o dormir a la persona que posiblemente será objeto de su engaño» mientras que *aguajero* es aquel que hace aspavientos sin llegar al fondo del asunto, sin demostrar en sí qué pretende, qué anuncia y qué hace. Intenta algo sin el propósito real de hacerlo».

Dice el periodista y estudioso del *tíguere* que este personaje «ha cambiado» según las transformaciones de su entorno físico y social. «El medio ambiente del *tíguere* fue en cierto modo subvertido con las nuevas construcciones, los desalojos, las nuevas calles, la irrupción de la política, el surgimiento de un nuevo liderazgo de la calle, de la pelea, de la lucha por la vida diaria. Pero lo que casi le da el jaque mate al *tíguere* tradicional, agrega, es la Guerra de Abril de 1965. El *tíguere* se dispersa, en gran medida emigra a Estados Unidos y otros logran posiciones incluso empresariales en el campo de la política».

«*Tígueres* que eran de San Carlos, Villa Francisca, Borojol, de Villa Consuelo –que ser *tíguere* de Villa Consuelo era ser casi un matador– hoy son dirigentes de partidos políticos, del PRD, del PRSC y uno o dos del PLD».

Aclara que no todo el *tíguere* tiene conformación delincuencial y hasta se molesta cuando a un maleante le llaman *tíguere* y no sencillamente delincuente, aunque admite que hay y hubo *tígueres* con esa conducta.

—¿El «*tíguere* convencional» ha encontrado sustitutos?— «Desde luego. Es que la psicología del *tíguere* ha impregnado a toda la sociedad dominicana. Permanece a través de su psiquis pero ya no es el *tíguere* tradicional. Su nido fue destruido, además, surge en la República Dominicana un sistema de dominio político que es denominado el estado recinto mediante el cual las fuerzas policiales y militares penetran todas las actividades, todas las instituciones. Muchos de ellos fueron incorporados a los institutos armados o comenzaron a ser controlados directa o indirectamente. Otros fueron a la cárcel, o a la tumba».

Enfatiza como aspecto a favor del *tíguere* que los de la vieja generación «solo en casos excepcionales incursionan en la droga. O sea, el perfil delincuencial no llegaba hasta ahí». No lo considera necesariamente un maleante pero admite que los hubo y los hay, «porque el *tíguere* conforma su psiquis en la calle, es graduado en la universidad de la vida».

Ofrece diversas conjeturas en torno a la palabra que define este ser y manifiesta que ser llamado *tíguere* puede ser un elogio o un desprecio. «El hombre, incluso, se siente orgulloso en ciertos niveles y momentos si le dicen *tíguere* pero si no, reacciona: ¿por qué usted está diciendo que yo soy un *tíguere*? Porque en ocasiones se le encara su condición de engañador, estafador, ya que el *tíguere*, para sobrevivir, tenía que hacer de todo».

«Ahora, te voy a decir: en términos generales, el hombre dominicano mientras más psiquis de *tíguere* tiene, más envuelve a la mujer, más la engaña, porque él tiene una escuela, se ha graduado en eso que forma parte de su orgullo». En ese sentido, indica, «el muelú es un *tiguerazo*».

Considera que en la República Dominicana «aquel individuo que no tiene la psiquis de *tíguere* o por lo menos no se la ha aprendido,

no tiene éxito en las actividades que pueda desarrollar. Tiene que ser un *tíguere* de Borojol, como Corporán de los Santos, de Villa, como Johny Ventura, de Ciudad Nueva, se puede decir, como Freddy Beras Goico».

EL PARIGUAYO

La contrapartida del *tíguere* es el *pariguayo*. «Las canciones mexicanas que tienen mucho lamento, ay, ay, ay, se denominan guayes. Un individuo que se lamenta mucho, sin carácter, de pocas condiciones reales para enfrentar las adversidades y los retos es un *pariguayo*, es un «pari», que equivale a igual, y «guayado», amigo del uso abusivo de los guayes, de los lamentos». Viene chocando con todo y mientras el *tíguere* es una expresión urbana, el *pariguayo* es la expresión del ser social del campo, venido a la capital».

«Todo le sale mal porque no tiene condiciones para poder salir a paso en la lucha por la vida, en la calle, en la casa, en la empresa, donde quiera que sea».

Mario Emilio Pérez dice de él: «El *pariguayo* por lo general proviene de las zonas rurales. Por eso los trancas acostumbran llamarle «campesino *embullao*».

26 de abril de 2000.



XXXVII

El dominicano expresa las culturas que lo formaron

Seguramente, los dominicanos heredamos de España nuestro empeño en criticar y despreciar todo lo nuestro.
Carlos Dobal.

El brillante historiador, escritor, educador y académico doctor Carlos Dobal asegura que «muchas de las facetas negativas atribuidas al factor negro o al factor taíno en la idiosincrasia dominicana, tales como la agresividad, la tristeza y la desidia, nos las legaron los españoles». Parece que ese patrimonio permanece entre algunos representantes de la intelectualidad nacional pues, a pesar de que un considerable número de estudiosos de la conducta ha rectificado sus apreciaciones negativas en torno al dominicano, todavía hay profesionales que sostienen los viejos conceptos que presentan al criollo como haragán, vago, agresivo, triste, violento, murmurador, chismoso, interesado, extranjerizante, ladrón, incestuoso, pesimista, paranoico, desconfiado, corrupto, incapaz, inculto, cruel... Generalizan sus criterios extendiéndolos al conglomerado total sin tomar en cuenta que, en todas las sociedades, el comportamiento de sus integrantes es variable. No han considerado que el ser humano evoluciona con los tiempos. Mantienen viva la imagen del campesino sentado en una hamaca, para justificar su pereza.

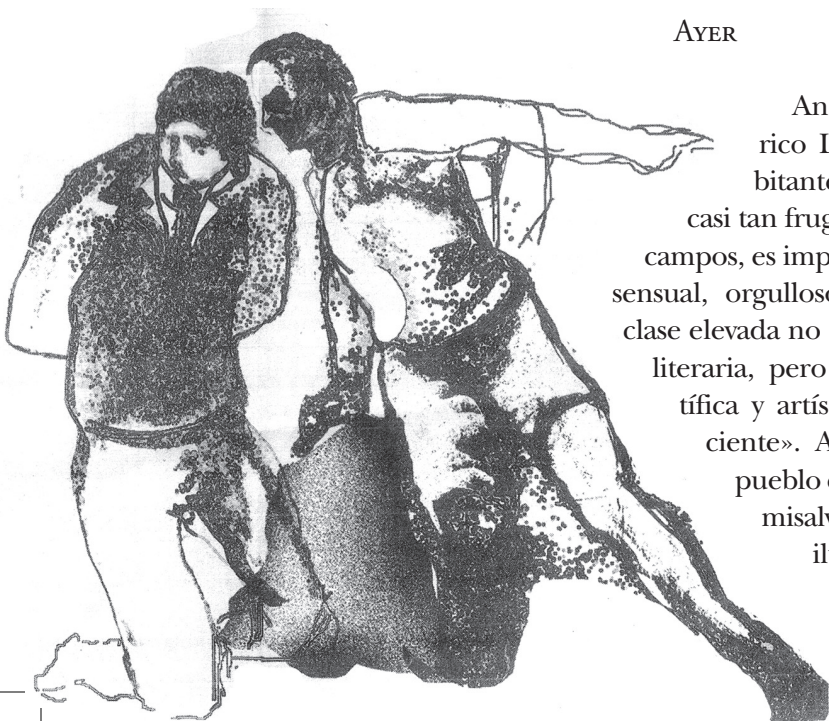
Pensadores de generaciones pasadas entre los que están Pedro Francisco Bonó, Américo Lugo, José Ramón López y más recientemente Juan Bosch, revisaron sus antiguas evaluaciones, reconociendo en el nativo cualidades en las que pocos habían reparado como la

solidaridad, el amor por el trabajo, la responsabilidad, la defensa de la soberanía, la espontánea condición de unirse ante crisis y grandes retos y hasta la singular condición de convocatoria para celebraciones festivas. El dominicano es ingenioso, creativo, alegre, hospitalario, ocurrente, disciplinado, trabajador, honrado, reiteraron profesionales consultados para esta serie aunque reconocen, que hay excepciones, como ocurre en todo grupo humano.

De todas las cualidades aplicadas al dominicano es probable que se mantengan inalterables, por ejemplo, su escasa alimentación, que no solo obedece a hábitos ancestrales sino a la situación insuperada de pobreza. Porque, según las investigaciones realizadas por expertos en nutrición, las clases económicas pudientes han mejorado sus hábitos alimenticios, tomando muy en serio, sobre todo, la necesidad de un abundante desayuno. El común de los dominicanos de clases media y baja, por el contrario, sale diariamente hacia el trabajo con apenas una taza de café en el estómago. Tampoco parece haber cambiado el comportamiento de la dirigencia política. Descripciones formuladas en el siglo pasado, lucen como si hubiesen sido pronunciadas hoy, juzgando al liderazgo presente. La corrupción que fue preocupación de antepasados, sigue siendo una constante.

AYER

Antes opinaba Américo Lugo que «el habitante de las ciudades, casi tan frugal como el de los campos, es imprevisor, perezoso, sensual, orgulloso y violento. La clase elevada no carece de cultura literaria, pero su cultura científica y artística es muy deficiente». Afirmaba que «el pueblo dominicano es semisalvaje, por un lado, ilustrado, por el



otro, en general apático, belicoso, cruel, desinteresado. Organismo creado por el azar de la Conquista, con fragmentos de tres razas inferiores o gastadas».

Moscoso Puello entendía que «la atmósfera de este país no es propia al desarrollo superior de los espíritus». No confería al criollo amor por la Patria. Decía: «su falta de patriotismo es notoria. Por lo menos, de ese patriotismo que no consiste en la defensa instintiva del solar nativo. Me refiero al patriotismo que consiste en crearle una personalidad a la Patria. De este patriotismo no tiene nada. Y del otro, solo es evidente cuando se trata de arrojar del territorio a los haitianos, nuestros simpáticos vecinos, que han tenido, por lo menos, el honor de producir a Toussaint Louverture, negro casi genial».

Prácticamente, consideraba estúpidos a los criollos. Decía: «A pesar de nuestra inteligencia tan decantada, somos unos ineptos. No tenemos concepto de nada. Nos hemos independizado pero continuamos siendo una colonia. Por idiosincrasia no hallamos bueno sino lo que nos viene de fuera. Adoramos a los extranjeros que nos explotan de una manera sistemática, sin que nos demos cuenta de ello, o sin que nos importe».

José Ramón López atribuía al ayuno del dominicano «todas nuestras culpas» y definía al poblador de esta tierra como «raza de ayunadores que vegetan sin higiene, presa de las enfermedades, que a causa de su imprevisión, su violencia, su doblez, son por lo general incestuosos, jugadores, alcohólicos, ladrones y homicidas».

Casi todos los juicios sobre el dominicano fueron negativos de parte de la intelectualidad autóctona del ayer que encontraba miles justificaciones a personalidades tan defectuosas. El doctor Antonio Zaglul, que en tiempo más reciente consideraba al dominicano paranoico, «caracterizado por la frustración», desconfiado, ignorante, desnutrido, malhumorado, depresivo, trágico, escaso de cerebro, imbuido del «complejo de Guacanagarix», atribuía todas estas condiciones a que la historia nacional ha estado caracterizada por la opresión «del poderoso mandamás sobre las clases económicas pobres» y cargada de dictadores y traidores como Santana, Báez, Liliés y Trujillo, al igual que a «nuestras penurias con el Descubrimiento». Este rosario de descripciones tan nefastas fue tal vez lo que llevó al propio Moscoso a afirmar que «el dominicano es el enemigo más poderoso que tiene el dominicano».

VOCES OPTIMISTAS DEL PASADO

Hubo, sin embargo, opiniones más felices sobre el dominicano, en la misma época en que se emitían opiniones tan téticas. Pedro Francisco Bonó manifestaba que «el dominicano es gran trabajador, su esfuerzo muscular llega a tan pujante altura como el pueblo que más, solo le falta que medidas insensatas no obstruyan de continuo la legítima aspiración de su trabajo». Para el notable sociólogo, «nuestro gran mal» era la corrupción, «mal que nos circunda, nos penetra y nos tiene bien cerca de la muerte, mal que causaría la desaparición de nuestra nacionalidad si no procuramos contenerla y corregirla pronto y radicalmente».

Rafael Justino Castillo, por otro lado, escribía: «no es la violencia uno de los caracteres del campesino dominicano; si lo fuera, no hubiera sido durante más de medio siglo lo que ha sido: el soldado de la libertad y de la patria cuando por ellos ha sido preciso combatir, y el desheredado de la libertad y de la justicia después que por él ha sido libre la patria y que por la justicia ha derramado su sangre. ¿Qué se ha hecho del 44 a la fecha por mejorar la condición intelectual, moral, política y social de nuestros campesinos? Absolutamente nada. Se ha explotado su ignorancia en materia de religión, como en política, en lo moral como en lo económico. Si de 1844 acá los hombres que han tenido a su cargo la gestión de los intereses generales de la sociedad hubieran cumplido con su deber, muy distinta de lo que es sería la condición de los campesinos dominicanos».

En cuanto a lo deficiente de su comida, argumentaba: «¿No hay habitantes de las ciudades que comen bien y son imprevisores, violentos, dobles y aún algo peor que todo eso?», añadiendo que «no hay una moralidad especial, propia de la gente mal alimentada». Sobre la supuesta imprevisión del dominicano significaba que «es la cualidad propia no de la gente que come poco, sino de la que piensa poco o mal».

EL POLÍTICO

«La política es muy peligrosa. Y los líderes son señores de horca y cuchillo. Hacen y deshacen en sus comunes y regiones respectivas. Para recoger favores de la administración, hay que estar cerca del líder, en una palabra, estar con él. El tal líder es, en la mayoría de las veces, un

sinvergüenza de marca mayor. Ofreciendo empleos, hablando mentiras, haciendo favores [...] logra rodearse de un grupo que le sigue, le adula, le protege a veces y le crea una aureola de poder que él, a su vez, explota con el líder máximo, que es el árbitro de la República».

«Los líderes dominicanos son verdaderamente singulares. Vale la pena venir a verlos aquí en su campo de acción. ¡Qué divertidos! ¡Qué deliciosos! Puestos en una jaula causarían la admiración del mundo. No se los quiero describir, me da vergüenza. El líder dominicano es un muñeco descarado, que ha perdido toda noción de respeto a los demás, embustero, chismoso, embaucador, pícaro, hipócrita, cobarde, ignorante, audaz, ladrón, sensual y vengativo. Ya se explicará usted por qué causa los he comparado con las mayores calamidades del trópico. No he exagerado». Estas reflexiones de Moscoso Puello son, en esencia, las mismas que sobre el político vernáculo ha externado apreciable cantidad de estudiosos de esa clase.

Tulio M. Cestero describe mañas y fraudes electorales: «Votaron las tropas, primero de uniforme, después de paisanos. A los campesinos se les afeitaba, y travestidos, cambiaban de nombre para sufragar dos veces y hasta tres en un colegio, amén de repetir en San Carlos y Pajarito. Se les conducía en rebaños, y en las propias barbas de las comisiones fiscalizadoras les sustituían los votos». Ponía en boca de un personaje de su novela *La sangre*, ambientada en época de Ulises Heureaux: «Señores, las elecciones son libres, pero al que no vota por el compai Lilí le trozo la cabeza».

Hoy

La doctora Josefina Zaiter, al exponer lo que entiende podrían ser tendencias en el comportamiento social dominicano de los últimos años, destaca en el criollo «una rica creatividad en amplios sectores de la población en cuanto a resolver problemas de su vida diaria, de su cotidianidad» que implica «la búsqueda de respuesta a la sobrevivencia».

El chiripeo, el motoconcho, la fabricación de artefactos para preparar alimentos con resistencias de planchas, a falta de leña, carbón, electricidad y gas propano; la preparación de antenas de televisión con esqueletos de sombrillas, varillas o poncheras... «Hay una disposición en sentido general en la población dominicana de no

quedarse detenidos, estancados, sino que avanzan hacia la búsqueda de posibles soluciones».

Aclara que «no podemos hablar del dominicano ni de dominicanidad como un todo homogéneo porque la realidad social dominicana está atravesada por las diferencias de condiciones de clase que marcan, incluso, formas de asumir la vida, de explicar la realidad». Agrega que «las tendencias en la expresión de los dominicanos están sometidas o relacionadas con situaciones históricas». Como la distinguida profesional piensan muchos otros estudiosos de la identidad nacional.

Manuel Rueda, quien no admite que el dominicano sea considerado violento, expresa: «Lo dominicano, o para ser más cuidadoso, «el dominicano», se me presenta como un ente variable que, según el lugar o el tiempo en que vive, reacciona de manera diferente, a pesar de los esfuerzos que hacemos por encontrarle aspectos unificadores que le den cohesión a una tipología peculiar dentro de la diversidad de los pueblos americanos».

Agrega que «a pesar de las agudezas y de los malentendidos que en torno a él se han tejido, sigue siendo el ser elusivo que fue desde la Colonia, ser contradictorio que ha exhibido heroísmo y virilidades, al mismo tiempo que ha incubado indecisiones y amarguras, debilidades que lo han arrojado desde el campo de batalla a las pacificaciones del surco. Trabaja, se esfuerza, ama. Se divierte [...]. Yerran quienes asimilan excesos e intemperancias al carácter de los hijos del trópico. El sol de nuestras tierras, a fuer de hiriente, es aquietador. La pasión se enciende en lo más hondo, pero el hombre es manso en la superficie, se expresa señorialmente, casi con lentitud, y su habla es pocas veces descompuesta».

Agrega que «la pereza del dominicano ha sido tema de grandes pensadores nuestros y yo estoy en desacuerdo con ellos porque, si uno ve el arte, la artesanía del dominicano, la agricultura, el manejo de la tierra, cómo se gana la vida el dominicano, jamás puede imaginarlo haragán».

Sostiene que «antes que tratar de entenderlo, a nuestro hombre hay que sentirlo en la sangre, con todas sus contradicciones, asimilar su carácter por medio de la cotidianidad y las vivencias compartidas. Solo de esta manera el que se le aproxime sentirá, en el rescoldo de su lumbre, la intensidad de las fuerzas que alumbran en su interior».

27 de abril de 2000.

XXXVIII

La identidad dominicana o el eterno laberinto

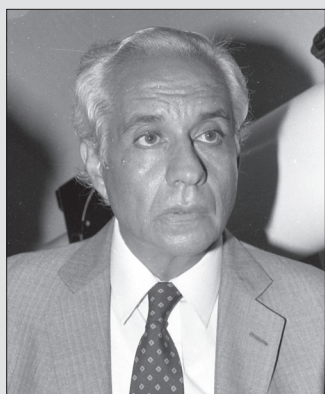
Algún día, cuando las generaciones dominicanas del presente, caducas, decrepitas, enfermas e inhibidas, yazcan en el polvo de los caminos inútiles, por encima de las cabezas prosternadas, por encima de la masa vencida, se adelantarían las nuevas generaciones, sanas de cuerpo, limpias de espíritu, fuertes de intención y de voluntad, listas a crear un mundo nuevo sobre los vicios que ahora estamos acumulando.

Rafael Augusto Sánchez.

Desde el siglo pasado, la identidad nacional, el dominicano, la dominicanidad, han sido motivo de estudio de profesionales de las áreas más diversas del conocimiento. Cada uno se forjó una idea del criollo conformando rasgos que lo han caracterizado y, pese a nuevos estudios y evaluaciones de generaciones más recientes modificando criterios, se han mantenido estáticos, como propios de la población en general. Entre los más antiguos pensadores de la identidad del dominicano se destacan, entre otros, Antonio Sánchez Valverde, Américo Lugo, F. E. Moscoso Puello, Pedro Francisco Bonó, Federico García Godoy, Pedro Pérez Cabral, Francisco Gregorio Billini, Juan Antonio Alix, José Ramón López, Juan Bosch, Joaquín Balaguer, Federico Henríquez Grateraux, Manuel Arturo Peña Batlle, Ramón Marrero Arísty, Harry Hoetink, Federico Henríquez y Carvajal, Rafael Justino Castillo, entre otros.

Al margen de sus concepciones, la historia nacional tiene en ellos a los más dignos representantes en el difícil empeño de definir la nación, sus gentes, sus costumbres y actitudes en ánimo de que se modifiquen ancestrales incorrectos hábitos y conductas.

Para revisar viejos conceptos en torno a la identidad nacional, al dominicano y sus posibles características, *Hoy* encontró generosa disposición en los intelectuales que ilustran estas páginas.



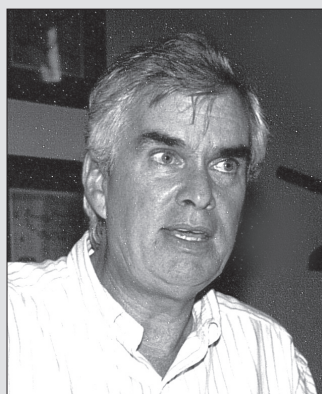
Abelardo Jiménez Lambertus.



Andrés L. Mateo.



César Mella.



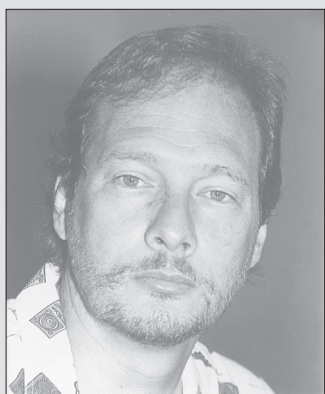
Fernando Ferrán.



Fernando Sánchez Martínez.



José Alcántara Almánzar.



Geo Ripley.



Haydeé Rondón.



Hugo Mendoza.



Irene Pérez Guerra.



Jeanette Miller.



José Joaquín Pérez Savinón.



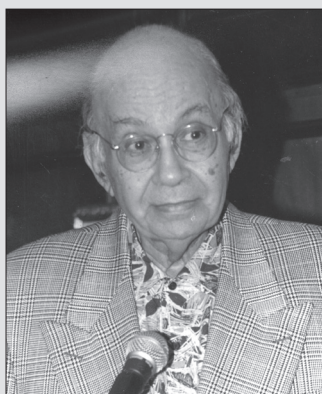
José Ramón Báez Acosta.



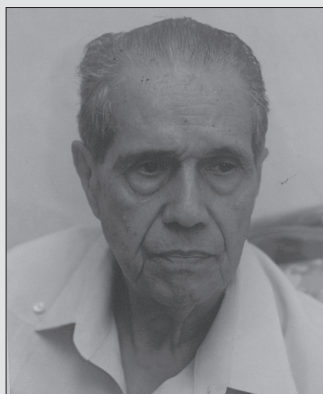
Josefina Zaiter.



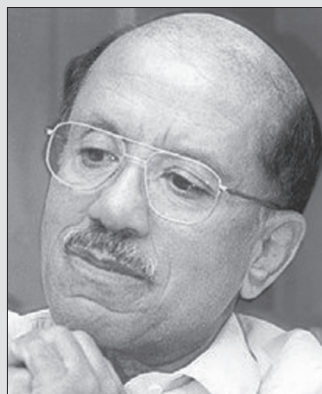
Lipe Collado.



Manuel Rueda.



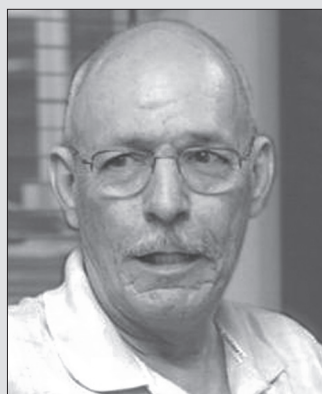
Mariano Lebrón Saviñón.



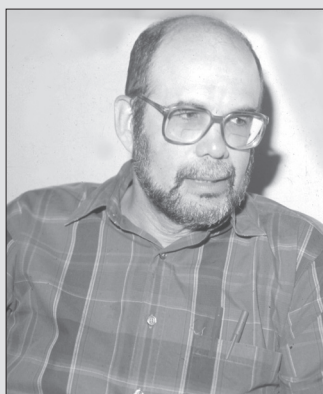
Mario Emilio Pérez.



Mu-Kien Sang Ben.



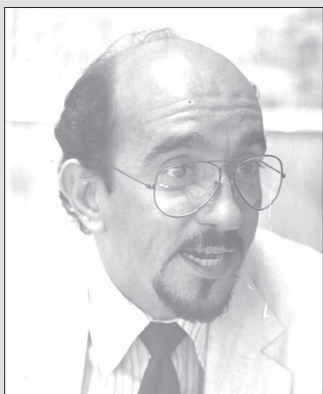
Pedro Conde Sturla.



Roberto Cassá.



Rolando Tabar.



Teófilo Barreiro.



Víctor Villegas.



Frank Marino Hernández.

Bibliografía

- Alcántara Almánzar, José. *Antología de la literatura dominicana*. Santo Domingo, 1972.
- Alfau Durán, Vetilio. *Antología de Américo Lugo*. Santo Domingo, 1949.
- _____. *Ideario de Duarte*. Santo Domingo, 1998.
- Alix, Juan Antonio. *Décimas*. Santo Domingo, 1969.
- Báez Acosta, José Ramón. *Prontuario psiquiátrico*. Santo Domingo, 1997.
- Balaguer, Joaquín. *La isla al revés. Haití y el destino dominicano*. Santo Domingo, 1987.
- _____. *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»*. Santo Domingo, 1988.
- Bosch, Juan. *La mañosa*. Obras Completas, tomo I. Santo Domingo, 1989.
- _____. *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*. Obras Completas, tomo IX, Santo Domingo, 1993.
- Cestero, Tulio Manuel. *La sangre*. Santo Domingo, 1975.
- Coopersmith, J. M. *Música y músicos de la República Dominicana*. Santo Domingo, 1974.
- Collado, Lipe. *El tíguere dominicano*. Santo Domingo, 1992.
- Cordero Michel, José. *Análisis de la Era de Trujillo. Informe sobre la República Dominicana 1959*. Cuarta edición, Santo Domingo, Editora Universitaria UASD, 1975.
- Curiel, Ochy. «Las mujeres afrodominicanas: Interrelación de las variables género, etnia y clase. Una visión feminista». *Ciencia y Sociedad*. Santo Domingo, octubre-diciembre, 1988.

- Dobal, Carlos. «Presencia de la Iglesia en la cultura dominicana». *Eme-Eme*, vol. XV, Núm. 81, Santiago de los Caballeros, septiembre-diciembre, 1988.
- Dubert, Ramón. *¡Aprende a defender tu fe! Ante las sectas*. Santiago, 1994.
- «Antología poética». *Enciclopedia Dominicana*. Tomo VIII. Santo Domingo, 1976.
- Ferrán B. Fernando I. «Figuras de los dominicanos». *Ciencia y Sociedad*. Santo Domingo, enero-marzo, 1985.
- García Godoy, Federico. *Rufinito, Alma dominicana, Guanuma*. Santo Domingo, 1974.
- García Lluberes, Leonidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, 1964.
- Gimbernard, Jacinto. *Historia de Santo Domingo*. Santo Domingo, 1969.
- Guerrero, Manuel de Jesús. *El machismo latinoamericano*. Nueva York, Plus Ultra Educational Publishers, 1977.
- Henríquez Gratereaux, Federico. «Del pesimismo dominicano». *Ultima Hora*. Santo Domingo, septiembre 1974-febrero 1975.
- _____. «Negros de mentira y blancos de verdad». *Eme-Eme*, Santo Domingo, Núm. 81, septiembre-diciembre, 1988.
- Henríquez y Carvajal, Federico. *Nacionalismo*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.
- Henríquez Ureña, Pedro. *El Español en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1925.
- Hernández, Julio Alberto. *Música tradicional dominicana*. Santo Domingo, 1975.
- Hoetink, Harry. *El pueblo dominicano: 1850-1900 (Apuntes para su sociología histórica)*. Santiago de los Caballeros, 1985.
- Incháustegui Cabral, Héctor. *El pozo muerto*. Ciudad Trujillo, 1960.
- _____. *De literatura dominicana siglo veinte*. Santo Domingo, 1973.
- Jiménez Sabater, Max. A. *Más datos sobre el español de la República Dominicana*. Santo Domingo, 1975.
- Jorge Morel, Elercia. *Aportación a la Geografía Lingüística del Caribe en Hispanoamérica*. Santo Domingo, 1974.
- José Cordero Michel: *Un intelectual comprometido*. Santo Domingo, INTEC, 1989.
- Julia, Julio Jaime. *Antología de Américo Lugo*. Tomo I. Santo Domingo, 1976.
- Landolfi, Ciriaco. *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana*. Santo Domingo, 1977.

- Larrazábal Blanco, Carlos. *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1975.
- Lizardo, Fradique. *Instrumentos musicales indígenas dominicanos*. Santo Domingo, 1975.
- _____. *Metodología de la danza*. Santo Domingo, 1975.
- _____. *La canción folklórica en Santo Domingo*. San Cristóbal, 1958.
- _____. *Danzas y bailes folklóricos dominicanos*. Santo Domingo, 1975.
- Lockward, George A. *El protestantismo en dominicana*. Santo Domingo, 1976.
- López, José Ramón. *La alimentación y las razas*. De *El gran pesimismo dominicano*. UCM, Santiago, 1975.
- Lluberes, Antonio, S. J. *Breve historia de la Iglesia dominicana, 1493-1997*. Santo Domingo, 1998.
- Mir, Pedro. *Tres leyendas de colores*. Santo Domingo, 1984.
- Moscoso Puello, F. E. *Cartas a Evelina*. Santo Domingo, 1974.
- Paniagua, Alejandro. *Los dominicanos (sexo y otros ensayos)*. Santo Domingo, 1971.
- Peña, Angela. *Así era Duarte*. Santo Domingo, 1996.
- Pérez Guerra, Irene. *Historia y lengua. La presencia canaria en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1999.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Del vocabulario dominicano*. Santo Domingo, 1983.
- _____. *Lengua y folklore de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1975.
- _____. *Música y baile en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1971.
- _____. *Papeles de Pedro Francisco Bonó*. Santo Domingo, 1964.
- _____. *Poesía popular dominicana*. Santo Domingo, 1973.
- _____. *Samaná, pasado y porvenir*. Santo Domingo, 1973.
- _____. *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*. Santo Domingo, 1975.
- Rueda, Manuel. *Imágenes del dominicano*. Santo Domingo, 1998.
- Sánchez Martínez, Fernando. *Psicología del pueblo dominicano*. Santo Domingo, 1997.
- Sánchez Valverde, Antonio. *Idea del valor de la Isla Española*. Santo Domingo, 1971.
- Tolentino Rojas, Vicente. *Historia de la división territorial, 1492-1943*. Santo Domingo, 1973.
- Varios Autores. *Ensayos sobre cultura dominicana*. Santo Domingo, 1971.
- Zaglul, Antonio. *Ensayos y biografías*. Santo Domingo, 1970.
- _____. *Apuntes*. Santo Domingo, 1974.



Índice onomástico

A

- Abinader, José Rafael 115
Aguiar, Enrique 253
Alcántara Almánzar, José 174, 203-204,
206-207, 209, 212-213, 267, 271
Alfau Durán, Vetilio 271
Alfonseca, Miguel 209, 212, 224, 326
Alix, Juan Antonio 45-46, 263, 271
Almánzar, Ramón 160
Ameghino, Florentino 65
Arias Belliard, Fermín 20, 253
Avilés Blonda, Máximo 210
Ayuso, Juan José 212

B

- Báez Acosta, José Ramón 121, 123-130,
268, 271
Báez, Buenaventura 122, 162, 261
Balaguer, Joaquín 20-21, 23, 25, 28-29,
42, 69, 72, 74, 115, 126, 135, 145-
146, 149, 161-162, 164, 167, 169,
191, 193-195, 200-202, 246-247,
265, 271
Balcácer, Ada 243-245, 247, 250
Barreiro, Teófilo 97-98, 100, 111-
112, 114, 116, 121, 270
Beras Goico, Freddy 108, 257
Betancourt, Rómulo 125
Bidó, Cándido 245
Billini, Adriana 240
Billini, Francisco Gregorio 221, 230,
233-234, 265
Bobadilla, Tomás 196
Boil, Bernardo 134
Bonó, Pedro Francisco 20-21, 23-24,
183, 196, 259, 262, 265
Bosch, Juan 20, 23-24, 26-28, 30-32,
115, 126, 161, 163, 194, 222,
233-234, 259, 265, 271
Boyd Bowman, Peter 91
Brito, Rafael 84

C

- Cabral, José María 132
Cabral, Manuel del 205-206, 213
Camejo, Luis 45
Capellán, Tony 248

Carrasco, René 157
 Cassá, Roberto 25, 177-175, 181-183,
 191, 193-196, 269
 Castellanos, Juan 45
 Castillo de Aza, Zenón 133-135
 Castillo, José del 20
 Castillo, Rafael Justino 19, 34-35, 55,
 262, 265
 Castro, Fidel 125-126
 Cesáire, Aimé 64
 Cestero, Tulio Manuel 20, 31, 222,
 230-234, 263, 271
 Collado, Lipe 156, 251-255, 268, 271
 Colón, Bartolomé 188
 Colón, Cristóbal 65-66
 Colón, Diego 189
 Colson, Jaime 242, 249-250
 Conde Sturla, Pedro 175, 227, 229-
 230, 232-233, 269
 Coopersmith, J. M. 154-155, 271
 Cordero, Elupina 150
 Cordero, Walter 44, 45, 46, 49, 51, 56,
 57, 58, 61
 Cordero Michel, Emilio 25
 Cordero Michel, José 25, 171, 271
 Corporán de los Santos, Rafael 257
 Correa y Cidrón, Bernardo 172
 Corripio, Ernesto 142
 Cruz, Gaspar Mario 133, 243
 Cuesta Barreiro, A. 121
 Cuquín Victoria (Ver Victoria Suazo,
 César Augusto)
 Curiel Pichardo, Rosa Inés (*Ochy*)
 121, 271

D

Damirón, Casandra 157
 Damirón, Rafael 154, 253
 Dávila Padilla, Agustín 138
 Defilló, Fernando Arturo 50, 51

Deive, Carlos Esteban 20, 45, 52, 60,
 76, 89
 Deligne, Gastón Fernando 218, 219
 Dessangles, Sisito 240
 Dobal, Carlos 20, 95, 111, 259, 272
 Domínguez Charro, Francisco 251,
 253
 Duarte, Juan Pablo 14-15, 135, 183,
 185-190, 196, 199-200
 Dubert, Ramón 137, 142, 272

E

Echavarría, Rubén 212
 Enriquillo 228
 Espinal, Marcos 34, 36

F

Feliciano, Salomón 141
 Felipe II 138
 Fernández de Navarrete, Fray
 Domingo 178
 Fernández Granell, Eugenio 243
 Fernández Reyna, Leonel 115, 161,
 163, 164
 Fernando II de Aragón 67, 131
 Ferrán B., Fernando I. 272
 Fiallo, Alberto 34
 Fiallo, Viriato 194
 Franco, Franklyn 25, 205

G

Galván, Manuel de Jesús 196, 204,
 227, 228, 229, 230, 234, 237
 Gándara, José de la 140
 García Cordero, José (*Chichi*) 248, 250
 García Gautier, Bienvenido 156
 García Godoy, Federico 20, 22, 24,
 196, 221, 230, 241, 265, 272

García Lluberres, Alcides 194
 García Lluberres, Leonidas 131-133,
 137, 272
 García Lorca, Federico 206
 García, José Gabriel 196
 García, Rafael 121
 Gausachs, José 243
 Geraldini, Alejandro 188
 Gimbernard, Jacinto 272
 Ginés, Micaela 151
 Giudicelli, Paul 244
 Golfi, Luis F. 139
 Gómez, Juan B. 241
 Gómez, Luis 25
 González, Ignacio María 162
 González, Julio 237
 Grullón, Kenny 114
 Guerrero, Manuel de Jesús 20, 119,
 121-123, 272
 Guillén, Rafael 254
 Gutiérrez, V. M. 95
 Guzmán, Antonio 114
 Guzmán, José 166

H

Henríquez Grateraux, Federico 20-
 22, 27-28, 31-32, 67, 265, 272
 Henríquez Ureña, Pedro 20, 22, 79,
 81-83, 88-90, 92, 173, 272
 Henríquez y Carvajal, Federico 20-
 21, 27, 196, 265, 272
 Henríquez, Enrique Apolinar
 (*Quiquí*) 194
 Hernández Franco, Tomás 205
 Hernández Ortega, Gilberto 243,
 249
 Hernández Rueda, Lupo 95, 210
 Hernández, Frank Marino 160, 161,
 165, 270
 Hernández, Gregorio 150

Hernández, Julio Alberto 272
 Herrera de Báez, Mildred 121
 Heureaux, Ulises (*Lilís*) 123, 162,
 263
 Hoetink, Harry 20, 68, 121-122, 265,
 272
 Hostos, Eugenio María de 23, 69,
 196
 Hudson, Rock 124
 Humboldt, Alexander von 65

I

Imbelloni, José 66
 Incháustegui Cabral, Héctor 20,
 174, 203, 205, 207-208, 212-
 213, 227, 245, 272
 Infante, Juan 134
 Isabel I de Castilla 131

J

James, Jacob 139
 James, Norberto 212, 214
 Jimenes Grullón, Juan Isidro 162,
 194
 Jimenes, Domingo Moreno 204,
 205, 207, 219
 Jiménez Lambertus, Abelardo 66,
 68,
 Jiménez Sabater, Maximiliano
 Arturo (*Max*) 20, 81,
 83-84, 90, 272
 Jiménez, Marianela 243
 Jiménez, Ramón Emilio 56
 Johnson King, Terry 95
 Johnson, Lyndon B. 253
 Jorge Blanco, Salvador 115
 Jorge Morel, Elercia 87, 88, 272
 Julia, Julio Jaime 272

L

Landolfi, Ciriaco 64, 138, 272
 Lanz, Gregorio 121, 122
 Larrazábal Blanco, Carlos 20, 65-68, 84, 133, 272
 Lebrón Saviñón, Mariano 176, 187, 188, 189, 269
 Lederle, Juan de 134
 Ledesma, Clara 243
 Lizardo, Fradique 151, 155, 157, 273
 Lluberes, Antonio 134, 139, 141, 273
 Lockward, Antonio 131, 138, 139, 142, 224
 Lockward, George A. 273
 López, José Ramón 20-25, 27-36, 42, 46, 49, 54, 56, 259, 261, 265, 273
 López-Penha, Haim 222
 Lora, Francisco Augusto 115
 Lora, Luis Eduardo (*Huchi*) 115
 Lora, Silvano 244, 248
 Louverture, Toussaint 261
 Lugo, Américo 20-23, 27, 32, 182, 193-194, 215, 259-260, 265
 Luperón, Gregorio 122, 162

M

Ma' Teodora 151
 Majluta, Jacobo 115
 Marañón, Gregorio 123
 María, Soraya (*Cachita*) 114
 Marranzini, Celso 160
 Marrero, Nelson 14
 Marrero Aristy, Ramón 20, 195, 222, 235-236, 265
 Martín, Agustín 122
 Martin, John Bartlow 253
 Martínez Richiez, Luichy 243, 249
 Martínez, Julio César 96

Mateo, Andrés L. 172, 173, 215, 217, 218, 219, 221, 223, 266
 Mella Mejías, César 72, 73, 75, 97, 266
 Mendoza, Hugo R. 34-37, 39, 267
 Meriño, Fernando Arturo de 196
 Mieses Burgos, Franklin 209, 236
 Miller, Jeanette 173, 211-212, 240-245, 248-250, 268
 Mills, Samuel E. 141
 Mir, Pedro 11, 71, 205-207, 213, 273
 Monte y Tejada, Antonio del 196
 Monte, Félix María del 174
 Montesinos, Fray Antón de 134
 Montolío, Andrés Julio 36
 Monzón, Bienvenido 140
 Moreau de Saint-Mery, M. L. 43, 67
 Morel, Yoryi 242, 249
 Moreno Jimenes, Domingo 204, 205, 219
 Moscoso Puello, Francisco Eugenio 19-22, 24, 27-30, 69, 159-160, 165, 168, 197, 222, 236, 261, 263, 265, 273

N

Navarro, Leopoldo 241
 Nolasco, Flérida de 153
 Núñez de Cáceres, José 172, 174, 190, 198, 199
 Núñez, Elsa 245

O

Olmos, Conde W. 121
 Osorio, Antonio de 180
 Ovando, Leonor de 67, 188
 Ovando, Nicolás de 133
 Oviedo, Ramón 245

P

Paco Escribano (Ver Tavárez
Labrador, Rafael)
Pané, Ramón 134
Paniagua, Alejandro 20, 65, 69, 121,
123, 125-126, 128-129, 273
Peguero, Luis José 177
Pellerano, Soucy 248
Penn, William 137, 185, 189
Peña Batlle, Manuel Arturo 21, 23-
24, 27, 74, 142, 181, 192, 194,
215, 230, 265
Peña Defilló, Fernando 244-247, 250
Peña Gómez, José Francisco 74-75,
115, 160, 163
Peña Morell, Esteban 154-155
Peña, Ana Amparo (*Nani*) 114
Pérez Cabral, Pedro Andrés (*Corpito*)
20, 22, 73, 180, 235, 265
Pérez Galdós, Benito 225
Pérez Guerra, Irene 80, 82-84, 88-92,
267, 273
Pérez Saviñón, José Joaquín 185-186,
268
Pérez, Guillo 244
Pérez, José Joaquín 185, 203, 204,
214
Pérez, Mario Emilio 20, 72-76, 97,
100-101, 104-105, 107-108, 122,
252, 257, 269
Pérez, Rodrigo 134
Pichardo, Eligio 244
Pineda, Jorge 250
Pío, Francisco 137
Polanco, Felipe (Boruga) 116
Portocarrero, Antonio 230-232
Postigo, Julio D. 141
Pound, Ezra 213
Pratts Ventós, Antonio 249

R

Ramírez Conde, José 245-246
Ramírez, Belkys 248
Reid, Donald 212
Requena, Andrés Francisco 234
Reyna, Casiodoro de 138
Ripley, Geo 146, 149, 150, 248, 267
Risco Bermúdez, René del 253
Rivet, Paul 65
Robles Toledano, Oscar 116
Rodríguez Demorizi, Emilio 20, 69,
88, 93, 121, 133, 139, 151, 153,
156, 239, 273
Rodríguez Urdaneta, Abelardo 241
Rodríguez, Santiago 200
Rondón, Haydeé 42-44, 49, 52-54,
57, 60-61, 96, 267
Rossini 230
Rueda, Manuel 12-13, 17, 20, 22, 25-
26, 63, 95, 146-148, 150, 155,
157, 176, 211, 213-214, 253,
264, 268, 273

S

Sánchez Lamouth, Juan 211
Sánchez Martínez, Fernando 13, 22-
24, 71-75, 95, 99, 267, 273
Sánchez Ramírez, Juan 185, 198
Sánchez Valverde, Antonio 20, 41,
181, 191, 196, 265, 273
Sánchez, Francisco del Rosario 32,
187, 196, 200
Sánchez, Narciso 32
Sánchez, Rafael Augusto 24, 265
Sang Ben, Mu Kien Adriana 161,
162, 163, 164, 269
Santa Teresa de Jesús 188
Santana, Pedro 36, 122, 162, 200, 261
Santos, José Luis (*Jochi*) 116

Sepúlveda, Radhames (*Pildorín*) 100

Silié, Rubén 20

Soriano, Gregorio 34, 36

Soto Mayor, Juana de 190

Suazo, Miguel 121

Suberví, Rafael (*Fello*) 115

Suro, Darío 242, 249

T

Tabar, Rolando 22, 27, 29-30, 75-76,
96, 97, 142, 269

Tavárez Labrador, Rafael (*Paco
Escribano*) 18-19, 100, 108

Tejera, Emiliano 196

Tejera, Juan Nepomuceno 196

Tisim, Juan 134

Tolentino Rojas, Vicente 87, 273

Torres, Tomás 153

Troncoso, Parmenio 20, 34

Trujillo Martínez, Rafael Leónidas
(*Ramfis*) 107

Trujillo, Héctor Bienvenido (*Negro*)
107

Trujillo, Rafael Leónidas 44, 53, 55,
57-58, 74, 83, 87, 100, 105, 107,
108, 116-117, 122, 125, 130,
134-135, 142, 161-162, 169,
192-195, 197, 201, 207, 209,
212, 215-216, 223, 233, 235-
237, 242, 244, 247-248, 261

U

Ureña de Henríquez, Salomé 218

Ureña de Mendoza, Nicolás 217-218

V

Vásquez, Horacio 162

Vega, Bernardo 20, 44

Vega Batlle, Julio 46

Vela Zanetti, José 243

Veloz Maggiolo, Marcio 224, 236

Venables, Robert 137, 185, 189

Ventura, Juan de Dios (*Johnny*) 257

Vergés, Pedro 236

Victoria Suazo, César Augusto
(*Cuquín Victoria*) 114

Vidal Torres, Rafael 153

Villegas, Víctor 197-198, 200-202,
270

W

Weber, Max 168

Wittkower, Eric D. 123

Woss y Gil, Celeste 241-242, 249

Z

Zaglul, Antonio 18, 20, 28, 32, 45,
79, 95-96, 200-201, 103, 105,
177, 261, 273

Zaiter, Josefina 20, 96, 174, 263, 268

Zorrilla de San Martín, José 204

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.*
Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E.
Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez
Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E.
Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo
Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por
R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol.
II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en
holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa
edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez;
introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C.
T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez
Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García
Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E.
Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E.
Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo xvii*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo xix y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670).* Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916).* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos.* César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras. Tomo I*, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras. Tomo II*, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente. Tomo I*. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente. Tomo II*. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente. Tomo III*. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladín: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948).* Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas.* Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos xv-xix*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo xix: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts*. Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez*. Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844)*. Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites*. Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico*. Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario*. José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República*. Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York*. Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Angel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas*. Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959*. María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII
África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX
Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos xvii-xix): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guanani y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas*,

- 1865-1931. Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo xix.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo xix).* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.

Colección Cuadernos Populares

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína.* Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.

Colección Referencias

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Los dominicanos, de Ángela Peña, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L., en noviembre de 2016, con una tirada de 1,000 ejemplares.

